

SAGA DESTINADO A SUCEDER 3



*Otro minuto
contigo*

NOA ALFÉREZ



Otro minuto contigo

SAGA DESTINADO A SUCEDER 3

Noa Alférez



OTRO MINUTO CONTIGO

Saga Destinado a suceder 3

Noa Alférez

CUANDO LA LINEA ENTRE ESTE MUNDO Y EL OTRO SE DILUYE,
LO UNICO VERDADERO A LO QUE AFERRARSE ES EL AMOR».

Cuando Oliver Thorne llega a Londres convertido en el nuevo marqués de Edevane todas las miradas caen sobre él. Nadie imagina que lo que dirige sus actos es un secreto y la promesa de vengar la injusticia que se cometió con su padre.

Para lograr su propósito, no duda en olvidarse de sus principios, e incluso se acerca a la bella Clarice Hamilton, a su entorno y al hogar de su familia persiguiendo sus propios fines.

En la mansión Hamilton no solo habitan los vivos, hace tiempo que el dolor y la rabia tomaron posesión de sus rincones y Oliver necesita averiguar por qué los límites de la realidad se difuminan entre esos muros sin razón aparente.

Su creciente atracción por Clarice y una pasión que parece existir desde siempre, limita su capacidad de mantenerse a salvo.

¿Podrán ambos resistirse a un sentimiento más fuerte que ellos? ¿A una pasión que ni la muerte ha podido doblegar?

Sombras y oscuridad. Vida y muerte. Y un amor imposible de destruir.

ACERCA DE LA AUTORA

Noa Alférez es una almeriense enamorada de su tierra y de la vida sencilla. Siempre le ha gustado la pintura, las manualidades, el cine, leer... y un poco todo lo que sea crear e imaginar.

Nunca se había atrevido a escribir, aunque los personajes y las historias siempre habían rondado por su cabeza.

Tiene el firme convencimiento de que todas las situaciones de la vida, incluso las que a priori no parecen ser las mejores, te conducen a nuevos caminos y nuevas oportunidades. Y sobre todo la creencia de que nunca es tarde para perseguir los sueños. Fue durante la recuperación de una complicada fractura de peroné, que una tarde se le ocurrió abrir un Word y comenzar a escribir una de las muchas historias que le rondaba por la cabeza.

Índice

Portadilla

Acerca de la obra

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Prólogo *Londres, 1830*

*E*ra una locura, algo impropio de una jovencita educada y decente, más aun si se trataba de una Hamilton, pero Agnes apenas pudo contener el chillido de emoción que se escapó de su garganta cuando cerró con fuerza la puerta de su habitación. Se acercó la rosa a los labios con una sonrisa y luego aspiró su aroma con fuerza. Percy al fin había mostrado algún signo que evidenciaba que la pasión que ella sentía era correspondida, aunque ya lo intuía, por supuesto. El rubor que teñía el rostro del muchacho cuando se cruzaban por el pasillo, el tintineo de la bandeja cuando se acercaba a servirle en la mesa, el titubeo cuando le deseaba los buenos días. Todo la llevaba a pensar que era así, y esa flor, robada de los rosales que crecían bajo su propia ventana, y entregada de manera furtiva en un oscuro corredor, era la prueba. Tendría que esquivar la persistente vigilancia de su madre, y las miradas inquisitivas de sus hermanos, especialmente la de Maurice, muy dado a ser el chivato de su progenitora. Pero no importaba, nada ni nadie le impediría vivir ese amor que la hacía vibrar de esa manera tan intensa.

*Inglaterra, 1865**Treinta y cinco años después*

*E*l aire había cambiado. Algo casi imperceptible, un olor distinto, la humedad que se aferraba al paño de su abrigo... era tan sutil que solo alguien que había pasado casi toda su vida en el mar podría notarlo. Alguien como Oliver Thorne. A los pocos minutos la espesa niebla que los había acompañado durante toda la noche como un persistente fantasma empezó a disiparse, aunque sin abandonarlos del todo. Una mancha oscura comenzó a hacerse visible a lo lejos.

Se subió el cuello del abrigo hasta las orejas y se encogió intentando protegerse del frío de la mañana. Odiaba el frío. Había nacido para sumergirse en las aguas cristalinas y cálidas del Caribe en compañía de una mujer llena de curvas y sonrisas, y no para helarse los huesos en la inhóspita y gris Inglaterra, y hasta ese momento había conseguido eludirla. Pero había hecho una promesa y su conciencia se había convertido en un molesto aguijón clavado bajo la piel, que le recordaba día tras día que debía cumplirla. Y pondría todo su empeño en hacerlo cuanto antes.

Escuchó como si fuera un eco lejano de sobra conocido las voces del contramaestre dando órdenes a sus hombres y el bullir de los marineros en cubierta. Sin volver la vista, que mantenía fija en la mancha de tierra que se hacía más nítida con cada nudo que avanzaban, fue consciente de que la sombra que se apoyaba en la barandilla a su lado era la de David Clark, su primer oficial. Lo reconoció por su perfume caro y por el suspiro entrecortado que se escapó de su pecho. Era un verdadero milagro que llevase en su navío ya casi cuatro años, teniendo en cuenta que cuando lo conoció no tenía ni idea sobre barcos, ni sobre el trabajo duro. Al principio solo lo había visto como un niño de buena familia ávido de aventuras y necesitado de una buena tunda, sin embargo, Clark era inteligente, sabía interpretar los mapas, se le daban bien los números y lo que era más importante, parecía tocado por la varita de la diosa fortuna. Buena prueba de ello era que todavía conservara todos los dientes a pesar de que cuando lo conoció era rara la noche que no lo encontraba inmerso en alguna pelea de taberna. Oliver Thorne, como buen capitán, era supersticioso hasta la médula, y al igual que creía en la existencia de la gente gafe creía con la misma fuerza en la existencia de la gente talismán. Nunca entraba ningún animal vivo en su nave, no permitía que nadie silbara para no atraer a los vientos y por supuesto NUNCA, JAMÁS, mujer alguna había pisado ni tan siquiera la pasarela de su barco, el Odiseum. No quería enfadar a los dioses del mar, y las mujeres, lo sabía por experiencia, atraían los problemas como el azúcar a las moscas.

—¿Nervioso? —preguntó con voz ronca, notando cómo David vaciaba de nuevo sus pulmones, probablemente sin ser consciente del gesto.

—No, ¿y tú, capitán?

Un seco gruñido fue la única respuesta que obtuvo. Ambos permanecieron en sus puestos tan inmóviles como la sirena tallada en el mascarón de proa, ansiosos por llegar a su destino y a la

vez conteniendo la aprensión que les provocaba acercarse a la costa. El borrón oscuro fue recortándose contra el cielo grisáceo, seguido por los altos mástiles de los barcos amarrados a puerto.

—Bienvenido a mi puto hogar —masculló Clark con la mirada más sombría que jamás le había visto.

Maurice Hamilton se arrellanó un poco más en la incómoda silla estilo Luis XV, demasiado pequeña para su envergadura, intentando aparentar una postura relajada mientras presenciaba el espectáculo que suponía ver a su madre clavando sus incisivos en Clarice. Su sobrina se mantenía imperturbable, al menos en apariencia, con las manos cruzadas en el regazo y la vista baja. Estiró la mano para coger otra fruta confitada del platito de porcelana que tenía delante, pero su madre le dedicó una mirada ceñuda que lo hizo pensárselo mejor. La señora Hamilton no soportaba a la gente ociosa, ni a los glotones, ni a los que se reían demasiado... Bueno, en realidad la lista de los pecados capitales según ella era interminable, pero durante sus largos viajes se había olvidado de ello.

—No acabas de salir del cascarón, Clarice. Ya no eres ninguna niña. Has desperdiciado toda la temporada y ahora, cuando la gente te mira solo puede ver a esa chica a la que el conde de Rutherford no quiso. Todos pensarán que tienes alguna tara.

—El conde de Rutherford estaba enamorado de Vivian, abuela. —Clarice disimuló el nudo que todavía se formaba en su garganta al pensar en aquello, a pesar de que estaba haciendo un verdadero ejercicio de madurez intentando aceptarlo—. Y me alegro de que ahora sean felices.

—Enamorado. ¡JA! A saber las malas artes que esa desvergonzada usaría para atrapararlo —señaló con desdén—. Tenías todas las cartas a tu favor y aun así dejaste que te lo robara en las narices. Y sin embargo sigues mendigando su amistad como si esa... esa... fuera mejor que tú. Si tuvieras un poco de orgullo...

Clarice levantó al fin la vista, sin poder aguantar ni un segundo más todo ese veneno.

—Quizás debería haber pensado en el orgullo antes de ofrecerme como si fuera un premio, un cebo para conseguir unas tierras. Sé que el conde quería recuperar esas propiedades porque pertenecieron a su familia y que intentó comprarlas para no inmiscuirme en todo esto, pero os empeñasteis en añadir las a mi dote y no darle ninguna otra opción más que la de pedir mi mano para conseguirlas. ¿Dónde estaba su orgullo cuando se le ocurrió esa desfachatez, abuela?

El sonido de la bofetada contra su mejilla la hizo salir del trance, y percatarse de que estaba levantándole la voz a la persona que más respetaba, o más bien temía, del mundo. Era sorprendente que a pesar de la precaria salud de la anciana su habilidad para soltar la mano con la fuerza y la precisión justa no hubiera disminuido ni un ápice. Sentía los ojos ardiendo por las lágrimas que a duras penas podía retener y se mordió el labio con fuerza intentando contener cualquier reacción. No le daría el gusto de verla desmoronarse, esta vez no. Se levantó con toda la dignidad que pudo reunir, y a pesar de que sabía que su reacción tendría consecuencias, se marchó de la sala sin decir nada más. Se contuvo también de cerrar la puerta dando un portazo tan fuerte que hiciera tambalearse los podridos cimientos de aquella maldita casa. Como siempre hacía. Clarice Hamilton era demasiado correcta para alzar la voz, para dar rienda suelta a esa energía que se asentaba en su estómago cuando las cosas no salían como ella había esperado, para decir lo que pensaba. Era moldeable como un junco, serena, carente de esa impulsividad de la que hacían gala sus amigas Isabelle y Vivian. Clarice lo guardaba todo en un rincón oscuro de

su alma, donde cada decepción cada deseo insatisfecho se acumulaba formando una cicatriz dolorosa que tarde o temprano acabaría asfixiándola.

Antes de que su abuela tuviera tiempo de emitir su correspondiente castigo, Clarice se apresuró a coger el abrigo y el paraguas, y con la compañía de su doncella salió de la mansión en dirección al único lugar que podía considerar como un refugio, aunque seguía sin liberarse de la desagradable sensación de ser una intrusa en él. Sus amigas la habían instruido guiándose por sus experiencias, en la mejor manera de chantajear al servicio para que sirviesen de coartada perfecta y así poder ganar tiempo y acudir donde ella quisiera.

Puede que resultase extraño que ese tiempo lo usase precisamente para acudir al club nocturno cuyo propietario era el hombre que la había abandonado por su mejor amiga. Pero era obvio que entre el conde de Rutherford y ella era imposible que surgiera algo, y, en cambio, en cuanto él y Vivian estaban cerca el aire parecía crepitar entre ellos. El conde y Clarice estaban destinados a vivir un matrimonio infeliz, y supuso que debería estar agradecida por haberse librado de ese futuro tan poco esperanzador. Eso no evitaba que escociera como una herida reciente.

Vivian Carpenter, además de ganarse el corazón del dueño del Dark, había emprendido otros proyectos mucho más altruistas en la zona más castigada por la pobreza y la miseria de Londres, esa que la gente se empeñaba en ignorar que existía. Pero estaban allí, latiendo en medio de la oscuridad, donde el fango y la miseria persistían. La actual condesa había conseguido en muy poco tiempo poner en marcha en uno de los locales anexos al club una escuela para los niños más desfavorecidos, donde además de recibir formación encontraban cobijo y un poco de amabilidad. Y ahora que Vivian estaba centrada en ayudar a las mujeres que habían tenido que elegir la prostitución como modo de vida había sido Clarice la encargada de sustituirla. Había surgido de manera casi improvisada. Clarice había sustituido a Vivian en un par de ocasiones y había descubierto en esos niños un bálsamo que aliviaba la soledad y la incomprensión que solían acompañarla. No lo hacía de manera habitual, pero de vez en cuando, aprovechando que su abuela cada vez pasaba más tiempo en casa, fingía visitar a alguna amiga o argumentaba, sin dar demasiados detalles, que se dirigiría a ayudar en la parroquia donde solían acudir a realizar obras benéficas. En cambio, su destino era el enorme edificio donde se encontraba el club más perverso de la ciudad, aunque raras veces se permitía acceder a la zona lúdica del local. Encontraba un pequeño remanso de paz, aunque pareciera mentira, en los gritos y las risas de los alumnos, que por norma general el profesor Collins, un muchacho de buen corazón pero falto de carácter, apenas podía controlar.

Despidió a su servicio personal con un par de monedas y la orden de recogerla en una hora y empujó la puerta de la clase, donde un coro de voces chillonas le dio la bienvenida recitando su nombre, haciéndola esbozar la primera sonrisa del día.

Oliver Thorne era un hombre de sangre caliente. Había nacido en el Caribe, había caminado descalzo sobre las arenas ardientes y se había sumergido en sus cálidas aguas turquesas desde que era un niño, como si fuera parte de ellas. Puede que por eso no hubiese dejado de estremecerse de frío desde que había llegado a aquella condenada ciudad. Ni las enormes chimeneas de la mansión de los Edevane, ni los cálidos brazos de la rolliza chica que le había dado la bienvenida a Inglaterra en aquel lujoso burdel al que había acudido con sus hombres, ni siquiera todo el ron de contrabando que llevaba en la bodega del Odiseum, parecían ser capaces de despojarle de la sensación de frío que se había asentado en sus huesos desde que había avistado tierra. Parecía que la niebla y la humedad hubiesen congelado su alma.

—No sé si ha caído en la cuenta de que si me desangra no cobrará sus honorarios —gruñó dedicándole una mirada de advertencia al ayudante del sastre, que le había pinchado por enésima vez con un alfiler mientras le ajustaba la tela a su cuerpo—. ¿No crees que ya es suficiente? —preguntó mirando a Clark que ojeaba un periódico repantingado en el sofá de una de las salas de la mansión.

—Si quieres ser marqués, debes comportarte como un marqués y tener aspecto de marqués —dijo sin mirarle, disfrutando de tener al rudo capitán Thorne tan desubicado como un pez fuera del agua—. Además, no te quejes. Muy pocos tienen el privilegio de recibir al mejor sastre de Londres a domicilio. Imagínate tener que sufrir este tormento en su taller. Seguro que allí no tienen un licor tan bueno como este.

Clark hizo un guiño levantando su vaso y Oliver se bajó de la tarima que habían improvisado con una caja de madera para ir en busca de su copa. Necesitaba un trago, maldita sea. Flexionó las rodillas varias veces intentando amoldar a sus largas piernas el pantalón que acababa de probarse y el sastre masculló algo al escuchar las costuras crujir.

—Señor... —carraspeó nervioso al tener que corregir a un hombre como ese, con aspecto de poder separar la cabeza de su cuerpo usando solo un par de dedos—. Esta prenda no está diseñada para hacer... ejercicios gimnásticos. Es un traje de noche, para cenar, bailar, y mantener una postura regia y elegante.

—¿Cómo demonios puede alguien comer con esto si apenas consigo respirar? —siguió quejándose tirando de la entrepierna del pantalón en un gesto muy poco elegante que hizo que el hombre pusiera los ojos en blanco.

Clark lo observó con detenimiento con el ceño fruncido.

—¿Por qué diablos se te ve mucho más...? No sé, tengo la impresión de que has cogido peso.

—Debe ser por esos horribles calzones de lana que el señor se ha empeñado en usar debajo del traje de gala —apuntó el sastre.

Oliver señaló con el dedo a Clark a modo de advertencia cuando este prorrumpió en una sonora carcajada.

—No le veo la gracia. Desde que he llegado no siento el trasero, por no hablar de otras partes de mi cuerpo que me preocupan bastante más. Esta humedad es insana. ¿Cómo has podido llegar a la edad adulta en un sitio así?

—No todo es malo aquí. Pronto te acostumbrarás. Quién sabe, puede que te aficiones a la vida relajada de la nobleza y no quieras volver a embarcarte, capitán.

—Tendría que estar muerto y haberme convertido en polvo para que eso ocurriese.

David abrió la boca para contestar con mordacidad; a pesar de que Oliver era su superior, en los últimos cinco años se habían visto envueltos en innumerables situaciones que escapaban de cualquier tipo de jerarquía y entre ellos había surgido una verdadera amistad que no entendía de rangos, aunque seguía manteniendo intacto su respeto y su lealtad. Por eso no había dudado en ofrecerse a echarle una mano cuando en una noche de borrachera Thorne le contó su propósito. Por eso, y porque de paso se abría una puerta para su propia venganza póstuma.

El mayordomo anunció una visita y Clark se enderezó en el sofá con un semblante bastante más serio. Despachó al sastre y a su ayudante mientras Thorne se cambiaba de ropa tras el biombo que habían trasladado desde una de las habitaciones para la sesión de costura.

El señor Gilligan, contable y administrador de los Edevane durante los últimos veinticinco años, entró en la sala con varias carpetas enormes y pareció encogerse un poco al ver la cara de hastío que acompañó al sonoro resoplido de David.

—Lord Edevane, permítame que me atreva a darle la bienvenida a su hogar.

David se levantó del sillón tendiéndole la mano intentando evitar que le hiciera una reverencia. Desde que dejó Inglaterra se había acostumbrado a mirar a los hombres a los ojos, a calibrarlos y juzgarlos por sus actos, y no por un título absurdo adjudicado según la cuna en la que se nacía. Pero Gilligan se inclinó con tanto ímpetu que sus gafas doradas se desplazaron hasta la punta de su rechoncha nariz, suspendiéndose a punto de caer, hasta que con un gesto que parecía haber hecho mil veces las devolvió a su lugar.

—Gracias, Gilligan. Entiendo que tendremos muchas cosas que tratar, así que será mejor que vayamos al despacho cuanto antes. —David giró sobre sus talones y se dirigió hacia allí suponiendo que el hombre le seguiría.

Gilligan continuó con las frases de cortesía omitiendo el hecho de que su señor, a quien conocía desde que no era más que un chiquillo, había cambiado tanto que si lo hubiera encontrado en la calle le hubiera costado reconocerle. Clark ya no era ese joven de expresión rebelde y traviesa que discutía con su padre a la menor ocasión. Ahora era un hombre capaz de fulminar a cualquiera con una sola mirada de sus profundos ojos azules. Su cuerpo ya no era fino y gallardo, sino fuerte y mucho más ancho en los hombros y la espalda, aunque no había perdido la elegancia. Su pelo pelirrojo se había aclarado y estaba más largo de lo que cualquier caballero decente permitiría, y las pecas que siempre habían adornado su rostro se habían disimulado debido al tono dorado que el tiempo pasado en la cubierta le había otorgado. Gilligan apreciaba a David, por eso había mediado por él ante su padre más veces de las que recordaba, aunque ahora no sabía a qué tipo de hombre se enfrentaba. Puede que ni el mismo David fuese consciente del hombre en que se había convertido.

—Bien, marqués. —El contable aceptó el asiento que le ofreció ansioso por dejar los pesados legajos sobre la mesa. David permaneció de pie junto a su silla, observándole con una sonrisa indescifrable en el rostro—. No quiero atosigarle, pero entenderá que son muchos los temas que requieren de su atención. ¿Cuánto tiempo permanecerá en Londres, milord?

—El suficiente. —Fue su escueta respuesta. El contable asintió y comenzó a extender un fajo

de papeles sobre la mesa—. Aunque hay algo prioritario que debemos atender antes de continuar. —Clark se colocó detrás de la silla de su escritorio y apretó el borde del respaldo con los dedos.

—Como usted diga, lord Edevane.

—Ese es justo el asunto a tratar. Yo no soy lord Edevane. Él es Edevane.

Clark señaló con la cabeza hacia la puerta y el contable saltó de su asiento al ver a un hombre con aspecto de pirata observando la escena desde el umbral.

Si la apariencia de David le había resultado un poco intimidante, la del otro hombre solo se podía calificar de terrorífica. Era bastante más alto que Clark, de piel y cabello oscuros, y a pesar de su gruesa ropa, sus músculos se marcaban con tanta claridad que pensó que podría astillar su cuello con una sola mano y sin esforzarse demasiado. Pero lo que más le impresionó fue su mirada. Gilligan no creía en supersticiones absurdas pero estuvo seguro que ese hombre tenía «algo», no sabía definir exactamente el qué. Sus ojos color ámbar parecían traspasar la carne y llegar al alma. No pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda cuando lo vio acercarse con andar seguro hasta él y le tendió la mano. A pesar de que esperaba que sus huesos se disolviesen bajo el intenso apretón, descubrió con sorpresa que ese salvaje podía contener la fuerza que emanaba de él.

—Mi nombre es Oliver Thorne. Usted debe ser el señor Gilligan.

—S... s... sí. Eso es correcto. —El hombre miró desconcertado cómo el señor Thorne rodeaba el escritorio, se sentaba en el gastado sillón de piel del marqués y le dedicaba una sonrisa diabólica.

—Y también es correcto que debemos ponernos al día sobre muchos asuntos. Procede, Clark. Este buen hombre ha hecho un viaje muy largo para presentarnos todos esos documentos, estará ansioso por descansar.

—Bien. —David sacó un papel del cajón y se sentó en la esquina del escritorio con aire indolente y una sonrisa de satisfacción en el rostro—. Al principio me marché de casa de mi padre simplemente por el afán de conocer mundo.

—Ajá —concedió Gilligan, que se había quedado desparramado en su silla completamente desconcertado. Aunque ambos sabían que aquello no había sido así.

David había vivido una guerra constante desde que era un niño. Todos habían esperado que cuando fuera mayor su carácter se apaciguase y que el viejo marqués llegase a tratarle con el respeto que se merecía. Pero sus enfrentamientos se habían vuelto cada vez más cruentos, hasta el punto de llegar a amenazarse el uno al otro con un arma de fuego. Gilligan tenía su propia teoría al respecto, pero jamás le daría voz a sus pensamientos, mucho menos después de ver el cambio que el joven David había experimentado durante sus viajes por el Caribe.

—Pero había escuchado historias, aquí...allá... —continuó Clark, acompañando sus palabras con aspavientos de las manos. Gilligan siguió con la mirada el movimiento del papel que sostenía como si estuviese hipnotizado—. Quién iba a decir que mi padre era un hombre que se dejaba llevar por las pasiones. ¿Verdad, Gilligan? Siempre criticando a cualquiera que demostrase tener un poco de sangre en las venas, siempre juzgando... Pero el hecho de que se casase con una joven de dieciocho años me ayudó a quitarme la venda.

Oliver se percató del veneno que llevaban impregnadas sus palabras a pesar de la sonrisa desenfadada que pretendía mostrar. Escocía, el pasado de Clark escocía, y esperaba llegar al fondo de todo aquello. Pero ahora había asuntos prioritarios, y los problemas fraternales de David no venían al caso.

—El viejo había disfrutado de la vida, después de todo. Llegó a mis oídos que había tenido una

relación con una joven sirvienta durante uno de sus largos viajes a España. Fue unos pocos años antes de que se casase con mi madre. La joven quedó encinta, y cuando su estado fue evidente fue despedida de la casa donde trabajaba. Mi padre la compensó con unas cuantas monedas y una palmadita en la espalda y volvió a Londres para seguir con su vida, dejándola con su hijo y las miradas de censura de los demás. —David se detuvo el tiempo justo para tragar saliva y reorganizar sus ideas, sin darle opción al administrador a plantearle ninguna pregunta—. La mujer no vio otra opción que embarcarse hacia el nuevo continente con su hijo y buscar un futuro mejor fingiendo ser una joven viuda. Allí encontró a un buen hombre que aceptó casarse con ella y criar al pequeño como si fuera suyo. El señor Thorne.

Gilligan parpadeó encogiéndose en su asiento a medida que Clark se inclinaba sobre él para darle más énfasis a su historia.

—Oliver Thorne es el primer hijo del ilustre Benjamin Clark, octavo marqués de Edevane. Así reza en esta partida de nacimiento. —El administrador se quitó las gafas de montura dorada y sacó del bolsillo de su chaleco una pequeña lupa que colgaba de una cadenita de oro. Sujetó el papel que David agitaba delante de sus ojos, pero apenas tuvo tiempo de leer los nombres y la fecha del alumbramiento cuando el joven se la quitó de las manos—. Por tanto, si mis cuentas no me fallan, él es el nuevo marqués y no yo.

—Señor, con todos mis respetos, me gustaría examinar el sello...

—He hecho todas las comprobaciones, Gilligan. De todas formas agradezco su celo. Guardaré el documento a buen recaudo por si llegamos a necesitarlo. —Clark dobló la hoja y la guardó en el bolsillo de su pantalón. Gilligan llevaba toda su vida rodeado de documentos legales, y por muy buena que fuera la falsificación que habían conseguido no pasaría el escrutinio de sus sabios ojos. Se la había hecho un portugués que se dedicaba a falsificar los documentos que llevaban algunos buques que transportaban mercancía de contrabando, y aunque los funcionarios de aduanas pudiesen tomarlos por válidos a cambio de una buena propina, Gilligan era imposible de comprar. Si le daban suficiente tiempo incluso se daría cuenta de que las fechas no cuadraban y que era imposible que el difunto marques fuese el padre de Oliver ya que cuando viajó a España apenas era un muchacho imberbe, y lo hizo diez años antes de lo que figuraba en el documento.

—¿Llegar a necesitarlo? No se puede ceder el título así como así, por el amor de Dios —vociferó incrédulo, haciendo que sus mejillas rechonchas y su papada temblaran—. Menos aun un título tan antiguo e ilustre como el suyo. La reina tendrá que aprobarlo, esto puede tardar meses, cuando no años. Y... y... creo que no ha calibrado el impacto que esto tendría sobre la reputación de su familia.

—¿Qué familia? —Las palabras salieron de su boca tan sombrías y graves que incluso Oliver, que observaba la situación divertido, se estremeció.

Cuando idearon este estrambótico plan habían dado cuenta de un par de botellas de ron, estaban en alta mar, y ninguno había pensado las consecuencias. Al menos él no lo había hecho. Lo único que Oliver necesitaba era ser introducido en el círculo de la alta sociedad para poder iniciar su particular búsqueda de la verdad. Siendo David un aristócrata la solución estaba bastante clara, bastaba con presentarlo como un pariente lejano, o como un rico terrateniente, o como un noble criollo ávido de conocer otras culturas. Conocían a un portugués capaz de falsificar credenciales, documentos y hasta un título nobiliario por unas pocas monedas para solucionarlo. Pero Clark quiso llegar más allá. Oliver pensó que su espíritu provocador ansiaba ser protagonista de un buen escándalo que animara las veladas londinenses, pero ahora, viéndolo en el salón con los puños apretados y sus ojos oscurecidos se dio cuenta de que había algo más.

De hecho, le costaba reconocer en aquel hombre furioso al compañero de viajes que le había acompañado durante los últimos años.

—Milord, la viuda de su padre y su hija..., de hecho, precisamente muchas de las cosas que quería tratar con urgencia tienen que ver con ella y con su residencia del campo. —Gilligan dio golpecitos con las puntas de los dedos en uno de los legajos que había dejado sobre la mesa—. Edevane Rosefield necesita que...

David se dirigió hacia la licorera y se sirvió un generoso vaso que apuró casi de un trago antes de volverse hacia él con una diabólica sonrisa.

—¿Quiere que le diga lo que me importan mi madrastra y su mocosa o esa maldita propiedad? —David masticó las palabras como si cada una de ellas llevara una buena dosis de espinas clavadas—. Y en cuanto a sus requerimientos económicos voy a tomar una decisión antes de cederle amablemente el resto de las funciones al nuevo marqués. La respuesta es NO. Estoy seguro de que con su asignación tiene bastantes fondos para renovar su vestuario. Además, es una viuda, debería estar llorando desconsolada la muerte de su amado esposo. No necesita más vestidos, ni joyas, ni fruslerías.

—Lady Edevane no está pidiendo vestidos nuevos. —La defendió con brusquedad, a pesar de que sabía que no debería contradecir al hombre que le pagaba el sueldo. La mirada cargada de hostilidad de Clark le demostró que tenía razón—. Bien, si eso es lo que quiere, el señor Thorne puede utilizar el título de marqués de Edevane como título de cortesía. Mientras tanto, voy a pedir la documentación a España, enviar la petición a la reina... No prometo que sea rápido. Pero supongo que las cosas transcendentales llevan su tiempo. A no ser que tengan prisa por alguna razón que se me escapa.

—Ninguna, Gilligan. Empiece con sus gestiones. Y deje aquí todos esos documentos, les echaremos un vistazo. Váyase a descansar y vuelva mañana. Parece agotado.

El hombre asintió y tras dedicarles una escueta reverencia se marchó hacia la puerta mascullando entre dientes con disimulo.

Clark mantuvo unos instantes la vista clavada en los documentos intentando resistirse al hormigueo de sus manos, que le instaba a abrir la dichosa carpeta que contenía las peticiones y exigencias de la marquesa viuda. No le interesaba demasiado conocer sus necesidades pero tenía el ansia enfermiza de descubrir que tenía razón, que solo era una mujer malcriada deseosa de hincarle el diente a la fortuna de los Edevane. ¿Por qué si no había accedido a casarse con un hombre que podría ser su padre, incluso su abuelo? Sí, leería esos documentos, se daría la razón a sí mismo y escribiría una escueta nota de su puño y letra diciéndole que no. Solo eso. No.

Antes de que sus dedos pudiesen rozar el fajo de papeles, Oliver se hizo con él con un rápido movimiento.

—Dame eso, capitán. Yo me encargaré de este tema.

—Puede que no estemos en el barco, pero sigo siendo tu superior —dijo con tono burlón mientras repasaba la detallada lista de peticiones que Gilligan les había entregado—. Por lo visto el ala este de la mansión está hecha un asco. Y las chimeneas se están cayendo a pedazos. Más de diez años sin arreglar los techos teniendo en cuenta el clima... Tu padre debió ser un tipo descuidado si no acometió ninguna reforma en tanto tiempo.

—¿Descuidado? —bufó con desdén—. Era un puto avaro.

—Y tú piensas seguir su estela, por lo que veo. Me parecen unas peticiones bastante razonables, no veo sedas, tules o esmeraldas en la lista, solo materiales de construcción.

—No lo entenderías.

—Pues explícamelo.

—Tengo asuntos más interesantes entre manos, por ejemplo, una invitación para el club del que te hablé, el Dark. Mujeres hermosas, apuestas y el mejor champán de la ciudad. —Su tono sonó desenfadado aunque la oscuridad que se había asentado en sus ojos no se desvaneció—. No tengo tiempo para preocuparme de los caprichos de una mujer excéntrica. Deberías acompañarme, no hay mejor sitio para conseguir que a la gente se le suelte la lengua que ese lugar.

Oliver se encogió de hombros, no parecía mal plan, y saltaba a la vista que Clark no estaba dispuesto a seguir ahondando en el tema.

Los invitados se posicionaban pacientemente en la escalinata de entrada de la mansión de los Greenwood, en pleno Mayfair, a la espera de que llegase su turno para entrar a uno de los bailes más ansiados por la flor y nata de la sociedad londinense. Clarice cambiaba el peso de un pie a otro intentando que no se le congelasen, con la vista clavada en el suntuoso tocado de plumas que adornaba la cabeza de su tía Margarite. Margarite se había aferrado al brazo de su hijo Nicholas, evitando así que su cuñado Maurice se viera en la obligación de ofrecerle el suyo por cortesía. Ignoraba si habían tenido alguna disputa pero Maurice no parecía el tipo de hombre que se preocupaba demasiado por granjearse el afecto de su familia. De todos los hermanos Hamilton era el único que sobrevivía a la mala suerte que parecía abatirlos a todos a muy temprana edad. Agnes, una verdadera beldad según decían, había muerto sin ser presentada en sociedad por una enfermedad fulminante, y rara vez se hablaba de ello en la casa de los Hamilton. Puede que fuese demasiado doloroso. Después llegó el turno del esposo de Margarite, que falleció de un fatídico accidente mientras manipulaba su propia escopeta de caza dejando a su esposa viuda con dos niños pequeños, algo tan truculento que nadie se arriesgaba a recordar, y un par de años más tarde fallecieron los padres de Clarice, de una enfermedad infecciosa a la que nadie le ponía nombre. Así eran las cosas en la casa de los Hamilton; nada se hablaba abiertamente, nada se discutía, nada se contaba... todas las cosas parecían envueltas en un halo de oscuro misterio. A Clarice aquello le resultaba asfixiante. Casi tanto como el pegajoso perfume de su tío, que subía los escalones con ella colgada de su brazo derecho y su prima April, hermana de Nick, del izquierdo. Miró de soslayo a April mientras alcanzaban el último peldaño que les daba acceso a la mansión de los Greenwood. Estaba radiante con su pelo castaño claro recogido en un verdadero nido de bucles en la coronilla, esa expresión expectante de quien está a punto de descubrir algo nuevo, y la respiración agitada por el nerviosismo.

Para April era su primera temporada, y ese su primer gran baile antes del que se celebraría en su propia mansión en su honor. Los Hamilton, especialmente la abuela, parecían haber volcado en ella todas las expectativas, ansiosos porque al fin un gran título pudiese entrar en la familia, aportándole el prestigio que tanto se les resistía. Puede que los Hamilton fuesen respetados, pero nada comparable con lo que ocurriría si llegasen a emparentar con un conde o un marqués, hasta un vizconde les serviría a estas alturas, habiendo sepultado Clarice sus esperanzas tras verse rechazada por el conde de Rutherford. Como si ella hubiese tenido algo que ver en el asunto.

Ser la marginada del baile era algo nuevo para Clarice. Marian Greenwood, la condesa de Hardwick había estrechado su mano entre las suyas más tiempo del necesario mientras se saludaban y se había mostrado extremadamente amable. Era más que obvio que, aparte de la camaradería femenina que caracterizaba a esta mujer de carácter, la condesa había querido dejar bastante claro a ojos de sus invitados que estaba con ella, y que el hecho de no haber podido «retener» al hombre que se suponía que estaba destinado para ella no la hacía alguien inferior.

Pero sus buenas intenciones se habían quedado en nada. Podía sentir las miradas de insana curiosidad sobre ella. Todos se preguntaban qué habría de malo en la hermosa Clarice para que ese hombre que había pasado más tiempo del razonable intentando cortejarla la hubiese cambiado por otra de un plumazo.

La bonita, la correcta, la solicitada Clarice se encontraba sola junto a unos enormes macetones intentando pasar desapercibida, con el carné de baile vacío y el alma en los pies.

En cambio, su prima sonreía mientras bailaba una cuadrilla con un joven bien parecido. La tía Margarite había hecho muy bien su trabajo. Todos aquellos que contemplaban embelesados la sonrisa dulce y taimada de la más tierna de las debutantes solo podían ver en ella a un ángel. Nadie sospecharía que tras su apariencia delicada se escondía una niña malcriada y caprichosa, incapaz de gestionar las negativas ni los reveses de la vida, y que resolvía todo a base de berrinches. Igual que nadie sospechaba tampoco que Nicholas, por mucho que ella lo quisiera, era incapaz de pensar en nadie que no fuese él mismo. Ninguno tenía mal corazón, al contrario. Pero eran incapaces de ver más allá de sus propios deseos y comodidades. En el caso de Nick era aún más preocupante. Sus anhelos carnales y su displicencia se antepusieron a cualquier pensamiento racional, y no se había molestado en pensar que el día en que tuviera que tomar las riendas de su familia y sentar cabeza estaba más próximo de lo que imaginaba, especialmente ahora que tío Maurice había vuelto a Londres para tomar su lugar como cabeza de familia.

La señora Hamilton estaba cansada de recorrer los salones de baile, las salitas de té y los palcos de los mejores teatros exhibiendo las bondades de Clarice. Se había relajado al pensar que su trabajo había dado sus frutos al saber del interés del conde de Rutherford en su nieta. Había bajado la guardia, no se había molestado en buscar otro pretendiente que acicateara su interés, no se había asegurado un repuesto por si algo salía mal. Y ahora Clarice estaba señalada como la mujer a la que Rutherford no quiso. El orgullo de la señora Hamilton no podía soportar ese escarnio, y se había escudado en su delicada salud para esconderse de esas miradas condescendientes, de los comentarios lastimeros que escondían pullas hirientes. Delegar en su hijo Maurice la responsabilidad era un alivio. Él no se dejaría llevar por sentimentalismos o gustos. Era como un perro de presa que una vez concentrado en un objetivo no variaba su rumbo ni un ápice. Si su misión era encontrar un marido para la joven, antes de que las malas lenguas dilapidaran su imagen o se convirtiera en una solterona, lo haría de manera eficaz.

Clarice no estaba demasiado contenta con ese giro de los acontecimientos. Soportar las presiones de su abuela ya había sido bastante duro. La anciana había resultado ser más lista que ella y había detectado las señales constantes que indicaban que entre el conde de Rutherford y Vivian Carpenter estaba surgiendo algo especial, mientras Clarice se había negado a pensar que su mejor amiga fuese capaz de traicionarla de esa manera. Aun así y casi sin querer, había empezado a ambicionar de manera desesperada lucir el anillo de pedida en su mano. Nunca había sentido nada especialmente fuerte por Marcus; su carácter desapasionado y su manera fría de tratarla no habían conseguido despertar en ella ese ardor incontrolable, ese deseo, ese afecto que ella anhelaba vivir. Pero no había nada que impulsara más el deseo que el miedo a perder algo, y las palabras cargadas de veneno de su abuela habían hecho que ella misma se lanzase a la caza del conde con más ahínco. Aunque todo había quedado en una tímida intención. Lo que sentían Vivian y Marcus era demasiado fuerte para poder luchar contra ello.

En un rincón del salón su tío charlaba con varios caballeros y la imagen le resultó descorazonadora. Maurice hizo un comentario inclinándose hacia delante para darle un tono confidencial a lo que decía y los caballeros que le acompañaban, la mayoría bastante entrados en

años, giraron sus cabezas a la vez, buscándola con la mirada. Se sintió como un trozo de carne expuesta en uno de los comercios del mercado de Covent Garden. Solo faltaba que vociferara a todo pulmón que estaba en el mercado, que su sobrina era la silenciosa y obediente esposa que cualquier hombre podría desear para que todos pujaran por ella. Miró a su alrededor e identificó al menos a media docena de jóvenes que, como ella, eran exhibidas por su familia. Ese juego del que ella había participado voluntariamente ahora le parecía obsceno. Aunque puede que el término «voluntario» no fuese el más acertado. ¿Acaso una joven de su edad tenía otra opción? ¿Acaso la muchacha del vestido azul claro que agachaba la cabeza sonrojada, mientras un caballero que claramente no le agradaba la arrastraba hasta la pista tenía otra opción? Probablemente no. Como tampoco la tendría esa muchacha que a su derecha asistía muda e inmóvil a la conversación que tenía lugar entre su padre y un posible candidato, un joven con aspecto de sapo y actitud pedante, que la observaba con descaro mientras su progenitor le hablaba de las magníficas propiedades que poseía en el campo.

Clarice tomó aire intentando deshacer el nudo de su estómago. Parecía que su cabeza hubiese experimentado una sacudida, una suerte de clarividencia que antes había ignorado. Levantó la cabeza y observó a su tío, que, tras darle una palmada en el hombro a uno de los caballeros, concretamente el más encorvado de todos, comenzó a avanzar hacia ella en su compañía. El hombre sonrió al cruzar la mirada con la suya y una hilera de dientes oscuros y torcidos quedó a la vista. En un acto instintivo, Clarice retrocedió hasta que su pie se encontró con un objeto blando y un gruñido ronco. Apenas levantó la vista para encontrarse con el brillo de unos ojos ámbar, que hubiese estado encantada de observar con más detenimiento. Una especie de sacudida la estremeció como si hubiese visto esos ojos mil veces. Pero no tenía tiempo que perder. La necesidad de escapar de su destino, aunque fuese momentáneamente, la hizo esquivar al desconocido y a varias parejas que charlaban amigablemente. Recordó la sala de música que estaba al final de uno de los interminables pasillos, ya que había acompañado a su amiga Isabelle en sus visitas a la condesa en más de una ocasión y le pareció un lugar perfecto para esconderse unos minutos... o el resto de su vida. Se sujetó el ruedo de la falda y caminó a grandes zancadas por los pasillos desiertos con el sonido de su respiración como única compañía mientras el corazón retumbaba en sus sienes. Puede que por eso sus oídos no percibiesen los susurros y las risitas cómplices de una pareja que se prodigaba arrumacos cobijados en la penumbra. Clarice dobló la esquina ansiosa por llegar a algún lugar solitario y se detuvo en seco al encontrar al conde de Hardwick subiendo la falda de su esposa con la cara enterrada en su cuello. Marian Greenwood ahogó un jadeo al verse descubierta en una situación tan indecorosa en su propia casa, aunque fue consciente de que Clarice estaba más mortificada que ella en ese momento. Andrew Greenwood se separó con tanta urgencia de su mujer que ella se tambaleó ligeramente al perder el punto de apoyo. Se cuadró, y llevado por la fuerza de la costumbre realizó una reverencia a su invitada, a pesar de lo ridículo que resultaba aquel formalismo en semejante situación.

—Yo... discúlpenme. Lo siento, solo... —Clarice se giró para huir de allí pero Marian la detuvo llamándola por su nombre.

Dedicó una mirada más que elocuente a su marido, que se marchó sin decir nada arreglándose el nudo de su pañuelo en un intento de recuperar la compostura.

Clarice bajó la mirada sospechando que a pesar de la escasa iluminación el sonrojo de sus mejillas era más que evidente. Levantó la cabeza al sentir que la condesa cogía sus manos entre las suyas y se las apretaba en un gesto cómplice y se sorprendió al verla mordiéndose el labio, y

con un sonrojo equiparable al suyo. Marian se limitó a encogerse de hombros y sin poder evitarlo ambas se echaron a reír.

—Lo siento muchísimo, lady Hardwick. Solo quería... Oh, Dios. Le prometo que no he visto nada. Y si lo hubiera visto mi mente lo borraría inmediatamente.

Marian volvió a reír de manera escandalosa y Clarice temió haber metido la pata.

—No debería haberme dejado llevar —suspiró resignada ante su propia falta de ceremonia mientras se llevaba una mano a su peinado para asegurarse de que todo estaba en su sitio—, pero supongo que siempre seré una condesa escandalosa e inapropiada. Y la verdad es que me importa un bledo.

—Uno debería poder comportarse como le apeteciera en su propia casa —concedió Clarice, aunque prodigarse afectos en los pasillos con la mansión llena de invitados era demasiado hasta para la condesa de Hardwick.

—Todas esas comadreas que se comen mis canapés, se beben mi champán y me critican a mis espaldas no piensan lo mismo. Pero no me importa, en serio. Solo he organizado este baile porque mi cuñada Crystal necesita entrar en el mercado matrimonial, al menos eso es lo que opina su madre, yo la veo muy bien tal como está.

Clarice se rascó la nuca con delicadeza, todavía un poco avergonzada por haber sido sorprendida deambulando por la mansión y se vio obligada a justificarse.

—No debería estar aquí, yo solo quería...

—Aire. —Marian terminó la frase por ella esbozando una sonrisa comprensiva—. Te entiendo muy bien, Clarice. Sé cómo te sientes, pero esto pasará.

—Sí. Solo tengo que conseguir atrapar a un buen partido y todos los que ahora me miran con recelo volverán a acogerme como si fuese el hijo pródigo —dijo con un tono cargado de acidez. Sintió el ardor de las lágrimas amenazando con derramarse pero tomó aire con fuerza, como había hecho mil veces, y parpadeó para recuperar la serenidad que se esperaba de ella—. Lo siento.

—No te disculpes. Si necesitas serenarte puedes quedarte el tiempo que desees en cualquiera de las salas. —Marian apoyó la mano en su hombro y lo apretó con suavidad—. Tengo que atender a mis invitados o me declararán oficialmente la peor anfitriona de la temporada. —La condesa emprendió el camino de vuelta al salón dejando allí a una indecisa Clarice que no sabía si era decoroso o no aceptar aquel ofrecimiento, pero se detuvo antes de torcer la esquina—. Y ven a verme cualquier día; tomaremos un té, charlaremos de cosas trascendentales y nos pondremos al día de los chismes más jugosos.

Tras esto se perdió por el pasillo dejando a Clarice en un silencio que le resultó asfixiante. Se dirigió hacia la sala de música pero al sujetar la manivela de la puerta sintió que ni todo el aire de la casa sería suficiente para llenar el vacío de su pecho. Continuó andando sin saber muy bien hacia dónde se dirigía hasta llegar a una estrecha puerta de madera al final del corredor. La abrió y suspiró aliviada al notar el aire helado de la noche sobre su cara. Salió al exterior y se encontró en un discreto jardín carente de la ostentosa propia de los jardines de las casas nobles. Caminó ignorando el frío hasta encontrarse con un muro de piedra cubierto de hiedra y un pequeño banco de forja. Se apretó las sienes intentando detener el martilleo pero sus pensamientos cruzaban por su cabeza a toda velocidad, torturándola. La imagen de los condes de Hardwick, de su pasión, tan incontenible que los había llevado a esconderse en un rincón para abrazarse como si fueran dos adolescentes que acaban de descubrir el amor, se había quedado grabada en sus retinas. Pensó en Isabelle y Sebastian, en la luz que se reflejaba en sus ojos

cuando se miraban, en la forma velada en la que ella hablaba de la atracción que existía entre ellos, e, inevitablemente, también pensó en Marcus y Vivian. Él, oculto por esa faceta gazmoña y puritana que mostraba ante los demás, nunca había despertado su deseo. Pero desde que sabía que tras él se escondía el Jefe, el dueño de uno de los clubs nocturnos más perversos de la ciudad, no había podido evitar imaginar cómo hubiese sido su vida con él.

Su abuela, con la ayuda de sus institutrices, había aniquilado cualquier impulso que la hiciera flaquear. Porque de eso se trataba: de ser decente, de vencer al pecado, de no dejarse doblegar por los impulsos de la carne, por el demonio que cabalga impunemente por las venas de las jóvenes ingenuas.

«Siéntate con la espalda recta, Clarice. Una postura relajada implica debilidad de carácter».

«No sonrías tan abiertamente, Clarice. Los hombres podrían pensar que eres una desvergonzada».

«No des tu opinión, Clarice. Cuando te la piden solo te están poniendo a prueba».

«No hables, no mires, no sientas, no desees... ni siquiera pienses, Clarice».

«Mantente fría, serena, decente... muerta».

Y durante la mayor parte de su vida ella había pensado que ese era el camino correcto. No solo había que ser decente, sino parecerlo. Pero ¿la decencia era sinónimo de honradez? No había vivido lo suficiente para saberlo, siempre cobijada bajo el ala protectora y mutiladora de su abuela. Ahora, en cambio, con el camino que había creído firme y seguro desbaratado bajo sus pies, de lo único que estaba segura era de que no tenía ni idea de lo que era correcto y lo que no.

¿Acaso alguien decente y honrado sentiría la envidia que le apretaba las entrañas en estos momentos, ponzoñosa y amarga, nublándole el buen juicio? Aceptarlo era sin duda un paso hacia delante a pesar de que le hacía sentir mezquina. Lo reconocía, al menos ante sí misma. Sentía envidia de Marian Greenwood, de Isabelle Morton y de Vivian Bowden, de la forma en la que sus esposos las deseaban, las veneraban y las admiraban, y detestaba no poder ser una de ellas. Tendría que conformarse con convertirse en la esposa de uno de esos caballeros con los que su tío se relacionaba, alguien elegido en función de su riqueza, sus contactos o su grado de amistad. Y eso no era para nada halagüeño. En su mayoría se trataba de hombres que solo veían en ella el receptáculo apropiado para engendrar a su prole, un complemento bonito para su apellido o su título y en otros muchos casos una dote generosa. ¿Le importaría a alguno de ellos su forma de ser, siempre que no se saliese de los cánones establecidos, sus gustos o sus preocupaciones? Todo ello le resultaba inquietante pero lo que de verdad la torturaba era la idea de entregarse a uno de esos hombres. Cómo podría compartir el lecho con alguien por el que no sintiese el más mínimo deseo, alguien que la tratase como un simple cuerpo con el que saciarse. La sola idea la enfermaba. Los pensamientos se arremolinaron en su interior, cargándola de una energía oscura capaz de devastarla. Se sintió aturdida e indefensa y apretó los puños con fuerza. Necesitaba gritar y sacar todo ese fuego negro que la quemaba de dentro a fuera, y lo hizo. Gritó con todas sus fuerzas hasta que sus cuerdas vocales escocieron y sus sienes palparon.

Cuando el silencio cayó de nuevo sobre ella, miró a su alrededor con la respiración agitada. Estaba en un extremo de la mansión alejado del salón de baile donde los invitados disfrutaban de la velada, y en las ventanas que daban al exterior solo había oscuridad, por lo que estaba segura de que su grito no había alertado a nadie. Hasta que la puerta por la que había salido al pequeño jardín se abrió con tanta fuerza que hubiera jurado que estaba punto de salirse de sus goznes y en el umbral apareció el hombre más intimidante que había visto nunca. Dio un paso hacia atrás pero no había demasiado espacio para huir y mucho menos esconderse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el desconocido dando un paso hacia ella sin dejar de mirar alrededor intentando encontrar la amenaza que la había hecho gritar de esa manera, mientras por instinto se palpaba la navaja que llevaba en una funda oculta junto a sus costillas.

—Sí, perfectamente —respondió con el tono más glacial que pudo encontrar. Debería haberse ruborizado ante su intenso escrutinio, pero en lo único que podía concentrarse era en fingir que el grito no había salido de su garganta, cosa imposible teniendo en cuenta que no había nadie más por allí. Su abuela sufriría un ataque si se enterase que había perdido la compostura de esa forma.

Entonces cayó en la cuenta de que bajo ningún concepto era aceptable que estuviese a solas con un desconocido. Tenía que volver a la protección del salón aunque eso supusiese tener que tolerar la presencia de su tío Maurice y poner buena cara ante sus amigos.

Oliver se estremeció de frío en cuanto la primera bocanada de aire traspasó sus gruesas ropas. Maldición, se suponía que estaban en primavera y sin embargo no podía deshacerse de esa humedad que le calaba los huesos. Era un hombre duro curtido en la cubierta de un barco, y había pasado tantos años soportando la lluvia y el aire gélido que a menudo azotaba sin piedad en alta mar como para estar más que acostumbrado. Pero el clima de Inglaterra era distinto, o puede que fuese algo mucho más visceral, una especie de mal augurio, algo que le había trastocado desde que pisó tierra, erizándole la piel y provocándole estremecimientos que nacían en la base de su espalda.

Esa chica de apariencia delicada que le había machacado el pie por accidente en su apresurada salida era lo único que había conseguido caldearle el ánimo desde su llegada, pero a juzgar por su cara de pánico no parecía demasiado receptiva a iniciar una conversación con él. Continuó avanzando hasta situarse junto a una de las antorchas que iluminaba el jardín y Clarice pudo ver el destello de sus ojos de color ámbar. Solo entonces se dio cuenta que era el hombre al que había pisado sin querer.

—Espero que no me haya seguido hasta aquí, señor. Le ruego que me perdone por el pisotón. Si me disculpa, he de volver —anunció ignorando cuánto le imponía la presencia de ese hombre de una manera inexplicable.

—Espere. Solo quería asegurarme de que estaba bien, me pareció que... —Oliver se detuvo sin saber muy bien cómo justificarse por haberla seguido. Se había dejado llevar por la curiosidad y por uno de esos temerarios impulsos que a veces le dominaban y que nunca traían nada bueno. Y esta vez el impulso había sido mucho más fuerte de lo normal—. ¿Por qué ha gritado? ¿Algo la ha asustado? ¿Un ratón, tal vez?

Ella pareció ofenderse ante la suposición y se recogió el ruedo de las faldas para esquivarlo y marcharse.

—Es lo que se espera de una damisela, ¿verdad? Que griten despavoridas por la presencia de un simple roedor.

—No pretendía ofenderla —se excusó, tensándose ante la actitud arisca de la joven y comenzó a arrepentirse de haberse dejado llevar por su maldita curiosidad—. Creo que no hemos empezado con buen pie. —Sonrió esperando que ella captara la broma, sin embargo la vio fruncir el ceño—. Permítame que me presente. Soy...

—Es evidente que no es usted inglés. Solo alguien que no estuviese educado en nuestras costumbres ignoraría que es totalmente inadecuado presentarse uno mismo. —Clarice se dio cuenta que estaba utilizando el mismo tono severo que usaba su abuela y no supo cómo debería

sentirse al respecto—. Todo esto es inadecuado, de hecho. Buenas noches, señor.

Clarice se dirigió hacia la puerta pero antes de llegar el pesado chal de terciopelo que llevaba sobre los hombros resbaló hasta el suelo. Se agachó de inmediato para recogerlo al mismo tiempo que ese desconocido lo hacía también. Sus dedos se rozaron accidentalmente al tocar la tela y el leve contacto provocó una especie de corriente que la impulsó a levantarse súbitamente. El rápido movimiento pilló a Oliver Thorne, un hombre que presumía de estar siempre alerta, completamente desprevenido, y apenas pudo mantener el equilibrio cuando la cabeza de Clarice chocó con un golpe seco contra su mandíbula.

Avergonzada por su desatino se marchó musitando unas disculpas que nadie oyó, dejando al desconocido aturdido en el jardín. Se alejó por el pasillo haciendo un verdadero esfuerzo por no echar a correr mientras se palpaba la cabeza para asegurarse que no se le hubiera clavado ninguna horquilla, aunque en esos momentos se sentía tan mortificada que no era capaz de notar el dolor.

Minutos después, Oliver volvió al salón frotándose el mentón dolorido y con la lección bien aprendida. El clima inglés no era lo único gélido en aquel maldito país.

En cuanto llegó al salón, Clark lo abordó con una sonrisa triunfal.

—Puede que esta vez hayamos encontrado a los Hamilton que buscas.

Oliver ni siquiera se permitió sonreír. Desde que llegó a Inglaterra había estado dando palos de ciego. Había sido un ingenuo al pensar que encontrar lo que estaba buscando le resultaría fácil. Ojalá que esta vez hubieran encontrado el hilo del que tirar.

*L*ord Edevane. El nombre se había repetido como un eco, desplazándose sobre las cabezas de los invitados como la espuma que corona una ola en el mar. Todos querían verlo, oírlo, estrechar su mano, ver su comportamiento para diseccionarlo minuciosamente en cuanto desapareciera de su vista.

No había nada más apetecible que un buen cotilleo, y en una sociedad bastante endogámica, se agradecía que de vez en cuando llegara sangre fresca de la que alimentarse. Nadie apreció que los condes de Hardwick parecieran más preocupados en estar pendientes el uno del otro, dirigirse miradas cómplices y hablarse al oído, que en relacionarse con sus ilustres invitados. Su empalagosa relación resultaba vulgar a los ojos cínicos de la turba. En cambio, la noticia de que el ilustre marqués de Edevane había tenido una relación fuera del matrimonio de la que había nacido un hijo bastardo que ahora había reclamado el título era realmente fascinante. Poco importaba que la reina tuviese la última palabra al respecto, y que esa palabra probablemente fuese una negativa rotunda, los hermanos parecían haberse puesto de acuerdo en que fuera ese desconocido quien ejerciera de marqués aunque por el momento la cesión solo fuese de nombre.

Todos escudriñaron la expresión de David Clark, el legítimo heredero, esperando ver algún gesto de pesar, envidia o desconcierto. Sin embargo, muy al contrario, la sonrisa que mostraba mientras presentaba a su supuesto hermano bastardo, franqueándole el camino hacia una posición privilegiada dentro de la buena sociedad, era de satisfacción. Clark parecía haberse librado de una pesada carga, y se podía intuir en sus ojos astutos, en los que apenas quedaba nada del joven que se marchó de Inglaterra unos años antes. Después de todo no era ningún secreto que el marqués y su hijo nunca tuvieron buena relación, si bien chirriaba un poco que se hubiera desprendido de los bienes que le pertenecían junto con el título en pos de un desconocido.

No había ni una sola familia que no los invitase a tomar el té, a dar un paseo por Hyde Park a caballo, a visitar los diferentes clubs de caballeros. Lord Edevane se había convertido en la sensación de los salones, y no se necesitaba ser muy listo para intuir que haber dejado caer aquí y allá, que la fortuna de los Edevane se había multiplicado significativamente tenía mucho que ver. David Clark también había visto aumentada su popularidad en tiempo récord, a pesar de que siempre había sido un caballero del que las madres con hijas casaderas huían como de la peste a cuenta de su fama de pícaro sinvergüenza. Pero quién podía resistirse a acunar y consolar al pobre heredero despojado de su título, habiendo mostrado tal nobleza de corazón. Tal y como habían previsto, las puertas de Londres estaban abiertas para los Edevane, y eso incluía las de la familia Hamilton.

—Pues yo no vi ningún parecido con el viejo marqués —apuntó tía Margarite dando un sorbito a su taza de té, sentada elegantemente en una incómoda silla, en el salón de la abuela Hamilton.

—No todos los hijos deben ser copias exactas de sus padres. Puede que se parezca a su madre,

dicen que era española —apuntó el tío Maurice, supervisando cómo Leslie, su servil ayudante, cortaba en pedacitos su porción de pastel. El joven levantó el tenedor colocando la mano debajo por si caía un poco de crema, y como si fuera lo más habitual del mundo acercó la cuchara a la boca de Maurice.

La señora Hamilton dedicó a su hijo una mirada asesina y este alejó la mano del sirviente con un discreto ademán. Leslie dejó el cubierto en el plato y tomó su posición habitual, un par de pasos detrás de Maurice, como si fuese una pálida y desconcertante sombra.

Nick miró a su prima Clarice significativamente, mientras su madre continuaba poniendo al tanto a su suegra sobre los pormenores de la noche, no porque tuviera una relación demasiado fluida con ella, sino porque la señora Hamilton era la encargada de financiar la temporada de April, y quería conocer cada uno de sus avances.

—Este tipo me pone la piel de gallina —susurró Nicholas al oído de Clarice, refiriéndose a Leslie.

—A mí también —afirmó ella inclinándose ligeramente hacia él—. No se separa de él ni un instante. A veces pienso que duerme acurrucado sobre la alfombra junto a su cama como si fuera un perrito.

Nicholas estuvo a punto de atragantarse con el té por culpa de una carcajada traicionera y todos los ojos, incluyendo los de Leslie, tan oscuros y siniestros como la noche, se clavaron en ellos.

—Quizás podríais compartir eso tan divertido con todos nosotros. —La abuela habló con tono agrio y dio un golpe con su bastón sobre la alfombra para enfatizar la orden.

—En realidad... —Nicholas dejó la taza en la mesa y se arregló la chaqueta para ganar tiempo y que no se le volviera a escapar otra risita inoportuna—. Le comentaba a mi querida prima que he tenido oportunidad de conocer al nuevo lord Edevane.

Todos los ojos se dirigieron hacia él y se reclinó en el asiento, satisfecho.

—Yo también lo conocí —intervino su hermana April—. Lady Hardwick nos lo presentó a mamá y a mí, y me resultó muy amable. Quizás se anime a visitarme.

—Hay otros partidos mucho más aceptables que ese, April. —Su madre dejó la taza sobre la mesa visiblemente contrariada—. No debes dejarte influir por la buena planta de un caballero, al fin y al cabo, desconocemos cómo ha sido educado. Lo único que sabemos es que su madre era española y que no ha sido criado en Inglaterra. Eso no nos da ninguna garantía, ¿no le parece, abuela?

—Es un marqués. —La señora Hamilton se perdió un momento en sus pensamientos—. Supongo que tendrá suficiente dinero para pulir sus modales. Esperemos a ver qué noticias vienen de la corte a este respecto, la temporada acaba de empezar y April va camino de ser una de las debutantes más codiciadas.

La joven se sonrojó y bajó la cabeza con timidez, evitando mirar a Clarice directamente. No podía permitir que le ocurriese lo mismo que a ella bajo ningún concepto; su intención era desposarse con un buen partido cuanto antes, pero anhelaba poder opinar al respecto, poder elegir a alguien joven y bien parecido que al menos le resultase agradable, algo que Clarice ya no podría hacer. Su prima no podía dilatar más el momento de comprometerse y eso significaba que no podrían andarse con exigencias. Cuando April levantó la cabeza encontró la mirada triste de Clarice, que parecía haber leído sus pensamientos.

—Con permiso, voy a retirarme a descansar, abuela. —Clarice se levantó y se estiró las faldas con gesto pausado.

Tras despedirse de sus familiares giró sobre sus pasos para abandonar la sala, pero la mano de

su abuela se aferró a su muñeca como una garra, obligándola a inclinarse hacia ella.

—Tu tío me ha dicho que anoche desapareciste, impidiendo que te presentase a uno de sus amigos. —La hiel subió por la garganta de Clarice, y tragó saliva en un inútil intento de contenerla—. Sé obediente, Clarice. No me decepciones.

Clarice asintió con la cabeza y salió de la sala con el tacto frío de su abuela aún en su piel. Se frotó la muñeca intentando que el calor volviera a circular por sus venas pero no lo consiguió. «Sé obediente, Clarice». ¿Acaso sabía ser de otra manera?

Mientras se dirigía a su habitación, recorriendo aquel lúgubre pasillo lleno de puertas cerradas, con el frío extendiéndose por sus venas como una plaga, no pudo deshacerse de la sensación de que unos ojos invisibles la observaban. Sintió la tentación de girarse para comprobar que no había nadie más allí, pero sabía que, como tantas otras veces, se encontraría sola en aquel corredor. Apresuró el paso hasta llegar a la soledad de su dormitorio y se apoyó en la puerta cerrada con el corazón latiendo con fuerza y las palabras de su abuela resonando con fuerza.

«Sé obediente, Clarice». ¿Acaso podía permitirse otra cosa?

Casa de los Hamilton, 35 años antes

Agnes corrió por el pasillo con el corazón martilleando su pecho. Cerró la puerta haciendo un esfuerzo para que ningún ruido la delatase, y apoyó la espalda en la madera. Unos segundos después los pesados pasos de su hermano resonaron en el pasillo de camino a su habitación. Esta vez había estado cerca, muy cerca. Deberían ser más precavidos, pero ni Percy ni ella podían hacer nada para contener su deseo y su necesidad de estar juntos. Se habían citado en la pequeña sala de música que había cerca de la escalera de servicio, aprovechando que su madre se había ido pronto a la cama y sus hermanos habían salido, y, como siempre ocurría, una cosa había llevado a la otra, un beso se había encadenado al siguiente, y sus manos se habían buscado con desesperada entrega. Hasta que el sonido de un carruaje en la puerta les advirtió de que estaban a punto de ser descubiertos.

Percy insistía en que aquello no estaba bien, que tenía que olvidarse de él y afrontar su próxima presentación en sociedad. Ella merecía una vida acomodada, llena de lujos y un apellido prestigioso que la catapultara a lo más alto de la buena sociedad.

¿Qué podía aportarle un simple sirviente que apenas sabía contar a una mujer como ella, que tenía el mundo entero a sus pies? La señora Hamilton estaba empecinada en buscarle un marido con título, no era ningún secreto, y sus hermanos ya estaban extendiendo su red de contactos para averiguar qué caballeros eran los más adecuados, más ilustres, más decentes, más ricos.

Pero ella era demasiado ingenua para atender a razones.

Cada noche hablaban de lo que harían cuando se fugasen juntos, alejados de la influencia y la mano estricta de su madre. En realidad era ella la que fantaseaba con una casita en el campo con un pequeño jardín lleno de flores y media docena de niños alegres y ruidosos correteando por él. Ella haría mantequilla, pasteles, y cultivaría el huerto que tendrían detrás de la casa, y lo esperaría cada día para recibirlo con un beso y su mejor sonrisa cuando volviera del trabajo.

Percy soñaba con que aquello se hiciese realidad, pero sabía que los Hamilton no permitirían que ella se saliese del redil. Tenía su papel perfectamente definido dentro de la jerarquía familiar y tendría que cumplirlo. Pero ¿cómo no enamorarse de ella?

Agnes era un verdadero ángel, con su pelo de color castaño y esos reflejos rojizos que le arrancaba la luz del sol. Lo que más le gustaba de ella eran sus preciosos ojos grises, que le recordaban al mar en calma que solo había visto una vez en su vida. Su piel era clara y perfecta, y su voz sonaba tan dulce que era imposible no sentirse embrujado por ella. Era muy fácil dejarse llevar por ese ensueño, por la pasión inocente de ambos, que, ingenuos, creían poder controlar. Pero casi sin ser conscientes de ello en cada encuentro avanzaban un paso más hacia ese abismo que los engulliría en cualquier momento. Un minuto más, un beso más, un trocito más de piel que acariciar. Ambos estaban firmando una sentencia que los condenaría más pronto que tarde y no se veían capaces de detener.

¿Cuántos Hamilton habría en Londres? ¿Cuántos Hamilton vivirían en la zona noble de la ciudad? El capitán Thorne se maldijo por no haber podido obtener más información, pero la salud de su padre se encontraba muy deteriorada cuando le habló de ellos.

Volvió a pedirle al lacayo que rellenara su copa, y esta vez se tomó la libertad de quitarle la botella y dejarla junto a él. Si el imbécil que los acompañaba esa noche seguía hablando de esa manera, la necesitaría, y no sabía bien si la usaría para beberse su contenido o para estampársela en la cabeza. La cháchara incesante de Nicholas Hamilton estaba aturdiéndolo, y si no fuera porque el alcohol le estaba soltando la lengua, hacía rato que Oliver y David lo hubieran despachado de su mesa para disfrutar sin interrupciones de los placeres que el club Dark les ofrecía.

Durante la fiesta en casa de los Greenwood, David se había cruzado con Nick sin reconocerlo. Habían coincidido durante un brevísimo periodo de tiempo en uno de los internados en los que el marqués había inscrito a su hijo, pero teniendo en cuenta que David conseguía ser amonestado y posteriormente expulsado a una velocidad vertiginosa de cada uno de ellos había olvidado a la mayoría de los chicos con los que se había coincidido. En realidad, había conseguido no pensar demasiado en la mayoría de los acontecimientos que habían ocurrido antes de que sus pies pisaran la cubierta del Odiseum, pero algunos recuerdos se habían aferrado como una telaraña pegajosa a sus entrañas, curiosamente los que más dolían. Hamilton sí lo recordaba, había sido uno de esos alumnos jóvenes que admiraban a los chicos malos como David con la esperanza de parecerse a ellos en el futuro, y en cuanto lo vio lo saludó efusivamente, como si hubieran sido los mejores amigos.

Clark puso los ojos en blanco cuando Nick volvió a eludir una de sus preguntas referentes a su familia, derivando la conversación de nuevo hacia los prósperos negocios que David y Oliver le habían ofrecido para hacerle picar el anzuelo.

El capitán estaba empezando a perder la paciencia y lo único que le apetecía era dirigirse a una de las mesas donde se desarrollaban las partidas de cartas, no en vano el Dark era conocido por ser un lugar donde se podía ganar una verdadera fortuna si la suerte te sonreía. Estaba a punto de levantarse cuando Nick al fin dijo algo interesante. Estaba muy interesado en que el nuevo marqués conociera a su hermana y se ofrecía de mediador y acompañante en el caso de que quisiese visitarla.

Oliver lo miró con los ojos entrecerrados y asintió. Nicholas Hamilton parecía un auténtico estúpido, un charlatán que desde que se habían sentado a tomar la primera copa solo había hablado de sus numerosas conquistas, de su vida disoluta y de lo mucho que podía aportarles si decidían incluirle en sus negocios. La discreción no era su fuerte, desde luego, y le había parecido un fanfarrón falto de luces. Pero sería muy estúpido si no aprovechara la posibilidad que le ofrecía, cuando era justo eso lo que había pretendido de él. Poder iniciar un cortejo o al

menos un acercamiento con la chica de los Hamilton le permitiría adentrarse en su hogar, conocer los entresijos familiares, descubrir sus secretos, y eso era justo lo que había pretendido al aceptar el alocado plan de Clark de hacerse pasar por el nuevo marqués. No iba a desperdiciar esa oportunidad aunque para ello tuviese que soportar que Nicholas se convirtiera en su sombra. Se terminó la bebida de un trago y le dio una palmada con fuerza a Clark a modo de despedida.

—Todo tuyo.

Clark gruñó algo inteligible, probablemente un insulto, por tener que quedarse y hacer de niñera de ese patán, pero le debía lealtad a su capitán hasta en las situaciones más inofensivas, y esa era una de ellas.

Oliver se estremeció al salir al exterior y sentir el aire helado filtrándose por sus ropas. Buscó un coche de alquiler y se dirigió al puerto. Por muy suaves que fueran las sábanas de la mansión de los Edevane, por enormes que fuesen sus chimeneas y por firmes que resultasen sus suelos de mármol, necesitaba pisar la cubierta de su barco. Era lo único que le había pertenecido por completo, que se había ganado con el sudor de su frente, su hogar y el hogar de todos los hombres que trabajaban para él. El Odiseum le ataba a lo que era, como una bofetada de realidad que le recordaba que el dinero, los placeres y los lujos eran efímeros. Solo era un hombre, un hombre con principios férreos, con un sentido del honor mucho más básico y real que el puñado de estúpidas normas que representaban a aquella sociedad superficial, más parecida a una pantomima.

Sus hombres, que bebían en la cubierta, en su mayoría cobijados bajo unas gruesas mantas, lo recibieron con un coro de vítores y saludos ebrios. Oliver aceptó la botella de ron que alguien le tendió y dio un largo trago que le calentó las entrañas. Y por un breve instante se sintió en casa.

Oliver se removió en aquella silla demasiado pequeña para su envergadura mientras la delicada señorita April Hamilton le servía el té, bajo la atenta mirada de su madre. Cogió una pasta con forma de flor y una guinda en el centro, y se preguntó qué pensarían sus hombres si lo vieran en esa tesitura, esforzándose en recordar todas aquellas normas de conducta absurdas que David le había enseñado con tanto esmero. Miró a su alrededor intentando encontrar algo que le diera una pista, que le indicara que estaba en el lugar correcto. Las paredes estaban cubiertas con papel de color crema con ramilletes de florecitas, los sofás (que le resultaban ridículamente pequeños), tapizados en terciopelo color perla, estaban atestados de cojines de brocado y los muebles eran toda una ostentación de lacados en oro. Le resultó curioso que tanto la señora Margárite Hamilton como su hija encajasen a la perfección en aquel lugar, como si se tratase de una pintura al óleo. En cambio, él se sentía como si se hubiera colado por accidente en una casita de muñecas. Era demasiado alto, demasiado corpulento y su piel demasiado oscura para combinar con aquella profusión de telas refinadas y colores pastel. Aquello no se parecía en nada a la mansión algo lúgubre con altas chimeneas que parecían amenazar el cielo plomizo que su padre le había descrito en sus últimos días. Lástima que a esas alturas de su enfermedad ya no dispusiera de la lucidez y el tiempo suficientes para darle más detalles, para contárselo todo. Solo pudo arrancarle una promesa antes de exhalar el último aliento.

—¿Le gusta navegar, lord Edevane? —La vocecilla de April lo sacó de su ensimismamiento y captó por el rabillo del ojo que su madre asentía ligeramente, dándole el visto bueno por su iniciativa.

—Soy marino, como le he comentado tengo un barco y me dedico al comercio. Tendría un

serio problema si no me gustase el mar.

April miró a su madre con cara de preocupación, preguntándose si había metido la pata. No quería que ese hombre la tomase por estúpida, pero no podía evitar sentirse intimidada en su presencia. Era atractivo y amable, sin duda, pero su pelo oscuro y largo, su tez morena y sus ojos color ámbar le conferían un aire peligroso. Parpadeó al percatarse de que algo había brillado en su oreja derecha y se dio cuenta de que lucía un pequeño pendiente en ella. Si su aspecto ya era impresionante de por sí, ese detalle tan inusual en un caballero le daba aspecto de pirata. Dio un respingo ante la idea. ¿Y si se encaprichaba de ella, la raptaba y se la llevaba con él a alguna isla desierta en el Caribe? Un intenso rubor subió hasta su rostro y la taza que sujetaba empezó a tintinear en el plato.

—¿A usted le gusta navegar, señorita Hamilton? —preguntó Oliver.

—No —contestó con más énfasis del necesario—. En realidad solo he paseado en barca, en el lago Serpentine. ¿Lo conoce?

—No, todavía no he podido visitarlo. Desde que llegué el mal tiempo me persigue —sonrió con complicidad y a ella le pareció que acababa de lanzarle un hechizo—. Estaría encantado de que me acompañara si le place, cuando el tiempo lo permita. Con el permiso y la supervisión de su familia, por supuesto.

La muchacha intentó balbucear algo, mientras parecía ahogarse en ese mar de muselina color pastel que la cubría. Oliver rebuscó en su sesera algo inteligente que decir que los sacase de ese silencio tan incómodo, la madre de la muchacha carraspeó súbitamente enmudecida y el aire de la habitación se cargó de una tensión desagradable. ¿Se había precipitado? ¿Acaso no era una petición honorable? Puede que simplemente la chica no estuviese demasiado ilusionada con la idea de ser la acompañante de un hombre como él.

—Por supuesto que sí, lord Edevane —intervino al fin Margarite Hamilton ganándose una mirada de espanto de su hija—. Estaremos encantadas de acompañarle.

Oliver deseó poder retirar el ofrecimiento, deseó más bien no haberlo hecho nunca. Era obvio que April era demasiado joven e inexperta para lidiar con un hombre con aspecto de pirata, con un pirata en realidad, y la sola idea la aterrorizaba.

Por suerte para ellos la puerta de la sala se abrió de golpe atrayendo su atención y tras ella aparecieron Nicholas y David. Sin duda la discreción no era su fuerte, todo en él era escandaloso y excesivo cuando uno se acercaba un poco a él y miraba más allá de la fachada de niño bueno que se había fabricado.

—¿Qué le ha parecido la galería de retratos, lord... lord Edevane? Discúlpeme, no sé cómo debo llamarlo ahora que su hermano ha aparecido tan providencialmente.

—Llámeme como usted desee, señora Hamilton. —Clark se acercó a ella y tras coger su mano depositó en ella un casto beso con su habitual despliegue de encanto, consiguiendo que la dama se sonrojara—. En realidad, no hemos estado en la galería. Su hijo ha insistido en enseñarme su colección personal.

—¿La colección de armas? —preguntó dedicándole a su hijo una mirada de censura—. Las odio. He insistido mil veces en que se deshaga de ellas, pero ya ve.

David la miró de manera comprensiva. Era lo más normal del mundo que esa mujer tuviera aversión a las armas teniendo en cuenta que su marido había muerto bajo aquel mismo techo por un disparo accidental mientras limpiaba su propia escopeta. Lo que no lo era tanto era esa emoción casi morbosa que Nick mostraba por cada una de las armas que guardaba expuestas en vitrinas o en diferentes fundas de piel.

—Madre, no te enfades. Ya sabes que la mayoría las llevé a casa de la abuela. Solo conservo las que son especiales para mí.

Clark se preguntó si entre ellas estaría la que le voló la tapa de los sesos a su progenitor.

—¿Su abuela? —musitó Oliver para sí mismo—. ¿Tienen mucha familia, señora Hamilton? Siempre he apreciado las familias grandes, por desgracia la mía no lo ha sido.

Su tono inocente resultó muy convincente a ojos de los demás pero no para David que conocía ese brillo depredador de sus ojos color ámbar.

—Sí, milord. Tengo tres hermanas y dos hermanos pero la mayoría de ellos viven en Surrey. Y dieciséis sobrinos, algunos de ellos ya han creado su propia familia, por supuesto. De seguir así perderé la cuenta. —Oliver sonrió con amabilidad, aunque la respuesta no era en absoluto satisfactoria. Necesitaba saber más de la familia de su marido no de la de ella.

—Mi familia paterna, por desgracia, no es tan prolífica. Mi abuela, la señora Hamilton, vive no muy lejos de aquí con mi prima Clarice. Prácticamente la ha criado ella, ya que sus padres murieron siendo ella niña —apuntó Nick.

Oliver le dedicó una mirada significativa a su hombre de confianza. No sabía por qué, pero un extraño pálpito lo había sacudido, puede que fuera intuición o simple casualidad, pero tenía claro que estaba deseando conocer a esa otra señora Hamilton.

*E*l capitán Thorne sabía predecir los cambios de viento en alta mar, intuir la llegada de una tormenta observando la naturaleza a su alrededor, y manejar a una tripulación conflictiva con solo una mirada firme. Pero tenía que reconocer que moverse entre la alta sociedad le parecía todo un misterio. Sin embargo, a su hermano ficticio le resultaba tan sencillo como respirar. Sabía que David Clark era un pícaro que a pesar de su descaro siempre caía de pie. Era un superviviente, ambos lo eran a su manera. Solo alguien con tantos recursos como Clark, y una buena dosis de dinero, podría haber organizado una fiesta para un centenar de invitados en un espacio de tiempo tan breve. Nadie se atrevería a declinar la invitación y perderse el espectáculo que suponía contemplar a los Edevane juntos.

Clark seguía manteniendo su elegancia, su porte refinado y su apostura a pesar de los años pasados como parte de la tripulación del Odiseum, aunque el brillo travieso de sus ojos ya no conservaba esa pícara indolencia que le caracterizaba, había algo mucho más perverso en ellos, como si fuese capaz de escudriñar los secretos de todo aquel que tuviese delante. Su sonrisa eterna podía parecer inofensiva, pero mirando un poco más allá se podía percibir el hastío de quien ha vivido demasiado y ya no tiene nada que perder.

En cambio, solo un necio podía pensar que había algo inofensivo en Oliver Thorne. Era uno de los hombres más altos del enorme salón, sus hombros anchos denotaban que no pasaba las horas jugando el *whist* precisamente, pero no era solo su envergadura lo que resultaba intimidante. Todo él parecía rodeado de un aura oscura que resultaba imposible de ignorar. Su tez morena, su pelo, que seguía siendo más largo de lo que dictaba la moda, y el pendiente de su oreja le conferían un aspecto exótico, pero sin duda lo que marcaba la diferencia eran sus inquisitivos ojos de color ambarino. Si Clark parecía poseer la capacidad de ver el alma de las personas, Thorne tenía el poder de apoderarse de ellas y doblegarlas.

Oliver no estaba acostumbrado a sonreír demasiado. Al menos no de esa manera estúpida e impostada en la que lo hacían todos allí. En su vida cotidiana apenas tenía motivos para hacerlo, su realidad era demasiado dura para perder el tiempo en eso. Su ceño normalmente estaba fruncido por el peso de la responsabilidad y las arrugas entre sus cejas se habían convertido en una parte imperecedera de su rostro. No tenía un carácter agrio, y le gustaba compartir momentos de camaradería y risas con sus hombres cuando la ocasión lo permitía. Por eso lo respetaban y le juraban lealtad sin pensarlo dos veces, a pesar de su juventud, ya que acababa de cumplir los treinta años. El capitán Thorne tenía la capacidad de actuar de manera férrea e implacable y a la vez no perder su parte más humana. Como si fuera un padre. Los que le conocían sabían que jamás perdonaba una traición y el tributo a pagar era demasiado grande para arriesgarse a fallarle.

El hombre que latía dentro de la piel del falso marqués de Edevane no podía soportar la idea de vivir eternamente en un mundo como ese, lleno de superficialidad, sonrisas falsas y

preocupaciones absurdas. ¿A qué tipo de persona le importaba si alguien había hecho un comentario inoportuno sobre la vestimenta de cierto conde, o si alguna debutante se había desmayado por culpa de su corsé, o si tal barón había perdido las joyas familiares apostando en las carreras? No a él, que tenía que luchar con más frecuencia de la deseada por seguir vivo y mantener a salvo a los que tenía bajo su mando.

La vida no iba de bailes y chismes.

De repente sintió que se ahogaba dentro de aquel salón atestado de gente. Aquel calor que tanto había anhelado desde su llegada no resultaba reconfortante en absoluto. No tenía nada que ver con el aire cálido de la tierra donde había nacido, ni con la arena de las playas caldeada por el sol, ni siquiera se asemejaba al ambiente sofocante de algunas tabernas en las que el olor a piel y ron te inundaba las fosas nasales nada más entrar. La temperatura del salón era agobiante, insana, y percibió con claridad que todos aquellos desconocidos le estaban robando el aire que le pertenecía. Clark lo miró ceñudo y le hizo un gesto a uno de los lacayos para que abriera las ventanas que daban al jardín. Una corriente fresca recorrió el salón y pareció renovar las fuerzas que lo estaban abandonando.

—¿Estás bien, capitán? Es la primera vez que te veo sudar desde que pisamos tierra.

—Sí, no te preocupes.

—En ese caso mantén tus sentidos alerta. Entre los invitados están todos los Hamilton de la ciudad y de la periferia. He tenido que usar todo mi encanto para conseguirlo.

—Yo siempre estoy alerta. —Clark sonrió sabiendo que era cierto. Conocía a pocos hombres capaces de mantenerse tan alerta como su capitán. A pesar de ser un hombre visceral e impulsivo, solía mantener un férreo dominio sobre sí mismo y cuando se marcaba un objetivo no había nada ni nadie sobre la faz de la tierra capaz de detenerlo—. Siempre.

Desde su posición tenía una vista perfecta del atestado salón de baile. Quizás Clark se había excedido en el número de invitados, eran tantos y tan dispares que no sabía por dónde empezar. Cuando divisó a Nicholas Hamilton en el otro extremo del salón acompañado de su madre y su hermana decidió que lo mejor sería comenzar por territorio conocido. Y entonces la vio. Una joven de pelo cobrizo inclinó la cabeza para decirle algo al oído a April Hamilton, y como si hubiese notado su mirada sobre ella se giró para mirarlo directamente a los ojos. Su corazón se encogió al reconocer a la muchacha que había conocido en la fiesta de los Greenwood, la misma que le había pisado y golpeado sin querer, para después huir negándose a decirle su nombre. El salón pareció oscurecerse y solo fue capaz de percibir la luz que desprendía ella. Las conversaciones a su alrededor sonaban amortiguadas por los latidos de su corazón, y el aire que los separaba se crispó como una hoguera sobre la que se añade alcohol. Cruzó el salón sin ser muy consciente de ello guiado por algo más fuerte que él, mientras los invitados se apartaban a su paso como si fueran una marea.

Clarice nunca había entendido del todo qué era la atracción entre un hombre y una mujer. Nunca había sentido nada parecido, desde niña la habían enseñado a contenerse, a dominar sus impulsos y sus anhelos, a elegir la opción correcta, la austeridad, el comedimiento. Cuando sus amigas Isabelle y Vivian le hablaban de la pasión que sentían en su matrimonio, de ese sentimiento que en ocasiones las dominaba y guiaba sus vidas, lo imaginaba como algo etéreo, casi ficticio. Pero cuando sus ojos se cruzaron con los de aquel hombre sintió de nuevo ese pellizco en el estómago que había notado la primera vez que lo vio, una especie de sacudida que tiraba de su piel y la impulsaba a lanzarse en su busca. Dolía; nadie le había dicho que eso podía doler a nivel físico, pero así se sentía.

Cuando lord Edevane se detuvo frente a los Hamilton, April dio un ligero respingo temiendo que la sacara a bailar, ya que se había anunciado que la orquesta estaba a punto de comenzar a tocar. Pero Oliver ni siquiera se molestó en mirarla, con los ojos clavados en los de Clarice, hasta que Nicholas le dio una palmada en la espalda desbaratando el hechizo que parecía haberlos atrapado en una tela de araña invisible.

—Lord Edevane, estamos muy felices de que nos haya invitado a su primera gran fiesta en Londres. A pesar de no haber dispuesto de mucho tiempo desde que recibimos la invitación, hemos hecho un esfuerzo por acudir a su llamada —dijo Nicholas a modo de saludo. Oliver le lanzó la misma mirada que le hubiera dedicado a un mosquito parado en su hombro y saludó con una reverencia a las damas que le acompañaban: su madre, su hermana y la joven que estaba deseando conocer—. Permítame que le presente al resto de mi familia. Ella es mi prima Clarice Hamilton.

Sujetó su mano entre la suya y la llevó a sus labios con delicadeza para depositar un beso casto que sin embargo tuvo el efecto de una sacudida en ambos. Lo supo. Ella también lo había notado, había percibido cómo se estremecía ligeramente y cómo sus ojos se habían abierto un poco más.

—Y él es mi tío Maurice Hamilton, está en Londres para la temporada social —dijo señalando a un hombre que se acababa de acercar al grupo atraído por la presencia del anfitrión.

Oliver estrechó su mano flácida y no supo por qué razón le desagradó de inmediato, a pesar de la exagerada cortesía que mostraba, o puede que precisamente por eso. No le gustaba ese hombre, su forma de mirar, la expresión de su cara... Pero en esos momentos había algo mucho más importante en lo que pensar.

Los músicos comenzaron a tocar y vio por el rabillo del ojo que April Hamilton daba un pasito hacia atrás con disimulo. Era un verdadero crimen que una chica con un aspecto tan angelical no tuviera con quién bailar un vals, pero sin duda ese no era su problema. Tendió su mano a Clarice pidiéndole que le acompañara y durante unos instantes que le resultaron eternos, ella titubeó, indecisa. Cuando sus dedos enguantados rozaron los suyos volvió a sentir esa corriente incomprensible conectándolos. Se fundieron con el nutrido grupo de bailarines que atestaban la pista y fue un verdadero milagro que no chocaran con nadie, ya que no tenían ojos para otra cosa que no fuera mirarse el uno al otro.

—Me alegra que hayamos salvado ese obstáculo que nos impedía conocer nuestros nombres —se aventuró a decir para romper el silencio, aunque nadie conocía el suyo. Para todos era solo lord Edevane—. Clarice. Es un nombre muy hermoso.

Ella trató de ignorar lo bien que sonaba su nombre en sus labios y se dispuso a levantar una barrera.

—Lord Edevane, aunque sepa mi nombre no es decoroso usarlo. No hay relación de confianza entre nosotros. Creo que su profesor de protocolo debería esforzarse más.

Él no pudo reprimir una pequeña carcajada que sonó ronca y cálida. Demasiado cálida.

—¿Cree que necesito un profesor? Mi hermano me está instruyendo en todo lo que debo saber. Esta vez fue su turno de reír.

—Discúlpeme, pero no sé si aprender de su comportamiento sea lo más aconsejable. —Se mordió el labio esperando no haber pasado el límite de la buena educación pero el marqués volvió a reír atrayendo las miradas de los que le rodeaban.

Mientras bailaban Oliver no podía dejar de observarla, envuelta en seda de color azul turquesa, como los mares en los que había aprendido a navegar. No era la mujer más guapa que hubiera visto nunca, había recorrido el mundo y había compartido besos y sábanas con las beldades más

exóticas, aunque su atractivo era innegable. Sin embargo, nunca había sentido una atracción tan fuerte por nadie, hasta el punto de olvidarse de su objetivo y de la razón por la que había accedido a representar esa pantomima.

Clarice, por su parte, estaba haciendo un verdadero esfuerzo por no desfallecer en los brazos de aquel hombre. El aire que entraba en sus pulmones ardía al igual que el que los envolvía. Se sentía febril, exaltada y con ganas de echarse a reír como una loca. La mano de Edevane, apoyada con delicadeza en su cintura, parecía una brasa y se sonrojó al encontrarse deseando que sus dedos se desplazaran en una caricia furtiva. Suerte que había sido educada de manera estricta para controlar sus emociones.

—No sé por qué tengo la impresión de que nos conocemos desde siempre, algo que es del todo imposible —susurró él inclinándose sobre su oído. Inmediatamente comprendió su error. El perfume dulce y suave de Clarice le hizo añorar cosas que no podía permitirse, y deseó enterrar la cara en su cuello y probar cada uno de sus suspiros.

Ella quiso bromear, aliviar la tensión electrizante que había sentido al notar su aliento rozando su cuello, moviendo los finos mechones que escapaban de su recogido.

—Espero que el golpe que le propiné en la casa de los Greenwood no afectase a su memoria.

—Me temo que ni el golpe de un martillo podría hacer que olvidara nada referente a usted.

—Creo que... exagera, milord. —Desvió la mirada intentando encontrar algo de serenidad pero era imposible, el influjo de ese hombre la aturdía.

—¿Me permitirá que vaya a visitarla? Me gustaría que...

—¿Está visitando a todas las chicas de Londres, o solo las que se apellidan Hamilton, marqués? —La pulla hizo su efecto y él le dedicó una media sonrisa—. Debe ser la influencia de su hermano.

El vals llegó a su fin providencialmente y ella ejecutó una reverencia a modo de despedida. Necesitaba desintoxicarse de la presencia de lord Edevane, tan embriagadora como un buen licor. Se dirigió hacia una de las terrazas sintiendo sus ojos clavados en ella de una manera física, rezando para que no la siguiera.

Cuando se encontró a solas en la terraza, Clarice respiró hondo y se tocó las mejillas para comprobar lo que ya sabía, que estaban ardiendo casi tanto como su pecho. Se apoyó en la pared esperando que el frío de la piedra sirviese para anclarla a la tierra y deshacerse de su aturdimiento. La puerta que comunicaba con el salón se abrió de golpe y sin saber muy bien por qué dio varios pasos con rapidez hasta quedar envuelta en la oscuridad, oculta tras una celosía en la que crecía de manera descuidada una planta de hiedra.

Varias damas ávidas de cotilleos aparecieron con el mismo ímpetu de un vendaval hablando todas a la vez. Sus risas pronto inundaron la terraza y Clarice se arrepintió del impulso que la había llevado a esconderse.

—Santo Dios, en serio puedo decir que es mucho más atractivo de lo que me habían dicho. — Clarice maldijo en silencio al reconocer la voz de la señora Norman. Solían coincidir en la iglesia donde acudía a hacer obras benéficas, y podía asegurar que nadie escapaba indemne de su afilada lengua.

—Sí que lo es. Tiene aspecto de salvaje —añadió una segunda voz.

—Debe ser porque tiene sangre española. Eso he oído decir, aunque todo en torno a ese hombre parece misterioso —apuntó alguien con la voz aguda.

—Los españoles suelen ser muy ardientes en la cama, tienen la sangre caliente. Al menos eso me dijo una amiga que intimó con un diplomático español.

—Sí, claro. Una amiga —bromeó la segunda voz y todas irrumpieron en carcajadas.

—¿Habéis visto cómo miraba a la chica de los Hamilton? Parecía que la iba a devorar allí mismo.

—Dadas las circunstancias es normal. —La voz de la señora Norman destilaba maldad, y Clarice deseó estar en cualquier parte menos allí. Prefería no saber qué se decía de ella y la posibilidad de descubrir que los temores de su abuela respecto a su reputación eran fundados la aterraba.

—¿Qué circunstancias? —preguntó la voz chillona.

—Querida Gladys, a veces pienso que eres tan inocente... El conde de Rutherford la ha rechazado para casarse con otra. Dios sabe lo prudente y sumamente correcto que es ese hombre. Algo muy malo debe haber visto en ella para hacer algo tan escandaloso.

—Siendo un caballero tan remilgado y religioso no me extrañaría que hubiese descubierto que esa chica es demasiado... vivaz —añadió la voz de la segunda dama.

—Lo que se llama vulgarmente una fresca. Nunca me he fiado de las jóvenes con cara de mosquita muerta —prosiguió la señora Norman a pesar de no tener ninguna prueba para afirmar tal cosa—. Y, claro, los hombres hablan, queridas. Rutherford habrá compartido su experiencia con sus conocidos.

—¿Creéis entonces que lord Edevane se podría interesar por ella al creerla una presa fácil? —

inquirió la voz aguda.

—Al fin lo captas. ¿No has visto cómo se miraban? No hacía falta más que echar un vistazo para saber qué estaban pensando.

—¿Y qué era exactamente eso, señora?

La voz profunda y masculina de lord Edevane irrumpió en la terraza y las tres damas dieron un respingo seguido de un gritito ahogado, excepto una de ellas que soltó una risita aguda fruto de los nervios.

—Lord Edevane... —La señora Norman sonó ahogada pero no perdió el aplomo—. Nos ha dado un buen susto. No lo esperábamos.

—Eso es más que evidente —contestó con sequedad.

—Estábamos comentando lo agradable que está resultando la velada. —La voz de la otra dama sonó con firmeza, intentando disimular.

—Sí, maravillosa. Me he atrevido a venir hasta aquí para ofrecerles alguna bebida. Sin duda, después de su animada charla la necesitarán.

La señora Norman soltó una carcajada un tanto histérica parecida a un cacareo y se aventuró a averiguar si él había escuchado su conversación.

—Milord, debería saber que escuchar conversaciones ajenas es de chicos malos. —Coqueteó dándole un golpecito en el hombro con su abanico—. Al menos en este país.

—¿En serio? —Le siguió el juego con una sonrisa tan encantadora como falsa—. En mi país, en cambio, lo que está mal visto es dedicarse a despellejar al prójimo, especialmente cuando no está delante para defenderse.

Un silencio sepulcral se hizo en la terraza, y Clarice, escondida detrás de la enredadera, temió que el latido de su corazón desbocado llegase hasta los oídos de esas víboras.

—Marqués, creo que ha malinterpretado nuestras palabras —intentó excusarse una de las damas.

—Hablo su idioma a la perfección, a pesar de mis raíces, señoras. No sé quién es ese conde ni me interesa, pero que haya encontrado el amor en otra mujer no implica que haya que restarle valor a las cualidades de la señorita Hamilton, que son más que evidentes. Sus comentarios, además de maliciosos resultan absurdos e impropios de damas respetables.

—Milord, yo...

Oliver levantó la mano para cortar cualquier intento de las damas de negar lo evidente y deseó con todas sus fuerzas echarlas a patadas de allí, pero se contuvo ya que aquella era la casa de David y desconocía qué tipo de relación tendría con ellas y sus familias.

—No es necesario seguir con esto. Las insto, amablemente, a que se dirijan a la mesa de las bebidas y se tomen una limonada o lo que les apetezca, seguramente tendrán la boca seca.

Las tres damas, sonrojadas como una amapola en primavera, desfilaron una tras otra delante de Oliver hasta cruzar la puerta del salón, deseando perderse entre el resto de los invitados sin atreverse a añadir nada más.

—Ya puede salir —ordenó cuando las damas desaparecieron de su vista.

Clarice, mitad avergonzada y mitad agradecida por su defensa, se aferró a la tela de sus faldas durante unos segundos interminables, rogando para no ser ella la interpelada, pero no había nadie más allí. Al final salió a paso lento hasta entrar en el círculo de luz que los ventanales derramaban sobre la terraza. Lord Edevane la esperaba pacientemente apoyado en la balaustrada de piedra con los brazos cruzados sobre el pecho. El estómago se le encogió al verlo, aquel hombre era la representación viva de la masculinidad y la belleza, y probablemente, a juzgar por

su expresión, lo sabía.

—¿Cómo sabía qué estaba ahí?

—La vi dirigirse a la terraza y pensé en hablar un poco más con usted. Sabía que estaba escondida, la otra opción era que hubiese saltado del balcón, cosa que no parecía muy probable. Entonces escuché a esas damas, no tuvieron la precaución de cerrar la cristalera.

—Un fallo imperdonable —dijo con ironía—. Casi tanto como escuchar a escondidas, tal y como le han dicho. Vamos a tener que hablar seriamente con su profesor de protocolo.

—Quizás lo mejor sea despedirle, no tengo remedio. Aunque le recuerdo que usted estaba haciendo lo mismo.

Ambos soltaron una carcajada y el aire pareció crepitar entre ellos.

—Será mejor que vuelva dentro, mi familia estará buscándome. Estar aquí no es...

—Adecuado, supongo.

—Sí, creo que entre los dos nos hemos saltado al menos media docena de normas, lord Edevane.

—Saltarse las normas de vez en cuando resulta muy gratificante, ¿no le parece?

Aquello sonó a promesa, a invitación, quizás, y estuvo tentada a decir que sí.

—No lo sé, siempre suelo ser muy obediente, milord. Saltarse las normas no es una opción para algunos. Gracias por defenderme.

—No tiene que darme las gracias, Clarice. No sé qué pasó con ese tal Runford o cómo se llame, pero no se torture por ello. Si no salió bien seguro que es porque el destino le tiene reservado algo mejor.

—Ser optimista es otra de las cosas que algunos no nos podemos permitir. Adiós, lord Edevane.

Clarice esbozó una sonrisa que a Oliver le pareció demasiado triste y tras hacer una rápida reverencia se dirigió de vuelta al salón. Sorteó a los bailarines y se dirigió a la zona donde se encontraban Nicholas y su familia, pero antes de llegar hasta ellos una mano la sujetó con fuerza del antebrazo.

—Querida sobrina, llevo un buen rato buscándote. —La voz de su tío sonó rabiosa a pesar de su sonrisa.

—Estaba tomando un poco de aire y me encontré con algunas damas con las que acudo a la iglesia.

—¿Ve, lord Mitchell? Mi bella sobrina es una mujer piadosa, amén de otras muchas virtudes.

En ese instante se dio cuenta de que Maurice iba en compañía de un caballero y no pudo evitar sentir un desagradable estremecimiento. El vizconde Mitchell era un hombre de unos cuarenta y tantos años, conocido en los círculos sociales por su afición a la buena comida, la buena (y abundante) bebida y a los prostíbulos. Sobre él sobrevolaba una especie de leyenda negra, que todo el mundo insinuaba pero nadie decía a las claras, sobre su tendencia violenta. El vizconde había contraído nupcias en dos ocasiones, y en sus dos matrimonios había ocurrido prácticamente lo mismo. Ambas vizcondesas habían desaparecido de la vida social para centrarse en su labor como esposas mientras su marido continuaba con sus entradas y salidas, sus fiestas y sus escapadas al campo para dedicarse a la caza. Ninguna había tenido hijos y después de unos años habían fallecido de una repentina enfermedad. Puede que esa enfermedad fuese la pena. Clarice prefería pensar eso aunque sabía que los rumores apuntaban de manera maliciosa a otras causas. Pero si de algo estaba segura era de que no quería convertirse en la tercera esposa fallecida del vizconde. Ni siquiera quería convertirse en la esposa viva de ese hombre repulsivo.

Él sujetó su mano con fuerza y la atrajo hasta su boca de labios gruesos reteniéndola durante lo que a Clarice le pareció una eternidad mientras la repasaba con los ojos de arriba a abajo, sin importarle que su propio tío estuviese delante. Ambos hombres se miraron y Clarice pudo captar un gesto casi imperceptible a ojos de los demás, una leve inclinación de cabeza, una media sonrisa cómplice, un acuerdo tácito en el que ella era el pago. Maurice Hamilton había movido ficha decantando la partida a favor de un caballero carente de moralidad y valores, sintiendo así que había cumplido su deber. Ya estaba hecho, su destino parecía haberse definido y al contrario de lo que lord Edevane había predicho, no era nada bueno. Instintivamente Clarice giró la cabeza hacia el otro lado del salón y lo vio, observándola desde la puerta de la terraza con una mirada indescifrable. Definitivamente ella había tenido razón, algunas personas no podían permitirse el lujo de ser optimistas.

Clarice descorrió la pesada cortina de terciopelo de color verde oscuro y miró hacia la calle para comprobar si había cesado la lluvia que había caído durante la noche. El chaparrón se había convertido en una llovizna débil que parecía no detenerse nunca. Se frotó los ojos enrojecidos por el cansancio. La noche anterior apenas había podido descansar. Las pesadillas que creía controladas habían vuelto a asediarla con más fuerza en los últimos días, como si alguien hubiera abierto una compuerta dando vía libre a los demonios que la acechaban. El sueño era casi idéntico a los anteriores. Podía sentir con un realismo espeluznante el frío que traspasaba sus pies descalzos y se filtraba por la tela de su liviano camisón, mientras ella corría por el pasillo de su casa. No sabía qué quería alcanzar, pero podía sentir la desesperación, la pena y el dolor desgarrando su pecho mientras el espacio se hacía infinito, impidiéndole llegar a su destino. Pero esta vez había sido diferente. Esta vez al final del interminable pasillo había alguien, un hombre alto y moreno que le daba la espalda. Lo llamó en sueños, aunque desconocía su nombre, y cuando él se giró solo pudo distinguir unos inquietantes ojos de color ámbar que la observaban con desesperanza, con amor. Alargó la mano para llegar hasta él, pero el suelo se abrió bajo sus pies y la nada más absoluta la absorbió.

Recordarlo le ponía los pelos de punta. Había sido tan real que todavía notaba el frío del suelo en las plantas de los pies. Sin embargo, eso no era lo más escalofriante que le deparaba ese día.

En cuanto la lluvia cesó su tío Maurice organizó un paseo en calesa junto a lord Mitchell dejándole bien claro que negarse no era una opción.

El día era frío y en lo único que Clarice podía pensar era en que aquella tortura terminase cuanto antes para volver a su habitación y envolverse en una manta, ya que su abuela había prohibido encender las chimeneas hasta que no llegaba la tarde. A pesar de que no tenían problemas económicos la austeridad se había convertido en una obsesión para ella, al igual que su afán por controlarlo todo. Miró a los dos hombres que iban sentados frente a ella analizando por qué razón lord Mitchell había sido el elegido por su tío, porque, aunque no se lo hubiera dicho a las claras, parecía bastante obvio que Maurice había dado su consentimiento para que iniciase el cortejo. De pronto lo vio claro: ambos eran igual de repugnantes, hacían el mismo tipo de bromas con doble intención que Clarice no se molestaba en intentar captar, miraban a los demás con la misma mezcla de superioridad y asco. Y como añadido era rico, por lo que no exigiría que aumentase su dote a cambio de pedir su mano. Lord Mitchell era lo bastante rico para poder asumir casarse con una joven cuya popularidad había caído estrepitosamente sin pedir nada a cambio, de todas formas no pretendía que su futura esposa tuviese demasiada vida social. Una mujer de bien tenía que centrarse en sus obligaciones, velar por el buen funcionamiento de su casa y el bienestar de su marido, en lugar de estar perdiendo el tiempo en veladas o tomando el té con sus amigas.

En un momento del trayecto Maurice le pidió que detuviera el carruaje para saludar a unos

conocidos que paseaban a pie por el camino principal del parque.

—Continuad vosotros con el paseo, lord Mitchell. Podéis recogerme a la vuelta mientras yo charlo con mis amigos.

Clarice habría jurado que vio a su tío guiñar un ojo a ese hombre, pero el gesto fue tan fugaz que bien podría haber sido casualidad. Durante su paseo a solas, Lord Mitchell no se preocupó en venderse como un hombre atento, agradable o cercano. Se quitó la careta tan pronto como los caballos reemprendieron la marcha y Clarice en el fondo agradeció que fuera lo bastante honesto para mostrarle de manera diáfana en qué consistiría una vida con él.

—Supongo que su tío la habrá puesto al tanto sobre mi interés en usted, señorita Hamilton. — Ni siquiera se molestó en mirarla para ver si había hecho algún gesto, de todas formas ella era incapaz. El frío y algo peor, el miedo, parecían haberla paralizado—. Ya no soy ningún niño, eso es evidente, pero la diferencia de edad no será ningún problema. Su carácter por lo que parece es bastante sereno, cosa que para mí es muy importante. No soporto a esa clase de mujeres que creen que mostrándose rebeldes aumentan el interés de su marido. Yo espero una mujer dócil que se centre en el cuidado de mi hogar y de mis futuros hijos, y sin duda, usted parece la adecuada.

Sin duda. El silencio que atenazaba su garganta confirmaba sus palabras a su entender. Clarice abrió la boca, mientras el carruaje giraba para dar la vuelta y buscar a Maurice. Lord Mitchell se levantó y se sentó en el asiento a su lado y ella se quedó súbitamente sin aire. Tenía que decir algo, negarse, cometer algún acto que ese tipo intransigente fuese incapaz de tolerar y le impulsara a alejarse de ella, pero se vio incapaz de hacer nada que no fuese luchar por seguir respirando. Ni siquiera se inmutó cuando lord Mitchell deslizó la mano por debajo de la manta que cubría sus faldas protegiéndola del frío y apretó su rodilla. No había nada que la protegiera de la escarcha que estaba anidando en su interior.

—Muy bien, Clarice. Así me gusta, que seas obediente.

Oliver necesitaba avanzar en su búsqueda o aquello se convertiría en una misión interminable. Sus hombres estaban realizando las reparaciones que el barco necesitaba después de una larga temporada en alta mar, además de adecentando los camarotes aprovechando la temporada amarrados en el puerto. Mantenerlos ociosos demasiado tiempo no era muy buena idea, y se estaban acostumbrando a pasar las noches recorriendo las tabernas y los burdeles buscando entretenimiento. Flame, su contramaestre, se había encargado de buscar productos manufacturados para venderlos a su vuelta y en las próximas semanas sus bodegas estarían vacías del ron, el azúcar y el tabaco de contrabando que habían traído del Caribe, sustituyéndolo por telas, muebles y herramientas que sin duda le reportarían un buen beneficio. Todos estaban realizando su trabajo excepto él, que parecía haberse quedado encallado en esas fiestas sin sentido a las que se veía obligado a asistir. Quizás hubiese sido mejor ir a llamar a la casa de cada Hamilton que habitaba en aquella maldita ciudad a cara descubierta, y no camuflado bajo un título y un apellido que no le pertenecían. Él no era así. Él afrontaba los problemas de frente, jamás rehuía un conflicto ni actuaba de manera sibilina. Pero Londres no era su territorio y aunque a priori no pareciera un lugar peligroso los subterfugios y las sutilezas que lo enturbiaban todo lo confundían.

Tras conocer a Maurice Hamilton y hablar un poco más con Nicholas había decidido que quizás debería indagar en esa dirección, y conocer a la anciana señora Hamilton. Intentó no pensar demasiado en Clarice y la conexión tan fuerte que sentía con ella, y que estaba seguro era mutua. Solo conseguiría desviarlo de su objetivo y hasta que las piezas no empezaran a posicionarse sobre el tablero no sabría qué papel jugaría la joven. No podía permitirse caer en sentimentalismos, mucho menos dejarse llevar por sus instintos y arruinarlo todo por sus ansias de una mujer, que parecía tan fría como inaccesible.

Se detuvo frente a la mansión de los Hamilton y una especie de pálpito le indicó que esta vez estaba en el lugar correcto. Observó la fachada de piedra oscura, las estrechas ventanas con molduras de estilo gótico y se dio cuenta de que casi todas las cortinas de la casa estaban echadas. Levantó la vista hacia el tejado y contó al menos media docena de chimeneas picudas que se recortaban contra el cielo plomizo. Una bandada de pájaros negros, estorninos, quizás, sobrevolaron la casa graznando como si fuera un mal augurio. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a mojar su cara y entrecerró los ojos sintiendo que un escalofrío le recorría la columna vertebral. Sin dejarse dominar por la aprensión subió los escalones de la entrada y llamó a la puerta con decisión.

El mayordomo lo saludó secamente y esperó a que Oliver se presentase.

—He venido a visitar a los Hamilton, a la señora Hamilton si es posible —informó con aplomo sin saber muy bien qué diría cuando estuviese frente a ella.

—El señor Hamilton y su sobrina han salido, la señora Hamilton está en casa. Preguntaré si la

señora recibe hoy.

Oliver se llevó la mano al bolsillo del chaleco para sacar una tarjeta con su título nobiliario prestado, pero en el último momento se detuvo sin saber muy bien por qué. Su mirada se desvió hacia el final de la escalera que se extendía frente a él hasta el piso superior hasta detenerse en un enorme retrato que presidía la pared tapizada en color verde oscuro. Por un momento pensó que se trataba de Clarice, pero al fijarse más detenidamente se percató de que no se trataba de ella, aunque el parecido era notable.

—¿Quién es, Charles? ¿Es uno de los amigos de Maurice? —Una voz rasposa llamó la atención de ambos y se giró para ver de dónde provenía. Una mujer enjuta, vestida de negro que caminaba apoyada en un bastón con el puño plateado lo observaba desde la puerta de una de las salas del pasillo.

—Señora Hamilton, el señor...

—Sí, señora. Soy Thorne, Oliver Thorne —le cortó él. El nombre salió de su boca de manera natural a pesar de que lo más razonable hubiese sido presentarse como lord Edevane o inventarse cualquier otro nombre sin importancia que no lo delatase.

Una sombra pasó por el rostro de la mujer unos instantes, y tras girar con lentitud sobre sus talones para volver a la sala dio la orden al mayordomo para que lo dejase pasar.

Thorne la siguió en silencio y se mantuvo de pie dándole tiempo a acomodarse en una butaca cerca de la chimenea donde apenas ardían unos rescoldos. La habitación olía a cerrado y humedad, y le resultó tan desagradable que deseó salir de allí cuanto antes.

La señora Hamilton lo miró de nuevo examinando sus rasgos, intentando armar el puzle que tenía delante de sus ojos y que su cerebro se negaba a aceptar, y Oliver observó que su cara de rasgos severos se iba transformando por la tensión.

—¿Cómo ha dicho que se llama? No he oído bien su nombre. Mi hijo no está...

Oliver guardó silencio unos segundos, calibrándola. No era más que una anciana inofensiva, y sin embargo su presencia le ponía el vello de punta. Era ella. Sin suda había llegado al sitio correcto.

—Me llamo Thorne.

El rostro de la mujer se contrajo como si hubiese recibido un golpe y levantó la mano para señalarlo con un dedo tembloroso mientras negaba con la cabeza.

—No... no puede ser.

—No se puede huir del pasado, señora Hamilton.

Oliver entró en la mansión de los Edevane con la misma fuerza que un huracán, y a punto estuvo de arroyar al mayordomo y, lo que fue más difícil de esquivar, a un par de baúles que alguien había dejado en el *hall*.

—¿Qué demonios hace esto aquí? —bramó pasándose la mano por la espinilla que se había golpeado con uno de los baúles.

El sirviente enmudeció momentáneamente poco acostumbrado a ese tono de voz tosco. Pero Oliver no estaba en condiciones de hablar con amabilidad ni controlar su genio. Sentía que una oportunidad preciosa se había escurrido entre sus manos y no había podido hacer nada para evitarlo. La señora Hamilton había escudriñado su cara, puede que hubiese descubierto en él alguno de los rasgos que había heredado de su padre, pero fue cuando escuchó su apellido que la mujer empezó a palidecer. El aire pareció atascarse en su garganta y se dejó caer en su asiento. Oliver intentó hablar con ella, conseguir algo de información, pero la anciana se limitó a mirarle con los ojos abiertos como platos, como si estuviera contemplando a un fantasma. Se había dejado llevar, él, que siempre analizaba todas las opciones posibles, y había escogido la única que lo dejaba al descubierto, decir su verdadero nombre. Debería haber intentado ganarse su confianza, o al menos su amabilidad, con una visita cortés que le abriera las puertas de su casa. Ahora había desperdiciado el factor sorpresa y su anonimato y tendría que buscar otra forma de acceder a las entrañas de la familia Hamilton.

Necesitaba una copa, una docena de ellas, en realidad. Se encaminó al despacho en busca de una botella de ron cuando unas voces alteradas llamaron su atención. Empujó la puerta de la estancia que permanecía entreabierta y encontró a David presidiendo el despacho, detrás de su escritorio, convertido por primera vez desde que había vuelto en el marqués de Edevane, probablemente sin ser consciente de ello. Frente a él una joven morena le plantaba cara con los puños cerrados y la voz alterada.

Ambos se giraron hacia la puerta cuando fueron conscientes de su presencia.

—Disculpad la intromisión —dijo sin saber muy bien qué hacer. Lo único que quería era coger una botella y marcharse a su habitación a maldecir su propia estupidez.

—No te preocupes, de hecho, tu intromisión es muy bien recibida, marqués. —La voz de David sonó tan afilada como un cuchillo, y aunque intentó sonreír la mueca de su cara reflejaba una tensión que no le había visto ni en los momentos más complicados que habían compartido—. Te presento a la marquesa viuda, *lady* Edevane. Ha hecho un largo trayecto para conocer al nuevo marqués.

La joven, que tendría menos de veinticinco años, cuadró los hombros y extendió su mano hacia él con firmeza, tanta que Oliver estuvo tentado de estrechársela con fuerza como haría con un hombre. Un poco desconcertado por la hostilidad que ambos mostraban, se limitó a coger su mano y saludarla con una inclinación de cabeza, esperando que alguien le explicara el motivo de

aquella monumental discusión.

—Así que toda esta locura que me han contado es cierta. Un hijo secreto que aparece de la noche a la mañana y se convierte en el nuevo marqués de Edevane —resumió ella intentando encontrarle la lógica a aquella sinrazón.

—En realidad no ha surgido de la nada, ha tardado treinta años en convertirse en lo que ves. Un hombre capaz de desempeñar el cargo. Estaré encantado de cederle la responsabilidad de lidiar contigo, Christine.

—¿Lidiar conmigo? No soy una niña malcriada ni una yegua a la que amansar. Mis peticiones son muy razonables. Mi hija necesita un techo que no se caiga sobre su cabeza.

—¿Qué os parece si nos calmamos un poco y me contáis cuál es el problema? Quizás podamos llegar a un entendimiento —propuso Oliver.

—Si quieres llegar a un entendimiento con ella bastará con que pongas a su disposición toda la fortuna de los Edevane. Pero te advierto que nunca será suficiente. —David cogió el vaso de licor que descansaba en la mesa frente a él y examinó su contenido como si se hubiese perdido en el fondo, hasta que lo apuró de un trago—. Ese es el motor que mueve su mundo. El dinero.

—No te consiento que hables de mí de esa manera tan sucia. Lo que estoy pidiendo es razonable. Los empleados me han dicho que hace más de quince años que no se han revisado los techos, he tenido que recurrir al vizconde de Blackstone para poder pagarle a los obreros que acometieron los arreglos más urgentes.

—El vizconde de Blackstone —repitió David con acritud—. Qué vecino tan solícito. Seguro que el bueno de Killian encuentra una forma satisfactoria para que se lo agradezcas.

Christine se adelantó un paso y le asestó una bofetada que resonó en la estancia. Le sostuvo la mirada, sorprendida por su propia reacción y un poco arrepentida también, pero no pediría perdón por ello, no le consentiría que la humillara.

El aire se volvió tan denso entre ellos que por un momento pareció que estaba a punto de estallar una tormenta.

—David, creo que deberías pedir perdón a la dama. —Oliver dudó si alguno de los dos lo había escuchado ya que permanecían mirándose a los ojos con un reto silencioso.

No tenía ni idea de qué había ocurrido en el pasado pero eso iba mucho más allá de una relación problemática entre un hombre y su madrastra. Había demasiada energía entre ellos para tratarse de un problema económico.

—Pues yo creo que te estás tomando demasiado en serio tu papel de caballero, capitán.

David esbozó una sonrisa cínica conteniendo las ganas de frotarse la mejilla donde le había golpeado y salió del despacho a largas zancadas, cerrando la puerta con un portazo que hizo temblar los cristales de las ventanas.

Christine sintió que, una vez pasado el tenso momento, sus piernas iban a dejar de sostenerla y se sentó en la silla que había junto a ella mientras se pasaba la mano por la frente intentando serenarse. Estaba temblando.

—Le pido disculpas en nombre de David, *lady* Edevane. No suele comportarse así.

Ella bufó y le dedicó una mirada cargada de sarcasmo.

—Entonces es que no conoce al mismo David Clark que conozco yo.

—La verdad es que me ha sorprendido verle perder el control y la compostura de esa forma. Créame, hemos pasado por situaciones muy peliagudas juntos, situaciones peligrosas, y si algo caracteriza a David es su capacidad para mantener el buen talante.

—¿Insinúa que soy la culpable de su falta de modales?

—En absoluto, no me malinterprete. Solo pretendía entender qué está ocurriendo. Quizás pueda ayudarla.

Oliver se acercó al escritorio y ojeó los papeles que David había dejado esparcidos en pequeños montoncitos desordenados. Se trataba de una relación de gastos y facturas, tal y como había imaginado.

—Sigo pensando que me parecen unos gastos muy razonables —admitió dejando los papeles sobre la mesa. La verdad era que no tenía por costumbre inmiscuirse en una guerra que no era la suya, pero quizás centrarse en ese asunto le distraería de lo que de verdad le preocupaba, de su propia guerra.

—Lo son. Y desde luego es mucho menos de lo que se necesitaría para convertir aquella carcasa desvencijada en un verdadero hogar, pero me conformo con una casa mínimamente habitable.

—Me ocuparé personalmente de este asunto, no se preocupe.

—Se lo agradezco, *milord*. Le aseguro que si no fuera por mi hija no pediría absolutamente nada. —Christine se levantó y se pasó las manos por el pelo como si ese gesto bastase para serenarse. Pero no bastaba, nada bastaba—. Me marcharé muy pronto, no quiero que por mi causa haya disputas entre ustedes.

Oliver la observó mientras se marchaba de la habitación y se preguntó qué habría llevado a una mujer como ella, joven, hermosa y con una posición social acomodada, a aceptar un matrimonio con un hombre que le triplicaba la edad. Probablemente la habrían obligado para poder así cumplir con los deseos y ambiciones de otros, una historia mil veces repetida que no por eso dejaba de ser injusta.

Sentada en una silla cerca de la chimenea, Clarice observó cómo el doctor acercaba una vela al rostro de su abuela y la movía de un lado a otro para detectar cualquier atisbo de reacción. El hombre chasqueó la lengua y negó lentamente con la cabeza. Era el tercer médico que acudía en los últimos dos días con el mismo diagnóstico: parálisis por causa desconocida. Lo que quería decir que no sabían qué le había ocurrido ni por qué.

Lo único que estaba claro era que había recibido a un caballero y que cuando el mayordomo entró con el servicio de té como era costumbre siempre que había una visita, ella estaba en el sofá tan pálida como si acabase de ver un fantasma, luchando por hablar, aunque su garganta parecía negarse a responderle. ¿Qué podía haberle dicho ese hombre que la alterase hasta ese punto? ¿O habría sido solo casualidad? El mayordomo solo había podido dar una vaga descripción de su aspecto y su nombre, el nombre de un desconocido: Oliver Thorne. Un tipo moreno y con aspecto rudo a pesar de su vestimenta elegante, un hombre con el aspecto de un... pirata. Por suerte su tío Maurice había estado enfrascado en una discusión con su fiel ayudante Leslie a cuenta de una mancha en su chaleco, algo muy poco adecuado para recibir a un prestigioso doctor, y no había prestado demasiada atención, asumiendo que el estado de su madre se debía a su avanzada edad.

Un hombre con aspecto de pirata. La imagen del nuevo lord Edevane con su pelo oscuro demasiado largo, su aire salvaje y su arete de plata la asaltó inmediatamente, pero sacudió la cabeza como si quisiese librarse de una pegajosa telaraña. No quería pensar en él, en sus inquisitivos ojos de color ámbar, en la deliciosa corriente que la recorría cuando él la miraba o la tocaba. No sabía su nombre, a decir verdad, era extraño que nadie lo supiera. Solo era lord Edevane, el nuevo marqués, una especie de fantasma que habitaba un título que no era suyo.

—Estos casos son complejos —sentenció el doctor después de unos minutos eternos frotándose el mentón y rascándose su despoblada cabeza, y Clarice salió, agradecida, de la espiral de sus pensamientos—. Puede que mañana vuelva a ser lo de siempre o... ya me entienden.

—¿Cree que nos está oyendo? —se atrevió a preguntar Clarice, visiblemente incómoda. Puede que su abuela no actuara con ella de manera dulce y cariñosa, pero era la única figura materna que recordaba y quería ahorrarle cualquier sufrimiento innecesario.

Su tío Maurice pareció entenderlo, cosa rara en él que no solía ser demasiado brillante, y se llevó al doctor a su despacho para hablar con él en más profundidad. Unos minutos más tarde pasó a decirle a Clarice que una de las doncellas se quedaría con la señora Hamilton toda la noche.

—Puedes irte a dormir, Clarice. Por lo que dice el doctor esta situación puede durar días o años. Mañana tenemos que ir a tomar el té a casa de los Rochester y después acompañarás a la tía Margarite al teatro, yo tengo otros planes. Lord Mitchell estará allí, procura ser amable con él.

Voy a salir. Si necesitas cualquier cosa avisa al mayordomo.

—¿Qué? ¿En serio estás pensando en salir como si tal cosa con la abuela en este estado?

Maurice se limitó a encogerse de hombros mientras se miraba en el espejo del tocador de su madre y se aseguraba de que el nudo de su pañuelo estuviese perfecto, consiguiendo el efecto contrario.

—La gente no tiene porqué saber que su estado ha empeorado, es de sobra sabido que su salud es débil y nadie espera encontrarla en los bailes. La prioridad ahora es afianzar tu compromiso y que la boda se produzca cuanto antes. Si se produce un desenlace fatal, Dios no lo quiera, tendríamos que guardar luto y posponerlo todo, lo cual sería nefasto dadas las circunstancias.

—Pero... ¿y si yo no estuviese preparada para aceptar a lord Mitchell? —se atrevió a reconocer con su voz convertida en un susurro.

Maurice la taladró con la mirada a través del espejo y ella se retorció las manos con nerviosismo.

—Espero que esa estupidez se deba a lo doloroso de la situación. Vas a aceptar a ese hombre, Clarice. No hay más que hablar. —Se dirigió hacia la puerta y tras echar un último vistazo hacia la cama donde yacía su madre, volvió a mirar a su sobrina de manera sombría—. Medita un poco y entenderás que mi decisión es la correcta, espero que no seas desagradecida y sepas apreciar mi esfuerzo.

La puerta se cerró tras él y un frío helador pareció invadir la habitación. Clarice volvió a su lugar junto a la cama de su abuela y estuvo tentada de apretar su mano en un gesto de consuelo, pero le resultó imposible, el cariño no estaba incluido en el catálogo de emociones de aquella mujer que ahora estaba inmóvil con los ojos entrecerrados.

Se sobresaltó cuando una doncella abrió la puerta portando una manta para envolverse durante la larga noche en vela que le esperaba. Clarice le sonrió, comprensiva, y añadió varios troncos a la chimenea, aun a sabiendas que su abuela estaría completamente en desacuerdo con semejante despilfarro. Salió al pasillo y de inmediato una corriente helada le provocó un escalofrío. Se dirigió a su habitación que se encontraba en el otro extremo de la casa, apurando el paso a medida que pasaba frente a las puertas cerradas de las habitaciones que nunca se usaban. Justo cuando llegó a la altura de la escalera que comunicaba con el piso inferior un sonido de sobra conocido la hizo detenerse en seco. Miró hacia el piso de abajo donde una solitaria lámpara de aceite iluminaba de manera tenue el vestíbulo. Todo el mundo se había retirado a esas horas y su tío se había marchado, estaba sola. Su cuerpo estaba tan tenso que los músculos le dolían y su estómago se había reducido a un amasijo de nervios. Y entonces el sonido se repitió, como muchas noches antes desde que tenía memoria: apenas un puñado de notas arrancadas a un piano, la misma melodía de siempre y la misma sensación de pánico irracional. Echó a correr hasta llegar a su cuarto rezando para que la vela que portaba no se apagase y cerró la puerta de golpe con el corazón latiendo dolorosamente en su pecho. Debería estar acostumbrada a ese tipo de cosas. Desde pequeña los ruidos extraños, su nombre susurrado al pasar por delante de aquella habitación que siempre permanecía cerrada, y especialmente el sonido del piano habían sido algo habitual. Pero, sin saber por qué razón últimamente estaba mucho más sensible y la sensación de que alguien o algo la observaba se estaba convirtiendo en una tortura. Una vez a salvo en su habitación se sentó en su cama y sintió que las fuerzas la abandonaban. Ansiaba salir de aquella casa y no volver jamás, olvidar aquellos pasillos llenos de secretos, de susurros extraños, dejar atrás esas paredes oscurecidas por el tiempo que parecían haberse impregnado de toda la pena que allí había acontecido. Por absurdo que pareciese, quizás casarse, aunque fuese con alguien

tan aborrecible como lord Mitchell supusiese una liberación.

Casa de los Hamilton. 35 años antes

*L*a casa estaba sumida en la oscuridad y el único sonido que retumbaba en los pasillos desiertos era el de los pies descalzos de Agnes que ya volaba hacia el piso de abajo de la mansión Hamilton. No le importaba que el suelo estuviese helado y que con las prisas el chal se hubiese quedado sobre la cama, lo único que importaba era ver a Percy, y eso conseguía que se olvidase de todo lo demás: del frío, del miedo, del riesgo... Llegó a la sala de música con las manos extendidas frente a ella para no chocar con nada, hasta que el bulto enorme del piano se hizo visible recortado contra la escasa claridad que entraba por la ventana. Sus dedos temblorosos rozaron las teclas, apenas unas cuantas notas, las suficientes para que su amante saliese de su escondite y acudiese al lugar acordado.

Percy era silencioso como un gato, y a pesar de que lo esperaba, Agnes dio un respingo cuando sintió sus brazos rodeándola por la cintura y sus labios presionando la piel de su nuca. Se le escapó una risita nerviosa mientras se giraba para colgarse de su cuello y dejarse besar. Aquella rendición resultaba maravillosa, fascinante, y cada día se hacía más difícil resistir la tentación y guardar las apariencias. Percy limpiaba la plata o servía la mesa manteniendo su actitud estoica, intentando que sus ojos no se posaran en la boca que tanto anhelaba besar ni en esa mirada rodeada de largas pestañas que le hablaba sin necesidad de palabras. Pero Agnes a veces se descubría a sí misma mirando embelesada las manos enfundadas en guantes blancos de Percy, esas manos que se colaban bajo su camisón y apretaban su carne cada noche.

Agnes se preparó para volver a rebatir las objeciones y los miedos de él, esa deliciosa rutina, un tira y afloja interminable en el que Percy le recordaba que ella se merecía algo mejor que lo que él podía darle y ella le repetía por enésima vez que él era todo lo que necesitaba.

Pero esa noche no. Esa noche las ganas que se acumulaban en sus cuerpos inexpertos eran demasiado fuertes para seguir luchando contra la necesidad. Sin dejar de besarse se movieron en la oscuridad hasta acabar tendidos en el sofá, ese donde la señora Hamilton solía bordar mientras su hija tocaba el piano por las tardes.

Agnes sentía un millón de mariposas en su estómago cada vez que Percy le dedicaba una sonrisa disimulada, o la miraba de manera furtiva, pero ahora, con su cuerpo duro sobre el suyo la sensación era muy diferente. El nerviosismo y la ilusión adolescente habían desaparecido dando paso a algo mucho más primitivo, algo que la hacía sentirse una mujer hermosa, algo que la hacía sentirse poderosa. Era puro deseo. Y ese deseo había llegado a desbordarlos hasta el punto de perder la cordura, la prudencia y el sentido de la realidad.

Percy levantó el suave camisón de Agnes para acariciarla sin barreras y en la penumbra pudo percibir que ella asentía. Había sido firme cada noche durante los últimos meses, se había contenido y había refrenado el deseo de ambos. Pero no era lo bastante fuerte para negarse lo que ambos deseaban y necesitaban de esa manera tan visceral. Permitió, esta noche sí, que ella le

despojara de su ropa, ajenos completamente al resto de habitantes que a esas horas descansaban en sus habitaciones. El servicio, la señora Hamilton, los hermanos de Agnes... Para ellos no había nadie más en el mundo, solo ellos y su deseo.

Percy adoró cada centímetro de su piel, besándola y acariciándola, despertándola a sensaciones que los dos se merecían por derecho, hasta que se sumergió en su interior, haciéndole el amor con ternura, con devoción, con todo el amor que tenía, ese que le impulsaba a soñar por encima de sus posibilidades.

Al día siguiente, la semana siguiente o el mes siguiente habría que asumir las consecuencias, especialmente para Agnes. Una chica, sobre todo si era de buena familia, no podía permitirse perder la virginidad antes del matrimonio, esa mancha indeleble la acompañaría siempre a ojos de Dios. Ambos sabían que lo que acababa de pasar era un paso definitivo, que ante ellos se extendía un camino incierto que tendrían que afrontar, pero no querían pararse a pensar en la posibilidad de no andarlo juntos.

Percy la abrazó tan fuerte contra él que Agnes comenzó a reír sofocada empujándolo ligeramente.

—Yo también te quiero, pero para eso tengo que seguir respirando.

Él le devolvió la risa, avergonzado por su reacción. No podía reconocérselo a ella, una chica tan vital y optimista, tan ilusionada con su amor, pero estaba aterrorizado. Habían construido mil castillos en el aire, fantaseado con la posibilidad de fugarse y casarse en una pequeña capilla habitada por un monje ermitaño con una larga barba blanca, o vagar por los caminos sorteando mil peligros hasta llegar a Escocia, o coger el primer barco con destino incierto con su ilusión como único equipaje. Pero ahora que todo se había hecho tangible el miedo también lo había hecho. La había deshonrado, habían consumado su relación y ya no habría vuelta atrás. Era absurdo pensar que los Hamilton aceptarían aquello sin más, y ahora especialmente tenían que ser más cuidadosos si cabe. El futuro era más incierto que nunca y tuvo la desagradable sensación de que un velo negro estaba empezando a cubrirlo todo.

Vivian entró en la escuela con paso enérgico mientras ojeaba por encima la lista de cosas que tenía que dejar resueltas antes de marcharse a la casa de campo de los Kensington para el bautizo de los mellizos que Isabelle y Sebastian acababan de tener. Golpeó con los nudillos en la puerta de la clase y Clarice levantó la cabeza de los papeles que estaba guardando, para recibirla con una sonrisa.

—Estaba a punto de irme —dijo mientras se levantaba y le daba un beso en la mejilla. Durante los últimos días había aprovechado que su tío había relajado su vigilancia al creer que pronto se confirmaría su compromiso con Mitchell (cosa que a Clarice le horrorizaba y sobre la que se negaba a pensar) y que su abuela continuaba recluida en su habitación, para escaparse y ayudar en la escuela. El simple hecho de salir de casa bastaba para hacerla sentir un poco más viva.

—Llevo un día de locos. Solo me he pasado para preguntarte por tu abuela. ¿Está mejor?

—Sigue igual, y los médicos no nos dan demasiadas esperanzas. —El semblante de Clarice se ensombreció reflejando su preocupación, mientras negaba con la cabeza—. Es extraño verla así. Está despierta, sus ojos están abiertos, pero no habla, ni tiene ninguna otra reacción que indique que sigue con nosotros. Su mirada... es desconcertante. A pesar de que sus ojos están vacíos, reflejan algo que no sé definir, algo que parece miedo. Sé que es egoísta por mi parte, pero no soporto estar a su lado más de unos pocos minutos, me da escalofríos, Vivian.

Vivi apretó sus manos entre las suyas intentando darle consuelo, a pesar de que la vieja señora Hamilton no le había dado motivos para apreciarla nunca.

—Mientras hay vida hay esperanza, ¿no? Quién sabe, puede que cualquier día se levante dando guerra como siempre y diciendo: «Clarice, no te consiento que te relaciones con esa condesa indecente».

Ambas rieron al recordar el carácter agrio de la mujer, pero su situación no daba lugar al optimismo, y haría falta un milagro para que recuperara su, ya de por sí, precaria salud.

—No sé qué pensar. Desde que ese hombre vino a visitarla está en esa especie de estado catatónico.

—¿Estás segura de que no lo conoces?

—No, lo único que sé es su nombre. Oliver Thorne. El mayordomo dijo que era un tipo extraño, tosco y que no parecía inglés. Que parecía un... pirata.

—¿Y no sabes qué pudo decirle que la alterase tanto como para producirle un ataque?

—No. —Clarice ordenó los papeles con las tareas de los alumnos y los guardó en el cajón de su mesa, intentando mantener las manos ocupadas en algo, para controlar la inquietud que le provocaba todo aquello—. Ni siquiera entiendo por qué mi abuela se reunió a solas con un hombre así, con cualquier hombre en realidad, ya sabes cómo es de decorosa, raya el ridículo.

—Clarice, deberías dejar que le pidiera ayuda a Marcus. Si no quieres que él se entere al menos déjame que hable con Storm, él es su hombre de confianza y tiene tantos contactos como

él. Seguro que pueden averiguar algo de ese tipo y por qué su presencia tuvo ese efecto sobre tu abuela. Si es alguien peligroso deberías estar alerta.

Clarice suspiró y se apretó las sienes con los dedos. Aquella situación estaba empezando a superarla.

—Está bien, pero me gustaría llevar esto con discreción. Puede que todo sea una coincidencia y ese hombre no tenga importancia. —Vivian asintió, entendiendo su reticencia de pedirle ayuda a su marido—. En fin, hablemos de otra cosa. Tengo buenas noticias sobre los alumnos.

—Cuéntame, cómo te tratan estos diablillos. Collins me ha dicho que te desenvuelves estupendamente con ellos.

—Sí, estoy muy contenta. Y, adivina qué..., ¡tenemos una nueva alumna!

Vivian y ella dieron un grito de júbilo cogiéndose de las manos. Desde que Vivian había empezado con la escuela, conseguir que los niños dejaran las calles, aunque fuera unas horas, para asistir a clases había sido una ardua tarea, pero convencer a las niñas, condenadas solo por serlo a mantenerse en un segundo plano, se había convertido en su verdadera cruzada. En esos barrios, donde conseguir una hogaza de pan y un poco de carbón con el que encender la chimenea (quien la tuviera) era la máxima meta en la vida, las chicas no tenían más opciones que casarse cuanto antes, o buscarse la vida en trabajos mal pagados, y en los casos más extremos, por desgracia, se veían abocadas a trabajar en las calles vendiendo su cuerpo. Para Vivian se había convertido en algo personal ofrecerles una salida o al menos una opción de poder avanzar, y había encontrado en Clarice Hamilton su mejor apoyo para lograrlo. Después de despedirse, Vivian se adentró en las entrañas del Dark dejando a su amiga sumida en sus pensamientos.

Cuando Clarice llegó a casa se encontró con que Nicholas y su hermana habían ido a visitar a su abuela y su tío Maurice les había invitado a cenar. Era un alivio no tener que asistir a ningún evento donde tuviera que lidiar con la presencia de lord Mitchell y más todavía librarse de una cena llena de incómodos silencios con su tío, teniendo que contemplar además el bochornoso espectáculo que suponía ver como Leslie le ayudaba a comer como si fuese un bebé. Clarice sabía que su tiempo se agotaba y tenía que hacer algo para evitar que su tío formalizase con Mitchel el compromiso, pero se sentía tan sobrepasada por todo que se veía incapaz de hacer algo que no fuese esperar a que el destino diese un giro inesperado que cambiase su futuro. No podía concebir la idea de casarse con alguien así, no se lo merecía, aunque a veces ese era el precio que había que pagar por ser tan obediente y sumisa. ¿Qué otra opción tenía? Pensó por unos instantes en Rutherford y en lo sencillo que hubiese sido todo si se hubiera decidido a pedir su mano desde el principio, y una punzada de envidia la aguijoneó. O quizás en el giro que habría tomado su vida si el conde no se hubiera acercado nunca a ella. Clarice conocía su potencial. Era hermosa, bien educada y su dote más que generosa. Siempre guardaba silencio cuando la alababan o la comparaban con una delicada flor. Se sentían como si la redujeran a la mínima expresión, a la muñequita hueca que su abuela había fabricado a base de una educación excesivamente estricta y castigos casi siempre inmerecidos. Ella sentía que era mucho más, que la mujer que habitaba dentro de ella solo necesitaba encontrar el momento y la motivación para salir de su letargo. Como una oruga que cuando cree que va a morir se convierte en mariposa. Pero quizás fuese demasiado optimista confiando en que su destino la salvaría del desastre que se avecinaba.

Cuando terminó la cena, Clarice se acercó a Nick en un acto impulsivo y se colgó de su brazo fingiendo comentar algún chisme de sus amigos, para conseguir algo de privacidad.

—Tienes que ayudarme a ir al Dark mañana por la noche.

—Ni lo sueñes. —Nick esbozó una exagerada sonrisa para disimular ante su tío, que los observaba repantingado en una butaca frente a la chimenea, intentando seguir la conversación de Margerite y su hija.

—Por favor, necesito salir de este mausoleo. Siento que me ahogo. Vivian me ha dicho que van a representar espectáculos nuevos y que también van a organizar partidas solo para mujeres.

—No. No insistas. ¿Sabes lo que haría Maurice si se enterase? Si quieres ir, puedes hacerlo sola.

—Puedo hacerlo de día, pero de noche es más complicado. —Clarice soltó una carcajada que no venía a cuento ante la mirada inquisitiva de su tío—. Solo tienes que venir a recogerme y acompañarme hasta allí. Me buscaré la vida para volver sana y salva.

—La dote de mi hermana y mi propia asignación se esfumarán si tío Maurice se entera. Ese bastardo puede ser muy despiadado.

—Lo sé. De hecho, lo he notado al ver cuál es el candidato elegido para mí. Por favor, Nick. ¿Tienes idea de la vida que me espera si no consigo escapar de su decisión? Solo quiero respirar, reír, divertirme un poco antes de que no me quede tiempo.

Esa no era la verdad, al menos no toda. Cada noche Clarice se sentaba junto a la cama de su abuela y le leía algunos fragmentos de un libro confiando en que eso la serenase, sin saber si ella lo agradecería o lo aborrecería. Después de eso, con el corazón en un puño, se marchaba a su habitación con el miedo erizándole la piel. Cada noche la sensación era más potente, casi tangible, y estaba empezando a temer el momento en que llegara el crepúsculo. Puede que solo fuese producto de su imaginación pero tenía la impresión de que incluso las paredes de aquella casa ya de por sí lúgubre, se volvían más oscuras por momentos.

¿Qué tenía de malo querer contagiarse de un poco de luz y brillo? Lo necesitaba o temía volverse loca en cualquier momento.

Nicholas luchó contra su propia fuerza de voluntad pero la lucha estaba perdida, como siempre.

—Está bien, maldita sea. Pero solo esta vez, y si te pillan no moveré un dedo para ayudarte. ¿Está claro?

—Ajá. Te lo compensaré, te lo prometo. Le pediré a Vivian que te presente a esa chica que tanto te gusta. ¿Cómo se llamaba...? ¡Chocolat!

—Baja la voz, loca.

Clarice sonrió por primera vez en días y apretó el brazo de su primo en señal de agradecimiento, la idea de cometer una pequeña transgresión le hacía más ilusión de lo que ella misma pensaba.

*H*abía pasado casi una semana desde que Oliver visitó a la señora Hamilton y la vida seguía igual. No sabía muy bien qué había esperado que ocurriera, quizás había sido un poco ingenuo creyendo que la verdad se desplegaría ante sus ojos como por arte de magia. En su vida nunca había habido magia, al menos no magia blanca, llena de luces y hadas madrinas. De la otra había tenido bastantes dosis, pero prefería no recordarlo. Por inercia se tocó el amuleto que llevaba colgado del cuello pendiendo de una larga cadena de plata, una piedra de turmalina negra para evitar el mal de ojo. Como buen marinero era muy supersticioso y creía en su instinto y en sus sensaciones, y la casa de los Hamilton había conseguido que se estremeciera hasta las entrañas. Necesitaba dar un par de pasos adelante, y cada vez tenía más claro que Clarice era la llave que necesitaba para avanzar.

Pero no esa noche. Esa noche en lo único que podía pensar era en emborracharse, gastarse una pequeña fortuna jugando a las cartas y después ir a dormir unas cuantas horas a su barco. Nada de debutantes, vals, champán caliente, conversaciones ridículas y tierra firme. La necesidad de volver a ser él, el capitán Oliver Thorne era casi vital.

Se miró por última vez en el espejo y se dispuso a salir de su habitación. Era curioso, pero se había acostumbrado demasiado rápido a las ropas lujosas, el pelo bien peinado y la barba recién afeitada, completamente alejado de su aspecto habitual de rudo marino. Sus hombres volverían a burlarse de él cuando lo vieran aparecer de esa guisa. Suerte que para cuando llegara al Odiseum los estragos de la noche ya le habrían despeinado.

Salió al pasillo y estuvo a punto de chocar con un malhumorado David, que no le había dirigido la palabra desde que había intentado interceder entre él y su madrastra, que, por cierto, era al menos cinco años más joven que su hijastro. Lo había rehuido con éxito desde ese momento y Oliver sabía que no era solo porque estuviese enfadado.

—Capitán... —lo saludó esquivándolo para continuar hacia su habitación.

—David, déjalo ya. Parece que yo tengo la culpa de tu nefasta relación con Christine.

—¿Christine? —Lo malo de conocerse tan bien era la capacidad que tenían de tocar la tecla exacta que accionaba los mecanismos de defensa del otro, y, como no podía ser de otra manera Clark frunció el ceño de inmediato y hasta cambió su postura corporal. Oliver sonrió para sus adentros—. Qué encantador es ver cómo os habéis hecho amigos con solo un par de paseos. ¿Le has regalado flores, algún soneto, quizás?

—No, me he limitado a tratarla con respeto y acompañarla a hacer algunas compras. Por cortesía, ya sabes.

—Cortesía —repitió con tono sombrío—. ¿Desde cuándo el temible capitán Thorne, el peligroso bucanero, el fiero Ojos de tigre... se dedica a elegir puntillas de encaje y guantes para damas? —preguntó con sorna sin disimular su fastidio.

—En realidad, hemos ido a visitar a algunos conocidos y a buscar zapatos para su pequeña.

Para tu hermana. Ah, y una muñeca también —respondió recolocándose los puños de la camisa sin darle importancia a su malhumor.

—¿Y para eso ha necesitado pasar tanto tiempo en Londres? En una sola mañana habría podido vaciar varias zapaterías.

David se moría de curiosidad por saber a dónde iba la duquesa cada mañana, pero no preguntaría ni aunque le fuera la vida en ello. Su orgullo podía más que su interés.

—Parece que tienes mucha prisa por que se vaya. Estaba haciendo algunas gestiones, necesitaba encontrar a alguien. Pero si tanta curiosidad tienes pregúntaselo a ella. —Oliver le dio la espalda dirigiéndose hacia la escalera dando el tema por zanjado sabiendo que había conseguido confundirlo y esbozó una media sonrisa—. Por cierto —añadió deteniéndose antes de empezar a bajar las escaleras—, se va mañana por la mañana.

—¿Adónde vas?

—Al Dark. Necesito distraerme, no te ofendas, pero me siento asfixiado entre estas cuatro paredes. Dormiré en el barco. No me esperes levantado, cielo —bromeó mientras comenzaba a descender por las escaleras, ganándose un gruñido, por suerte no había ningún objeto cerca que Clark pudiera lanzarle a la cabeza.

David se quedó allí parado, escuchando los pasos de Thorne resonando en el vestíbulo hasta que se marchó. Se pasó las manos por su pelo pelirrojo desordenándolo, sintiéndose mezquino. Ni siquiera se había molestado en preguntarle a Christine por aquella cría, fingiendo que no le importaba. Pero esa niña no tenía la culpa de que el viejo marqués se hubiese comportado como un miserable. Lo mejor sería que hiciera lo que había hecho durante los últimos cinco años. Olvidarse de todo y de todos, de él mismo y de ese título que parecía estar maldito. Odiaba ser el marqués de Edevane y todo lo que conllevaba. Pronto se marcharía de Inglaterra para volver a cruzar el océano y, a pesar de las comodidades de su hogar, la idea de dormir sobre un duro catre en un camarote asfixiante y comer el mismo menú salado durante semanas le resultó apetecible. Al menos allí no tenía que plantearse qué estaba bien y qué estaba mal, su existencia en alta mar era mucho más sencilla porque nadie esperaba nada de él.

Se frotó la mandíbula y decidió marcharse a su habitación, ansioso por que llegara la mañana y Christine Clark desapareciese de su vista. Sin embargo sus pies decidieron desobedecerle y se encontró parado frente a la puerta de Christine. Esperó unos instantes interminables intentando captar algún sonido que llegase del interior y cuando decidió que aquello era absurdo, de nuevo su cuerpo le traicionó y se vio a sí mismo golpeando la puerta con suavidad. Quizás no fuese tan complicado pedir disculpas pero sin duda preferiría que lo azotaran atado a un mástil bajo el sol ardiente.

Nicholas movió su reloj de bolsillo cerca de la ventanilla de su carruaje intentando captar un tenue rayo de luz proveniente de la farola. No sabía cuánto tiempo llevaba allí parado esperando a que su prima apareciese pero se le estaba congelando el trasero. El chirrido de la cancela de hierro del jardín lateral llamó su atención y una figura envuelta en una capa oscura corrió hacia el carruaje. La puerta se abrió y Clarice se subió con rapidez, con una sonrisa radiante, una de esas que raramente solía lucir.

—Pensé que tío Maurice no se iría nunca.

—Yo que tú no sonreiría tanto, prima. Esta es la última vez que te ayudo a escaparte de noche —La advirtió moviendo el dedo frente a su cara—. Y otra cosa. Ni se te ocurra mencionarle a mi

hermana que el Dark existe, ya tengo bastante con cuidar de una descerebrada.

—No tienes que cuidar de mí y lo sabes, Nick. —Clarice movió la cabeza, por más que Nicholas se quejase no iba a aguarle la noche—. Solo tienes que acompañarme en tu carruaje. De día me resulta sencillo encontrar un medio de transporte pero comprenderás que a estas horas es un poco más complicado.

—Lo único que entiendo es que jamás debí hablarte de ese sitio. No sabríamos ahorrado muchos problemas. Y a saber en qué desembocará esto si tío Maurice se entera de que estás dando clases. Dios, ¿te has parado a pensar qué ocurriría si nos lo encontrásemos allí? —Nick se frotó la cara con las manos convencido de que aquello acabaría en desastre.

—No seas agorero. Vivian me ha dicho que hay un espectáculo de magia o algo parecido esta noche. ¿Crees que nuestro tío está interesado en ese tipo de cosas?

—Nuestro tío solo está interesado en comer, por lo que he podido observar. Especialmente si ese tal Leslie le mete la comida en la boca. Por todos los infiernos, me da escalofríos. Solo le falta llevarlo con una cadena atada a su cuello.

—Yo prefiero no mirarlos demasiado. El tío Maurice está empezando a darme escalofríos en todos los sentidos. Siempre pensé que sería un poco más comprensivo pero nada más lejos de la realidad. Quiere entregarme a lord Mitchell a toda costa, sin tener en cuenta si yo... Es horrible. Claro que quiero casarme y tener una familia pero ni siquiera he cumplido los diecinueve años y él se comporta como si fuese una solterona desesperada por atrapar al primer candidato a mi alcance.

Nicholas suspiró y extendió su mano para apretar la suya en un gesto comprensivo.

—Ojalá hubiera algo que pudiera hacer, Clarice. Pero nos tiene a todos cogidos por los... En fin, no nos amarguemos antes de tiempo. Quizás ese día no llegue nunca. Ya sabes lo caprichoso que es el destino a veces.

Clarice sonrió rezando para que fuera cierto, pero solo un cataclismo la libraría de la decisión de su tío. Rebuscó en el bolsillo de su capa y sacó su antifaz, la puerta trasera del Dark estaba tan concurrida como siempre.

Se dirigieron al interior y a los pocos minutos, con la excusa de ir a por unas bebidas, Nicholas la dejó para dirigirse hacia el otro extremo del salón, donde había divisado a una de sus amigas especiales. Clarice miró a su alrededor contagiándose del ambiente festivo, hasta que vio en lo alto de las escaleras que conducían a los entresijos del club, la figura inconfundible de su amiga Vivian hablando con Storm, uno de los hombres que gestionaba entre otras cosas la seguridad del club. Decidió dirigirse hacia allí por si había algún problema y la alcanzó justo cuando se dirigía hacia las zonas privadas.

—Vivian, espera. ¿Ocurre algo? —La detuvo antes de que se perdiera por los intrincados pasillos.

—Clarice, no sabes cuánto me alegra verte por aquí. Es un alivio encontrarse con alguien con un mínimo de sensatez, para variar. Acompáñame, por favor. Estamos en plena crisis.

Clarice aceleró el paso intentando seguir el ritmo de ese huracán llamado Vivian preguntándose qué demonios habría ocurrido. Llegaron a las cocinas y Clarice no pudo evitar tensarse al encontrarse con lord Rutherford ejerciendo como el Jefe, vestido completamente de negro y llenando toda la estancia con su presencia magnética. Se preguntó por enésima vez cómo había sido tan estúpida para creerse el papel de conde gazmoño y puritano que fingía mientras la cortejaba, cuando era más que evidente que ese hombre exudaba masculinidad por todos sus poros. Por suerte, la mirada tensa que les dedicó a ambas la libró de divagar sobre cómo hubiera

sido casarse con un hombre así. Ella era una mujer práctica y sensata, elucubrar sobre lo que ya no sucedería no entraba en su forma de ser, ella estaba educada para aceptar, acatar y continuar con la cabeza alta.

Marcus Bowden miró a su mujer como si ella tuviese la culpa de todos los males del mundo pero ella no se inmutó, sabía de sobra cómo manejar el mal humor del Jefe cuando algo se escapaba de su control, y lo mejor, sin duda, era no darse por aludida. Vivian se acercó hacia la mesa donde una mujer dormitaba con la cabeza apoyada contra la madera. Marcus levantó su muñeca como si quisiese comprobar sus constantes vitales y la soltó, observando ceñudo cómo el brazo caía a plomo.

—¿Está muerta? —preguntó Vivian, desprendiéndose de su antifaz y acercándose un poco más a ellos.

—No, pero lo estará si no reacciona pronto. Y disfrutaré mucho haciéndolo yo mismo.

La mujer emitió un profundo ronquido y tras masticar un par de palabras continuó con su plácido sueño.

—*Madame Collette*, ¿puede oírme? ¿Cómo está? —preguntó Vivi sacudiéndola con suavidad.

—Borracha como una cuba —respondió Marcus que la observaba con los brazos cruzados, con todo el cinismo que pudo—. Esto va a ser un verdadero desastre, un motín. Los clientes llevan un buen rato esperando que empiece el espectáculo. ¿Sabes qué pasará si esta mujer no aparece, si no les lee el futuro o lo que sea que hace?

—Es médium.

—Y una mie... —Marcus se detuvo antes de dejarse llevar por sus nervios crispados. Se acercó a su esposa y apoyó las manos en sus hombros—. Cielo, escúchame. Si esta mujer es capaz de hablar con los muertos yo soy uno de los jinetes del Apocalipsis.

—De eso no tengo duda —bufó Vivian con descaro.

La mujer levantó la cabeza unos instantes y los miró desorientada. El maquillaje se había escurrido de sus párpados formando manchas oscuras bajos sus ojos, las estrías de la madera se habían marcado en su mejilla en un intrincado mosaico, y su pelo se había aplastado como si fuese una tarta de manzana chafada y pegada a un lateral de su cabeza. Levantó un dedo para hacer una observación, y en su cabeza probablemente lo hizo ya que asintió con mucho convencimiento y volvió a su posición inicial, acompañando su gesto con un armonioso ronquido.

Un sonoro hipo llamó la atención de todos los presentes y Marcus se pasó la mano por la frente cada vez más enfadado. Se trataba de Sugar, una de las prostitutas que solía frecuentar el local, que, sentada en una silla en la esquina más alejada de la cocina, intentaba mantener los ojos abiertos sin demasiado éxito. También era obvio que mantener la verticalidad era un problema ya que, por más que se aferraba al asiento con ambas manos, su cuerpo se balanceaba hacia delante peligrosamente.

Marcus la miró retándola a hablar pero todos sabían que cuando el Jefe se enfadaba era mejor no rechistar.

—Cariño, estoy de acuerdo en introducir nuevos números al espectáculo pero quizás deberías dejar que Lion o yo demos el visto bueno antes —añadió moderando el tono—. Si llego a saber que se trataba de la prima de Sugar no lo habría permitido.

—¿Insinúas que esto es culpa mía? Además, que sea prima de Sugar no le resta credibilidad. Tuve ocasión de ver su función y resulta muy espectacular. Hasta desaparece tras una cortina de humo. Yo no tengo la culpa de que hayan celebrado que hacía tiempo que no se veían de manera

tan... concienzuda.

—Collette, como se hace llamar ahora, es una vieja conocida. No solo ha sido médium, también ha vendido elixires para la eterna juventud, la virilidad, los callos de los pies..., boletos para rifas inexistentes y mil cosas más. Me convenciste de que habías encontrado a alguien prestigioso, Vivian. Hemos empapelado la ciudad con carteles y ahora tengo el club lleno de descerebrados que quieren hablar con sus parientes muertos para preguntarles si dejaron oro escondido en alguna parte, o para pedirles perdón por cualquier tontería. Reconócelo, te has dejado llevar por su aspecto deslumbrante pero no es más que una charlatana, cielo. Y ahora tenemos un serio problema.

Storm entró en ese momento con cara de preocupación. La gente ya estaba esperando que el espectáculo comenzase y habían formado una fila ordenada frente a la carpa de llamativas telas que habían colocado en el escenario.

—Ya no sirve de nada lamentarse, hay que encontrar una solución —concluyó Vivian con los brazos en jarras, reconociendo para sus adentros que quizás se había precipitado confiando ciegamente en la recomendación de Sugar—. Quizás pueda hacerme pasar por ella, al final se trata de intuición. Creo que podría...

—Llevas meses paseándote por aquí casi todas las noches, cómo puedes pensar que no te reconocerán. ¿Quieres que nos linchen?

—Pues entonces necesitamos a alguien que no conozcan, alguien que...

Ambos se giraron a la vez hacia la silenciosa Clarice que había observado toda la escena como una discreta espectadora. Después se miraron sabiendo que habían pensado lo mismo, una idea tan descabellada que tenía que salir bien a la fuerza. Se dirigieron con paso lento hacia la joven como si quisieran atrapar a un cervatillo asustado y ella instintivamente dio un paso atrás.

—Clarice, tienes que ayudarnos —rogó Vivian sujetando sus manos con fuerza para evitar que retrocediera de nuevo.

—Jamás implicaría a nadie en algo así si tuviera otra opción —añadió Marcus.

—Estáis bromeando, ¿verdad?

—Por desgracia, no —contestaron los dos a la vez.

—Pero... pero... es una locura. Yo no tengo ni idea sobre magia.

—La tal Collette tampoco —ironizó Marcus ganándose una mirada asesina de su esposa.

—Seguro que no es tan complicado, si ella puede desempeñar ese papel tú también —argumentó Vivian mientras tiraba de su mano para conducirla hasta el camerino de la vidente.

—Pero alguien podría reconocerme... —se quejó Clarice sintiéndose acorralada.

—Ella usa siempre un turbante y un antifaz, y su ropa es tan excéntrica que será difícil que alguien relacione al personaje contigo.

—Te prometemos que te compensaremos esto, en serio. Te daré un pase vitalicio para todas las instalaciones... —Clarice estuvo a punto de soltar una carcajada, con toda seguridad no volvería a pisar aquel lugar.

Y de repente, esa certeza la hizo accionar un mecanismo en su cabeza.

«Pórtate como se espera de ti, Clarice. Sé una buena chica, Clarice. Apréndete esa partitura, Clarice. Siéntate con la espalda recta, Clarice. Obedece, Clarice».

Durante toda su vida, y no parecía que su futuro fuera a cambiar en absoluto, ella había seguido a pies juntillas el camino que habían trazado para ella. Nunca desobedecía ni cuestionaba (al menos en voz alta) lo que se le ordenaba. Pero esta vez era diferente, lo que le estaban pidiendo desafiaba totalmente las normas de la lógica. Aceptar implicaba mentir, fingir ser otra

persona, implicaba arriesgarse. Y sonaba realmente tentador actuar como alguien que no era.

Al llegar al camerino de *madame* Collette las dudas la hicieron flaquear unos instantes, mientras Vivian sacaba la ropa de la vidiente de su baúl y Marcus se afanaba en darle instrucciones que ella se esforzaba en absorber.

—Habla poco, eso te hará parecer más misteriosa... —sugirió Marcus.

—Hazle caso, él suele usar ese truco —interrumpió Vivian tironeando de varias boas de plumas.

—Déjalos que sean ellos los que te digan lo que esperan escuchar y después sígueles un poco el juego. —Marcus ignoró la interrupción, ya tendría tiempo de reñir a su mujer por desvelar sus trucos, y seguro que encontraría algún modo más que satisfactorio de ponerle un pequeño castigo por ello—. Diles, no sé, que hay una mujer mayor que vela por ellos y que los cuida, eso suele funcionar. Y a los que vienen en busca de que les leas el futuro dales buenas noticias, diles que la suerte está con ellos, seguro que eso los anima a apostar con más alegría.

—¡Marcus! —le amonestó Vivian—. No seas tramposo.

Vivi levantó ante sus ojos un par de túnicas de colores brillantes probando qué color favorecía más a su amiga.

—¿Acaso esto no es hacer trampa? En fin, que sea lo que Dios quiera. —Marcus se dirigió a la salida con gesto resignado—. Habrá dos hombres de seguridad en la puerta de esa cosa... esa especie de choza espantosa que se ha colocado en el escenario.

—No es una choza, es...

—Me da igual, en cuanto termine la quiero fuera de mi vista, y a Colette también. Y da gracias por que Sugar no corra la misma suerte. —Marcus salió del camerino a grandes zancadas hablando consigo mismo, con unas ganas tremendas de que aquella noche terminase de una vez.

—No le hagas caso, siempre ha sido un poco agorero. Estoy segura de que todo va a salir bien. ¿La roja o la blanca? —preguntó mostrándole dos túnicas bordadas.

Apenas cinco minutos después, Clarice parecía otra persona completamente diferente. Se miró en el espejo de cuerpo entero y no pudo evitar sonrojarse. Habían optado por una túnica blanca con bordados plateados, que si bien era cierto que se cerraba en el cuello evitando que se viera el más mínimo trozo de piel, caía sobre su cuerpo marcando las curvas de Clarice de una manera sugerente y delicada a la vez, ya que se habían visto obligadas a prescindir de todas las capas de enaguas. Para ocultar su pelo habían elegido un turbante de color azul zafiro con un enorme pedrusco que imitaba un diamante en el centro. De uno de los laterales del turbante pendía una gruesa trenza de pelo negro y Clarice la tocó con un poco de aprensión. Sabía que muchas mujeres se veían abocadas a cortar y vender su pelo con tal de poner un plato de comida en su mesa, para que las damas pudiesen hacerse tocados o postizos. Aunque también había oído que en las partes más desfavorecidas de la ciudad cortaban el pelo a las jóvenes que fallecían para venderlo. Soltó la trenza rogando para que ese no fuera el caso. Vivian le probó varias joyas y complementos pero se limitó a llenar sus dedos de anillos brillantes y obviamente falsos. Su aspecto era misterioso y espectacular sin añadir nada más, y con apenas un poco de maquillaje era imposible reconocer a la tímida y sensata Clarice en aquella pitonisa capaz de llegar al alma de cualquiera. Aunque no fuese necesario, por seguridad, añadieron al atuendo un pequeño antifaz plateado.

Clarice se sentía diferente, y aunque puede que fuese por la ausencia de las capas y capas de ropa interior que solía llevar, incluso notó que andaba con una cadencia distinta, más seductora.

Llegó hasta la pequeña carpa de lona roja situada sobre el escenario y que, en contra de todo

pronóstico no desentonaba en absoluto. La luz del salón era bastante tenue, lo que hacía que los enormes faroles situados en la puerta donde esperaban los clientes le dieran a aquel espacio un aspecto misterioso. Además, habían colocado enormes macetones a ambos lados por lo que uno tenía la impresión de estar adentrándose en un bosque encantado. Clarice entró por la pequeña apertura trasera y miró alrededor con el estómago encogido. Se sentó en la silla dorada con filigranas y apoyó las manos sobre el tapete de color violeta sintiéndose una usurpadora. Giró la cabeza por última vez hacia la apertura trasera y vio la cara tensa de Vivian luciendo una sonrisa falsa, levantando el pulgar hacia arriba para infundirle ánimos antes de desaparecer de su vista. No sabía qué la había llevado a aceptar semejante desfachatez pero se temía que salir corriendo de allí ya no era una opción. Sus ojos se quedaron clavados en la bola de cristal que tenía frente a ella, junto con una baraja de cartas con dibujos extraños que no había visto nunca y unas cuantas caracolas blancas. Decidió que lo mejor sería dejar de lado las cartas y centrarse únicamente en la bola de cristal.

Uno de los hombres del Jefe apareció tras la cortina que hacía de puerta y le informó que los clientes se estaban impacientando.

Clarice apoyó las palmas extendidas en el tapete de terciopelo, estiró la espalda y asintió con solemnidad.

—Que pase el primero.

El primer cliente era un hombre de mediana edad muy preocupado por sus finanzas que no paraba de secarse el sudor de su despejada frente con un pañuelo arrugado. La falsa *madame* Collette lo escuchó en silencio, observó su brillante bola de cristal durante unos segundos en los que el hombre aguantó la respiración y después suspiró. Contraviniendo las órdenes de Marcus Bowden le informó con voz pausada de que su mala gestión y su afición al juego los dejarían a él y a su familia en la calle.

—Aquí veo la venta de una finca. ¿Tiene usted alguna propiedad de la que pueda prescindir?

Al hombre pareció iluminársele la cara y asintió con vehemencia.

—Quizá si la vende y salda su deuda su familia pueda remontar esta situación. Eso sí... — El dedo de Clarice se elevó acusador hasta plantarse ante los ojos de ese hombre y tuvo la impresión de que se había echado a temblar—. Si continúa con sus vicios le auguro hambre, miseria, frío...

—Lo haré, señora. Le haré caso. No permitiré que mi familia se vea en la calle.

El hombre se levantó compungido aunque a la vez parecía aliviado al comprobar que la solución estaba al alcance de su mano. Dejó caer varias monedas en una pequeña cesta que había colocada sobre el tapete y tras ejecutar varias reverencias nerviosas se marchó dándole las gracias.

Clarice parpadeó al comprobar el poder que alguien con menos escrúpulos que ella podría ejercer sobre determinadas personas usando un poco de parafernalia, pero la entrada de dos nuevos clientes evitó que siguiera pensando en ello. Uno tras otro fueron desfilando individuos que querían hablar con sus parientes fallecidos, otros que querían saber si conseguirían tal o cual cosa y otros que entraban solo por diversión. La realidad era que se estaba divirtiendo, excepto cuando le preguntaban por alguien que ya había muerto, en esos casos intentaba tener el mayor tacto posible y reconfortar a la persona.

Se puso de pie para destensar un poco los agarrotados músculos de su espalda. Había perdido la noción del tiempo y se había olvidado por completo de su primo Nicholas, aunque quiso pensar que el Jefe le habría informado de que estaba bien, allí nunca se dejaba nada al azar. La

cortina se abrió de nuevo y ella levantó la vista con su postura más regia para recibir al que esperaba que fuese el último cliente. La sonrisa misteriosa que había compuesto durante toda la noche se congeló en su cara al comprobar que el caballero que acababa de entrar era lord Edevane, el atractivo, magnético y misterioso marqués, el último hombre que esperaba haber encontrado allí. Parecía mucho más grande e intimidante en aquel espacio tan pequeño, y el aire pareció quemarle al entrar en sus pulmones. Su cabeza comenzó a pensar a toda velocidad las consecuencias de que ese hombre la reconociera, pero ¿importaba? ¿acaso no era más que un desconocido con un pasado que todos intentaban averiguar? ¿por qué razón debería importarle cualquier cosa que tuviera que ver con él?

Oliver se tambaleó ligeramente cuando al fin el guarda que custodiaba aquella maldita estructura de tela le franqueó el paso abriendo la cortina. En solo unos segundos se dio cuenta de que aquello había sido una estupidez. Solo un descerebrado habría esperado de pie casi una hora para que una pitonisa le leyera la buena fortuna. Pero a veces hacía cosas absurdas como cualquier mortal, y haber perdido una suma desorbitada a las cartas no había ayudado a apaciguar la desazón que le arañaba las entrañas. Quizás tendría que haber aceptado el ofrecimiento de esa joven de pelo oscuro y ensortijado. Ahora estaría enterrado entre sus piernas probando su boca en lugar de allí. Pensar en compartir el cuerpo de una mujer le había recordado a su antigua amante, una mulata que practicaba la santería y con la que todo acabó de forma desastrosa y había decidido que quizás no fuese mala idea encontrar un poco de ayuda mágica. Instintivamente apretó su pecho para sentir el amuleto que pendía de su cuello desde entonces y levantó la vista para mirar alrededor. El olor del incienso le revolvió un poco el estómago y parpadeó varias veces intentando enfocar la vista en algún punto. Y entonces su mirada se detuvo en la figura que lo observaba desde detrás de la pequeña mesa donde una bola de cristal reflejaba la luz. Esa mujer también la reflejaba como si fuese un ser etéreo, una diosa, una estrella. Su vestido plateado parecía irradiar una extraña luminosidad y hacía que la gruesa trenza negra que descansaba sobre su hombro resaltara más aún. Una especie de magnetismo lo atrajo de inmediato, quizás no hubiera sido tan mala idea esperar casi una hora para llegar hasta ella, o quizás fuese la peor idea del mundo, pero seguro que lo descubriría pronto. La vidente le hizo un gesto con la mano señalándole la silla y se sintió un poco incómodo por no ser él quien la ayudara a tomar asiento, por lo visto la cortesía inglesa se estaba filtrando por sus venas. Miró la boca delicada pintada de rojo de aquella hechicera y deseó besarla hasta la extenuación; definitivamente había bebido demasiado. Se sentó como si no tuviese voluntad y se sintió un estúpido inmaduro.

¿Había visto a esa mujer alguna vez? Imposible. Uno no olvida ese tipo de golpe en el pecho, esa corriente invisible fundiéndolo desde las plantas de los pies, aunque a decir verdad había sentido eso mismo no hacía mucho con Clarice Hamilton, y no podía tratarse de dos mujeres más diferentes entre sí. Quizás estuviese perdiendo el juicio porque, a pesar de que había disfrutado en su juventud de los enamoramientos propios de la edad, el tiempo había acabado endureciéndole el corazón. Él no creía en el amor, o al menos no lo suficiente para arriesgarse a confiarle su alma a otra persona y darle la potestad de destrozarla con sus propias manos. Ya sabía el regusto amargo que dejaban los besos que prometían una falsa eternidad y no quería volver a probarlos.

Clarice tomó asiento en su trono de oropel fingiendo dominar la situación, sin poder dejar de mirar los ojos ámbar de aquel hombre. Pensó en su amiga Isabelle y cómo había fingido ser otra persona delante de su prometido, oculta tras un antifaz. Ella enronquecía la voz e intentaba usar

un acento diferente. Tenía que intentarlo o arriesgarse a que él la reconociera.

—Dígame, señor. ¿Qué ha venido a buscar? —pronunció con un melodioso acento francés bastante convincente, copiado de una de las institutrices de su niñez. Nicholas y ella la imitaban a escondidas a menudo cuando eran niños, hasta que su abuela los pilló y los castigó mirando la pared durante toda una tarde.

Oliver entrecerró los ojos intentando enfocar sus rasgos y trató de disimular lo que era obvio, que estaba borracho.

—Respuestas —dijo con voz ronca.

Clarice soltó una pequeña carcajada cantarina y él se sorprendió al sentir que estaba excitado. Lo único que podía ver de aquella mujer eran sus dedos llenos de anillos brillantes y sus labios rojos, que esbozaban una medio sonrisa, y sin embargo estaba a punto de arder en aquella silla. Tironeó del cuello de su camisa rogando para que ella no advirtiera que lo tenía en sus manos. ¿Habrían sufrido la misma suerte todos aquellos que habían entrado antes que él? ¿Sería un hechizo?

—Todos buscamos respuestas, señor.

—Espero ser uno de los pocos afortunados que las consiguen.

—Con perseverancia y un poco de suerte los sueños y la verdad suelen estar más cerca de lo que creemos. —Una pena que ella no tuviese una sola oportunidad de comprobarlo.

—¿Nos hemos visto antes? —se atrevió a preguntar inclinándose hacia delante, haciendo que la falsa *madame* Collette se pegara al máximo al respaldo de su silla.

—Lo dudo, acabo de llegar de Francia. Dígame, qué le ha traído hasta aquí.

—¿El destino? —respondió igual de esquivo que ella y, sin querer, Clarice sonrió—. He venido desde muy lejos para resolver algo, para cumplir una promesa.

—Una promesa hecha a una mujer, deduzco —se aventuró a decir. Necesitaba saber algo más sobre el marqués, qué le había llevado hasta Londres, y si sus sospechas eran ciertas y había sido él el hombre con aspecto de pirata que había visitado a su abuela.

—No se ofenda, pero espero que su bola de cristal funcione mejor que su intuición, *madame*.

Ella no pudo evitar sonreír de nuevo ante su descaro.

—No se preocupe por mi intuición —Clarice fingió concentrarse en la bola de cristal, al menos eso la ayudaría a dejar de temblar, a apartar la vista de los largos y elegantes dedos de ese hombre, que tamborileaban sobre el tapete con impaciencia.

—Veo... una mujer. Una mujer de pelo rojizo. —Ni ella misma sabía por qué razón se había atrevido a ser tan directa, pero sentía una necesidad enfermiza de saber si pensaba en ella, o si había sido una más de las debutantes con las que se había cruzado desde su llegada. Para ella no era un caballero más. Nunca se había permitido pensar en los hombres de esa manera, en el deseo o en su propio cuerpo. Y sin embargo casi todas las noches fantaseaba con el baile que habían compartido, imaginando que en lugar de en un salón rodeados de gente, bailaban a solas en un jardín solitario. Entonces la mano de lord Edevane se deslizaba con una caricia lenta por su espalda y se enredaba en su pelo, y su cabeza se inclinaba hacia la suya hasta que sus labios... Carraspeó, consciente de que se había sonrojado.

—¿Es una mujer del pasado o del futuro? —La imagen del retrato de la casa de la señora Hamilton y la de Clarice, con la luz de las velas arrancando destellos de su pelo se solaparon un instante, confundiéndolo. Por alguna razón ansiaba que la mujer que veía la vidente fuera Clarice, que le indicara un camino que lo llevaría a enredarse en sus brazos y olvidarse de todo lo demás. Movié la cabeza intentando deshacerse de la maraña que el alcohol estaba creando en su

cabeza.

—Puede que de ambos. —Clarice tampoco supo por qué dio esa respuesta, pero las palabras parecían salir de su boca por propia voluntad. Lo que si sabía era que le molestaba la idea de imaginarse a otras mujeres cerca de ese hombre, y no tenía derecho a sentirse así. De repente empezó a sentirse incómoda y ansiosa por dar a por finalizada aquella farsa.

—No me está ayudando demasiado, ¿no le parece?

—Su futuro no está demasiado definido, señor. Supongo que en este caso depende únicamente de usted y de su esfuerzo conseguir esas respuestas que busca.

—Confiaba en mi voluntad hasta que he entrado aquí. Pero al ver su sonrisa he olvidado todo lo que me ha guiado hasta ahora, y lo único que me urge es conocer el sabor de sus besos.

Clarice tragó saliva y apretó el tapete intentando que sus dedos dejaran de temblar. Debería sentirse halagada de que un hombre como ese, tan atractivo como el mismísimo diablo y aparentemente tan peligroso como él, sintiese deseos de besarla. Pero, en cambio, la furia comenzó a subir por su garganta. Estaba celosa, aunque no quisiese reconocerlo. Lord Edevane flirteaba alegremente con cualquiera a juzgar por su comportamiento, incluso con una completa desconocida.

—Espero que no haya malinterpretado nada, señor. Estoy aquí para ejercer mis poderes, y si me falta al respeto llamaré a los guardias. Estará en la puerta antes de que pueda parpadear y no puedo asegurarle si conservará todos los dientes. Y le aseguro que es una predicción bastante certera.

—Debería sentirse honrada, estoy reconociendo que ha ejercido su poder sobre mí. Me ha hechizado en cuanto he puesto los ojos sobre usted. No puedo explicarlo sin parecer un lunático, pero no lo soy —confesó con una sonrisa misteriosa—. Sus labios, no he visto nada más hermoso jamás.

—Ya basta, señor. Le ruego que se marche o... —Clarice se puso de pie sin saber si marcharse hacia la salida trasera o llamar a uno de los guardas, no porque se sintiese en peligro sino porque el hechizo estaba cayendo sobre ella.

Cuando lord Edevane se puso de pie para acercarse a ella la carpa pareció reducirse al pequeño espacio que los separaba, y el campo de visión de Clarice se redujo al nudo de su pañuelo y el pequeño trozo de piel tostada de su cuello.

Oliver no tenía intención de tocarla, por mucho alcohol que hubiera bebido era un hombre de honor, pero le había invadido un deseo incontrolable de ver sus ojos, de averiguar si eran del color del mar, o como uno de esos campos verdes que Clark tanto celebraba.

—Míreme, por favor —suplicó con voz ronca, y ella obedeció.

Sujetó su mentón y la acarició con delicadeza intentando ver la forma de sus ojos a través del antifaz. Como si estuviesen destinados a ello, sus labios se acercaron hasta rozarse con suavidad. Clarice reaccionó inmediatamente arrepentida de su reacción, luchando contra la atracción desbocada que sentía por él y la conexión que parecía hacer vibrar cada átomo de su cuerpo. Le empujó con la respiración entrecortada y lo señaló con su dedo índice haciendo que el anillo, tan falso como su identidad, brillara bajo la luz de las velas.

—Usted... usted... Es un descarado y un... ¿Cómo se atreve?

—Sé que usted ha sentido lo mismo que yo. Usted también ha notado esa atracción. Miéntame si se va a sentir mejor.

Clarice apretó las mandíbulas y abrió las aletas de la nariz como si fuese un toro a punto de embestir, indignada por su soberbia, y por qué no decirlo, porque lord Edevane no había besado

a Clarice Hamilton, sino a una vidente de la que no sabía ni su nombre.

—Es un mezquino insolente.

Oliver soltó una carcajada inoportuna al ver su indignación, sin entender muy bien el dramatismo de aquella mujer por un simple y casto beso, que además ella había aceptado, consiguiendo que se enfadase más aún. Y por primera vez en la vida Clarice Hamilton dejó de ser correcta.

—Yo le maldigo.

—¿Qué? —preguntó con los ojos como platos. Para él las maldiciones no eran algo con lo que se jugara a la ligera.

—Le maldigo por su osadía, señor. —Clarice se envalentonó al ver su cara de espanto y la satisfacción la hizo sonreír—. Es un conquistador, cree que todas las mujeres deben caer rendidas a sus pies con una de sus sonrisas.

—Es lo que suele pasar, sí —respondió con altanería no queriendo darle importancia a sus palabras—. De hecho, usted también me ha besado a mí.

—Pues no pasará más. Hágalo, conquiste a una mujer, pero cuando yazca con ella, cuando le haga el amor disfrútelo, porque será lo último que haga. —Clarice se arrepintió de su osadía y de todo lo que estaba ocurriendo en el mismo momento en que las palabras salieron de su boca, pero eran solo eso, palabras. Fue un auténtico milagro mantener el acento francés a pesar de su indignación, realmente se había mimetizado con la vidente y al igual que ella era un fraude. Ella no tenía más poder que el de pagar con él su frustración, y ni siquiera sabía por qué estaba tan enfadada. Puede que la razón fuera que madame Collette le acababa de robar el primer beso de lord Edevane.

—Está loca.

—Puede ser, pero yo que usted me lo pensaría antes de... usar sus encantos.

Lord Edevane sonrió y un destello peligroso brilló en sus ojos, y Clarice supo que se había equivocado.

—Muy bien, *madame* Collette. Su venganza por un simple roce ha sido un tanto excesiva. —Su tono pretendía ser burlón pero su expresión denotaba que aquello no le estaba haciendo ninguna gracia—. En tal caso exijo una compensación al respecto, ya que acaba de arruinarme la diversión de por vida.

El aire se congeló en la garganta de Clarice, al igual que el resto de su cuerpo mientras el marqués la sujetaba por la cintura y la acercaba a su cuerpo.

—Ha hablado de consumación pero no ha dicho nada sobre el resto del cortejo —concluyó él acercándose con una endiablada lentitud hasta su boca.

Ella fue consciente de que la iba a besar de nuevo, y si lo hubiera intentado no habría sido difícil impedirlo. Pero de nuevo esa corriente que parecía paralizarla y a la vez llenarla de vida la recorrió de la cabeza a los pies. La boca de lord Edevane se apoderó de la suya, pero esta vez no se conformó con un roce inocente. Sus labios saborearon los suyos en un beso intenso que no le daba tregua, mordisqueándolos con suavidad, paseando su lengua sobre ellos, trazando esa forma que lo había vuelto loco desde que la vio, hasta que se aventuró a ir más allá y explorar su boca en profundidad. Clarice ahogó un gemido ante ese contacto tan íntimo pero no podía parar, necesitaba aprenderse ese beso, y las sensaciones que le provocaba de memoria. Sus manos se deslizaron sobre el paño de su levita y ascendieron hasta su cuello y su mandíbula, trazando su forma con delicadeza, a lo que lord Edevane correspondió apretándola más contra su cuerpo.

—¿*Madame* Collette? —la voz de Vivian sonó insegura al otro lado de la cortina.

Clarice empujó a Oliver con tanta fuerza que este se tambaleó hacia atrás y estuvo a punto de chocar con la pequeña mesita. *Madame* Collette no necesitó una llamativa cortina de humo para hacer una salida triunfal de aquel lugar, el calor que corría por sus venas era más que suficiente.

—¿Cómo ha ido? ¿Todo bien? —Trató de interrogarla Vivian, preocupada por la actitud esquiva de su amiga, mientras la acompañaba a toda velocidad hacia el camerino.

Clarice asintió sin detenerse a mirarla, ansiosa por terminar con aquello. Necesitaba volver a ser ella, embutirse en su apretado corsé y sus castas enaguas, volver a ser la chica sensata y racional, que nunca se salía del patrón marcado. El único problema era que el deseo no se guiaba por las leyes de la lógica.

—La gente está empezando a hablar.

Oliver levantó la cabeza de su taza de café con cara de pocos amigos. Su cabeza parecía querer salirse de su eje con el más mínimo movimiento y sus sienes palpitaban de dolor, por no hablar de la desagradable sensación en su estómago que apenas le permitía probar bocado. Se lo merecía, una tremenda resaca era lo mínimo que se merecía por haber sido tan estúpido la noche anterior. O puede que fuera que la maldición de esa arpía estuviese empezando a hacerle efecto.

—Sobre ti, sobre nosotros —prosiguió Clark a pesar de su nula respuesta—. Ayer estuve en el club y mi amigo Neil Morton me dijo que la gente está empezando a sospechar que esto es una patraña. No te encuentran demasiado parecido con mi padre, aunque a decir verdad yo tampoco me parezco a él. Por lo visto alguien cercano a la corona ha desmentido que la reina haya recibido petición alguna para la cesión del marquesado.

Oliver gruñó en respuesta, era lógico que la gente comenzase a sospechar, lo extraño era que se hubieran tragado esa mentira desde el principio.

—Deberías apresurarte con tus averiguaciones antes de que caigamos en el ostracismo y no nos inviten a ninguna casa decente. Y no es que me importe, las casas decentes son bastante aburridas.

Oliver gruñó de nuevo y David dobló el periódico que estaba ojeando para mirarlo con detenimiento. Él mismo debía tener una cara espantosa ya que no había conseguido dormir en absoluto, pero sin duda parecía una rosa en comparación con las ojeras y el gesto de cansancio de su capitán.

—¿Qué demonios te pasa? Parece que un rebaño de vacas te hubiera pasado por encima.

—Nada tan agradable, sin duda —mintió. Pensar en los labios de esa vidente, en la forma en la que su cuerpo se estremeció entre sus brazos mientras la besaba lo había mantenido en vela toda la noche. Besarla había sido mucho más que agradable y todavía podía sentir sus labios ardientes sobre los suyos—. Estoy maldito.

—¿Qué? —preguntó con la taza de té suspendida en el aire—. Puede que últimamente no hayamos tenido mucha suerte pero tanto como estar malditos...

—Yo estoy maldito. Literalmente. Anoche fui a... Bueno, no viene al caso. Una hechicera, vidente o lo que sea me lanzó una maldición. Me dijo que si volvía a acostarme con una mujer moriría.

Clark parpadeó unos instantes y después prorrumpió en un ataque de risa tan fuerte que estuvo a punto de volcar el contenido de su taza.

—Así que era «ese tipo» de hechicera —se burló aun a riesgo de que Thorne lo asesinara con el cuchillo de la mantequilla.

—No es motivo de risa. —Le habían inculcado desde pequeño la creencia en la buena y la mala ventura y cumplía a rajatabla con los preceptos ancestrales para llamar a la suerte. No

silbaba en la cubierta de su barco para no atraer a los vientos, nunca iniciaban una travesía en viernes, jamás miraba hacia el puerto cuando partían, no maldecía a los dioses, ni hablaba de los muertos mientras estaban a bordo, y nunca, bajo ningún concepto, permitiría que una mujer subiese a bordo, especialmente si era pelirroja—. Una maldición es una maldición, y esta parecía bastante real.

—Entonces, ¿piensas mantenerte célibe durante el resto de tu vida? Santo Dios, esa mujer debería haber clavado un cuchillo en tu corazón directamente, hubiese sido menos doloroso. Por cierto, ¿qué le hiciste para que reaccionase así?

—Eso no importa. El asunto es que estoy maldito. Y ya sabes lo que pasa cuando alguien sobre quien pende una maldición se sube en un barco. Soy responsable de las vidas de la tripulación, no solo de la mía.

—Hablando de eso. Flame me ha dicho que ya ha vendido todo el azúcar y el ron que quedaba. Solo faltan unos pocos clientes por pagar. Y los hombres ya están empezando a cargar la mercancía que nos han encargado en las bodegas. No podemos dejar que las telas se enmohezcan y ya sabes cómo le sienta esa maldita humedad a las cuberterías y a las herramientas de metal. Cuanto antes zarpeamos antes las venderemos, y antes podremos cobrar.

—Parece que tienes bastante prisa por marcharte, David.

Era cierto, estaba ansioso por cerrar la maldita puerta de la mansión de los Edevane y marcharse para que el tiempo hiciese su trabajo y la destruyese hasta los cimientos.

—No me culpes, aquí no hay nada que me retenga.

Oliver lo miró, pensativo notando que David esquivaba su mirada.

—No piensas molestarte en conocer a tu hermana. —No fue una pregunta, era evidente que hablar sobre su familia ensombrecía su ánimo y le causaba dolor.

—Estamos aquí para que puedas buscar tus repuestas y cumplir la promesa hecha a tu padre, y mi consejo es que lo hagas mientras todavía las puertas de las casas más ilustres siguen abiertas para nosotros —sentenció poniéndose de pie—. Mañana por la noche *lady* Margarite Hamilton ofrece una fiesta en su mansión en honor a su tierna hija. Estamos invitados, puede que sea la última invitación que recibamos.

Antes de cruzar el umbral se detuvo pero no se giró para mirar a Oliver, no quería que viera en sus ojos lo que era más que evidente, que dolía, aquel tema dolía.

—*Lady* Edevane ha vuelto al campo esta mañana y ni ella ni su hija son de mi incumbencia. Ni tuya, tampoco, capitán. —Tras decir esto se marchó a grandes zancadas sin darle tiempo a responder.

Oliver se quedó en su asiento, observando con un poco de asco el café que ya se había quedado frío en su taza. David tenía razón. Tenía asuntos más importantes que resolver que los problemas de David y sentía que su tiempo se estaba agotando. La fiesta de los Hamilton podía ser una oportunidad para encontrar el hilo del que tirar o el cerrojo definitivo a sus aspiraciones. Necesitaba un golpe de suerte y solo esperaba que la maldición de *madame* Collette no hiciera que los malos augurios se cebaran con él.

—La gente está empezando a hablar —Maurice Hamilton, de pie junto a la chimenea hizo un gesto para que su fiel sirviente Leslie se agachase frente a él para limpiarle una mota de uno de sus zapatos de forma concienzuda.

Clarice, sentada en un sofá junto a Nicholas, levantó la cabeza aunque le costaba bastante

trabajo prestar atención a algo de lo que sus familiares decían. Su cabeza se empeñaba en traicionarla y rememoraba una y otra vez la forma en la que lord Edevane la había besado, cada palabra, cada mirada que le dedicaba a su boca. Se preguntaba si él habría sospechado en algún momento que era ella, o si habría recordado su encuentro, pero lo dudaba, con seguridad el alcohol habría nublado su sesera.

—¿A qué te refieres, cuñado? —preguntó tía Margarite que entraba en esos momentos en la habitación tras haber realizado una breve visita a la habitación de su suegra, que parecía no mejorar.

—De mi madre. Alguien se ha debido ir de la lengua y el rumor de que está moribunda se está expandiendo como una mala hierba.

—Es inevitable que la gente empiece a preguntar por ella. Si no acude a visitar a sus amigas, no recibe a nadie y ni siquiera asiste a misa su estado de salud empezará a cuestionarse. El servicio habla, y la han visitado tantos médicos que no podemos confiar en la discreción de todos ellos —admitió Margarite sentándose en el otro sofá junto a su hija.

—¿Crees que puede hablar? —preguntó Nicholas a su prima en tono confidencial—. Lo único que hace, aparte de servir a tío Maurice, es mirar con esos ojos de oveja.

Clarice se atragantó con el té y se limpió la barbilla con la servilleta, escondiendo de paso una carcajada. Carraspeó y pidió disculpas, y en cuanto sus tíos dejaron de mirarla, dio un pellizco traicionero en el brazo a Nick, que dio un respingo en su asiento.

—Ahora que lo dices nunca lo he oído. Quizás sea mudo.

—O quizás ayudar a Maurice a vestirse cada día le haya dejado sin habla —añadió Nick sin variar su semblante serio.

Como si hubiera escuchado su conversación, algo imposible ya que estaba en el otro extremo de la habitación, giró lentamente la cabeza hacia ellos, clavándoles sus ojos redondos saltones y muy abiertos, tanto que parecía que estaba eternamente sorprendido. Ambos se concentraron en el contenido de sus tazas tratando de disimular.

—Es espeluznante. Suerte que no duermo aquí, me moriría del susto si me lo encontrara en el pasillo en mitad de la noche —admitió Nicholas fingiendo un estremecimiento y la sonrisa desapareció del rostro de Clarice. En aquella casa había cosas mucho más espeluznantes que la mirada extraña de Leslie. Ella lo había intuido desde siempre, lo había escuchado, lo había sentido. Los escalofríos, los susurros y esas breves notas al piano que sonaban en mitad de la noche.

Había escuchado las conversaciones de los sirvientes, que incluso habían apodado al supuesto fantasma que habitaba en aquella habitación que siempre permanecía cerrada, con el nombre de John, aunque admitían que no sabían si se trataba de un hombre o una mujer. Si hubiesen sentido su aliento helado, como una mano de dedos fríos, acariciando su nuca no harían chanzas sobre el asunto. Si hubieran escuchado vibrar las cuerdas del piano accionadas por dedos invivibles como lo había hecho ella no se reirían. Aunque también reconocía que esas bromas eran su forma de luchar contra el miedo y no salir corriendo de la mansión.

—Por eso lo adecuado es no demorar más de lo necesario el compromiso de Clarice, cuñada. Si April encontrara un candidato adecuado podríamos cerrar una temporada redonda, pero por suerte en su caso no es tan apremiante.

Clarice los miró a ambos con cara de pánico, y Margarite bajó la mirada, no estaba en su mano mediar ante Maurice y conseguir un poco más de tiempo para encontrar un prometido adecuado, parecía bastante claro que él pensaba que ya lo había resuelto.

—Nuestra reputación quedaría por los suelos si se enterasen de que vamos a celebrar una boda con la abuela en ese estado, pero seguro que ella lo querría así —aseveró hinchándose como un pavo real, disfrutando de esa pequeña parcela de poder que había encontrado.

—Tío Maurice. Me gustaría poder tener algo que opinar al respecto. —La voz de Clarice sonó un poco entrecortada, las lágrimas, inesperadas, amenazaron con mostrar su debilidad. La perspectiva de convertirse en la esposa de un hombre que le provocaba escalofríos era desoladora, tenía que impedirlo fuese como fuese y cada día que pasaba sentía que la soga se apretaba con más fuerza sobre su cuello.

—Por supuesto, cuando lo hallamos formalizado pondremos en común nuestros puntos de vista; podrás opinar sobre las flores, el vestido... —dijo con una sonrisa socarrona.

Clarice abrió la boca para replicar pero la mirada de su tío la paralizó en el sitio. Elegir las flores. Ese era el poder que tenía para manejar su propio destino. Estaba claro que por las buenas no conseguiría nada y no podía esperar que un golpe de suerte la librara de su destino. Su cabeza empezó a buscar soluciones inesperadas, quizás pudiera pedirle ayuda a Vivian y el Jefe, después de todo se lo debían. Su primo Nicholas apretó su mano con suavidad, en un gesto de comprensión que agradeció, pero que por desgracia no arreglaba nada.

Nicholas, colocado junto a su madre para recibir a los invitados, intentaba concentrarse en ser amable y saludar a cada uno con el boato que correspondía. Pero no podía evitar que una sensación de desasosiego se aferrase a su estómago. Su tío estaba ansioso por marcharse de Londres, por lo visto no encontraba ningún aliciente para quedarse allí mucho más tiempo, ni siquiera que su madre estuviese postrada en una cama. Su idea era resolver los asuntos pendientes, empezar a delegar en su sobrino la gestión de algunas de las propiedades del campo y buscar a alguien especializado que cuidase de la señora Hamilton hasta que Dios se acordase de ella. Y esos asuntos incluía casar a sus sobrinas. Nick adoraba a Clarice, era su debilidad, y la idea de verla casada con un fantoche como lord Mitchell no le hacía ninguna gracia. Ella era demasiado dulce, demasiado pura para acabar en manos de un hombre vicioso y mezquino como él. La idea de proponerle un matrimonio rápido aunque fuesen primos había pasado por su cabeza, pero su relación era demasiado fraternal para planteárselo. Había tratado de mediar por ella ante Maurice, intentando ganar algo de tiempo para conseguir un candidato aceptable, ella no tenía la culpa de su compromiso frustrado con Rutherford. Pero Maurice había sido tajante al respecto. Además, había añadido un motivo más de preocupación a la situación de su prima: si su hermana April no conseguía un candidato cuando llegara el fin de la temporada social él mismo se encargaría de encontrarlo. Por suerte parecía que un conde llamado Aldrich había puesto los ojos en la joven, aunque todavía no había habido un acercamiento formal. Pensar que no podía hacer nada para proteger a las dos muchachas lo mantenía en un constante estado de frustración, pero estaba atado de pies y manos.

Clarice lo sabía. Nadie parecía estar en posición de ayudarla y no podía guardarle rencor a su primo por ello. Deambuló por el salón intentando esquivar a la mayoría de sus conocidos, no le apetecía fingir que estaba encantada de estar allí o mantener conversaciones insustanciales sobre el tiempo. Observó a April, deslumbrante con su vestido amarillo pálido, no muy lejos de donde ella estaba, abanicándose con energía para disimular su sonrojo mientras un joven rubio bastante gallardo le decía algo, aprovechando que su madre estaba enfrascada en una conversación con varias damas. Se apoyó en una de las columnas con las manos cruzadas en la espalda y sonrió mientras disfrutaba de la escena.

—Daría la mitad de mi fortuna por ser el depositario de esa sonrisa. —La voz de lord Edevane sonó ronca y masculina, y le provocó un estremecimiento que intentó ocultar con una expresión fría y serena. Giró la cabeza hacia él y sus ojos traicioneros se desviaron hacia la boca de labios bien definidos del marqués, esos labios que habían devorado los suyos aunque él no lo supiera.

—¿A cuántas mujeres les ha dicho esas mismas palabras esta noche, milord?

—Ni esta noche ni ninguna otra, me temo. Pocas sonrisas me resultan tan hechizantes como la suya —reconoció, y se sorprendió a sí mismo por esa afirmación. Era cierto. Clarice Hamilton poseía una sonrisa enigmática que parecía esconder una promesa y más de un secreto. Aunque a

decir verdad había encontrado otra boca que lo había enloquecido con la misma intensidad y que, de paso, le había regalado un beso y una maldición.

—Pocas..., pero no ninguna. —Clarice se preguntó si él podía tomarse su respuesta como un coqueteo y si ella estaba en posición de permitírselo. Pero le apetecía un poco de frivolidad que la alejase del turbio panorama que tenía delante.

—¿Quiere exclusividad? —preguntó con un brillo juguetón en los ojos—. Si así lo desea solo me rendiré a su sonrisa, a la de nadie más. Pero como supondrá no le saldrá gratis.

Clarice se tapó la boca con la mano enguantada para ocultar una breve carcajada y envidió el abanico que April seguía agitando frente a su cara.

—Lo siento, lord Edevane. Debería dedicar sus esfuerzos a engatusar a alguna otra dama más receptiva a sus encantos.

—Me rompe el corazón.

—Permítame dudarle. —Clarice fingió estar muy interesada en el movimiento de los bailarines que se deslizaban por la pista, mientras lord Edevane, situado a sus espaldas, se deleitaba observando la curva de su cuello y el brillo cobrizo que las velas arrancaban a su pelo.

—¿Me concedería un baile? —pidió en un intento de prolongar unos minutos más el encuentro, pero ella negó levemente con la cabeza.

Clarice observó a su tío en el otro extremo del salón que parecía ordenar a Nicholas algo que, a juzgar por su cara, no le gustó demasiado. Su semblante se ensombreció cuando se percató que lord Mitchell estaba junto a ellos con su expresión de soberbia habitual.

Sin pensar demasiado ni molestarse en contestar la pregunta de Edevane, sujetó el ruedo de su falda y giró sobre sus talones para salir de su campo de visión, con un mal presentimiento instándola a echar a correr. Se contuvo lo suficiente para no llamar la atención de la gente con la que se cruzaba, y se sorprendió cuando al llegar a un salón menos concurrido se dio cuenta de que lord Edevane la había seguido.

—¿Se encuentra bien? —preguntó sujetándola del codo con delicadeza, con la preocupación reflejada en su rostro.

—Por favor, milord. Solo quiero estar unos minutos a solas. —Clarice se deshizo de su agarre y agachó la cabeza para que él no viera que estaba a punto de echarse a llorar. La presencia de lord Mitchell y su tío juntos solo indicaba que la soga se volvía a apretar y apenas dejaba que el aire pasara por su garganta, y lo sentía como algo literal.

Lord Edevane no la dejó marcharse y la acompañó hasta el pasillo contiguo sin importarle que los pocos invitados que deambulaban por aquella estancia los mirasen con suspicacia.

Clarice se apoyó en la pared y cerró los ojos, sabiendo que cuando los abriera él seguiría allí, con su expresión preocupada y su aspecto de pirata.

—Dígame si puedo ayudarla, no me gusta verla así, señorita Hamilton. —Clarice abrió los ojos al sentir el dorso de sus dedos acariciando su mejilla con ternura y se inclinó hacia la caricia como si no tuviese voluntad para evitarlo. De nuevo esa corriente que los conectaba, de nuevo esa sensación de estar en el lugar correcto, con la persona correcta.

Ella negó con la cabeza y a él se le encogió el corazón al ver su mirada triste, que intentaba ocultar a toda costa.

—Míreme, por favor. —Oliver sujetó su mentón y la obligó a mirarlo a los ojos—. Le he dicho que caería rendido a su sonrisa, no puedo permitir que me prive de la excusa perfecta para convertirme en su esclavo.

Sus palabras cumplieron su función y ella rio aunque a la vez ardía en deseos de echarse a

llorar.

—No tenemos tiempo para eso —contestó con sinceridad. Un pellizco en el pecho le indicó cuántas ganas tenía de que aquello no fuera real.

Oliver también quería que aquello no fuera cierto, poder tomarse el tiempo necesario para conquistarla, para decirle comentarios atrevidos al oído, para probar sus labios y descubrir los secretos que escondía su sonrisa. Sin ser muy consciente de ello se inclinó y rozó su mejilla con la suya, en un gesto demasiado íntimo, algo prohibido.

—Clarice. —La voz de Nicholas sonó más sombría de lo que jamás lo había hecho, tanto que ella apenas lo reconoció—. Tenemos que hablar.

Oliver se separó inmediatamente sin saber muy bien cómo actuar, y optó por alejarse hacia la puerta con una leve inclinación de cabeza, aunque no estaba dispuesto a marcharse sin saber qué había perturbado de esa manera a la muchacha.

Clarice se dejó arrastrar por Nicholas hasta una pequeña sala de música. Su estómago se había reducido a un amasijo de nervios y se preparó para negar lo evidente, que lord Edevane había estado a punto de besarla con docenas de ojos a un paso de distancia. Abrió la boca para hablar pero se detuvo al ver que Nick comenzaba a pasear de un lado a otro pasándose las manos por el pelo con nerviosismo.

—Lo siento, Clarice. Lo siento tanto...

—Qué ocurre, Nick. Me estás asustando. —Clarice se aferró a la manga de su chaqueta y lo que vio en sus ojos no le gustó en absoluto.

—El tío Maurice me ha dicho que esta noche se anunciará tu compromiso con lord Mitchell. He intentado conseguir más tiempo, hacerle desistir, pero está obcecado en resolver esto cuanto antes.

El frío pareció adueñarse de la estancia y Clarice creyó que las fuerzas la abandonarían. Unos segundos antes había sentido el aliento cálido de lord Edevane en su mejilla y durante ese breve instante quiso creer que habría esperanza. Pero no la había, su destino estaba escrito por unas manos que no eran las suyas.

—Clarice, si quieres marcharte ahora puedo...

La puerta se abrió de golpe y su tío Maurice y lord Mitchell aparecieron en el umbral absorbiendo la luz, el aire y la vida que los rodeaba.

—Sobrino, no te encontraba. ¿Es esto una especie de juego del gato y el ratón? Porque no me divierte en absoluto. —La voz de Maurice sonó tan lacerante como un cuchillo y ambos se tensaron, y en un acto reflejo se agarraron de la mano, como cuando eran pequeños—. Márchate. Acompaña a tu madre y tu hermana, no seas mal anfitrión.

Nicholas miró a Clarice sin moverse del sitio con una gota de sudor bajando por su sien, hasta que su prima se soltó de su mano y asintió levemente. La puerta del despacho se cerró tras él, que se fue a regañadientes, y Clarice dejó caer los hombros resignada. Ese era su destino, como el de tantas otras jóvenes que ahora bailaban en el salón contiguo. Acatar y no hacer demasiado ruido. ¿Por qué la vida tenía que ser tan injusta? Pensó en Edevane una última vez. Ojalá ese instante de complicidad en el pasillo hubiese sido eterno.

Su tío sonrió con los pulgares colgados del bolsillo de su chaleco y la miró con una sonrisa de satisfacción.

—Bien, querida sobrina. Ha llegado un día muy feliz para nuestras familias, vamos a anunciar el compromiso con lord Mitchell y pronto comenzaremos con los preparativos de la boda.

—Creo que ha llegado el momento de que se escuche mi opinión. Al fin y al cabo se trata de

mi futuro.

El semblante sonriente de Maurice se volvió ceniciento y lord Mitchell la observó con los ojos entrecerrados como si fuera un insecto. No le gustaban las mujeres respondonas, pero sabía por experiencia que era un rasgo fácilmente corregible.

—No estoy de acuerdo con este compromiso, nunca he dicho que aceptara esta imposición y no voy a consentir que se haga a mis espaldas.

Las orejas de Maurice comenzaron a echar humo y su cara se volvió tan roja que temió que estallara en cualquier momento. Se acercó en dos pasos a su sobrina y la sujetó con fuerza del brazo ignorando su gemido de dolor.

—Vas a hacer lo que yo te diga, Clarice. O te casas con lord Mitchell o mañana mismo partirás hacia el convento más austero que encuentre. No vas a dejarme en ridículo, ¿me oyes? —pronunció muy cerca de su cara, con la saliva saliendo de las comisuras de su boca como si de un animal rabioso se tratara.

—Maurice —La voz de lord Mitchell hizo que la soltara, su tono era condescendiente y pretendía fingir que la situación estaba controlada—. Quizás si pudiésemos pasar unos minutos a solas podríamos llegar a un entendimiento. Casi no hemos tenido tiempo de conocernos.

Sin pensárselo dos veces, ni atender a la negativa de su sobrina, hizo lo que le pidió y salió dejando la puerta entreabierta. Clarice sintió un escalofrío al sentir la mirada lasciva de ese hombre recorriéndola, la consideraba su presa, su posesión, y a juzgar por su expresión su negativa le daba exactamente igual.

—Verás, niña. Tu tío y yo hemos llegado a un acuerdo. La obligación de un patriarca es velar por su familia, y eso ha hecho. Tú no tienes capacidad para decidir algo así. Con el tiempo veras como es un buen arreglo, no te faltará de nada. Quizás tu orgullo de señorita te impulsa a negarte, pero...

Los dedos toscos de Mitchell tocaron su mejilla y ella se retiró con brusquedad, odiando que su gesto pudiese borrar la huella cálida de Edevane, que todavía persistía allí. Su rechazo aguijoneó su ego y su mirada se volvió torva.

—¿No me ha entendido, lord Mitchell? No quiero casarme con usted. No lo haré. —se reafirmó con convicción sin importarle las consecuencias.

Ya las afrontaría después, pero en esos momentos lo único que quería era apartar las manos de ese hombre de ella. No soportaría un matrimonio con él, no podría.

—Sí, sí lo harás.

Lord Mitchell la sujetó de la muñeca y tiró de ella para pegarla a su cuerpo, sujetándola de la nuca para besarla a la fuerza. El asco de sentir los labios de ese hombre recorriendo su cara y buscando su boca le dio fuerzas para empujarlo. Él sujetó sus hombros para evitar que se marchara y en el forcejeo la tela de la manga del vestido crujió, descosiéndose. Lord Mitchell aprovechó la confusión para volver a intentar besarla. Clarice estaba empezando a flaquear, él era más fuerte, más grande que ella, y cuando estaba a punto de echarse a llorar la presión de ese tipo desapareció, y ella se tambaleó hacia atrás confundida.

Lord Edevane apareció como una furia y, sujetando a lord Mitchell de la pechera de su camisa, le propinó un puñetazo que lo dejó aturdido y sangrando por la nariz. Lo lanzó contra una de las vitrinas donde se guardaban los instrumentos que comenzaron a caer por el suelo.

Sin prestarle más atención al despojo de hombre que se palpaba la nariz en ese momento para comprobar si estaba rota, se dirigió directamente hacia Clarice.

—¿Está bien? —preguntó sujetando sus mejillas para obligarla a mirarle. Ella asintió

perdiéndose en sus ojos color ámbar, sintiéndose segura. Oliver sujetó la tela de su manga y la subió hasta su hombro intentando mantenerla ahí.

En el umbral apareció Maurice con cara de horror, seguido de Margarite y Nicholas que contemplaban la escena sin entender nada.

—Esto es intolerable —se quejó Mitchell levantándose del suelo con la misma soltura que un sapo. Maurice acudió a ayudarlo pero se lo quitó de encima golpeándole las manos.

—¡Clarice! —Su tía se llevó las manos a la boca espantada al ver el peinado deshecho de su sobrina y la manga rota.

No había que ser muy listo para saber dónde desembocaría aquello. Una indiscreción, un escándalo y una boda apresurada. Mitchell se llevó un pañuelo a la nariz y se adelantó unos pasos para reclamar su lugar, sabiendo que Maurice lo apoyaría.

Oliver también lo sabía. Se había mantenido discretamente cerca de la puerta de la sala de música para intentar averiguar qué se traían entre manos los Hamilton y no había podido evitar acercarse más aun cuando vio que Clarice estaba sola con ese hombre. En cuanto la escuchó decir que no quería casarse estuvo tentado a actuar, pero cuando vio que ese hombre intentaba propasarse sintió que su sangre ardía de furia. No soportaba a los hombres que se imponían a las mujeres, mucho menos a los que las golpeaban o intentaban abusar de ellas, y las peleas más cruentas que había librado en la mayoría de las ocasiones fueron por defender a una mujer.

Sin pensar en las consecuencias, y en lo conveniente que le resultaba aquello para sus planes tendió la mano hacia Clarice clavando sus ojos en los suyos, intentando transmitirle que estaban juntos en esto si ella quería. Ella entrelazó los dedos con los suyos provocando una conmoción en los presentes.

—Que alguien me explique qué está ocurriendo antes de que me desmaye —rogó su tía.

—Siento haber protagonizado este pequeño revuelo, señora Hamilton. —Edevane apretó la mano de Clarice con más fuerza y ella asintió con la cabeza dándole permiso para lo que fuese que tenía en mente—. Su sobrina y yo... Nosotros... Bueno, nos hemos dejado llevar y se nos ha ido un poco de las manos. Lo que sentimos es muy intenso y apenas podemos esperar para hacerlo público. Lord Mitchell, que es todo un caballero, ha malinterpretado la situación y ha querido defender a Clarice. Aunque, claramente, no era necesario.

—¿Hacer público qué? —preguntó Maurice a punto de colapsar sobre sí mismo.

—Quería pedir su mano de manera oficial esta noche. —La mentira salió con tanta fluidez que el mismo Oliver se lo creyó.

—¡Las cosas no funcionan así! Es inmoral, es indecente cortejar a una joven sin permiso de la familia. ¿De qué clase de jungla ha salido usted? —vociferó Maurice, enmudeciendo al ver la mirada asesina de lord Edevane sobre él.

—¿Tan indecente como obligar a alguien a casarse contra su voluntad, señor Hamilton? —replicó, furioso.

—En realidad, lord Edevane me comentó sus intenciones. Estaba esperando el momento oportuno para hablar contigo, tío. —Se aventuró a decir Nicholas buscando la aprobación de su prima. No solía tener reparos en mentir cuando le interesaba pero esta situación era bastante delicada y cualquier paso en falso podría arruinarlo todo.

—En ese caso... —Margarite miró a su alrededor buscando un asiento mientras desplegaba el abanico y se daba aire con fuerza—. Lord Mitchell, le agradezco que haya intentado actuar con honor, pero por lo visto no era necesario. Si nos permite, creo que vamos a tener una pequeña reunión familiar.

Lord Mitchell salió de la sala hecho una furia sabiendo que acababa de perder la batalla. Todos, excepto Maurice, se miraron sin saber muy bien por dónde empezar, pero bastante aliviados por el giro de los acontecimientos.

Clarice miró su mano delicada perdiéndose entre los dedos de piel morena de lord Edevane fascinada por el contraste, y tan concentrada en la sensación que nacía justo en ese punto y se extendía por todo su cuerpo, que apenas prestó atención al sermón de su tía, sobre la necesidad de controlar las pasiones. Aunque no se la veía especialmente preocupada, parecía más bien feliz, por lo visto lord Mitchell tampoco era santo de su devoción. Maurice en cambio había enmudecido. No había nada que objetar al hecho de que su sobrina hubiese cazado a un ilustre marqués a pesar de las circunstancias que le rodeaban, solo que el hecho de ahorrarse una parte de la dote de su sobrina, trato al que había llegado con Mitchell, le había resultado muy ventajoso. Se secó el sudor con un pañuelo y salió de la habitación en busca de aire fresco y alguna bebida bien fuerte, esperando no encontrarse con Mitchell por el camino, emplazando a Edevane a su despacho al día siguiente para hablar del asunto.

Margarite y Nicholas no parecían muy dispuestos a abandonar la sala, hasta que lord Edevane en un despliegue de encanto se dirigió hacia la dama.

—Le reitero mis disculpas, señora. Pero mis intenciones son honestas.

—Más le vale —refunfuñó Nick que permanecía de pie detrás de su madre.

—Si me lo permite, todo lo que ha pasado ha sido muy intenso. Me gustaría hablar con su sobrina unos minutos. —La mujer no pareció muy contenta con la idea y frunció el ceño observándolos por encima de su abanico—. Le doy mi palabra de que será una conversación tranquila.

Su sonrisa obró su magia y la mujer entrelazó su brazo con el de su hijo para dirigirse a la salida.

—Se lo permito porque debo ir a ver cómo está mi pequeña April. Pero solo dispone de un par de minutos. Compórtese.

Ambos suspiraron al quedarse solos en la habitación como si acabaran de quitarse un gran peso de encima.

—Gracias, lord Edevane. Me ha ayudado más de lo que cree pero no permitiré que cargue con mis problemas.

Él la miró mientras calibraba lo que acababa de ocurrir. Un matrimonio con Clarice Hamilton. Eso sin duda le abriría las puertas de la mansión Hamilton, y podría llegar a averiguar lo que necesitaba. Pero ¿podría atar a esa joven inocente a un hombre como él?, ¿sería justo condenarla a una cadena perpetua con un hombre que dejaría Inglaterra en cuanto obtuviera las respuestas que necesitaba? Era muy egoísta por su parte actuar así, y no era justo que Clarice se convirtiera en el peón a sacrificar en aquella partida de ajedrez.

Pero el juego había empezado y echarse atrás no era una opción.

—No es necesario que esto llegue a término. Con lo que ha hecho me ha regalado un tiempo muy valioso para que yo pueda buscar una alternativa. No tiene que casarse conmigo, milord. Solo le pido que finja unos días hasta que...

Él levantó la mano para detener el nervioso monólogo de Clarice y ella se detuvo inmediatamente, por lo visto estaba acostumbrada a hacer lo que se le pedía y no estaba seguro de que eso le gustase, la verdad.

—Tengo una propuesta que hacerle.

Una propuesta. No sonaba como si estuviese a punto de recibir una propuesta de matrimonio. La mirada de ese hombre había cambiado y era tan intensa que parecía poder ver a través de ella.

—La situación es muy clara, señorita Hamilton. O se casa conmigo o estará en serios problemas, y su tío no parece alguien demasiado comprensivo.

Clarice se pasó los dedos por la frente y, sintiendo que estaba agotada, apoyó la espalda en una de las estanterías ante el temor de desplomarse en cualquier momento. Ciertamente las perspectivas que tenía ante ella si no se casaba con Edevane eran muy poco halagüeñas.

—No es la manera en la que me gustaría comenzar una nueva vida, arrastrándole a un futuro que no ha buscado ni quiere.

—Intuyo que la idea empezar esa nueva vida con ese tal lord Mitchell es menos atractiva aún. Verá, sé que no nos conocemos y que esta no es la manera más idónea de empezar una relación. Pero creo que puedo ofrecerle lo que necesita.

—Está bien, le escucho —accedió tomando asiento, prefería estar sentada para escuchar su proposición.

—Estoy en Londres con un objetivo, necesito resolver un asunto familiar. ¿Puedo confiar en usted? —Clarice asintió sin apartar los ojos de él—. Este no es mi mundo y no pienso permanecer aquí más tiempo del necesario. Mientras tanto necesito seguir relacionándome con los círculos de la alta sociedad para conseguir lo que estoy buscando. Un matrimonio con usted sin duda me ayudaría en mi misión.

Oliver se sintió como un bastardo mentiroso, en realidad el único círculo en el que necesitaba estar era en el que rodeaba a la señora Hamilton y aquella casa espeluznante, pero si mostraba sus cartas ella se cerraría en banda intuyendo el peligro.

—¿Y qué pretende hacer conmigo después? ¿Arrastrarme por medio mundo o abandonarme sin más?

—Ninguna de las dos cosas. Es evidente que nuestros mundos son muy dispares. Mi vida gira en torno a mi barco, no puedo estar demasiado tiempo en un mismo lugar, y desde que pisé Inglaterra no pienso en otra cosa que en volver a las cálidas aguas del Caribe. —Oliver suspiró y se apoyó en la mesa que había frente al asiento que ocupaba Clarice apretándose el puente de la nariz con los dedos, hasta que al cabo de unos segundos se atrevió a levantar la vista para enfrentarse a la expresión preocupada y expectante de la joven—. Le propongo que nos casemos cuanto antes, eso acallará los rumores que puedan surgir esta noche.

—¿Cómo dice?

—Formaremos un matrimonio perfecto de puertas para afuera y ambos conseguiremos nuestro objetivo. Llegado el momento me marcharé, y después de un tiempo prudencial usted recibirá la noticia de que se ha convertido en una joven viuda junto con una considerable fortuna. Será libre, Clarice. Libre para vivir como quiera, libre para volver a casarse o marcharse a recorrer el

mundo sin tener que esperar que su esposo le de permiso para hacerlo. Yo no volveré a pisar suelo inglés y usted no tendrá que lidiar con la carga de un marido indeseado.

Clarice tardó unos segundos en procesar lo que le acababa de proponer.

Un matrimonio falso, interpretar un papel y recibir una suma considerable por ello. Libertad. Era mucho más de lo que se había atrevido a anhelar jamás. El único problema era si el precio a pagar era justo. Estaba segura de que alguien como lord Edevane no negociaría sin estar seguro de salir ganando en el proceso y el hecho de no saber exactamente qué beneficio obtendría casándose con ella le hacía replantearse si aquella proposición era algo limpio o tenía un trasfondo oscuro detrás. En cualquier caso no tenía ninguna otra opción a la que poder aferrarse. Edevane carraspeó un tanto incómodo.

—Como es lógico, será un matrimonio solo de nombre. Lo mejor es que ambos seamos conscientes de que esto es solo un trato que nos beneficia y nada más. —Él esperó que eso fuese el empujoncito que Clarice necesitaba para aceptar pero la expresión de su cara solo reflejaba confusión.

—Necesito saber a qué tipo de hombre me enfrento, milord. No puedo aceptar algo así sin saber qué es lo que usted está buscando. No quiero que mi honor y el de mi familia acabe perjudicado por mi causa.

—Si me rechaza su honor quedará por los suelos a no ser que Mitchell retome su intención de casarse con usted. Le doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mi mano para que usted no salga perjudicada y firmaremos un acuerdo privado para que tenga la seguridad de que cumpliré mi parte del trato.

La voz de Margarite y Nicholas acercándose por el pasillo los alertaron de que el tiempo para dialogar se estaba agotando.

Oliver extendió la mano hacia ella instándola a aceptar el trato y ella se vio a sí misma estrechándola, sentenciado su futuro, al menos a corto plazo.

—Ni siquiera conozco su nombre.

—Thorne. Oliver Thorne —pronunció justo en el momento en el que la puerta se abría.

Clarice paseaba incesantemente por el pasillo retorciéndose las manos mientras su tío Maurice se reunía en el despacho con su futuro esposo. La puerta se abrió de golpe sobresaltándola y su tío le indicó que pasara.

Oliver contrastaba con el ambiente lúgubre y gastado de la estancia, con su aspecto fuerte y lleno de vida. Lucía un traje de lana de color azul oscuro y un chaleco de brocado gris, que resaltaba su piel morena y su pelo oscuro. La luz tenue que entraba por la ventana incidía directamente sobre él, que se había puesto de pie para recibirla y Clarice por un instante no pudo apartar la vista de ese hombre.

—Parece que lord Edevane y yo estamos empezando a llegar a un acuerdo —anunció su tío aunque ella no se molestó en girarse a mirarlo—. La boda se celebrará lo antes posible, una ceremonia sencilla y solo con la familia, no queremos que la gente cotillee sobre el estado de salud de mi madre. Viviréis aquí hasta que la residencia de los Edevane esté lista.

—¿Lista? ¿A qué se refiere?

—Tenemos algunos problemas en la planta superior y hay que acometer reformas. Además, hay una plaga de roedores y no me gustaría que nuestro matrimonio comenzase enturbiado por estas nimiedades. Si no le parece bien podemos buscar otro lugar, señorita Hamilton. —Oliver la

miró retándola a contestar, y en el fondo, aunque fuese contraproducente para sus intereses, ansió que lo hiciera, que se rebelase contra lo establecido.

—No, no será necesario. Así podré continuar cuidando a mi abuela —aceptó examinando su cara en busca de algún mínimo cambio en su expresión, pero no lo encontró.

En los últimos días había hilado al menos una docena de teorías sobre la razón por la que ese hombre podría haberse reunido con su abuela, pero ninguna tenía la más mínima lógica. Quizás la solución fuese más fácil que todo eso, quizás no hubiese sido más que una visita de cortesía sin importancia, pero cada vez que lord Edevane acudía a casa, el tío Maurice y su fiel y servil Leslie se acoplaban a ellos como una sombra, impidiéndole preguntarle al respecto. ¿Y si las respuestas que Oliver Thorne estaba buscando tenían que ver con su familia? ¿Debería temer que las encontrara? El trato que le había ofrecido parecía bastante beneficioso para ella, no sería lógico que hubieran llegado a un acuerdo así si tuviese algo en contra de su familia. Todas esas dudas la torturaban, pero, como siempre, estaba atada de pies y manos.

Tal y como le había prometido, Vivian había pedido a su esposo que buscara información sobre él, y la tarde anterior la había puesto al tanto de lo que había averiguado. Oliver Thorne era el capitán de un navío llamado Odiseum que llevaba varias semanas amarrado a puerto y que se dedicaba al comercio entre el Caribe e Inglaterra. No parecía haber nada extraño aparte de su costumbre de evadir los impuestos que la corona requería. Incluso algunas de las cajas del excelente ron que transportaban habían ido a parar a la bodega del Dark. Respecto a su pasado y la historia que habían contado sobre sus orígenes y el parentesco que lo unía a los Edevane no había forma de comprobar si era verdad o no.

—En ese caso me marchó a realizar las gestiones necesarias. —Oliver se acercó hasta Clarice y sujetó su mano para llevársela a los labios—. Me gustaría que me acompañara a dar un paseo o a visitar el museo, quizás. Creo que sería bueno que nos conociésemos un poco más.

Ella asintió y en un acto reflejo tironeó de su mano al sentir que su contacto la afectaba. Entre ellos no habría una relación de pareja, simplemente serían dos extraños, dos socios unidos durante un tiempo limitado. Quizás fuese lo mejor.

—Por supuesto, milord. Estaré encantada.

Clarice no sabía decir si la sensación que le había recorrido el estómago durante todo el día podría identificarse con el encantamiento precisamente. No entendía por qué estaba tan ansiosa por recibir una visita del hombre con el que se desposaría en unos días. Lord Edevane, aunque estaba empezando a tener serias dudas de que realmente estuviera en posición de proclamar ese título como suyo, no había especificado a qué hora se pasaría a verla, ni qué actividad realizarían. Había querido pensar que estaría igual de ansioso que ella y se pasaría a visitarla esa misma mañana, a pesar de que la lluvia no había cesado desde el amanecer. Mientras miraba por la ventana los pequeños charcos que comenzaban a convertirse en un barrizal a medida que los caballos y las ruedas de los carruajes pasaban sobre ellos trató de concentrarse en sentir un poco de rencor por él. Sin duda era más sano odiarlo un poquito que encapricharse de alguien que se marcharía sin ningún tipo de remordimiento. Alguien que además tenía muchas posibilidades de ser un fraude, o incluso un delincuente. Pensó en pedir un té, sentir la taza caliente entre sus manos siempre la reconfortaba, pero en el último momento se dirigió hacia la parte posterior de la casa, cruzó el patio tapándose el pelo con un pañuelo y entró en el invernadero. Lo sacudió para eliminar las gotas de lluvia y lo extendió con cuidado en una de las banquetas que había junto a la puerta. El jardinero, que recogía los enseres una vez finalizada su labor, levantó la cabeza al verla entrar y la saludó con una breve inclinación de cabeza. Clarice miró a su alrededor y observó el desolador panorama que tenía delante. Esta primavera estaba siendo especialmente fría y lluviosa y las plantas se resistían a florecer. Acarició las yemas cerradas de las peonías con disgusto.

—Algo estamos haciendo mal, Albert —incredó al viejo jardinero—. La señora Norman hace semanas que presume de que su invernadero es toda una explosión de color y en cambio aquí ni siquiera la mala hierba se atreve a crecer. Es como si... —Se detuvo antes de darle forma a sus pensamientos. Era como si la vida se negase a abrirse paso.

—Este año está haciendo mucho frío, señorita. Hay varios cristales que arreglar para que la temperatura aquí dentro sea la adecuada. Conozco al jardinero de los Norman, tiene un sistema de calderas que mantienen una temperatura constante y adecuada para las especies que cultivan.

—Pues pongámoslas. Este sitio es desolador. Un invernadero debería estar lleno de flores, color, aromas —ordenó con un gesto más brusco del que solía usar.

El hombre retorció su gorra de paño entre las manos, mientras ella continuaba avanzando por el pasillo revisando las mesas con los tiestos llenos de tierra en los que las plantas casi desnudas hacían un esfuerzo por superar el frío.

—Se lo comentaré al mayordomo, señorita Hamilton. Yo no puedo tomar esas decisiones. Si me disculpa tengo que marcharme.

Los dedos de Clarice tamborilearon despacio sobre una de las maderas y se dio cuenta de que había sido demasiado desagradable con el jardinero. Si su abuela era reacia a gastar más de lo

imprescindible para caldear las habitaciones que ellos mismos usaban se escapaba a toda lógica que fuera a aprobar semejante derroche para unas cuantas plantas sin importancia, y tío Maurice menos aun. Se limitaría a mirarla con desdén y la despacharía como si estuviera espantando a una mosca. Giró para disculparse con él y las palabras se atascaron en la garganta al ver a su ya prometido en el umbral de la puerta observándola con ojos de depredador.

—Lord Edevane, no le esperaba —susurró llevándose la mano al pecho, no porque se hubiese asustado sino porque su corazón amenazaba con salirse de su eje.

—Espero no haberla asustado. Y por favor, ¿podría llamarme Oliver? En unos días seremos marido y mujer, al menos... —Se envaró en sus propios argumentos sin saber muy bien cómo continuar. No, no era cierto. Solo serían un fraude que procuraría que durase lo menos posible, pero una parte de él, una parte que se esforzaba en silenciar, deseaba que no fuese así. Nunca había pensado en el matrimonio, ni en compartir más que una relación efímera con las mujeres, pero Clarice Hamilton era diferente. La imaginó sentada en una butaca junto a él, leyendo o simplemente contemplando el fuego mientras él la observaba deleitándose con sus rasgos delicados, con la forma en que su pelo caía sobre su hombro enroscándose sobre él.

—Como desee. —Clarice observó sus botas empapadas y el pequeño charco que el agua que resbalaba de su abrigo formaba a su alrededor y no pudo evitar sonreír—. Quizás debería haber dejado la visita para otro momento, la tarde no es demasiado apacible.

—Le dije que vendría, soy un hombre de palabra. Mi... hermano se ha llevado el carruaje para ir a visitar a uno de sus amigos y he aprovechado que la lluvia había cesado. Pero este endiablado clima parece querer boicotearme constantemente.

—Si va a permanecer aquí un tiempo es hora de que asuma que quizás sea buena idea llevar un paraguas más a menudo.

—Es un consejo muy sensato, sin duda. —Él sonrió y ella sintió que una ola de fuego llegaba hasta ella. Era absurdo. Ella era una mujer coherente, no se dejaba engatusar por nimiedades. Y él no era más que un hombre. Uno mucho más atractivo de lo habitual, había que reconocerlo, pero solo un hombre. No podía permitir que le fallaran las rodillas con cada una de sus sonrisas o cada minuto con él sería una auténtica tortura.

Continuó caminando hasta llegar a la zona más alejada de la puerta donde se encontraban los rosales, sabiendo que él la seguiría.

—Estoy un poco frustrada. Como verá la jardinería no es nuestro fuerte.

—Si yo fuera una rosa tampoco me atrevería a asomar la cabeza con este frío. —Ella lo miró y se le escapó una carcajada cantarina—Por cierto, le he traído esto.

Oliver alargó la mano y le tendió un capullo de rosa de color blanco.

—Lo cogí de un jardín de camino hacia aquí, espero que no me hayan visto o me ganaré la antipatía del vecindario antes siquiera de vivir aquí.

Ella aceptó la flor, todavía la faltaban varios días para abrirse en todo su esplendor, pero era igualmente bella. En un gesto instintivo la acercó a sus labios notando que estaba húmeda y fría por la lluvia.

Los ojos de Oliver se clavaron en ella, atrapado en ese gesto tan sensual como involuntario, y puede que por este preciso motivo le resultase tan irresistible. Avanzó hacia ella, empujándola con suavidad hasta atraparla contra la pared de cristal. Apoyó la mano en su mejilla y pasó el pulgar sobre su pómulo marcando su forma perfecta, para deslizarlo después por el borde de su mandíbula. Clarice suspiró ante el contacto de sus manos, que a pesar de todo, mantenía calientes, y deseó que ese instante durase una eternidad.

—No debería besarte —susurró él con voz torturada.

—No deberías besarme.

Y sin embargo, la besó. Y sin embargo, ella le devolvió el beso como si lo necesitase para seguir latiendo. Oliver hundió una mano en su pelo mientras con la otra acariciaba su espalda y bajaba hasta su trasero para pegarla más a él. Necesitaba sentirla más y más cerca, que su calor disolviera ese frío que se había instalado de manera perenne en su interior. Y realmente sintió que esa capa de escarcha empezaba a resquebrajarse como cuando se lanza una piedra sobre un lago helado. Recorrió sus curvas, sus caderas, su costado, sus pechos, como si hubiera caminado por esa misma senda mil veces, como si supiera exactamente el suspiro entrecortado con el que le respondería.

Clarice se sentía igual de perdida en esas caricias que él y se aferraba a su abrigo sin importar que estuviese empapado, al igual que su pelo oscuro. Solo quería que continuara devorando su boca y devolverle cada movimiento de sus labios y su lengua. El agua repiqueteaba en el techo de cristal envolviéndolos en una burbuja que los alejaba de todo, como si estuviesen en una isla desierta que nadie más podría alcanzar.

Cuando Oliver se separó se sintió igual de aturdido que si hubiera estado bebiendo durante horas. Estaba embriagado de Clarice Hamilton y la certeza de que pronto sería Clarice Thorne y tendría que compartir con ella la mayor parte del espacio y el tiempo lo desestabilizó como una sacudida. Cada minuto que pasaba con ella le resultaba más difícil entender aquella atracción a la que tan difícil le resultaba resistirse.

—Su tío sabe que he venido a buscarla, quizás sea buena idea que volvamos —consiguió hilar con la voz entrecortada mientras deslizaba los labios por el borde de su mandíbula.

—Lord Edevane...

—Oliver.

—Está bien, Oliver. Tiene razón, no debió besarme —susurró alejándolo con suavidad enfriando los ánimos de ambos, aunque su piel siguiese ardiendo debajo de la ropa.

Los dedos de Oliver se negaban a alejarse de ella como si una fuerza invisible los hubiese conectado y se obligó a dar un par de pasos atrás para dejar de tocarla. La frase se repitió en su cabeza una y otra vez mientras la seguía por el patio con pasos rápidos intentando escapar de la lluvia incesante, y cuando se adentraron en la casa, y una vez que estuvieron sentados cerca de la chimenea con una humeante taza de té entre las manos, con su tío Maurice fingiendo leer el periódico a una distancia prudencial para ejercer de carabina.

Clarice sujetaba la taza con delicadeza, con sus dedos finos y pálidos, para acercársela a esa boca que sabía de manera tan perfecta.

«No debí besarla, no volveré a besarla. Pero estoy seguro de que moriré si no lo hago».

*L*os días previos a una boda solían estar llenos de nerviosismo por culpa de los preparativos y los imprevistos de última hora que a menudo surgían. También de emoción en unos casos y desolación en otros cuando el novio o la novia no eran elegidos por propia voluntad. En el caso de Clarice no se cumplía ninguna de estas premisas.

Su matrimonio era una representación teatral, el novio, aunque no hubiese sido elegido por propia voluntad, no le resultaba en absoluto indiferente, y para colmo habían sentado las bases de su relación dejando bastante claro que no habría ningún tipo de cercanía entre ellos. Todo era tan contradictorio que no sabía cómo debía sentirse. Además, por respeto a la salud de su abuela, no habría invitados ni ninguna celebración especial, más que un desayuno para la familia. Vivian refunfuñó al enterarse de que no podría celebrar el matrimonio de su amiga como merecía, pero la verdad era que la presencia del conde de Rutherford como un invitado más hubiese sido algo un tanto incómodo. Isabelle, que acababa de dar a luz a sus mellizos, se encontraba en el campo por lo que ni siquiera hubiera podido asistir aunque hubiese querido. Sin duda no era el tipo de boda con el que las tres amigas habían fantaseado pero últimamente la vida parecía elegir un camino muy diferente al esperado.

Que no hubiese imprevistos no quería decir que no hubiese alguna que otra sorpresa. Los dormitorios principales habían estado ocupados desde siempre por la abuela Hamilton y su esposo, y cuando este falleció, la habitación del padre fue heredada por Maurice. En ese momento la puerta que los comunicaba se selló y nadie volvió a abrirla desde entonces. Lo cual dejaba a los recién casados en una tesitura un tanto complicada. Todos habían dado por sentado que lord Edevane compartiría con su esposa su habitación puesto que era una situación provisional hasta que la mansión Edevane estuviese lista para mudarse.

La estancia disponía de un dormitorio principal, una salita contigua y un vestidor con un aseo, espacio suficiente para ambos. Todos entendieron que era la opción más adecuada y no se molestaron en buscar otra. Ni Clarice ni Oliver se atrevieron a quejarse, no ocurriéndoseles ninguna excusa válida que justificase su negativa a dormir juntos.

Clarice pensó que llegado el momento podría convencer a ese hombre para que se marchase al sofá de la salita aunque dudaba que eso fuese factible con su envergadura. Prefirió no darle más vueltas al asunto hasta que no fuese un problema real.

Y como no podía ser de otra manera el problema se hizo muy pero que muy real. El día de la ceremonia llegó casi sin darse cuenta. Fue una boda rápida, sin pompa ni ceremonia, solo los votos y un «Sí, quiero» dicho de manera apresurada por los novios, casi como si les diera miedo pronunciarlo en voz alta, y un beso más rápido aún en la comisura de los labios, que sin embargo parecía no haberse diluido en todo el día. La situación resultaba un tanto ridícula. Entre ellos se había instalado una especie de pudor que no les permitía mantener una conversación normal, o mirarse abiertamente. En sus cabezas solo había una idea que los estaba torturando, a partir de

esa noche tendrían que compartir la habitación, y después del beso en el invernadero no iba a resultar demasiado cómodo. Al igual que los días previos habían pasado con la rapidez de un suspiro el día de la boda resultó eterno.

Clarice aceptó la ayuda de su doncella para prepararse para una noche de bodas que no iba a existir. Todas las jóvenes recibían consejos, la mayoría inútiles, de parte de sus madres. Ella en cambio había arañado aquí y allá los conocimientos de sus amigas, aunque en la mayor parte de los casos estaban llenos de eufemismos y metáforas imposibles de entender. No importaba. No pensaba hacer uso de ellos.

Oliver esperó un tiempo prudencial para que Clarice pudiese cambiarse tomándose varias copas de licor en la biblioteca antes de subir a la que sería su habitación. Golpeó con suavidad la puerta y no estuvo seguro de si había escuchado la orden para poder entrar. Lo que sí percibió con claridad fue una corriente de aire helado que resbaló por su nuca como un acaricia que le estremeció de la cabeza a los pies. A lo lejos escuchó la melodía de un piano, solo unas cuantas notas solitarias, pero no tuvo tiempo de pensar en ello ya que la puerta se abrió ante él, y apareció Clarice envuelta en la bata más gruesa que había podido encontrar, y aun así, seguía resultando hermosa.

—Disculpe —musitó sin saber muy bien qué decir. En esos momentos se sentía como si nunca hubiese estado a solas en una habitación con una mujer, la verdad era que nunca había estado con una que fuese su esposa.

—No se preocupe, estaba levantada. He pensado que quizás podría dormir en el sofá de la salita contigua, aunque creo que es un poco pequeño.

—No tengo problema en dormir en el suelo. Solo necesito un par de mantas y me apañaré.

Clarice ya había pensado en eso y se dirigió hacia el armario para buscarlas.

—¿Le importa que me eche aquí, cerca de la chimenea? Prometo molestarla lo menos posible.

—Adelante, donde se sienta más cómodo.

La conversación era tan cordial que resultaba absolutamente ridícula. Clarice observó sus movimientos mientras extendía la manta más gruesa sobre la alfombra para que le sirviera de improvisado colchón. Ella por su parte se deshizo de la bata con rapidez y se metió en la cama tapándose con la manta hasta la barbilla. Oliver se dirigió hacia el candelabro que había colocado sobre la repisa de la chimenea y lo apagó. Ni siquiera sabía cómo actuar pero cuanto antes rompieran las barreras más cómodo resultaría todo. Se deshizo de su ropa y palpó la silla hasta dar con su camisa de dormir. Él, que siempre dormía completamente desnudo, se sentía un poco ridículo con su recia ropa interior y esa absurda camisa. Desde luego que si pensaba seducir a una mujer lo tendría muy difícil de esa guisa, por suerte no era el caso. Se tumbó sobre su lecho improvisado y suspiró, y en contra de lo que pensaba se durmió casi de inmediato. Clarice, en cambio, notaba todos los músculos en tensión. Había cerrado los ojos con fuerza mientras él se quitaba la ropa, atenta al susurro que hacían las prendas al deslizarse por su cuerpo. Jamás confesaría que había anhelado que él se dirigiera hasta la cama para besarla. Se limitó a quedarse allí, inmóvil, atenta al sonido de su respiración, hasta que el sueño terminó por vencerla.

Casa de los Hamilton, 35 años antes

*E*l día había sido especialmente desapacible, además de duro, para Percy. Habían tenido que limpiar las ventanas de la mansión, a pesar del viento frío que había azotado la fachada calándolos hasta los huesos, y limpiar las chimeneas del piso de arriba. Sentía los dedos en carne viva y el frío asentado en su interior. En lo único que había podido pensar era en el momento en que pudiera sentir la tibieza del cuerpo de Agnes contra el suyo.

La lluvia había empezado a azotar los cristales desde antes de que la noche cayera con un repiqueteo constante que los aislaba del resto del mundo. Agnes había extendido una gruesa manta de lana frente a la chimenea de la salita donde tenían sus citas clandestinas y se habían acurrucado sobre ella disfrutando de la cálida sensación de complicidad. Percy estaba tan cansado que se había quedado dormido casi de inmediato y Agnes lo había contemplado con una sonrisa extasiada hasta que el sueño pudo con ella.

Todo era perfecto, sus cuerpos uno junto al otro, sus manos entrelazadas, la cabeza de ella en el hueco del cuello de él, sus respiraciones acompasadas. Hasta que una voz desagradable y ronca comenzó a proferir gritos e insultos rompiendo la magia. Maurice, atraído por la tenue luz de la chimenea se había acercado extrañado hasta la sala y al descubrir la escena había entrado en cólera. Levantó a su hermana tirando de su brazo con violencia y la abofeteó con tanta fuerza que fue un milagro que ella consiguiera mantener el equilibrio.

Percy estuvo a punto de caer de bruces al levantarse con la manta enredada entre sus piernas y se lanzó hacia él con los ojos inyectados en furia. Asestó un puñetazo en la mandíbula de Maurice pero no consiguió darle de lleno, y este le devolvió el ataque golpeándole en el estómago. Los gritos alertaron a parte del servicio y a la señora Hamilton que apenas podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Clavó las uñas en el brazo de su hija sin atender sus lamentos ni sus lloros y la arrastró hasta el piso superior, sin dejar de insultarla sin piedad.

Definir su noche de bodas como un infierno era quedarse bastante corto. Aunque al principio el cansancio y el agotamiento fruto de los nervios de los últimos días hiciesen que no le costase dormir, unos sueños inquietos e incomprensibles le habían hecho desvelarse. Eso, unido al frío que se instaló en la habitación en cuanto el fuego se redujo a poco más que unos rescoldos y la incomodidad de dormir en el suelo. Tenía que reconocer que a sus treinta años no era el chiquillo que se enroscaba en la cubierta o la bodega de los barcos para dormir unas cuantas horas y levantarse tan fresco como una rosa. Se había acostumbrado al catre de su camarote que a pesar de su sencillez era bastante cómodo, y a los mullidos colchones de la mansión Edevane. No estaba dispuesto a morir de una neumonía así que hablaría con Maurice para colaborar con los gastos de la casa y conseguir que su estancia allí fuese lo más cómoda posible y al menos poder contar con leña suficiente para caldear su cuarto. Antes de bajar las escaleras para dirigirse al comedor donde se servían los desayunos se detuvo bajo el cuadro de esa joven que tanto se parecía a su esposa. Su esposa. La palabra resonaba en su cabeza y se vio incapaz de decirla en voz alta. Contempló el retrato y se preguntó quién sería, puede que la madre de Clarice. El parecido era innegable, pero los rasgos del lienzo eran un poco más redondeados, más dulces, eran los rasgos de alguien que apenas había empezado a vivir.

Clarice se había despertado sobresaltada al escuchar los golpes de su doncella llamando a la puerta. Miró a su alrededor preocupada por si al entrar descubría que su flamante esposo había dormido sobre la alfombra pero por suerte no había rastro de él ni de las mantas que había usado por ninguna parte, como si aquella nefasta noche de bodas solo hubiese existido en su imaginación. Se vistió con rapidez y le pidió a la doncella que le hiciera un recogido lo más sencillo posible. Sin saber muy bien por qué estaba ansiosa por ver a Oliver. Seguía siendo un interrogante y, aunque su comportamiento con ella fuese intachable, necesitaba saber qué se traía entre manos, cuál era su meta y si su acercamiento a ella había sido fruto del destino o lo había premeditado. Sus tripas rugieron y se llevó la mano al estómago, el día anterior apenas había probado bocado por culpa de los nervios. Pero el hambre volvió a desaparecer cuando al doblar el pasillo encontró a Oliver observando el retrato que presidía la escalera principal, con las manos enlazadas a la espalda. Carraspeó atrayendo su atención y supo que había enrojecido en cuanto él desvió la mirada hacia ella.

—Buenos días, Oliver. —El nombre se atragantó en su garganta unos instantes, le resultaba muy difícil tratarlo con esa familiaridad—. Espero que haya conseguido descansar.

Él sonrió y ella sintió que sus mejillas se desintegrarían por culpa de ese maldito sonrojo que subía en intensidad por momentos. Por supuesto que ambos estaban pensando en lo que debería haber pasado entre ellos si aquello hubiera sido una noche de bodas normal, y en ese caso ninguno de los dos habría descansado, de eso Oliver estaba más que seguro. Si no fuera por un

pequeño detalle: estaba maldito y meterse en la cama con una mujer implicaba abandonar este mundo. Durante su desvelo se había obsesionado con el sonido de las sábanas que envolvían a Clarice y susurraban cada vez que se movía. Se imaginó su tibieza, y la manera en que su camisón se enredaría entre sus piernas. Había sido extenuante contener el deseo y las ansias por volver a probar su boca.

—Un poco. Supongo que será cuestión de acostumbrarse. —Volvió la mirada al cuadro con una pregunta silenciosa.

—Es mi tía Agnes. Murió siendo muy joven, este fue el último retrato que le hicieron antes de ser presentada en sociedad.

La cabeza de Oliver empezó a unir las palabras sueltas y las frases inconexas de su padre enfermo con la mente aturdida por la fiebre. No tenía nombres pero sí suficientes pistas para comenzar a formar el puzle. Una mujer joven y hermosa, una mujer a la que no le permitieron comenzar a vivir.

—Lo siento.

—Gracias. Mi abuela siempre ha tenido un carácter un poco agrio, pero supongo que no se la puede culpar después de haber perdido a tres de sus cuatro hijos.

—No debe ser una situación fácil de digerir. Os parecéis mucho.

—Sí, mi abuela siempre decía que mirarme a mí era como mirar a mi tía.

—¿De qué murió? —indagó mientras se encaminaban juntos al comedor.

—De una enfermedad. No se habla demasiado de esos temas en esta casa, es como si se hubiera corrido un velo sobre todos esos sufrimientos y tragedias.

Según todos los indicios que tenía hasta el momento estaba claro que era así, y que él estaba más que dispuesto a tirar de ellos.

Oliver volvió a la mansión de los Hamilton después de visitar a sus hombres que estaban empezando a impacientarse. El mar los llamaba, las reparaciones en el barco estaban casi terminadas e incluso las noches en las tabernas estaban empezando a hastiarles. La casa estaba en silencio, y como siempre, las cortinas estaban echadas por lo que la penumbra le confería a todo un aire espectral. Tras asegurarse de que ni Maurice ni su sobrina estaban en casa decidió investigar un poco. Se cruzó con una doncella que se dirigía hacia la habitación de la señora Hamilton, tan silenciosa como el resto de la casa y continuó su recorrido por el pasillo. Probó las manillas de la interminable sucesión de puertas cerradas y comprobó que ninguna estaba cerrada con llave. Dedujo que una de las habitaciones era usada de manera asidua por Maurice ya que olía a tabaco, y a pesar de estar ordenada pudo divisar algunos libros colocados sobre una mesa y una licorera cerca de una butaca. En el resto de estancias la mayoría de los muebles estaban cubiertos por sábanas y sintió una sensación desagradable como si se estuviese adentrando en un mausoleo. Continuó hasta llegar a una puerta igual a las demás, pero que sí estaba cerrada con llave. Su estómago se contrajo, puede que fuese su intuición o solo el nerviosismo que le provocaba poder ser sorprendido en cualquier momento, mientras usaba una pequeña navaja para forzar la cerradura. Aguantó la respiración hasta que un chasquido le informó de que lo había conseguido y sin pensarlo entró en la habitación con rapidez, cerrando tras de sí. Le sorprendió que lo recibiera la luz de la tarde que entraba por la ventana, posiblemente la única de la casa que no estaba oculta por una gruesa tela de terciopelo. La cortina había sido arrancada y estaba hecha un guñapo en el suelo polvoriento. No había muebles, ni nada que indicase que aquella estancia

había tenido vida alguna vez. A pesar de que todo estaba envejecido y deteriorado una de las paredes llamó su atención. Estaba cubierta de papel tintado con un estampado horrible y por lo que pudo observar el trabajo no estaba muy bien terminado, como si se hubiera hecho de manera apresurada. Giró sobre sí mismo, había algo que no cuadraba. La ventana no estaba centrada en la pared al contrario que la puerta y la estancia parecía mucho más pequeña que las demás. La desagradable voz de Maurice dando órdenes le llegó desde el otro lado de la puerta. Se quedó inmóvil intentando no hacer el más mínimo ruido mientras Maurice continuaba su camino por el pasillo hasta la habitación de su madre. Salió con sigilo y cerró la puerta con el convencimiento de que debía volver a aquella habitación.

Clarice se detuvo en mitad del recibidor intentando averiguar de dónde venía ese repiqueteo incesante, algo tan desacostumbrado en una casa llena de silencios. Agudizó el oído y lo siguió a través de los pasillos hasta desembocar en la biblioteca. Estuvo a punto de parpadear varias veces encandilada por la luz que entraba a través de todas las ventanas, cuyas cortinas se habían descorrido. Cuando localizó el origen del sonido sintió una ola de calor por todo el cuerpo. Sobre una de las mesas de la enorme biblioteca varias pilas de libros luchaban por guardar un precario equilibrio, mientras Oliver manipulaba una de las baldas y la recolocaba con ayuda de un martillo. Su chaqueta estaba abandonada sobre una de las butacas, y se había remangado las mangas de la camisa. Su piel morena contrastaba contra la blancura de la tela, y se quedó absorta observando como sus tendones y sus músculos se tensaban con el esfuerzo. Sin darse cuenta se le escapó un suspiro, que debió ser lo bastante fuerte para que Oliver lo escuchara y detuviera su trabajo.

—Clarice, espero no haberla molestado con el ruido —se disculpó mientras palpaba la madera para comprobar la solidez de la balda.

—No se preocupe, a veces hay tanto silencio que pienso que he perdido la capacidad de oír.

Era cierto, su casa era tan tranquila que en ocasiones su cabeza, sin querer, la comparaba con un mausoleo. En cambio, desde que Oliver se había instalado parecía que algo vibraba en los cimientos de aquella casona, puede que fuera la vida y la energía que ese hombre irradiaba.

—He venido a buscar un libro y he visto que la balda estaba torcida, a punto de caer por el peso de los libros.

—¿En el Odiseum también acomete las reparaciones usted mismo, capitán?

—Vaya, vaya. Así que ha estado haciendo los deberes. —Oliver no le había ocultado ese dato de manera premeditada pero estaba seguro de no habérselo dicho. No podía culparla por querer averiguar con quién estaba tratando.

—Creo que es lógico intentar saber quién es el hombre que duerme sobre mi alfombra. He de reconocer que no he averiguado mucho más.

—Mi vida es bastante aburrida, me temo. Nada digno de mención. —Oliver giró el martillo entre sus manos sin saber muy bien cómo actuar—. En mi barco me paso el día dando órdenes, de aquí para allá. Soy un verdadero incordio. Pero aquí no conozco a los sirvientes todavía, ni su función. Le pregunté a Charles dónde estaban las herramientas y decidí hacerlo yo mismo. La inactividad me asfixia.

Omitió el hecho de que estaba intentando acercarse al mayordomo con el fin de establecer una relación de camaradería con él para poder obtener algo de información. Mostrarse como una persona cercana era más útil que hacerlo como un lord pedante. Por lo visto el mayordomo llevaba en esa casa casi tanto tiempo como la aldaba de la puerta y conocía todos los secretos de la familia.

—Le entiendo. En el piso superior hay un par de ventanas que chirrían, puede seguir por allí si eso le entretiene.

Oliver la miró entrecerrando los ojos intentando averiguar si estaba bromeando o no. Al final Clarice no pudo contenerse más y se echó a reír. Su expresión era completamente diferente cuando reía. En sus mejillas aparecían dos hoyuelos casi imperceptibles y unas pequeñas arruguitas cerca de los ojos, que brillaban más que nunca. Sonrió sorprendido de la fuerza con la que aquel gesto tan inocuo había despertado su deseo. Estaba preciosa, a pesar del grueso vestido de lana de color verde oscuro, a juego con las horribles cortinas de la biblioteca. La imaginó cubierta de seda roja, mirándolo con la misma sonrisa que ahora adornaba su cara.

—¿Y a usted, Clarice? ¿Qué la entretiene? —Clavó en ella la mirada mientras dejaba el martillo sobre la mesa y daba un par de pasos para acercarse más.

—Bordar, leer... —contestó con un susurro conteniendo el deseo de dar un par de pasos atrás para alejarse de la fuerza invisible que la atraía.

—Su tío me ha referido que toca muy bien el piano, que es un don innato en usted.

—Yo no diría tanto. Mi supuesto virtuosismo al piano se debe a horas y horas de práctica bajo la rigurosa mirada de mi profesor, y especialmente de mi abuela. —Clarice se vio a sí misma sentada frente al pianoforte que había pertenecido a su tía Agnes con la angustia presionando su garganta. El profesor de música se sentaba con condescendencia a unos metros de ella y su abuela permanecía detrás de su asiento como un guardián. Todavía podía sentir en su piel los dolorosos pellizcos que ella le propinaba en los brazos y los costados cuando erraba una nota o tocaba más rápido de lo que la melodía requería. Para Clarice tocar el piano era una tortura, una obligación, e igualar a la perfecta y difunta tía Agnes una meta que jamás alcanzaría—. Ciertamente nunca he disfrutado de ello, uno no puede disfrutar de las imposiciones. Es algo que me resulta angustiante ya que jamás podré hacerlo con la perfección que se espera de mí.

—Pues entonces no lo haga. Es una mujer adulta, no hay necesidad de hacer cosas que no le agradan.

—Es sencillo decirlo.

—Casi tanto como hacerlo. —Oliver miró a su alrededor, las paredes tapizadas hacía mil años con papel marrón, los muebles oscuros, la tapicería y las gruesas cortinas del verde más muerto que pudieron encontrar. A pesar de haber abierto las ventanas y encendido varios candelabros la estancia seguía resultando tan tenebrosa como el resto de la casa. Era un milagro que Clarice siguiese desprendiendo esa luz a pesar de haberse criado en un lugar así—. Bordar y leer. ¿No le apetece salir a realizar alguna actividad, montar a caballo, quizás? —inquirió sin quitarle los ojos de encima, mientras ella se acercaba a una de las ventanas y apoyaba las manos con delicadeza en el alféizar. La luz grisácea que entraba por ella le arrancó reflejos rojizos a su pelo.

—Cuando íbamos al campo a pasar el verano solía montar alguna vez. Mi abuela lleva muchos años enferma, hemos tenido que recurrir a entretenimientos más tranquilos.

—¿Le apetece? He visto que hay un par de caballos con muy buena planta en las caballerizas.

—¿Ahora? —Clarice le miró sorprendida y dirigió una mirada rápida a la calle, buscando cualquier excusa a la que aferrarse. Estaba tan acostumbrada a la tranquilidad y la comodidad que hacer algo que se saliese de la norma le resultaba casi un pecado—. Creo que es mejor esperar a otro momento. La llovizna no ha parado en toda la mañana, y esos nubarrones se ciernen sobre la ciudad a una velocidad de vértigo. No tardarán en descargar sobre nuestras cabezas.

—¿Es siempre tan aburrida? —La provocó a sabiendas de que podía ofenderse y mandarlo a

paseo, pero estaba ansioso por hacerla despertar de ese letargo autoimpuesto. Quería ver a una Clarice llena de vida, enérgica y atrevida, no a la joven apocada que no decía una palabra más alta que otra. Estuvo a punto de echarse a reír al ver su expresión furiosa—. Vamos, esa es la excusa que una madre aguafiestas le pondría a sus hijos para fastidiarles la tarde.

—No soy una aguafiestas. Solo constato lo evidente, no es el momento óptimo con una tormenta a punto de caer. No me apetece coger una pulmonía —se defendió frunciendo el ceño.

—¿Y siempre espera a que sea el momento óptimo para hacer las cosas? ¿Y si ese momento no llega? O lo que es peor, ¿y si se da cuenta demasiado tarde que el momento ha pasado y no lo ha sabido aprovechar?

El argumento dio de lleno en la diana y vio la duda en sus ojos. Tendió la mano hacia ella con una sonrisa traviesa.

—Vamos, Clarice. Que cuando nos vayamos de este mundo nos tachen de intrépidos y no de cobardes.

No pudo evitar devolverle la sonrisa y sujetar la mano que le ofrecía, invadida por unas ganas enormes de aprovechar esa pequeña oportunidad de sentir su corazón latir de emoción.

Cuando llegaron a Hyde Park los pocos jinetes que se habían atrevido a cabalgar con un tiempo tan desapacible ya comenzaban a marcharse, al igual que los carruajes que se habían aventurado a ir hasta allí. Clarice miró a Oliver con un poco de reticencia, mientras la pluma de pavo real que adornaba su sombrero se agitaba violentamente por el viento helado. Pero en su cara vio una sonrisa radiante y emocionada, como la de un niño al que no le importa estropear sus botas nuevas con tal de saltar en los charcos. Oliver le guiñó un ojo y espoleó a su caballo para salir al galope por uno de los caminos que parecía estar desierto. Suspiró como si fuese la madre resignada que intenta corregir al niño de las botas nuevas, pero que al final entiende que no tiene nada que hacer al respecto. Azuzó su montura y tuvo que reconocer que al principio le costó mantener un poco el equilibrio, le faltaba práctica. Pero en cuanto vio que su corcel respondía de una manera excepcional y que podía alcanzar a Oliver soltó una carcajada y aumentó la velocidad. Lo que había sido una lluvia fina estaba empezando a convertirse, tal y como Clarice ya había previsto, en una verdadera tromba que les obligaba a entrecerrar los ojos para ver por dónde iban y que los empapó casi de inmediato. Al pasar bajo la bóveda que formaban las copas de los árboles Oliver soltó un rugido grave y profundo parecido a un grito de guerra y Clarice lo imaginó dando órdenes a sus hombres en la proa de su barco. Se echó a reír al ver que él giraba la cabeza para comprobar si lo seguía, y lo imitó gritando lo más fuerte que pudo, tal y como había hecho la primera vez que se vieron en el jardín de los Greenwood. Los nudos que con demasiada frecuencia apretaban su pecho, a veces sin que ella misma fuese consciente, se fueron deshaciendo poco a poco, liberándola de esa presión.

Ambos comenzaron a disminuir la velocidad no porque quisieran sino por el riesgo de que los caballos resbalasen y se detuvieron en un claro, alejados del camino principal y del resto de la civilización.

Las mejillas de Clarice estaban sonrojadas, y la lluvia había hecho que los mechones que habían escapado de su peinado formal se pegaran a su rostro. Todavía riendo y con la respiración agitada tendió los brazos a Oliver, que acababa de amarrar las riendas de los caballos a un árbol, para que la ayudase a bajar. Las manos fuertes la sujetaron por la cintura bajándola sin esfuerzo, y el impulso hizo que chocara contra su pecho, desestabilizándolo durante unos segundos en los que ella se aferró a su cuello. Oliver la sujetó contra él intentando recuperar el equilibrio sintiendo cómo su risa reverberaba por todo su cuerpo, mientras la lluvia seguía cayendo sobre

ellos sin piedad. El sonido de las gruesas gotas sobre las copas de los árboles cercanos y los charcos que se estaban formando eran la melodía perfecta. Estar en los brazos de ese hombre, con sus manos presionando justo debajo de su trasero para evitar que cayera, lejos de intimidarla, la hacía sentirse poderosa. Ella apartó un mechón de pelo oscuro que se había caído sobre su frente dándole el aspecto de un niño travieso, muy alejado del pirata rudo que aparentaba ser normalmente.

—¿Todavía dudas que este era el momento óptimo para hacerlo? —preguntó sin dejar de mirar su boca y el hoyuelo que lo había encandilado en la biblioteca y que otra vez se marcaba en su piel de porcelana.

—Lo es.

Clarice leyó la súplica silenciosa que vio en sus ojos y se inclinó hasta que sus labios se encontraron, en un beso lento y profundo que los sumergió en un mundo propio en el que nada más tenía cabida. Ni la lluvia que los empapaba, ni el aire helado que movía sus ropas, ni el pacto que ambos se habían impuesto y que los obligaría a separarse después de ese beso. Solo importaba ese instante, tan inadecuado y tan perfecto a la vez.

*H*aber cabalgado bajo la lluvia había sido una temeridad, casi tanto como haber vuelto a besar a Clarice. Oliver todavía sentía en sus labios el maravilloso contraste entre su aliento cálido y el aire frío. Si ya de por sí resultaba difícil ignorar cuánto la deseaba, tras haberla besado de nuevo resistirse se le antojaba una misión imposible. Después de comer, ella se había retirado a descansar, esperaba que su salud no se hubiera resentido tras el chaparrón, y estaba bastante seguro que lo único que pretendía era mantenerse alejada de él el tiempo suficiente para recuperar la compostura y bajar el sonrojo que parecía haberse instalado de manera perpetua en sus mejillas. Nunca había conocido a nadie que se sonrojase con tanta facilidad y le resultaba fascinante ser la causa de ello. Necesitaba mantener su mente ocupada y lo que era más acuciante, necesitaba avanzar en su búsqueda y sus vagos intentos de interrogar al servicio estaban siendo infructuosos. Había empezado a desesperarse al ver que Maurice y ese sirviente suyo que se deslizaba en silencio como si fuese su sombra, no parecían tener nada mejor que hacer que fumar, dormir y comer hasta que llegaba la noche.

Esa tarde la casa parecía más silenciosa de lo normal, si cabe, puede que Maurice hubiese salido o que estuviera dormitando por ahí, como de costumbre, y decidió aprovechar la oportunidad para volver a la habitación que tanto le había intrigado. Sacó una pequeña navaja del bolsillo y manipuló la sencilla cerradura hasta que un suave chasquido le anunció que no había perdido su viejo don para entrar en los sitios ajenos con relativa facilidad. Abrió la puerta con cuidado y decidió dejarla entreabierta para poder escuchar cualquier ruido, por suerte las tablas del suelo eran bastante indiscretas y revelarían con eficacia los pasos que se acercaban. No quiso reconocerse a sí mismo, que, a pesar de ser un aguerrido marino, le resultaba un poco inquietante la idea de estar en aquella habitación a puerta cerrada demasiado tiempo, había algo extraño en aquella casa y tenía la impresión de que unos ojos invisibles lo observaban constantemente. Cuando era niño había escuchado a su madre y a las vecinas contar historias de ánimas y aparecidos, como ellas las llamaban, y las supersticiones habían estado tan presentes en su vida que ni siquiera se había planteado si creía en ellas o no. Eran como una realidad paralela que estaba ahí, aunque nadie la viera, aunque fuese una debilidad reconocer que todo aquello le ponía los pelos de punta.

Observó con detenimiento la pared discordante en la zona en la que tocaba el suelo, y percibió que la unión no era tan uniforme como en el resto de la estancia. Deslizó la mano sobre el papel que la cubría, buscó a ciegas, palpando con un poco de recelo hasta que notó un ligero desnivel.

—¿Qué estás haciendo aquí?

La voz le hizo sobresaltarse y se dio cuenta de que había cometido un error dejando la puerta abierta al ver a Clarice en el umbral.

—¿Por qué estás en esta habitación? —Su voz sonó temblorosa, como si no pudiese concebir que alguien hubiese violado aquel espacio que siempre permanecía cerrado.

Oliver tendió la mano en un intento de calmarla, de apaciguar aquella desazón que su mirada transmitía con tanta claridad. No era más que una habitación vacía, y sin embargo...

—Lo siento, déjame que te explique, Clarice.

Pero ella no estaba preparada para entrar allí y sin ser muy consciente de ello dio un paso atrás. La desagradable voz de Maurice con su tono desabrido de costumbre comenzó a acercarse y sus pasos resonaron con claridad en la escalera. En un acto impulsivo Oliver sujetó la muñeca de Clarice y tiró de ella para que entrara en la estancia, cerrando después con el mayor cuidado que pudo. Le sorprendió que pareciera tan espantada y que de inmediato intentara abrir la puerta para escapar de allí. No podía permitirselo. Maurice estaba al otro lado del pasillo y no podría justificar que había forzado una cerradura para acceder a aquel lugar. La presionó con su cuerpo contra la pared y situó un dedo sobre sus labios suplicándole con la mirada que guardara silencio.

Aunque quisiera, Clarice no podría hablar. Aquella habitación, siempre cerrada, la había aterrorizado desde pequeña. Los ruidos extraños, las luces que se filtraban bajo la puerta de aquel cuarto vacío, la manivela que giraba sin que nadie la accionara. Cosas del todo imposibles en una estancia en la que nadie había entrado desde hacía décadas. Hechos inexplicables y que nadie se atrevía a verbalizar en voz alta por miedo a ser tomado por loco. Pero en estos momentos no era algo intangible lo que le cortaba el habla. La presencia de Oliver, la cercanía de su cuerpo y su dedo apoyado en sus labios que la quemaba. Estaba empezando a perder el control sobre lo que ese hombre despertaba en ella y a pesar de que no había nada que deseara más que marcharse de aquella maldita habitación, también temía romper ese momento. El contraste entre lo terrenal y aquel otro mundo que se escondía en la oscuridad, tras las paredes y las brumas del tiempo era demasiado para asimilarlo.

—Si esa jovenzuela está dormitando de nuevo junto a la cama de mi madre la azotaré y luego la despediré. Que no piense que voy a pagarle ni un penique. Su trabajo es velar por ella, no roncar a pierna suelta. —El monólogo de Maurice traspasó la puerta y se perdió por el pasillo seguido de un rumor de pasos, probablemente los suyos y los de Leslie.

Oliver tragó saliva sin dejar de mirar la boca de Clarice. Dios Santo, cuánto la deseaba... No era justo que el destino pusiera justo delante de sus ojos la posibilidad de encontrar las respuestas que necesitaba y a la vez el mayor interrogante de todos. Qué demonios iba a hacer con todas esas sensaciones, con esos sentimientos que lo sacudían hasta los huesos cada vez que ella estaba cerca.

—Creo que te debo una explicación —concedió, alejándose de ella con la esperanza de que no abriera la puerta y avisara a su tío.

—Creo que me debes la verdad —dijo ella. Oliver asintió resistiendo el impulso de bajar la cabeza como cuando de niño su madre le reñía por algo—. Pero aquí no, por favor.

Oliver abrió con cuidado para asegurarse de que no había nadie a la vista y se apartó para dejar salir a Clarice, que caminó a paso ligero hacia su habitación. Tras cerrar la cerradura con más habilidad que la ocasión anterior, la siguió.

—¿Quién eres? —preguntó Clarice sin dilación mientras se presionaba las sienes con los dedos.

—Oliver Thorne.

—Supongo que debo sentirme agradecida porque no hayas falsificado tu nombre. No me tomes por tonta, por favor. Quiero saber qué estabas buscando en esa habitación, qué haces en mi casa y qué haces en mi vida, Oliver Thorne.

Él paseó unos instantes por la habitación ordenando sus ideas y deteniéndose con una mirada

indescifrable, tan intensa que Clarice creyó que podía ver a través de ella.

—Siéntate, por favor. —Ella obedeció y se sentó en el filo de la cama apretando la manta con las manos por la tensión—. Como habrás deducido no tengo nada que ver con los Edevane. Soy el capitán del Odiseum y me dedico al comercio marítimo.

—Eres un pirata.

—No asalto a otros barcos. —Durante unos segundos se envaró sin saber cómo continuar. Se había fugado de su casa con solo trece años en un arrebato de rebeldía y enrolándose en el primer barco que zarpaba con destino desconocido. Podría decirse que durante esos años sí fue un pirata. Aunque sus labores se limitaran a fregar la cubierta y ayudar en la cocina, el navío se dedicaba a asaltar barcos españoles e ingleses y el mendrugo de pan que se comía a diario, así como su exiguo sueldo provenían de actividades poco honorables.

—Pero sí te dedicas al contrabando.

—Intentar sacar unos beneficios extras no es equiparable a robar, asesinar y... Da igual, Clarice. Ese no es el tema. Fui un muchacho rebelde, mi adolescencia no fue sencilla. Me fui de casa y me enrolé en varios barcos, y trabajé en cualquier cosa que me permitiera tener un techo y comida. Muchos años después, cuando me enteré de que mi madre había muerto y mi padre estaba gravemente enfermo regresé para al menos poder despedirme de él. La conciencia es un monstruo que se alimenta solo, ¿sabes? Me contó una historia, su historia. Él era Percy Thorne, y trabajó en esta casa como lacayo hace más de tres décadas.

Clarice parpadeó sin entender nada, cada vez más intrigada. Oliver cogió la silla que había junto al tocador y la colocó frente a ella para tomar asiento.

—Estaba muy enfermo, divagaba por las fiebres y no pudo darme toda la información. Me habló de la mansión en la que trabajaba, de una joven de buena cuna, del amor que se profesaban y de la oposición de la familia, como no podía ser de otra manera. El apellido de esa familia era Hamilton.

—No entiendo a dónde quieres llegar, hay muchos Hamilton en Londres. ¿Estás seguro de que trabajó para mi familia?

—Bastante seguro, como también estoy seguro de que esa joven de la que me habló era Agnes Hamilton.

—¿Y qué pretendes? Agnes murió y tu padre también. Lo que pasara entre ellos forma parte del pasado.

—Por lo que me contó, su familia reaccionó de manera cruel y desmesurada. Una joven a punto de ser presentada en sociedad entregándose a un sirviente que no tenía dónde caerse muerto. Lo acusaron de ultrajarla, cosa que él me juró que no hizo. Se amaban. Lo repetía constantemente como una letanía. Se entregaron a su amor con la esperanza de poder fugarse juntos pero los descubrieron antes de poder hacerlo. Lo detuvieron, pero cuando lo trasladaban a la cárcel, el vehículo tuvo un accidente y pudo escapar. No le quedó más remedio que esconderse, malviviendo en los peores barrios de la ciudad durante meses, sin saber qué hacer. Cuando le llegó la noticia de que su amada había fallecido huyó de Inglaterra, ya no le quedaba nada por lo que luchar y tenía miedo a que lo detuvieran.

Clarice negó con la cabeza, pero en el fondo sabía que semejante reacción era propia de la estricta moralidad que regía en su familia. Ellos eran los Hamilton, nadie los humillaba, y que su hija se casase con un sirviente no era tolerable. Su abuela hubiera hecho cualquier cosa por ocultarlo.

—Sigo sin entender qué fin persigues viniendo hasta aquí y fingiendo ser el marqués de

Edevane. Santo Dios, habéis hecho una petición a la reina sabiendo que eso es mentira. ¿Tienes idea de las consecuencias cuando lo descubran?

—Eso no pasará. El administrador de David Clark es demasiado puntilloso para mover un solo dedo sin tener en su poder hasta el último documento que lo confirme. Documentos que lógicamente no existen. Tenía que integrarme en la alta sociedad y David pensó que un cotilleo con una buena dosis de escándalo nos abriría las puertas de todas las casas. Necesitaba saber qué familia era la correcta.

—Por eso viniste a hablar con mi abuela.

—Sí, pero solo tuve tiempo de presentarme antes de que ella... Lo siento, mi intención no es hacerte daño ni a ti ni a tu familia.

—Y entonces, ¿qué quieres? ¿Dinero? ¿Te has tomado todas estas molestias para chantajearnos, o para vengarte casándote con una Hamilton?

—¡No! Jamás te haría daño. Mi padre se marchó de Inglaterra e intentó hacer una nueva vida a pesar de su dolor. Se casó con mi madre unos años después, una española que había emigrado a Jamaica con sus señores, a los que había abandonado cansada de sus abusos. No sé si se querían o solo se soportaban, pero por lo que me contó después, siempre estuvo enamorado de Agnes, ni siquiera la muerte pudo cambiar eso. La enfermedad estaba empezando a hacer mella en él cuando encontró por casualidad a uno de los antiguos sirvientes de los Hamilton.

—No puedo creerlo —comentó sorprendida.

—El mundo es inmenso, Clarice, y a la vez es muy pequeño. ¿Has visto las ondas que se forman cuando lanzas una piedra en un lago? Creo que nosotros somos como esas ondas que parten del mismo centro, que se expanden y se alejan pero nunca se desligan del todo. —Oliver se tomó unos segundos para continuar como si lo que iba a contar fuera especialmente doloroso—. Ese hombre le contó lo poco que había trascendido sobre el final de la pobre Agnes. Sus últimos meses los pasó sin salir de su habitación. Solo una doncella tenía acceso directo a ella. Era una prisionera en su propia casa.

—Es imposible. Mi abuela es estricta, pero adoraba a su hija. Jamás la habría tratado así, debía haber alguna razón para que no saliese de su habitación, quizás ya estaba enferma. Estás mintiendo, ese hombre mintió. —Clarice alzó la voz indignada, pero Oliver no era un hombre que se amilanase con facilidad y continuó con el tono calmado que le confería haber tenido varios años para procesar todo aquello.

—A la hija que la traicionó, que frustró sus aspiraciones de casarla con un buen partido, tal y como pensaban hacer contigo.

—Todas las familias aspiran a que sus hijas tengan el mejor futuro posible. No era necesario encerrarla. ¿Sabes cuantos hombres aceptarían un matrimonio a pesar de la supuesta indiscreción de la novia, a cambio de una dote generosa? Docenas de ellos. Esto no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Cuántos de ellos aceptarían hacerlo dándole su apellido al hijo de otro hombre? —La cara de Clarice se transformó con un gesto doloroso y él sintió un poco de lástima por ella. Su familia, los que la habían criado estaban empezando a transformarse en monstruos en su cabeza—. Un sirviente, para más señas. Seguro que habría alguno. Pero la posibilidad de un escándalo de semejantes proporciones no debió ser fácil de asimilar.

—¿Qué pasó con ese hijo?

—Eso es lo que quiero averiguar. Todo el personal de la casa fue despedido y convenientemente silenciado, según contó el amigo de mi padre. Le prometí que averiguaría qué ocurrió con Agnes y especialmente con su hijo. Mi hermano. Charles es uno de los pocos que

continúa aquí pero es tan hermético que me resulta imposible acercarme a él. Necesito tu ayuda y podrás deshacerte de mí.

—Así que solo soy una pieza de un tablero de ajedrez que vas a utilizar para atrapar a la reina. —Oliver estuvo a punto de sonreír, él también había pensado en esa misma comparación, aunque no le hacía ni pizca de gracia que eso fuese real—. Por eso te acercaste a mí desde el principio.

—No solo por eso. Yo... siento que algo nos conecta, y tú también lo sientes. Pero no puedo dejarme llevar por esa atracción. No sería justo para ti. Simplemente aproveché la oportunidad que el destino me brindó al unirnos.

Clarice se dirigió hacia la ventana y la abrió sin importarle que el aire frío invadiera la habitación y agitara las cortinas y su pelo suelto. Necesitaba respirar y necesitaba alejarse de ese hombre, y no sabía si era honesto sentirse tan herida. En esos momentos y de manera egoísta no podía pensar en la crueldad de su familia ni en el destino de la pobre Agnes, solo podía pensar en la terrible decepción que sentía a pesar de que su matrimonio solo era un pacto temporal.

—Clarice, no te conozco desde hace demasiado pero no soy ningún estúpido. Sé que eres una persona íntegra. Sé que necesitas descubrir si tu familia realmente trató así a esa pobre muchacha, sé que necesitas saber qué pasó con su hijo. ¿De veras podrías seguir mirando a tu tío o a tu abuela con esa duda carcomiéndote las entrañas?

¿Y si descubrir la verdad resultaba más doloroso que mantenerse en la ignorancia? ¿Podría ser tan cínica como para sentarse durante la cena junto a Maurice, o velar el descanso de su abuela sin saber si fueron capaces de cometer semejante atrocidad?

«Haz lo correcto, Clarice. Comportate como se espera de una dama de tu posición».

La voz de su abuela sonó cortante y seca en su cabeza, y algo se revolvió en su interior, algo parecido al asco, a la indignación, a la impotencia.

—Mi tío se marcha de viaje con Nicholas pasado mañana. Van a visitar algunas de nuestras propiedades en el campo y estarán fuera un par de semanas. Ese es el tiempo que te concedo, después te marcharás, hayas encontrado o no la respuesta que buscas, o te denunciaré yo misma por farsante.

Oliver asintió sin saber si sentirse aliviado o todo lo contrario.

—¿*Un* acuerdo? ¿Qué tipo de acuerdo? —preguntó Vivian cogiendo una de las galletas del plato situado entre ella y Clarice.

Su amiga suspiró y se perdió unos instantes en el líquido oscuro de su taza y en las pequeñas hondas que se formaban al removerlo con la cucharilla.

—Uno que nos beneficia a ambos. Yo he evitado casarme con el desagradable lord Mitchell y él se abre las puertas necesarias para resolver sus asuntos. Un matrimonio de conveniencia en el más estricto sentido de la palabra.

Le hubiese encantado poder desahogarse con Vivian y deshacer el nudo que le apretaba el estómago, pero era demasiado doloroso reconocer que, a su pesar, estaba empezando a dudar de su propia familia. Esa mañana apenas había podido estar junto a la cama de su abuela más que unos pocos minutos y ni siquiera la había mirado a la cara, y eso que parecía haber experimentado una ligera mejoría. Seguía sin poder moverse ni comunicarse, pero sus ojos habían recuperado algo de vida.

—Entonces ¿eso implica que no hay ningún tipo de acercamiento entre vosotros? —indagó bajando la voz. A pesar de que resultaba imposible que la anciana señora Hamilton las sorprendiese charlando sobre cosas inapropiadas hablar en susurros se había convertido en una costumbre en aquella casa que parecía tan llena de secretos.

—¡Vivian! —se quejó Clarice, azorada.

Cada vez le resultaba más difícil dejar de imaginar cómo sería sentir sus manos sobre ella, lo último que necesitaba era que la curiosidad de Vivian alentara la suya propia.

—Conmigo no es necesario que te hagas la remilgada. Si es tan apuesto como dicen, es una verdadera lástima —bromeó guiñándole un ojo.

—Esta situación ya es lo bastante enrevesada para complicarlo todo con «acercamientos».

—Tienes razón. Pero ¿te ha dado al menos un besito?

Clarice amenazó con lanzarle un cojín, uno horrible, por cierto, y Vivian se echó a reír.

—Aunque lo haya habido, eso no cambia nada.

—¡Así que lo has besado! —Vivian disfrutó de la mortificación de su amiga y soltó una carcajada.

—Y no se volverá a repetir. Solo quiero que esto termine cuanto antes para volver a la normalidad.

—¿Qué normalidad, Clarice? Permanecer al lado de tu abuela, o bajo los designios de tu tío, intentando robar unas horas para acudir a la escuela y pasando el resto del tiempo en esta casa tan... tan... siniestra. —Vivian se arrepintió inmediatamente del retrato tan patético que había hecho de su vida pero ella no parecía enfadada, si no triste—. Perdóname, cielo. Solo quiero que seas feliz y creo que, si sigues aquí, a la sombra de tu familia, te perderás muchas cosas.

—Lo sé. Lo sé. Cuando Thorne se marche todo será diferente. —O al menos eso esperaba. De

repente se había dado cuenta de cuánto necesitaba que fuera así, de la falta que le hacía una esperanza a la que aferrarse aunque eso supusiera fingir un matrimonio y su posterior viudedad. La siempre correcta Clarice ansiaba el momento de empezar de cero y no le importaba si para eso tenía que usar como cimienta la mentira. Hasta ese momento no se había planteado qué haría cuando obtuviera la libertad. Esa palabra le resultaba enorme. Desde luego que no pasaría ni un solo día más mirando la vida a través del cristal de la ventana. Buscaría sin prisas ese lugar que la hiciera levantarse cada mañana con ilusiones renovadas, su lugar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó frunciendo el ceño al ver que Vivian se llevaba una mano al estómago y torcía el gesto.

—Sí, es solo que he debido comer algo que me ha sentado mal. Desde hace varios días siento el estómago revuelto. —Tomó aire y dio un sorbito a su té—. Pero volvamos al tema. Ese hombre te está utilizando y eso no me gusta.

—Yo también lo estoy utilizando. Además, por extraño que parezca, me siento segura cuando él está cerca. Apenas sé nada de él, y sin embargo la intuición me dice que es de fiar.

—Si obviamos el hecho de que es un contrabandista, claro.

—Sí, será mejor que omitamos ese pequeño detalle —admitió Clarice bebiendo de su taza para ocultar su sonrisa.

—Suenas como algo que diría yo.

—Sí, hay que reconocer que la mayor parte del tiempo eres demasiado impulsiva.

—Mi marido diría que tooodo el tiempo. —Ambas rieron y Vivian sintió que la felicidad le inundaba el pecho al comprobar que al fin podían hablar de Marcus con normalidad—. De cualquier forma, creo que deberías advertir a tu esposo. Si te hace daño le rebanaré el pescuezo con la cucharilla del café.

—Te creo, aunque tendrías que subirte a una silla para hacerlo.

—Tengo mis recursos. Nunca subestimes a una condesa loca.

Volvieron a reír hasta que un carraspeo las alertó de que no estaban solas en la estancia.

—Buenas tardes, señoras. —Oliver se acercó hasta ellas y ejecutó una reverencia que las dejó obnubiladas.

—Oliver, no te oí llegar —susurró Clarice con las mejillas encendidas. Su capacidad para enrojecer había alcanzado límites insospechados desde que ese hombre había llegado a su vida.

—Siempre he sido un hombre discreto —afirmó taladrándola con la mirada, y aunque no llegó a entender si tenía un doble sentido, sí supo que la frase escondía algún misterio—. Veo que tienes compañía.

—Oh, sí. Permíteme que te presente a una de mis mejores amigas, Vivian Car... Bowden. —El apellido se atragantó en su garganta y ella no fue la única en notarlo—. La condesa de Rutherford.

Oliver se acercó hasta ella con unos modales exquisitos que David se había encargado de pulir, evaluándola. Había reconocido el título, sin duda, ambas lo supieron en cuanto él arqueó una ceja, sorprendido. Después de todo no era tan discreto.

Así que aquella era la mujer por la que el tal Rutherford había hundido el futuro de Clarice Hamilton, ahora Clarice Thorne. Era hermosa, Oliver no podía negarle eso, y su mirada parecía franca y honesta. Aunque él seguía prefiriendo los misterios sin desentrañar que se presumían en los ojos de Clarice. Tras su comedimiento, su serena calma y su aparente obediencia había algo más, y él lo sabía. Clarice era un tigre domesticado, nada más, pero un tigre, al fin y al cabo. Su pasión y su fuerza latían bajo su piel y él lo había notado desde el primer minuto.

—Es un verdadero placer, *lady* Rutherford. No tenemos demasiadas visitas, debido al estado de la señora Hamilton, y todavía no conozco al círculo de amigos de mi esposa.

—Sí, es una pena lo de su estado. Pero es una mujer fuerte y testaruda, pronto estará por aquí mirándonos con el ceño fruncido y... —Vivian deseó haberse mordido la lengua, no estaba bien hacer esos juicios sobre alguien enfermo, sobre uno sano tampoco. Pero ella era así, inoportuna e impulsiva—. Oh, lo siento. Sería fantástico que pudieran venir a casa a cenar, seguro que mi esposo estará encantado de conocerle.

—Sería maravilloso, sí. ¿Esta noche quizás? No es necesario que sea una gran cena, al fin y al cabo sois como de la familia, ¿verdad?

Clarice y Vivian se miraron con una mezcla de perplejidad y espanto.

—Pues... bueno, yo... tendré que consultarle a Marcus. No sé si tiene algún compromiso previo.

—Discúlpeme si la he puesto en un aprieto, condesa. La vida me ha enseñado a no desperdiciar las oportunidades. Veo a diario cómo se posponen los encuentros con gente que verdaderamente importa esperando la ocasión perfecta, y a menudo esa ocasión no llega. He sido demasiado impulsivo —se disculpó de manera muy convincente, pero Clarice notó que era una fachada. Quería conocer a Rutherford, seguramente por curiosidad, y prefería no darle tiempo a prepararse para el encuentro. Lo que el capitán Thorne no sabía era que Marcus Bowden no era un hombre al que se pudiera pillar con la guardia baja jamás.

—Me alegra conocer a alguien más impulsivo que yo —reconoció Vivian con una sonrisa sincera—. Está bien, es poco probable que tenga alguna cita de la que no me haya avisado. Allí os espero.

—Pero... —Clarice balbuceó una excusa incoherente que ninguno de los dos oyó.

Tras darle un beso en la mejilla, Vivian se marchó feliz por poder ejercer de anfitriona aun cuando solo fuera una cena informal entre amigos, aunque su amiga no pudo contagiarse de esa alegría. A pesar de que hablaba con Marcus con relativa frecuencia no sabía cómo digeriría el hecho de ver a Vivian ocupando el sitio que había presupuesto que ocuparía ella en el futuro. Por más que no sintiese amor, no le costaba reconocer que había otro sentimiento que no había podido erradicar del todo, un sentimiento sucio y poco honorable: la envidia.

Clarice tomó aire con fuerza cuando el carruaje se detuvo frente a la impresionante mansión de los Rutherford, y Oliver apretó su mano entre la suya como si pudiera leer su mente.

Marcus y Vivian los recibieron en la entrada, ella emocionada y sonriente, él ejerciendo su papel de conde remilgado, con su peinado impecable y su vestimenta pulcra. Se acercó la mano de Clarice a los labios sin llegar a tocarla a modo de saludo y, a su pesar, el Jefe despuntó en sus ojos mientras calibraba al hombre que la acompañaba.

Oliver Thorne tendió su mano hacia el anfitrión con una mirada dura, un poco socarrona incluso, y se la estrechó con tanta fuerza que Clarice estuvo segura de haber escuchado los huesos de ambos crujir. Los cuatro se reunieron en una salita para tomar un jerez mientras esperaban a que el mayordomo les avisara de que la cena estaba lista, y consiguieron milagrosamente que la conversación fuese distendida. Mientras hablaba con Vivian sobre la última carta que había recibido de su amiga Isabelle, Clarice miró con disimulo a los dos hombres que hablaban sobre carreras de caballos, un tema bastante inocuo, gracias a Dios. Ambos tenían el cabello oscuro y ambos eran intimidantes, pero hasta ahí las similitudes. El

conde era alto y de apariencia delgada, aunque era más que evidente que podría doblegar a cualquiera con una sola mano, a juzgar por los músculos que se marcaban bajo la elegante tela de su traje gris. Oliver era apenas unos centímetros más bajo que él, pero los suplía con una mayor envergadura. Su espalda ancha amenazaba con romper las costuras de su carísima levita de color azul oscuro ante el menor esfuerzo. Si hubiera tenido que apostar en un combate entre ambos no hubiera sabido qué decir. Y eso era justo lo que parecía a punto de suceder a juzgar por las miradas afiladas que se dedicaban a pesar de la inocente conversación.

La cena empezó a transcurrir de manera apacible, incluso Marcus se atrevió a hablar de su hermano Lion y de su afición al boxeo, obviando la naturaleza de su nacimiento fuera del matrimonio, por supuesto. Hasta que, por alguna perentoria razón, decidió dejar de lado su habitual disimulo para atajar directamente el tema que le preocupaba, o más bien el tema que le preocupaba a su esposa.

—Por lo que tengo entendido es usted marino.

—Soy el capitán del Odiseum, sí. Me dedico al comercio —respondió con cierto orgullo.

—¿Y qué tal lleva un capitán que se dedica al comercio estar tanto tiempo en tierra firme? — Su pregunta fue tan seca que las cucharas de postre de los presentes se quedaron a medio camino entre el plato y sus respectivas bocas—. Por lo que he oído sus hombres están protagonizando alguna que otra escaramuza en las tabernas del puerto.

—Ya me habían advertido que los aristócratas son muy propensos al chismorreó. —El rictus de Oliver cambió radicalmente y apretó la mandíbula antes de dar un trago a su copa de vino para ganar tiempo. Sus hombres eran su familia. No estaba de acuerdo con que protagonizaran peleas pero estaba seguro que habría sido algo leve o le habrían informado de ello—. No es bueno estar ocioso, ya se sabe. Pero son gente decente. No ha ocurrido nada que no haya ocurrido antes de que ellos llegaran aquí. Riñas sin importancia.

—No me ha contestado —insistió Marcus, sin desviar ni un segundo los ojos de él.

Vivian le había comentado que estaba intranquila ante la idea de que Clarice estuviese en manos de ese hombre, un contrabandista que volvería al mar tarde o temprano, aunque había obviado el hecho de que no era un matrimonio de verdad. Marcus no era imbécil y estaba más que acostumbrado a observar en silencio, a captar detalles que pasaban desapercibidos a ojos de los demás. Como el hecho de que Clarice diera un respingo cada vez que su marido la rozaba. No estaba seguro si era miedo lo que sentía o que no estaba familiarizada con el hecho de que él la tocara, pero no resultaba demasiado tranquilizador. Clarice era muy importante para Vivian, uno de los pocos apoyos que tenía después de que su madre se marchara al campo para no volver, y sufría por ella como si fuese su propia familia. Y tenía que reconocer que en cierto modo se sentía responsable de la muchacha después de haberla dejado. Sabía que su primo Nicholas era un mamarracho egoísta que perdía la cabeza por cualquier mujer que le devolviera la sonrisa y que Maurice no era trigo limpio. Con su abuela convaleciente Clarice no tenía a nadie que pudiera protegerla.

—Estoy recién casado, conde. El océano puede esperar —contestó con una sonrisa que no se reflejaba en sus ojos. No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer y mucho menos que le cuestionaran. Era un hombre paciente y no entraba al trapo con facilidad, pero no iba a consentir que ese mentecato lo juzgara delante de Clarice.

Levantó la vista y vio a las dos mujeres que los observaban en silencio con los ojos muy abiertos, aunque a la condesa le hubiese resultado muy difícil comentar algo con los carrillos llenos a rebosar de tarta de chocolate.

—¿Y cuando pase la luna de miel? ¿Qué hará entonces? ¿Arrastrará a una joven a una vida que ni los hombres más curtidos pueden sobrellevar? ¿O la abandonará a su suerte en Londres?

Oliver se limpió las comisuras de los labios con delicadeza y dejó la servilleta con cuidado sobre la mesa. Concentrarse en esas nimiedades le ayudaba a controlar sus instintos, que le impulsaban a saltar sobre ese hombre, que claramente fingía ser inofensivo, y plantarle un buen puñetazo en medio de la cara. Pero a él no podía engañarle, siempre veía más allá. En los ojos del conde llameaba la misma furia que en los suyos, la misma ira latente en la sangre, el mismo estado de alerta constante que solo tenían los que se enfrentaban a la muerte con demasiada frecuencia.

—No quiero ser descortés siendo su invitado, pero creo que ese asunto no es de su incumbencia, *milord*. Hasta donde yo sé no le une ningún tipo de parentesco con mi esposa, ¿o acaso existe alguna relación que yo deba conocer?

Clarice, sentada a su lado, apoyó una mano sobre la suya en una petición muda, aquella situación era incómoda para todos. El contacto en apariencia tan inocente le quemó, y casi le hizo olvidar la bravuconería de su anfitrión, y no pudo evitar sentirse molesto por su propia impulsividad.

—Mi esposa y la suya son como hermanas. En esta casa le tenemos gran aprecio y no nos gustaría que sufriera. Es normal que nos preocupemos por su bienestar.

—Lord Rutherford, le aseguro que no hay motivo para preocuparse —intervino Clarice, aunque el fuego estaba muy lejos de apagarse.

—No somos dueños de nuestros destinos, lord Rutherford. Quien crea tener en su mano la felicidad de los demás es que es un necio.

Marcus se enderezó en su asiento apoyando las manos sobre el mantel, y a pesar de su pelo repeinado y su sobrio traje gris, su postura denotaba que era el Jefe quien presidía la mesa en esos momentos.

—Tiene razón. —Su sonrisa fue tan glacial como su mirada—. La señorita Hamilton es consciente de la realidad que la rodea y sabemos que es una persona sensata. No se embarcaría a la ligera en un barco que hace grandes esfuerzos para ahorrarse el tributo que se le debe a la corona. Por cierto, su ron es exquisito.

—La señora Thorne, si no le importa. —Marcus se disculpó con una leve inclinación de cabeza que nadie creyó, obviar su apellido no había sido un desliz—. No me esperaba que un hombre como usted fuese aficionado al ron.

—¿Cree que un hombre se define por el licor que toma? —preguntó Vivian con curiosidad genuina.

—El ron, *lady* Rutherford, nace de algo dulce, de la caña de azúcar. Su color refleja su calidez y solo hace falta probarlo para degustar la energía, el entusiasmo y el alma alegre de la gente del Caribe. A diferencia de otras bebidas, el ron es sinónimo de pasión. No pretendo desmerecer otros licores, pero, la ginebra, por ejemplo, me resulta más sobria y amarga. ¿Le gusta la ginebra, *milord*?

—Me encanta. Pero es curioso que utilice la palabra «sobria» para definir una bebida alcohólica. Quizás debería leer un poco más para ampliar su léxico ahora que pretende convertirse en marqués, seguro que en el Odiseum dispone de mucho tiempo libre.

Esta vez el silencio se hizo tan denso y venenoso que ambas temieron que sus maridos comenzaran un duelo usando los cubiertos de plata.

Clarice abrió la boca para elogiar el postre o cualquier otra cosa absurda en un momento como

aquel con tal de detener aquella guerra de pullas, pero no le dio tiempo. Vivian acaparó toda la atención levantándose de golpe de la mesa y corriendo hacia la salida mientras se tapaba la boca la mano. Su estómago tenía demasiada prisa por deshacerse de la cena y apenas tuvo tiempo para llegar a una de las mesitas que adornaban la estancia. En ella había un enorme jarrón de plata recién pulido con un puñado de primorosas rosas amarillas. Pero en ese momento ella necesitaba el recipiente con más urgencia que esas pobres flores así que, sin pensarlo demasiado, tal y como solía hacer ella las cosas, arrojó las rosas sobre la alfombra y metió la cabeza en el florero para vomitar.

Cuando al fin pudo incorporarse se giró para encontrarse con tres pares de ojos que la contemplaban perplejos, y que ni siquiera habían sido capaces de reaccionar para ofrecerle ayuda.

—Cielo, ¿estás... estás bien? —Marcus al fin recobró la capacidad del habla y acortó la distancia que los separaba en solo dos zancadas. Colocó el dorso de sus dedos sobre la frente de Vivian para comprobar si tenía fiebre y enarcó una ceja al ver que su esposa volvía a taparse la boca con la mano para contener esta vez un ataque de risa nerviosa.

—Ay, Dios... Esto no le va a gustar al mayordomo, querido.

Marcus cabeceó ante la actitud de su mujer, pero realmente se preocupó al verla súbitamente pálida. La especialidad de Vivian eran las salidas triunfales, sin duda, y la manera de zanjar aquella cena había sido magistral, aunque involuntaria.

—Clarice, si no le importa, voy a llevar a Vivian arriba —anunció cogiéndola en brazos como si no pesara más que una pluma.

Oliver lo miró con curiosidad, no conocía demasiado a ese hombre, pero todos lo definían como un beato sin sangre en las venas, sin embargo, le pareció poco probable que esa fuerza que parecía tener la hubiese conseguido levantando una Biblia.

—No se preocupe por nosotros, atienda a Vivian. Me pasaré mañana para ver cómo está.

El conde asintió dejando de lado la cortesía y desapareció escaleras arriba, dejándole a un perplejo mayordomo la labor de despedir a los invitados.

El breve viaje de regreso hasta la mansión Hamilton fue el más incómodo que Clarice recordaba, pues no podía quitarse de la cabeza ni la tensión entre ambos hombres ni la preocupación por la salud de Vivian, ni mucho menos la crispación más que palpable de su supuesto esposo.

Oliver había tenido trifulcas épicas por cosas mucho más triviales que lo que había tenido que aguantarle al conde Rutherford esa noche. Y lo peor no era que hubiese dudado de su capacidad para cuidar a su esposa, lo que resultaba más hiriente era la sospecha de que esa historia no se había cerrado del todo. Subió las escaleras que conducían a sus habitaciones casi de dos en dos seguido por una nube de ira casi palpable. Clarice no era estúpida, desde luego, y podía sentir que ella era parte del problema teniendo en cuenta que ni siquiera se había dignado a mirarla a los ojos.

—Oliver, espera —le pidió mientras se sujetaba las faldas para subir las escaleras—. Por favor.

Él se detuvo al llegar al piso superior y la esperó con los puños apretados a los costados y un músculo temblando en su mandíbula. La tenue luz de las lámparas de aceite arrancaba sombras a su rostro otorgándole más dureza si cabe.

—¿Puede saberse qué es lo que te pasa?

—¿Es necesario que te lo explique, Clarice? Puede que no tenga la sangre azul, como ese idiota, o que mi apellido no sea tan prestigioso como el tuyo, pero no voy a consentir ese tipo de humillaciones. —Por un momento Oliver imaginó el dolor que sintió su padre en aquella casa donde no era más que un sirviente, alguien que con seguridad no sería digno ni de ser mirado a los ojos—. Desde pequeño he luchado para buscar mi propio lugar en el mundo. Empecé limpiando orinales y ahora soy el dueño de mi propio barco y cuando me retire podré tener varias casas mucho mejores que esta. ¿Qué méritos tiene ese maldito conde aparte de haber nacido en una cuna de oro?

—Lord Marcus no ha tenido una vida fácil, te puedo asegurar que lo que tiene se lo ha ganado con esfuerzo. —Se vio obligada a defenderle a pesar de que sus decisiones la habían afectado de la peor manera, a pesar de que la había abandonado a su suerte. Pero ¿qué otra opción había tenido? ¿Quién renunciaría al amor por salvaguardar el honor de otra persona por la que no sentía nada? No podía culparle, no tenía sentido vivir renunciando a la felicidad.

—Marcus..., qué familiaridad —repitió masticando cada sílaba—. Así que mi intuición era cierta, vuestra relación era bastante cercana.

—No sé a qué te...

Un sonido proveniente de la planta baja llamó la atención de Clarice enmudeciéndola, paralizándola como cada vez que la oía. Oliver pareció no darse cuenta, ofuscado como estaba, pero le extrañó la súbita palidez que adquirió el rostro de su mujer. Impulsada por el mismo miedo de siempre se encaminó hacia su habitación, el único lugar en el que encontraba refugio. Oliver la miró sin entender nada, y entonces el sonido se repitió, diáfano en el silencio de la mansión. La suave melodía de piano resonó en los altos techos, lejana y difuminada por la distancia, pero a la vez tan poderosa que hizo que su piel se erizase. Ignoraba quién podía estar tocando el piano a esas horas pero algo en su interior le dijo que no era buena idea bajar a

descubrirlo. Siguió a Clarice por el pasillo y estuvo a punto de chocar con la puerta que ya se cerraba tras ella con fuerza, lo que hizo que momentáneamente se olvidase de lo que acababa de escuchar.

—Que me dejes con la palabra en la boca y te marches de esa manera solo confirma que tengo razón —le espetó mientras tironeaba del nudo de su pañuelo. Necesitaba aire y la temperatura cálida de la habitación contrastaba demasiado con el frío glacial del resto de la casa. El aguijón de los celos, unos celos completamente fuera de lugar teniendo en cuenta las circunstancias, lo estaba enloqueciendo, él no estaba allí para entretenerse con ese tipo de sentimientos pueriles.

Clarice, que se apretaba las sienes con fuerza, lo miró sin entender, como si hubiese pasado una eternidad desde que pronunció la última frase.

—¿Razón? No sé a qué te refieres, yo lo único que he visto ha sido una pelea de gallos intentando demostrar quién de los dos tiene el ego más grande.

—Ha sido él quien me ha cuestionado. No puedo creer que lo defiendas.

—No deberías haber entrado al trapo. Además, ¿por qué debería ofenderte que te cuestionen como esposo si en realidad no lo eres? —contestó Clarice alzando la voz, olvidando momentáneamente el miedo de unos minutos antes, al fin y al cabo era algo que ocurría con relativa frecuencia y que se había acostumbrado (o más bien resignado) a sobrellevar.

Oliver la taladró con la mirada mientras acortaba la distancia que los separaba, haciéndola retroceder hasta que su espalda chocó con el dosel de la cama.

—¿Eso es lo que anhelas, Clarice? ¿Que me comporte como tu marido? —Oliver estaría encantado de consumir aquella relación, hacerla suya y deshacerse de esa corriente que los conectaba cada vez que estaban cerca. Miró la boca de Clarice con avidez y entonces su cerebro le devolvió la imagen de otra boca, la de la médium que le lanzó la maldición más cruel que se le podía ocurrir en ese momento—. Dime qué sientes por él.

Clarice movió la cabeza desconcertada. Se detuvo unos segundos para analizar la respuesta, pero Oliver estaba demasiado ansioso para esperar.

Deslizó los dedos por su cuello hasta llegar a su nuca obligándola a mirarle a los ojos y el roce provocó en ella un estremecimiento.

—¿Te enamoraste de él? ¿Lo deseabas, lo deseas ahora?

Ella negó preguntándose a sí misma qué había sentido por Rutherford realmente, por el hombre que había estado decidido a llevarla al altar.

—Al principio acepté su interés casi con agradecimiento. Un matrimonio con él me abría la puerta a una nueva vida. ¿Qué sentía? Resignación, incertidumbre ante lo que estaba por venir... Después Vivian apareció en su vida como un huracán y durante un periodo de tiempo no demasiado largo lo odié. Me había negado la posibilidad de salir de esta casa y de paso me condenaba al ostracismo sin que yo hubiese hecho nada para merecerlo.

—Pues yo tengo la impresión de que lo que había entre vosotros no se ha extinguido.

Clarice resopló completamente anonadada ante esa suposición, a veces ni siquiera sabía si había habido «algo» real entre ellos.

—Eso es una estupidez. Nunca ha habido ese tipo de sentimientos entre nosotros.

—Puede ser, pero si alguna vez has anhelado un beso o una caricia suya voy a conseguir que lo olvides.

Oliver deslizó sus dedos hasta enredarlos en su pelo y tiró con suavidad mientras observaba con detenimiento cada uno de sus delicados rasgos y la blancura perfecta de su cuello.

Debería sentirse cohibida ante su escrutinio pero lo único que sentía era ansia. Los ojos color

ámbar de Oliver brillaban como nunca a la luz de las lámparas que la doncella había dejado encendidas, aunque se veían más oscuros que antes, llenos de promesas y de algo que Clarice no llegaba a descifrar. Su expresión era tan intensa que se asemejaba al dolor, como si estuviese luchando contra algo más fuerte que él.

Ella suspiró cuando al fin Oliver se inclinó hasta casi rozar sus labios ansiando que saciara esas ganas que se imponían a la razón. Se sentía perdida y tenía claro que su boca sobre la suya era todo lo que necesitaba para seguir respirando. Jamás se imaginó que pudiese llegar a sentir un deseo capaz de nublarle el juicio, ella siempre se había creído capaz de dominar sus instintos, de pensar y tomar la decisión correcta. Pero en ese momento su mente parecía haber quedado reducida a gelatina, y le daba igual que aquel matrimonio solo fuese una transacción comercial, un acuerdo absurdo o una farsa mal trazada. Lo deseaba, quería que cumpliera su promesa de hacerla olvidar a Rutherford, a su familia y a cualquier cosa que habitase más allá de aquella habitación, donde la corriente que siempre parecía conectarlos crepitaba más fuerte que nunca.

No pudo esperar a que él la besara y se acercó hasta pulverizar la distancia que los separaba y con ello sus propios límites. En cuanto sus bocas se rozaron, el deseo la aturdió hasta el punto de que no supo si hubiese sido capaz de mantenerse en pie de no haber estado firmemente apoyada en el poste de madera. Clarice casi le arrancó a Oliver la chaqueta y el chaleco y los dejó caer al suelo, desesperada por sentir su calidez aunque fuera a través de la fina tela de su camisa. No se atrevió a ir más allá, su pudor se lo impidió, o puede que fuese el efecto de sus besos, que la hipnotizaban. Sus lenguas danzaron, enredándose, reconociéndose, mientras las manos de Oliver tironeaban torpemente de los botones de su espalda. Ella rio contra sus labios al sentir las costuras crujir y una maldición que escapó de la boca que la devoraba sin tregua. Y casi sin que se diera cuenta la ropa comenzó a aflojarse y el corpiño cedió por su propio peso.

Oliver interrumpió el beso unos segundos para contemplarla. Estaba más hermosa que nunca con las mejillas arboladas y los labios encendidos por sus besos. Recorrió con su boca sus pómulos y el delicado borde de la mandíbula hasta llegar a su oreja. Deslizó la lengua por ella, mordisqueando el lóbulo hasta que le arrancó un jadeo de rendición, para continuar después bajando por su garganta. Saboreó su cuello como si no tuviera ninguna prisa, deteniéndose en esa pequeña pulgada de piel que la hacía estremecerse. Tiró con suavidad de la tela de su vestido deslizándola por sus hombros junto a los tirantes de su camisola interior, hasta que sus pechos quedaron expuestos a la tenue luz de las velas. No quiso mirarla con el detenimiento que le apetecía para no incomodarla pero supo que eran tal y como los había imaginado durante cada minuto de cada noche desde que la conoció. Simplemente perfectos. Por unos instantes se detuvo allí, percibiendo el calor que desprendía su piel, su olor a limpio, a dulzura y a mujer, sin atreverse a tocarla. El deseo vibraba entre ambos y era imposible resistirse a él. Con delicadeza acunó sus senos entre las manos, besándolos, mordisqueándolos con suavidad hasta que ella enredó sus manos en su pelo oscuro para acercarlo más a ella, para que no se detuviera nunca. No supo si la sensación de estar flotando fue real o debida al aturdimiento, hasta que su espalda estuvo sobre las sábanas frías de su cama, donde Oliver la depositó con suavidad, una delicadeza inesperada en un hombre de apariencia ruda y peligrosa. Las manos masculinas buscaron su piel entre el laberinto de telas que se empeñaban en enredarse, esquivando enaguas, sedas y medias, hasta que llegó a su objetivo y comenzó a acariciar sus piernas. No encontró reticencia cuando se aventuró a retirar la ropa interior femenina, ni cuando sus dedos alcanzaron ese espacio prohibido que coronaba sus muslos, ni cuando sus caricias se convirtieron en una cadencia que se estaba volviendo una deliciosa tortura.

Clarice se entregó por completo al placer que su falso marido le brindaba, tan absorta e impactada que ni siquiera pensó en devolvérselo. Sus jadeos rivalizaron con la respiración agitada de Oliver, con los músculos tensos y empapada en sudor, hasta que su cuerpo se desdibujó, arrastrado por una explosión de placer.

Permaneció allí, sin moverse y sin atreverse a enfrentar la mirada de Oliver, con la certeza de que ese hombre que la sostenía tenía razón. Oliver Thorne sería capaz de hacerle olvidar el resto del mundo.

Al fin había salido el sol en aquella fría primavera solo de nombre, ya que parecía que el invierno se había adherido a la ciudad resistiéndose a abandonarla del todo. Clarice se levantó con una sensación extraña. En su cuerpo todavía parecían perdurar los efectos de todas y cada una de las maravillosas sensaciones que había experimentado la noche anterior, y sin embargo su ánimo era oscuro, y distaba mucho de sentirse feliz. Se había dejado llevar, y no estaba acostumbrada a esa emoción. Después de tantos años de censura y contención era inevitable sentirse culpable por haberse permitido sucumbir ante algo tan mundano, aunque el causante de su pecado hubiese sido su marido a ojos de Dios.

Esa mañana la casa parecía más silenciosa que nunca. El mayordomo le había informado de que su tío había partido de viaje esa misma mañana y Oliver también había salido, algo que resultó un alivio ya que no le apetecía enfrentarse a él tan pronto. Tras desayunar a solas en el frío comedor decidió dirigirse a la habitación de su abuela.

Al abrir la puerta encontró a una joven doncella intentando darle un cuenco de gachas a la anciana con poco éxito. La habitación olía a cerrado y a enfermedad, aunque si tuviera que describir ese olor sería incapaz.

—¿Quieres que lo intente yo? —preguntó Clarice rogando en silencio para que se negara. Se avergonzaba solo de pensarlo pero desde que Oliver le había hablado de la relación de Agnes y su padre sentía una animadversión creciente hacia la mujer que la había criado.

La joven, un poco azorada al principio, pareció aliviada de librarse de la indeseada tarea, le entregó el cuenco y salió de la habitación canturreando.

Clarice observó el sencillo desayuno, más aguado de lo normal para que su abuela pudiera tragarlo sin dificultad. Llenó la cuchara y la dirigió a la boca de la anciana, que permanecía firmemente cerrada. Empujó levemente hasta que cedió lo suficiente para darle la cucharada y solo entonces se atrevió a mirarla a los ojos. Se estremeció al comprobar que la miraba fijamente con una expresión extraña, muy alejada de la actitud ausente de los primeros días. Sus ojos, que se veían acuosos, se mantenían muy abiertos y fijos en ella, como si pudiera leer el pecado, la traición, la culpa. Inexplicablemente sintió miedo, un miedo irracional provocado por la mujer que le había brindado estabilidad y seguridad desde que perdió a sus padres. Limpió con prisas el hilillo de líquido que se había escapado de la comisura de sus labios y dejó el cuenco de manera brusca sobre la mesita. Tiró con fuerza del llamador que había sobre la cama y salió al pasillo a esperar a la doncella, incapaz de permanecer ni un segundo más junto a aquel lecho.

Necesitaba aire, luz, y avanzó por el pasillo apresuradamente hasta que se topó de frente con la persona que más ganas tenía de esquivar, su marido. Oliver se encontraba inclinado en la puerta de la habitación que había pertenecido a Agnes e intentaba forzar la cerradura con algo que desprendió un brillo metálico. Clarice se metió la mano en el bolsillo de la falda hasta tocar un objeto frío que llevaba atesorando desde hacía varios días.

—¿Y si probamos con esto? —preguntó inclinándose junto a él con la palma extendida y dos llaves un poco oxidadas sobre ella.

Oliver, que no la había oído llegar, se sobresaltó y la navaja que estaba usando para forzar la cerradura se cayó al suelo con un tintineo.

—¿De dónde las has sacado?

—Mi abuela las tenía guardadas en un cajón de su tocador dentro de una caja de madera, junto con un mechón de pelo trenzado de mi tía Agnes y un pañuelo con sus iniciales. Supuse que sería la llave de su habitación, pero no estoy segura. —Oliver no dijo nada y se limitó a coger la arandela de la que pendían las dos llaves, rozando su palma suavemente en el proceso—. Siempre me dio un poco de grima esa caja, y, sin embargo, cuando era niña, aprovechaba la menor ocasión para abrirla y acariciar la trenza de color cobrizo. Sentía una mezcla de miedo y emoción.

—La infancia tiene esas cosas, encontramos la aventura en cualquier rincón.

Clarice suspiró y se frotó la frente un tanto nerviosa, en parte por los recuerdos, en parte por la manera en la que él la observaba. El leve roce de la yema de sus dedos sobre su palma había tenido el efecto de la descarga de un rayo sobre ella, por suerte había sabido sobrellevarla aparentando indiferencia. Esos mismos dedos habían recorrido su intimidad apenas unas horas antes y si se recreaba en esas tórridas imágenes que su cerebro se empeñaba en recordarle, acabaría desmayándose de pura vergüenza.

—¿Preparada? —preguntó Oliver antes de girar una de las llaves en la cerradura y sonrió al ver que ella negaba vehementemente con la cabeza.

Abrió la puerta y ambos avanzaron con el convencimiento de que se adentraban en un lugar prohibido y que después nada volvería a ser igual. Con un poco de aprensión Oliver cerró la puerta tras ellos. La luz entraba a raudales por la ventana carente de cortinas, y aun así la estancia seguía resultándole inquietante, a pesar de que era un hombre curtido y poco dado a la sensibilidad.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —inquirió Clarice frotándose los brazos. Los finos mechones que se escapaban de su recogido se mecían levemente movidos por una corriente de aire invisible, y miró hacia la puerta para cerciorarse de que estaba cerrada. Aquella habitación llevaba sellada tanto tiempo que con seguridad jamás volvería a recuperar el calor humano, si es que alguna vez lo tuvo.

—Cualquier cosa que te resulte extraña.

—Estar aquí ya es extraño.

Todas las historias aterradoras que las criadas repetían en susurros y que ella había escuchado a hurtadillas desde la niñez se agolparon en su cabeza, por más que se esforzaba en ignorarlas. Estar allí con un hombre como Oliver debería resultar tranquilizador, pero había cosas contra las que la fuerza bruta no tenía ningún valor.

Oliver ignoró su comentario y fue hasta la pared que había llamado su atención la vez anterior. Pasó los dedos sobre el papel descolorido buscando algo irregular que le dijera que no se había equivocado. Sintió el frío recorriendo su espalda y se arrepintió de que el sol de esa mañana le hubiese hecho ser tan optimista como para haber prescindido de su ropa interior de gruesa lana, lo que claramente había sido un error. Llegó a la zona en la que se podía percibir un ligero desnivel en la madera y lo resguió de arriba abajo. Dedicó una rápida mirada a Clarice, que seguía abrazándose a sí misma en medio de la habitación y no esperó a que ella diera su consentimiento. Sacó la navaja y rasgó el papel que cubría la pared ignorando su jadeo ahogado.

Tiró de los jirones sin importarle que el daño fuera irreparable e imposible de justificar. Como si estuviese en trance apenas se dio cuenta del destrozo que había provocado hasta que ante él apareció lo que había estado buscando, una puerta bien disimulada en aquella pared que no debía estar ahí. Respiraba con dificultad por el esfuerzo y a sus pies, como víctimas olvidadas, se arremolinaban los trozos de papel pintado enmohecido por la humedad y el tiempo. Probó la segunda llave en la cerradura y se detuvo durante unos segundos para comprobar que Clarice seguía allí. Sintió la tentación de pedirle que se marchase pero aquel misterio era de los dos, los muertos eran de los dos, y el convencimiento de que ese nexo de unión jamás se destruiría le sobrecogió. La mano de Clarice se apoyó con suavidad en su hombro dándole fuerza para continuar.

La puerta estaba encajada tras años sin ser abierta y tuvo que empujar varias veces con el hombro hasta que al fin se abrió con un crujido lúgubre. Se encogió en un acto instintivo cuando una nube de mariposas negras salió de la habitación cerrada envolviéndolo en un espeso remolino. Sacudió las manos para alejarlas de su cara y una vez que se deshizo de ellas se giró hacia Clarice de nuevo para comprobar que estaba bien. Las mariposas habían desaparecido como por arte de magia ya que no había ningún lugar por el que hubieran podido escapar, y Oliver dudó de sí mismo y de sus propios ojos.

—¿Dónde...? —preguntó sin moverse, buscando con la mirada alguna grieta, algún rincón donde pudieran haberse escondido.

Ella se encogió de hombros con la misma expresión de incredulidad que él en su cara pálida.

—No sé, es como si... se hubiesen desvanecido.

Tenía que reconocer que estaba intranquilo, y que prefería mil veces tener frente a él al más bruto y fuerte de los asesinos que aquella habitación tan vacía y desconcertante. Se adentró en aquel cuartucho, no se podía calificar de otra manera, en el que si se esforzaba un poco casi podía tocar ambas paredes con las manos. En él había un catre en el que difícilmente cabría una persona adulta, una ventana minúscula de forma alargada, carente de postigos o cortinas y una mesa en el otro extremo. El estómago se le encogió al comprobar que en la pared había anclada una arandela de hierro, parecida a las que se usaban para atar a los caballos. Le sorprendió comprobar que en este lado las paredes estaban cubiertas de un papel pintado que en su época tuvo que ser alegre, con dibujos de pájaros exóticos y flores de colores, supuso que un último acto de bondad inútil hacia el prisionero que pasó allí sus días. O más bien la prisionera, ya que parecía bastante probable que aquella hubiese sido la última morada de Agnes Hamilton. Las nauseas estuvieron a punto de sacudir su cuerpo al recrear aquella tortura en su imaginación, y por un momento olvidó que no estaba solo allí. El llanto mudo de Clarice lo devolvió a la realidad y se acercó hasta ella para hacer lo único que estaba en su mano en esos momentos, abrazarla con fuerza, sostenerla ante lo que parecía una evidencia de la barbarie humana. Permanecieron unidos en aquel abrazo hasta que los sollozos cesaron y justo cuando estaban a punto de separarse el único mueble de la habitación crujió con un sonido extraño, como un mástil que se parte durante una tormenta. Oliver se acercó con cautela y observó la precaria mesa. En su superficie había manchas de tinta y arañazos, unas iniciales quizás, y pudo observar que el sencillo mueble tenía un cajón con una cerradura. Sin tiempo de pensar dónde podía estar guardada la llave sacó su navaja y forzó el cajón sin importarle que se astillase en el proceso. En su interior había un solitario fajo de cartas atado con una cinta de terciopelo rojo desvaído. Oliver dudó unos instantes, con el convencimiento de que estaba violando algo muy íntimo, los pensamientos, los deseos que contenían aquellas cartas que nunca habían sido enviadas.

Antes de que se decidiera a cogerlas Clarice sujetó el fajo para observarlas y soltó el lazo con delicadeza. El papel estaba amarillento y cuarteado por la humedad y el paso de los años pero la letra se podía ver con relativa claridad. La caligrafía femenina y las letras cuidadas debían pertenecer a su tía Agnes. En cada sobre se repetía el mismo destinatario una y otra vez, «A mi amado Percy Thorne». Había sido consciente de que esas cartas jamás llegarían a su destinatario por la poco convencional manera de llamarlo y porque carecían de dirección. Oliver alargó la mano para intentar coger una de ellas pero Clarice las retiró como si estuviera defendiendo un tesoro.

—¿Qué estás haciendo? Necesitamos leer esas cartas para saber la verdad.

—Son cartas privadas, no puedes invadir la intimidad de alguien de esa manera. —Clarice sabía que el espanto la hacía no poder digerir aquello pero no pudo evitar querer proteger a Agnes—. Menos aun de alguien que ya no puede defenderse.

—Por desgracia creo que no pudo defenderse de cosas mucho peores que esto, Clarice — intentó convencerla, pero ella aferró las cartas contra su pecho negándose a entregárselas—. Si nos ponemos estrictos me pertenecen. Iban dirigidas a mi padre, y yo soy su heredero.

Clarice se negó y se dirigió hacia la puerta; el aire allí era irrespirable, y no solo por la humedad, el polvo y las telarañas que se acumulaban por doquier, y el olor insano de aquella habitación. La atmósfera parecía cargada con algo distinto, como si algo o alguien les estuviera robando la energía, el oxígeno y hasta el calor de sus cuerpos. Era una actitud infantil, lo sabía, pero tenía que asimilar lo que acababan de descubrir, cerciorarse de que aquello era justo lo que parecía, aunque ansiaba con todo su ser que solo fuera una suposición errónea.

Cuando llegaron al pasillo se detuvo para mirar a Oliver, que la seguía con la tensión marcando sus rasgos.

—Acabo de descubrir que puede que haya vivido rodeada de monstruos toda mi vida. Necesito tiempo, por favor.

Él asintió y la observó mientras se alejaba por el pasillo con las cartas aferradas contra su pecho.

Mi amado P:

He perdido la cuenta de cuántas cartas te he escrito ya, con la esperanza de que esto que sentimos sea capaz de traspasar puertas, espacios y barreras, aunque sé que probablemente no puedas leerla nunca. Me han fabricado un calabozo a medida en mi propia casa y solo tengo contacto con una doncella durante unos minutos al día. Si sigo así creo que perderé la capacidad de hablar. Mi madre no quiere verme, debe ser que le produce demasiado asco que sea humana, que esté viva, que sea capaz de amar. No me importa, no me arrepiento de amarte. Rezo cada hora del día para que se obre el milagro, para que las paredes de esta casa se desmoronen bajo la lluvia como si fuesen un terrón de azúcar y así pueda escapar para encontrarte. Qué absurdo, ¿verdad? Seguro que si leyeras esto te reirías y me dirías que tengo demasiada imaginación. Cómo echo de menos tu risa.

Querido P:

Me encantaría que pudieras poner tu mano en mi vientre y sentir cómo crece nuestro hijo. Tengo la intuición de que será un niño, ¿sabes? Si la vida fuera justa ahora estaríamos sentados en la chimenea eligiendo un nombre para él, e imaginando a quién se parecerá. John es un buen nombre. John Thorne. Ojalá tenga los ojos como tú. Pensar en él hace que deje de recrearme en mi propio sufrimiento. Tengo que ser fuerte por él, por ti, por nosotros. Por esa familia que nos están negando. Espero que sigas buscándome, que no te rindas y encuentres la forma de liberarnos de esta tortura...

Mi Percy, mi amor, mi todo...

Echo de menos tantas cosas en este encierro interminable... Ojalá pudiera bajar a hurtadillas a medianoche como tantas otras noches y tocar esas notas que conocemos tan bien, nuestra señal, nuestra melodía secreta. Quizás así oirías mi llamada, como si fuese una sirena que te busca en medio del mar, y vendrías hasta mí.

Óyeme, mi amor. Te espero.

Amado Percy:

Cada vez es más difícil no sucumbir a la desesperación. Los días son iguales entre sí, eternos, fríos y descorazonadores. Ya casi he perdido la esperanza de salir de aquí. No hay piedad para mí. Recorro durante horas los pocos pasos de mi calabozo intentando mantenerme fuerte y me pego a la minúscula ventana con la esperanza de robar un rayo de sol. Me he portado mal, he gritado durante horas y he golpeado la puerta con desesperación. Me he destrozado los nudillos, y lo peor de todo es que me han quitado los libros que me hacían compañía. Si vuelvo a hacerlo me quitarán también la pluma y el papel. Y puede que vuelvan a atarme a la pared como un animal. Mi hijo no se merece esto, Percy. Nuestro hijo. ¿Cómo resistiré esto, Percy? ¿Cuánto

queda para que vengas a buscarnos?

Mi adorado Percy:

La cabeza puede ser nuestro peor enemigo, aunque por desgracia yo he descubierto que tengo más de los que merezco. ¿Cuál es mi pecado? ¿Amarte? Paso horas y horas pensando en el tipo de vida que tendrá nuestro hijo. Estoy empezando a temer que mi condena sea una cadena perpetua y prefiero la muerte a pasar aquí la eternidad. ¿Qué será de nuestro hijo? ¿Acaso lo hemos condenado antes de nacer a ser un preso? Si lo arrancan de mi lado, mi vida no tendrá sentido; sin ti y sin él yo no seré más que una carcasa vacía sin alma. Pero ¿seré una egoísta al querer mantenerlo a mi lado a toda costa? Me da miedo poner en palabras mis pensamientos, son demasiado siniestros y temo estar perdiendo el juicio. Todo es extraño. Hasta los que siempre he amado me resultan desconocidos y amenazadores. Te necesito, Percy. No sé cuánta fuerza me queda...

¿Dónde estás, Percy? El momento se acerca y estoy aterrorizada. Ha venido a verme gente extraña y temo que se lleven a mi hijo. Apenas tengo ánimo, he pasado atada a esta maldita cama casi dos semanas por portarme mal, sin nada que hacer más que mirar el techo y esperar a que mi hijo se mueva en mi interior para no sentirme tan sola. No me queda dignidad, no me queda fuerza, ni esperanza y me temo que el final está cerca, sea cual sea. Quizás sea mejor así, quizás no me merezco que la vida me dé la oportunidad de ver la cara de mi hijo. Puede que esa gente tenga razón y mis pecados sean tan despreciables que incluso esta celda sea demasiado buena para mí. Hay algo malo dentro de mi corazón, algo que me ha empujado a hacer cosas malas.

Ya he dejado de esperarte, mi amado Percy. Esta será la última carta que te escriba. Ahora lo sé, con la clarividencia que otorga estar cerca del final. No vendrás. Ahora que ha llegado el momento sé que estoy más sola que nunca, probablemente siempre lo he estado. A pesar de todo, hay una pregunta que me tortura, ¿me has olvidado ya, amor?

Te quiero, Percy. Te quise. Aunque puede que ninguno de los dos nos mereciéramos este amor.

Extractos de las cartas nunca enviadas de Agnes Hamilton.

Oliver entró en la mansión de los Hamilton al filo de la media noche y parecía tan oscura y tan muerta como de costumbre. Se aferró al pasamanos de la escalera evitando tambalearse, esa noche se había pasado con el ron, pero no recordaba haber tenido un motivo mejor para emborracharse en toda su vida. Debería haberse quedado en el barco a pasar la noche, o en casa de David, que últimamente parecía taciturno y abstraído. Pero la imagen de Clarice se repetía en su retina una y otra vez, la frágil Clarice, al menos en apariencia, ya que estaba seguro de que albergaba una fuerza en su interior que ni ella misma conocía. Lo que era innegable era que había vivido tutelada y protegida toda la vida, difícilmente alguien sin apenas vivencias, más que las propias de una señorita recién presentada en sociedad, pudiese enfrentarse a lo que acababan de descubrir.

Cuando entró en la habitación que compartían la encontró sentada en su cama con las rodillas abrazadas contra el pecho. Su sencillo camisón blanco contrastaba con su pelo rojizo que caía como una cascada sobre sus hombros. Las cartas estaban esparcidas frente a ella sobre la manta y solo con mirarla pudo ver que había estado llorando.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad conteniendo el deseo de sentarla sobre su regazo y borrar el rastro de sus lágrimas a besos. Esa mujer le hacía anhelar cosas que nunca había echado en falta, la complicidad con una mujer, el cariño, él, que siempre se había dado por satisfecho con un rato de diversión sin compromisos.

Encariñarse con Clarice no le aportaría nada bueno a ninguno de los dos; necesitarla, desearla, estaba empezando a resultar inevitable y sería un necio si no empezaba a levantar barreras que los separasen. Pero esa noche no, esa noche Clarice lo necesitaba, y no era tan mezquino como para dejarla sola.

—No. —Oliver se sentó junto a ella en el borde del colchón y ojeó algunas de las cartas—. Es terrible. No puedo creer que mi abuela hiciera algo así. No habla claramente de ello, pero resulta evidente que la retuvieron en esa minúscula habitación al descubrir que estaba embarazada. —Rebuscó entre las hojas y los sobres hasta que encontró la que quería mostrarle a Oliver—. Esta es la última carta que escribió. Fue antes de dar a luz. Lo peor, si se puede llamar así, es que siempre tuvo la esperanza de que tu padre viniera a buscarla.

Oliver tragó el nudo que se le formó en la garganta y se sorprendió de que Clarice deslizara la mano por su espalda para darle consuelo. Él no era un hombre que necesitara consuelo de nadie, era un hombre rudo, que había visto la muerte de cerca, que a menudo tenía la vida de sus hombres en sus manos por la suerte de tomar una decisión correcta o incorrecta. Y sin embargo ese sencillo gesto lo desmoronó por dentro.

Se levantó y comenzó a quitarse la chaqueta y el chaleco mientras Clarice ordenaba las misivas y volvía a atar la cinta alrededor de ellas.

—Por favor, ¿podrías... sacarlas de aquí? —pidió Clarice con un hilo de voz. Debería haberlo

hecho ella misma pero no quería reconocer que le daba miedo salir y deambular por la casa a esas horas—. Llámame tonta, pero estas cartas contienen demasiado dolor, no me apetece que estén aquí más tiempo del necesario.

Oliver asintió, y cogió la llave que ella le tendió junto al paquete de misivas. Se dirigió con un candelabro hacia la habitación de Agnes y volvió a dejarlas en su sitio tardando lo menos posible. Cuando volvió al dormitorio de Clarice la encontró junto a la chimenea avivando el fuego. El calor de la habitación, unido a la llamarada de deseo que lo sacudió al verla, hicieron que su sangre volviera a la vida. Clarice parecía etérea, envuelta en su vaporoso camisón blanco, recortada contra la luz de la chimenea que hacía que su cuerpo se insinuase a través de la prenda. Ella se giró al oírlo entrar ajena a la lucha que se libraba en el interior de Oliver y en silencio se fue hacia la cama. Él, siguiendo la rutina de cada noche, extendió la manta sobre la que dormía cerca de la chimenea y apagó todas las velas que iluminaban la habitación, mientras ella se dirigía hacia el lecho y se metía bajo las mantas.

Clarice sentía una presión en el pecho provocada por los mil sentimientos diferentes que pugnaban por tomar la delantera en su interior. Desolación. Incredulidad. Decepción. Pena, mucha pena. Pero había uno que se imponía sobre todos los demás, había asumido como suyo el sentimiento de soledad de Agnes. Quizás ella, igual que su tía, había estado sola desde siempre sin saberlo. Había asumido que lo que le brindaban y lo que ella les entregaba era amor, pero posiblemente no pudiera englobarse en esa categoría. Al menos no un amor sin límites, entregado y sin reservas. Y lo peor era que lo había sabido desde siempre.

—Oliver... —El sonido de su propia voz sonó extraño en la quietud de la habitación y pudo percibir que él se paralizaba—. Ven, por favor. No quiero dormir sola.

En silencio, él se dirigió hacia la cama y se cobijó bajo las mantas sin dudarlo, a pesar de que sabía que aquella era la peor idea de todos los tiempos. Durante unos segundos ninguno de los dos se movió, temerosos de que el más mínimo roce desencadenase lo inevitable. Pero poco a poco sus cuerpos fueron cediendo, hasta que la espalda de Clarice se venció para apoyarse en el pecho masculino. Sus cuerpos se acoplaban a la perfección como si fueran la cara y la cruz de un mismo molde. Oliver aspiró con fuerza el olor de su pelo que le caía por la espalda y se extendía por la almohada, provocándole un delicioso cosquilleo en su pecho desnudo. Sus manos ansiaban tocarla y la energía que crepitaba entre ellos se volvía más intensa con cada respiración.

—Clarice... ¿esa melodía...? —susurró Oliver, rompiendo el silencio.

Clarice tardó unos segundos en contestar y un profundo suspiro precedió a su respuesta.

—Debe ser Agnes llamando a Percy. Ella aún espera que venga a salvarla.

Esa respuesta en cualquier otro lugar y cualquier otro momento habría sonado como una broma de mal gusto, una locura dicha sin pensar, pero ninguno de los dos dudó que aquello era cierto. El dolor y la desesperación contenida bajo esos techos altos y decadentes era demasiado real, ellos lo sentían, y había sido capaz de perdurar a lo largo de los años.

—Lo siento —susurró enterrando su cara en los mechones cobrizos de su cabello.

Ella se giró sobre sí misma para mirarlo. Durante unos segundos intentó distinguir sus facciones en la oscuridad, pero era imposible reconocer su expresión.

—En todo caso debo ser yo la que te pida disculpas por todo ese dolor. Por la injusticia que mi familia cometió. Yo no soy como ellos, Oliver —su voz se quebró con un sollozo y él buscó con sus labios su mejilla en la oscuridad para beberse las lágrimas que sabía que ya no podía contener. La besó con ternura, muy despacio, y aunque pareciera que no había consuelo ese simple gesto la hizo sentirse mejor.

—Lo sé. Puedo ver en tu mirada que tu corazón es noble. —Oliver guardó silencio dudando si debía continuar o exponerse más de lo que ya estaba ante ella. Pero sentía que no había espacio entre ellos para las medias verdades. Estaban juntos en eso y le debía honestidad—. Sé lo que haces por esos niños en la escuela.

Ella se tensó ligeramente entre sus brazos pero aunque lo intentó no logró enfadarse. Al fin y al cabo ella también había intentado recabar información sobre él.

—¿Me has seguido?

—No, no soy tan prosaico. —Aguardó unos segundos antes de continuar para darle un poco de intriga al asunto. Clarice estaba a punto de acribillarle a preguntas cuando al fin decidió continuar—. Tu cochero tiene tendencia a irse de la lengua cuando bebe, no me gusta que ese tipo de gente trabaje para mí.

—No trabaja para ti —repuso Clarice dejándose acunar, disfrutando de la sensación que le producía el vello de su pecho al rozar su mejilla contra él—. Trabaja para los Hamilton, y es bastante desvergonzado por tu parte que primero le sonsaques la información y luego lo acuses de ser desleal. Él te ve como su patrón. Aunque evidentemente voy a mantener unas cuantas palabras con él. Me sale bastante caro pagar por su silencio, ¿sabes?

Oliver soltó una breve carcajada que ella sintió en todo su cuerpo y por primera vez en todo el día logró esbozar una sonrisa. Cuando él estaba cerca todo parecía posible, el futuro no parecía tan oscuro.

—En realidad estaba intentando averiguar algo sobre el antiguo servicio de la casa, Charles es bastante hermético y decidí probar suerte con el resto de los empleados. Sin ningún éxito, por cierto. El pobre chico no ve bien que una dama deambule por los barrios más peligrosos de la ciudad, por muy loable que sea la causa. Y yo estoy de acuerdo con él, debo reconocerlo.

—Voy a seguir acudiendo a dar clases, Oliver. No te atrevas a pensar lo contrario. Esos niños necesitan que alguien les tienda una mano.

—Me parece bien —Oliver suspiró y deslizó la mano por la espalda— Yo también fui uno de esos niños.

—Pero tú... tenías familia, ¿no?

—Sí, pero era un condenado imbécil. Siempre fui muy rebelde y testarudo. Mi padre, como buen inglés, era muy estricto y serio, pero pasaba mucho tiempo fuera de casa, embarcado en cualquier barco que le ofreciera trabajo. A veces tardaba meses en volver. Mi madre, en cambio, era demasiado permisiva, supongo que prefería no discutir conmigo, odiaba los gritos y no soportaba tener que regañarme. En cuanto le llevaba la contraria, me decía que era imposible y me dejaba a mi aire. Y yo me aprovechaba de su falta de carácter. Me juntaba con lo peor de cada casa. Siendo mitad inglés y mitad español era muy fácil ser el blanco de cualquier fanfarrón con ganas de gresca y desde muy pequeño tuve que aprender a pelear para salvar el pellejo. Me creía tan listo y tan valiente que mi casa y mi pueblo se me quedaron pequeños y aprovechando una de las ausencias de mi padre me largué a medianoche casi con lo puesto y con las pocas monedas que pude robarles.

—Tu madre debió sentirse fatal.

—Supongo que sí. No la volví a ver, murió al poco tiempo de unas fiebres. Esas monedas que le quité me pesan como el plomo en mi corazón, pero ya no tiene remedio. Deambulé de un lado a otro, limpiando barcos en los muelles, cuidando los caballos de los señores adinerados..., incluso llegué a pelear por dinero. Acepté de buen grado que me dieran una buena tunda con tal de dormir en un catre y comer caliente. Después me enrolé en un barco que hacía ciertos

negocios... digamos turbios.

—Un barco pirata.

—Sí, fui un pirata. Ansiaba volver a mi casa, pero el orgullo me lo impedía. Quizás si me hubiera encontrado a alguien que me tendiera una mano, como haces tú con esos niños, todo hubiera sido más fácil. Todo eso me enseñó lo que no quiero ser en la vida, ¿sabes? Cuando me enteré de que mi madre había fallecido y mi padre estaba enfermo habían pasado años, ya era demasiado tarde para recuperar lo que había perdido. Y entonces él me habló de esa mujer a la que tanto amó, del hijo al que no conoció y lo único que pude hacer fue prometerle que lo encontraría, aunque sé que no lo hice por él, solo lo hice para aliviar mi conciencia. En el fondo fui un egoísta. Disto mucho de ser un héroe, Clarice. Solo soy... alguien que casi nunca hace las cosas bien.

—Lo importante es que eres lo bastante humilde para reconocerlo. Seguro que a partir de ahora...

—Descansa. —La cortó dándole un suave beso en los labios. No quería escuchar que ahora sería el hombre que ella esperaba que fuera, que resolvería todo aquello con un pestañeo, que la salvaría de aquella oscuridad que la rodeaba. Porque no era cierto. Él seguía siendo un egoísta que sólo intentaba solventar las deudas pendientes con su padre muerto para olvidar que por su insensatez perdió un tiempo preciado e hizo sufrir a los suyos.

La lluvia repiqueteaba suavemente en el cristal de la ventana y la luz mortecina del amanecer empezaba a clarear las sombras de la habitación, dándole a todo un aspecto irreal. Hacía calor, y por una décima de segundo la mente de Oliver le devolvió la imagen de playas de arenas blancas y brisas suaves. Pero no había ningún lugar en el mundo donde prefiriera estar en esos momentos que no fuera la cama de Clarice, el cuerpo de Clarice. Lo sentía pegado al suyo, acoplados como un molde perfecto. Su trasero se apretaba contra su miembro y su pelo le hacía cosquillas en el pecho. Apartó los mechones con los ojos cerrados para dejar el suave hombro al descubierto. Sus manos comenzaron a vagar por la piel que el camisón dejaba expuesta y se coló bajo la tela buscando sus pechos para apretarlos con suavidad. Se negaba a despertarse de ese sueño y cerró los párpados con más fuerza para aferrarse a él. El cuerpo de Clarice se meció suavemente contra su erección y un gemido suave, casi lastimero, salió de sus bocas a la vez. Las manos masculinas continuaron vagando, buscando su carne, sus muslos, su vientre, mientras el calor le abrasaba de dentro a afuera. Recorrió su cuello con los labios hasta que ella giró la cabeza buscando su boca para ofrecerle el beso más sensual que había recibido nunca. Su voz susurró su nombre, seguido de una súplica cuando sus dedos se aventuraron a jugar con su sexo, a invadir su intimidad con suavidad. Estaba ardiendo. La habitación entera empezaría a arder en llamas en cualquier momento. La súplica de Clarice se repitió, instándole a continuar, a llevarla de nuevo a aquel mundo de placeres que apenas había empezado a vislumbrar. Cuando la mano femenina comenzó a devolverle tímidamente las caricias, buscando la erección que se marcaba en su ropa interior de manera innegable la realidad comenzó a filtrarse en la maraña del sueño que él se empeñaba en no abandonar. La realidad era mucho menos amable. La realidad le obligaría a detenerse en ese mismo instante. No podían hacer el amor. Hacerlo los convertiría en un matrimonio real, y no solo por el hecho de haberlo consumado. Sería su mujer, su esposa en todos los sentidos, y él se había hecho la firme promesa de no volver abandonar a los suyos. Clarice merecía una segunda oportunidad en la vida y sus realidades eran tan distintas que ninguno de los dos tendría cabida en el mundo del otro.

Y luego estaba el hecho de que estaba maldito. No podía quitarse de la cabeza las palabras de aquella mujer de acento francés y la contundencia con las que las pronunció. Si hubiera sido un jovenzuelo inexperto se habría reído de ellas y hubiera buscado alguna cama en la que perderse para demostrarle que no era más que una patraña. Pero había visto muchas cosas a lo largo de su vida, había visto a hombres rudos y fuertes sucumbir ante una maldición, morir de amor, literalmente, entre dolores insufribles sin explicación aparente, gente que regresaba de la muerte convertida en zombis sin voluntad. Barcos que se quedaban anclados en el mar sin un mísero soplo de aire que los moviera hasta que su tripulación fallecía ante la incapacidad de conseguir agua y comida, mientras a su alrededor, unas millas más allá, el viento soplaba como siempre. Incluso otros que habían llegado a puerto después de meses sin noticias de ellos sin nadie que los

guiase ni rastro de su tripulación. La magia negra, la santería... solo eran supercherías para la mayoría, pero desde el principio de los tiempos las cosas inexplicables existían. Esa médium podía ser una impostora, una mujer con un don o la bruja más poderosa de la tierra y él no tenía forma de saberlo. Pero después de lo que estaba percibiendo en la mansión de los Hamilton no se atrevía a tomarse esas cosas a la ligera.

Intentó apartarse y contener el deseo pero toda su fuerza de voluntad se había evaporado por culpa de esa tibieza que parecía haberlos atrapado a ambos en una burbuja irrompible. Las manos de Clarice lo buscaban, calentándolo, rompiendo al fin, por primera vez desde que llegó a Inglaterra, la capa de hielo que se había acumulado sobre sus huesos. Sin atender a la sensatez se colocó sobre ella sintiendo su cuerpo casi desnudo contra el suyo. En algún momento de la ensoñación se había deshecho de su gruesa ropa interior y el camisón de Clarice se había enrollado hasta acabar en su cintura. Sería tan fácil dejarse llevar, hacerla suya y saborear cada uno de los deliciosos gemidos que se escapaban de su boca. Sentía el calor de su carne húmeda contra su erección y aquello era más de lo que podía soportar. Apresó las muñecas de Clarice y sujetó sus manos sobre la almohada deteniendo las caricias que lo estaban enloqueciendo.

—No podemos, no puedo... —susurró con la respiración entrecortada.

Ella abrió los ojos, somnolientos aún, sin entender. Lo deseaba y aunque no tenía experiencia era más que evidente que él también.

—Me iré de aquí, sabes que me iré. No puedo hacerte el amor o esto se volvería demasiado real.

—No te estoy pidiendo que cambies tu vida por mí —se atrevió a decir. No suplicaría por un beso ni una caricia, no le rogaría que continuase aunque cada fibra de su piel lo pidiera a gritos. Ella también era consciente de que no debían dar ningún paso más, pero por el amor de Dios, lo deseaba hasta resultar doloroso.

Se miraron a los ojos y algo pareció sacudir el aire que les rodeaba. Oliver nunca había experimentado nada parecido, era como verse a través de los ojos de otra persona, reflejado en ellos para bien o para mal, como si llevaran una eternidad buscándose, como si nada hubiera tenido sentido hasta ese momento. Y no pudo hacer otra cosa más que besarla. Con ansias, con vehemencia, jugando con su lengua, mordisqueándola con suavidad, y entregándose a esa danza hipnótica que los unía. Puede que no estuviera preparado para las consecuencias que acarrearía hacerle el amor, pero sí para darle placer, para compartir ese mundo lleno de misterios que descubrir al que estaban predestinados. Cada minuto con ella era más consciente de la atracción que sentían, y de que no era algo que se pudiese extinguir así como así. Al contrario, con cada caricia la necesidad de sentirla se disparaba de manera indescriptible. Continuó anclado entre sus piernas, rozando su miembro duro contra su humedad, haciendo que se arqueara peligrosamente hacia él. Desearla de esa manera lo estaba matando, estar tan cerca, sentir su sexo contra el suyo, notar cómo el placer se arremolinaba en su interior y la hacía tensarse exigiéndole más...Y él se lo dio, buscando cada punto donde ella necesitaba que la tocara. Clarice esta vez estaba tan ansiosa por recibir ese placer como por hacerle sentir lo mismo que ella y se dejó guiar, resiguiendo el mapa de caricias que él le marcaba. Jamás pensó que acariciar de esa manera tan íntima a un hombre fuese tan maravilloso, pero se sentía tan poderosa que se permitió, por primera vez en su vida, olvidarse de contener sus instintos. Dejó de retener los gemidos que las caricias de los dedos de Oliver en su interior le provocaban, perdió el pudor y acarició su erección sin titubear, guiada por su entregada reacción. Ver que él disfrutaba de esa manera apasionada, la hizo dejarse llevar todavía más, hasta que el clímax la sorprendió por su

intensidad, dejándola tan exhausta que apenas se dio cuenta que él también lo había alcanzado hasta sentir que se dejaba caer sobre ella tras derramarse en las sábanas.

Oliver remoloneó bajo las mantas más de lo que tenía acostumbrado. Lo habitual era que saltara de la cama nada más abrir los ojos. Pero no siempre tenía la oportunidad de disfrutar del espectáculo que suponía observar a Clarice, durmiendo plácidamente a su lado. Se había vuelto a quedar dormida entre sus brazos y aunque ya hacía rato que había salido el sol se negaba a privarla de ese descanso que seguro necesitaba. Se levantó con sigilo y se vistió lo más rápido que pudo. Necesitaba comenzar a buscar las respuestas que necesitaba, y de momento, lo que habían descubierto solo había enturbiado todo un poco más. ¿Dónde? No tenía ni la más remota idea.

Clarice abrió los ojos molesta por la claridad que inundaba la habitación. Se sobresaltó al darse cuenta de que se había quedado dormida después de su «acercamiento» con Oliver y se levantó rápidamente. De repente se quedó plantada en mitad de la habitación. Era una mujer adulta, no una niña pequeña que tuviera que dar explicaciones a sus mayores por quedarse más rato de la cuenta en la cama una mañana cualquiera. Su vida se regía por unas rutinas y costumbres tan severas e inflexibles que la más mínima licencia suponía una pequeña flagelación. Qué demonios. Se sentía bien después de lo que había compartido con Oliver. Se llevó las yemas de los dedos a los labios que en ese momento esbozaban una sonrisa, y continuó bajando por la garganta hasta sus pechos. Se sorprendió a sí misma ante tal indecencia, al menos eso le habían contado sus institutrices. Tocarse de esa manera impúdica era un pecado, una inmoralidad imperdonable. Pero probablemente lo que había hecho con su marido hacía unas horas también. Sin dejar de sonreír tiró del llamador para hacer venir a su doncella. Se permitiría darse un largo baño, uno de esos que su abuela censuraba por ser un derroche, utilizaría el jabón perfumado más caro que tenía y se vestiría de algún color alegre. Estaba viva, era joven y estaba cansada de marchitarse y asfixiarse en aquella casa lúgubre y llena de silencios.

Cuando casi una hora después bajó al comedor del desayuno se cruzó con el mayordomo que la miró torciendo el gesto. El sonido del tintineo de la vajilla y las ruedas de un carrito llamaron su atención.

—Señora Thorne, lo siento. —El apellido aún se atascaba en su garganta, era más que obvio, pero Clarice no se lo tomaba a mal. La conocía desde que nació y ahora le costaba verla como una mujer casada, o eso suponía ella—. Ya estamos recogiendo la mesa del desayuno, hace dos horas que se sirvió.

—La mejor hora para comer es cuando se tiene hambre, Charles. Y yo estoy famélica. Dígale al lacayo que vuelva a dejar las bandejas, me servirá yo misma.

El hombre se sonrojó al verse amonestando a la que se había convertido, mientras su abuela estaba enferma al menos, en la señora de la casa. La miró ceñudo preguntándose a qué se debía ese cambio en su actitud normalmente discreta.

—Señora —la detuvo antes de que se adentrara en el comedor—. El jardinero la estaba buscando, quizás después de su desayuno tardío podría pasar por ahí.

Después de recrearse con el desayuno, en el que se permitió probar las tres clases de mermeladas que había en los cuencos, se dirigió hacia el jardín trasero donde estaba ubicado el pequeño y baldío invernadero de los Hamilton. A pesar de que su situación familiar no daba

lugar al optimismo y que el camino que Oliver y ella tenían por delante era incierto como poco, se sentía más fuerte de lo que se había sentido nunca. Puede que solo fuese un espejismo y que la Clarice de siempre volviera a tomar las riendas en cualquier momento, pero estaba empezando a pensar que liberarse de esos pequeños yugos diarios que la mantenían en un estado de alerta constante no era tan difícil después de todo, y sí muy satisfactorio. ¿Ser feliz sería tan fácil? Dudaba mucho que bastase con comer un poco más de dulce, remolonear en la cama y darse un largo baño despilfarrando el jabón y el perfume pero esos tibios actos de rebeldía sentaban muy bien.

Llegó al invernadero y cuando se adentró en él tuvo que contener el impulso de volver a salir para comprobar que estaba en el sitio correcto y no se había colado por arte de magia en el jardín de algún vecino. La profusión de color y aromas la mareó un poco al principio y giró en redondo sin saber a dónde mirar primero. Todo el pasillo central había sido limpiado tan concienzudamente que incluido parecía más amplio y los cristales rotos se habían sustituido. A donde quiera que mirase había flores de todos los colores: rosas, peonías, lirios, violetas, jacintos... incluso había algunos árboles frutales en grandes macetones en las esquinas. Cuando al fin divisó la figura del jardinero esperándola con los brazos en jarras en el centro del recinto apenas podía contener la emoción y sintió que se le humedecían los ojos.

—Venga, señora. —Albert hizo un gesto con la mano instándola a seguirle hasta la parte más alejada del invernadero—. Mire esto. ¿Ha visto alguna vez algo más hermoso?

En la zona más resguardada y cálida del invernadero distintas variedades de orquídeas rivalizaban en belleza.

—¿Cómo...? ¿Quién ha dado permiso para hacer todo esto? —preguntó con incredulidad.

—Su esposo. Ese hombre sabe lo que quiere —contestó el hombre—. Lleva días buscando las mejores plantas, sin pena ni miseria, sí, señor. Así es como se hacen funcionar las cosas.

—Pero ahora tendrá que trabajar mucho más. —Clarice giró sobre sí misma intentando asimilar toda esa explosión de color a la que sus retinas no estaban acostumbradas sin poder borrar la sonrisa de su cara.

—No crea, ha tenido la previsión de contratar a un muchacho para que me ayude. Es un tipo generoso su marido, señora. —El jardinero asintió con decisión, convencido de lo que decía—. Y parece apreciarla mucho, si me permite decirlo. Ha hecho un gran esfuerzo para ver esa sonrisa en su cara.

El hombre le guiñó un ojo con complicidad y volvió a sus tareas, mientras ella deambulaba de un lado a otro oliendo cada flor, acariciándolas, intentando memorizar toda esa vida que la rodeaba.

Esperó ansiosa a que Oliver volviera para comer con ella, después que llegase para la hora del té, y ya estaba empezando a sospechar que tampoco vendría para cenar. La euforia de las primeras horas se había ido diluyendo poco a poco y eso le molestaba. Había esperado verlo aparecer para echarse en sus brazos y agradecerle el gesto y el esfuerzo que había hecho transformando el invernadero con un beso apasionado. En cambio, cuando apareció, su semblante era tan serio que solo se atrevió a esbozar una tibia sonrisa. Parecía agotado y no se veía demasiado receptivo.

—Es tarde. Creí que tampoco vendrías a cenar.

Él entrecerró los ojos, molesto, estaba acostumbrado a ser él quien dictara las normas, sus

propios horarios y básicamente hacer lo que le venía en gana sin tener que dar explicaciones, aunque sabía que su mal humor no se debía a eso. Para variar, la sensación de que alguien se preocupase por él no estaba tan mal, después de todo.

—Disculpa por no avisar, estaba ocupado.

—¿En el barco? —continuó indagando insegura, sin saber si estaba cruzando la delgada línea entre el interés y la intimidad.

—¿Te parece que hablemos durante la cena? —la interrumpió más cortante de lo que pretendía.

Caminaron en silencio hacia el comedor y pocos minutos después el servicio comenzó a servirles la cena. Tras colocarles el primer plato, Oliver hizo un gesto a los lacayos para que los dejaran a solas.

—He estado buscando un hilo del que tirar, Clarice, pero es algo... imposible. El jardinero me dijo que lleva trabajando aquí más de tres décadas. Por lo visto tu abuela renovó a casi todo el personal para contratar nuevos empleados, él entre ellos. Me ha hablado del antiguo jardinero, el hombre a quien sustituyó. Llevo varios días buscándolo y hoy lo encontré, o más bien su tumba.

Clarice, que lo había mirado expectante, se desinfló al escuchar su respuesta. Permaneció unos minutos removiendo el contenido de su plato, con aire pensativo.

—¿Sabes exactamente cuándo ocurrió todo? Las cartas de Agnes no tenían fecha.

—Sí. Mi hermano o hermana habría nacido en 1830.

—Mi abuela es muy meticulosa y bastante escrupulosa para los asuntos de la casa. Apunta absolutamente todo. Los salarios, los gastos, los arreglos, las funciones de los empleados...

—Pero hace treinta y cinco años. Esos papeles... —Oliver guardó silencio sin atreverse a preguntar. Nunca se había sentido tan perdido, sin ningún camino claro que seguir. Él siempre tenía un as en la manga, un plan alternativo, y ahora estaba en terreno hostil y sin ninguna pista clara que seguir.

—No perdemos nada por buscar. Sé que todos esos legajos están almacenados en la buhardilla, será tedioso pero por algún sitio hay que empezar.

Él se limitó a asentir mientras jugueteaba con el cuchillo haciendo dibujos invisibles sobre el mantel de lino, en un gesto que parecía haber hecho mil veces antes. Tenía la vista perdida en algún lugar al que Clarice no estaba invitada, y se veía agotado. La expresión relajada e incluso algo traviesa que mostraba cuando la miraba sin disimular su deseo, o la retaba a saltarse sus límites se había esfumado. Ante ella había un hombre de apariencia peligrosa, alguien con quien era mejor no jugar. Era obvio que no le conocía apenas, no sabía cómo reaccionaba cuando se enfadaba, cuando estaba triste o emotivo. No sabía qué podría esperar de él, y sin embargo... Sin embargo sus corazones parecían tener la capacidad de comunicarse sin palabras, de latir al mismo ritmo, como si estuviesen destinados a hacerlo desde el principio de los tiempos. Y aquello era muy desconcertante.

—Quizás podríamos preguntarle a tu abuela. —La cuchara de Clarice cayó de sus dedos chocando estrepitosamente contra la porcelana de su plato, mientras clavaba en Oliver sus ojos espantados—. Aunque no hable tú la conoces bien, quizás su reacción pueda decirte algo.

—O quizá muera —contestó elevando la voz con incredulidad—. No puedo creer que me estés sugiriendo algo así, Oliver.

—Discúlpame, no quería ofenderte. Pero entiende que lo poco que sé de tu abuela no me invite a sentir demasiada piedad por ella.

—Pues eso dice mucho más de ti que de mi abuela.

Clarice se levantó sin ceremonias y se dirigió hacia la puerta, dando por terminada la cena. Aquella repentina frialdad en ese hombre tan vital la había desconcertado y le daba la razón, en realidad no lo conocía en absoluto, y aunque estuvieran unidos en la búsqueda de la verdad sobre su familia existían barreras entre ellos que nunca caerían.

—Gracias por las flores, ha sido todo un detalle —dijo cortante deteniéndose en la puerta sin girarse a mirarlo.

Oliver observó su silueta recortada en el umbral, tan regia, tan perfecta, tan estudiada, tan correcta que ni siquiera podía permitirse el lujo de dejarle plantado sin darle las gracias, a pesar de que su mirada dejaba clara su indignación. Él no contestó, se limitó a asentir aunque ella no pudo verlo, ya se había marchado dejándolo solo en aquel enorme y frío comedor.

Se pasó las manos por el pelo y resopló. Se sentía atrapado, como si su cuerpo fuese demasiado pequeño para albergar todo su ser. Atrapado en aquella casa, atrapado en el embrujo que Clarice ejercía sobre él sin proponérselo siquiera. Odiaba ese fantoche en el que se había convertido. Él era un hombre directo y claro, y cuando quería saber algo preguntaba sin más. Y bien sabía Dios que por las buenas o por las malas siempre obtenía las respuestas que buscaba. No soportaba las sutilezas, las medias verdades ni esas frases con doble sentido de las que tanto parecía disfrutar la nobleza en sus conversaciones superficiales. Si quería algo iba a por ello, de frente, sin cortapisas, así de sencillo. Pero esta vez tenía que contenerse, este no era su mundo y sus estrategias no parecían valer de nada en un mundo lleno de secretos y oscuridad. Suspiró mientras se servía otra copa de vino. Cada vez tenía más ganas de embarcarse y alejarse de allí, volver a su mundo donde los peligros eran mucho más terrenales y tangibles. Aunque eso supusiese alejarse de Clarice. O precisamente por ello.

*L*a mente de Clarice bullía llena de emociones y pensamientos que se sentía incapaz de digerir. Los sentimientos encontrados que toda aquella descabellada situación le producían la mantenían en un constante estado de alerta y no la dejaban comer ni dormir. Si fuera más honesta consigo misma reconocería que en realidad no había podido conciliar el sueño esperando a que Oliver fuera a la habitación que compartían. Durante horas había esperado escuchar sus pasos fuertes y seguros acercarse por el pasillo, pero solo escuchó otros pasos más livianos, parecidos al sonido de una tela arrastrándose con suavidad, y algún leve quejido al otro lado de la puerta, que le habían congelado la sangre. Esa mañana se había levantado con el estómago revuelto y había decidido comenzar a dar los pasos necesarios para encontrar alguna luz entre tanta sombra. Una parte de ella se negaba a aceptar que su abuela, la única figura materna que conocía, fuese capaz de ejecutar actos tan crueles. Al fin y al cabo lo único que tenía para demostrarlo era la palabra de un desconocido que había reconocido no sentir ningún tipo de piedad por la anciana. Necesitaba respuestas, necesitaba la verdad o ese nudo que se aferraba a su pecho no se aflojaría nunca.

Tras tomar una taza de té, puesto que no se sentía capaz de ingerir nada más, se dirigió a la buhardilla donde se guardaban entre otras cosas los libros de cuentas y los documentos que no eran necesarios. Su abuela no solía tirar nada aunque probablemente hacía años que había olvidado la mayoría de las cosas que se atesoraban allí y cuya única finalidad era almacenar polvo. Al principio comenzó a abrir las cajas con sumo cuidado pero al cabo de un rato se olvidó del férreo orden que siempre se imponía y empezó a apilar los libros de cuentas en montones desordenados que amenazaban con volcarse en cualquier momento. Parecía increíble que su abuela guardase toda aquella información, y más todavía que lo hubiera hecho de manera tan eficiente y ordenada. Cuando al fin llegó al año que estaba buscando sus tripas rugían de hambre pero decidió ignorarlas dando un pequeño grito de satisfacción. Sacó los tres gruesos libros del año en el que la vida de Agnes se había vuelto del revés. En cuanto comenzó a revisar las hojas amarilleadas y costrosas por la humedad de aquella habitación tanto tiempo cerrada sus ojos inevitablemente se fueron hacia uno de los nombres: P. Thorne. Según el registro había permanecido trabajando hasta marzo de ese año y después había sido despedido, probablemente en el momento en que fue descubierto su idilio con Agnes. Después los apellidos se repetían un mes tras otro hasta agosto de ese mismo año, fecha en la que toda la plantilla desapareció con una sustanciosa compensación. Solo dos nombres permanecían invariables, el de Charles el mayordomo y el de Mary Jameson, una de las doncellas, que por cierto y haciendo unas breves cuentas mentales parecía ganar un sueldo desorbitado para las funciones que realizaba. En los meses siguientes se renovó prácticamente todo el personal de servicio tal y como el jardinero había dicho.

No se había dado cuenta de que tenía las piernas entumecidas por llevar tanto tiempo en la

misma postura hasta que se levantó para marcharse con el libro apretado contra su pecho como un tesoro. Puede que esos datos, aunque pocos, fuesen suficientes para comenzar a buscar por alguna parte. Al intentar pasar entre dos de las torres de libros y baúles que ocupaban la estrecha habitación sus piernas entorpecidas tropezaron con una de ellas haciendo que cayera de bruces. Soltó el libro y en un acto reflejo se agarró de una de las viejas estanterías haciendo que se tambalease. Un objeto se precipitó sobre ella y se tapó la cabeza con las manos para protegerse. Respiró aliviada al comprobar que lo único que había sufrido era una nueva lluvia de polvo sobre su cabeza y palpó con tiento el objeto, que estaba envuelto en una especie de funda de piel. Se trataba de una caja de madera lacada y no supo por qué sintió una fuerte aprensión al deslizar la palma de la mano por ella. La abrió con sigilo y descubrió que contenía un tablero con letras muy elaboradas, números y filigranas en los bordes. Pero en la caja había algo más. Un triángulo y dos figuritas de marfil, un hombre y una mujer, envueltas en una tela de paño negro y atadas fuertemente con un cordel. Una imagen de su niñez acudió veloz a su mente, confusa y distorsionada por el tiempo, pero tan real como que estaba respirando, o al menos lo intentaba.

Ella había sido relegada a una salita pequeña de una casa que no conocía, y a pesar de que le habían puesto delante un plato de dulces más que apetecibles, no le gustaba aquel lugar. Su abuela le había ordenado que esperase allí sin moverse, y ella sabía bien que más valía obedecerla. Pero estaba tardando mucho y tenía ganas de ir al baño. Se levantó con sigilo y se dirigió a la habitación donde su abuela se había encerrado hacía más rato del razonable con aquella mujer un poco extraña. Por suerte la puerta no estaba cerrada del todo y las voces de las damas llegaban amortiguadas hasta ella. Pensó en quedarse allí, al menos así no se sentiría tan sola, pero la curiosidad pudo más que ella, y tan silenciosa como un gato comenzó a adentrarse en la habitación sin ser muy consciente de lo que hacía. Las dos mujeres permanecían sentadas una frente a otra mirando al centro de la mesa con las puntas de los dedos apoyadas en un objeto triangular. La dueña de la casa farfullaba algo ininteligible con voz ronca mientras la señora Hamilton permanecía inmóvil con expresión de horror. Como llevada por una fuerza invisible los pies de la pequeña Clarice avanzaron muy despacio hasta que estuvo tan cerca de la mesa que pudo ver aquel tablero con dibujos extraños y letras, y el triángulo que se desplazaba por él llevado por una fuerza invisible. Se quedó hipnotizada por el movimiento hasta que su abuela se percató de su presencia y dio un grito rompiendo todo aquel embrujo. Se levantó con tanto ímpetu que las dos pequeñas figuritas de marfil que presidían la mesa se volcaron sobre el tablero, mientras ella le propinaba a su nieta una bofetada tan fuerte que la lanzó al suelo.

—¿Estás bien? —El recuerdo había dejado a Clarice tan aturdida que no había escuchado los pasos a la carrera de Oliver, que se había acercado hasta allí alertado por el ruido de su caída.

—Sí, me he tropezado, eso es todo —contestó con rapidez recuperando el libro de cuentas del suelo para tendérselo con rapidez—. He encontrado esto.

Oliver aceptó el libro y ella aprovechó el momento para esconder las figuritas de marfil y el tablero detrás de uno de los baúles con un rápido movimiento. No le apetecía desvelar una parte tan íntima de su vida, exponer más aún a su familia, en parte le daba vergüenza y en parte no le apetecía ser juzgada por él. Aquel recuerdo había permanecido sepultado en su memoria durante muchos años y ahora el azar lo ponía delante de sus ojos de nuevo. No sabía si aquello tenía algo que ver con los sucesos extraños que ocurrían en su casa pero de repente la cara de aquella mujer de pelo blanco empezó a acudir a su cabeza. Sentada en el salón con su abuela, cuchicheando con su tío Maurice, clavando en ella sus ojos de color negro haciéndola sentir muy pequeña.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó Oliver al ver su palidez. Estaba despeinada y

tenía la cara manchada de polvo, y solo podía pensar en acunarla y hacer desaparecer la preocupación que parecía haberse instalado de manera permanente en sus ojos.

—Ajá, creo que solo necesito algo de comer y darme un buen baño. —Sonrió sin ganas, sacudiéndose la falda del vestido—. Vamos, creo que podemos haber encontrado el hilo del que tirar.

Señaló la puerta para que él saliese primero y aprovechó que no la miraba para girarse con rapidez y guardar los dos muñequitos de marfil en el bolsillo de su falda, por mucho repelús que le diera.

La luz de la chimenea a su espalda hacía que el cuerpo de Clarice proyectara sombras sobre la cama de su abuela. Llevaba allí sentada al menos una hora mirando de soslayo a la mujer pero sin atreverse a dirigirle la palabra. Su compañera de vida ahora le resultaba una extraña llena de secretos que no estaba segura de querer desentrañar. Suspiró y enderezando la espalda se atrevió al fin a clavar los ojos en los de la anciana, acuosos y entrecerrados por el sopor. Cada día parecía un poco más despierta, era capaz de centrar la mirada y comía con más apetito, aunque seguía sin poder hablar. Clarice se metió la mano en el bolsillo y sacó las dos figuritas de marfil y las colocó con delicadeza sobre las sábanas blancas, cerca de los dedos flácidos de su abuela. La mujer las miró y todo su cuerpo pareció sacudirse por dentro. Sus labios comenzaron a temblar, su garganta emitió un gemido ronco, otro más, hasta que al fin un nombre escapó de sus labios resecos: Lilith Bou.

*L*ilith Bou y Mary Jameson. Dos mujeres que probablemente no tuvieran nada que ver entre sí y que sin embargo podían tener las claves para resolver aquel enigma.

Clarice había pasado su segunda noche en vela esperando a que Oliver acudiese a su habitación, que cada vez se le antojaba más grande y solitaria. Pero no lo hizo. Desconocía en qué parte de la casa había decidido descansar, pero deseó con un punto de malicia que fuese la más incómoda y fría, y que su tía Agnes o quien quiera que rondase entre las sombras no le hubiese dejado dormir. Miró el papel que tenía delante desde hacía un buen rato y en el que apenas había escrito un par de frases. Era una carta para su amiga Isabelle, necesitaba conocer su punto de vista sobre aquel asunto, Vivian era demasiado impulsiva y seguro que la instaba a embarcarse en alguna locura, aunque cada vez estaba más segura de que ese sería el único camino a seguir si quería llegar a alguna conclusión. Acarició el papel como si así las frases pudiesen acudir a su mente por sí solas pero lo único que habitaba su cabeza en esos momentos era todo un carrusel de imágenes inconexas.

Una fachada de ladrillo rojo con una puerta de madera de color verde, que en principio debería resultar acogedora pero que le parecía inquietante por una razón que se le escapaba; los dedos huesudos de su abuela apoyados en aquel tablero espeluznante que por intuición sabía que se usaba para contactar con el más allá; docenas de espejos reflejando su imagen distorsionada...

Afortunadamente unos pasos enérgicos rompieron aquel bucle en el que se había perdido y no se molestó en levantar la cabeza de lo que estaba haciendo para saber que era su esposo. Nadie más desprendía tanta fuerza y tanta vitalidad en aquella casa, puede que en todo Londres. Ese hombre era vida, y en silencio había empezado a anhelar contagiarse de ella.

Oliver se acercó a la silla en la que Clarice permanecía inclinada sobre unos papeles. Se detuvo unos instantes a observarla, indeciso, sin saber muy bien cómo actuar. Era evidente que la situación entre ellos era mucho más distante que los primeros días de convivencia, él se había encargado de que fuese así, pero cada vez le costaba más resistirse al deseo de tocarla. Se encontraba en una encrucijada y no estaba seguro si merecía la pena prohibirse a sí mismo lo que tanto necesitaba. Se inclinó sobre ella y apoyó las manos en los reposabrazos de su silla, encerrándola entre sus brazos, mientras se acercaba a oler su pelo. Permitirse ese pequeño capricho no sería tan grave, ¿verdad? Ya habría tiempo de arrepentirse después.

—Creo que he encontrado algo —dijo junto a su oído con voz cómplice. Habría jurado que ella se estremeció al sentirlo tan cerca—. Tu cochero es muy locuaz.

Ella sonrió mientras Oliver deslizaba la nariz por su cuello erizándole la piel.

—Cuéntame —susurró, aunque se sentía incapaz de prestar atención a algo que no fuese la sensación de su piel contra la suya. Lo deseaba tanto que tuvo que cerrar las manos para contener el deseo de tocarlo.

Oliver se separó un poco con desgana, podría permanecer allí, embebiéndose de su perfume y

del calor que desprendía el resto de su vida, pero el asunto a tratar era serio. Clarice se levantó de la silla y se giró hacia él, descubriendo que seguía demasiado cerca para mantener una conversación de manera cómoda, o al menos para hacerlo sin tener los ojos clavados en el movimiento hipnótico de sus labios. Pero aun así no sintió ni el más mínimo deseo de que se separara.

—Tu cochero me ha contado unas cuantas cosas muy interesantes. No ha sido fácil, al principio estaba bastante reacio a hablar.

—Puedo imaginar los métodos que has usado para convencerlo.

Él esbozó una sonrisa lobuna antes de continuar.

—Por lo visto, además de un poco borracho, es un chismoso y está al tanto de todo lo que ha pasado en esta casa desde hace años. Era conocedor de que todo el servicio fue renovado de la noche a la mañana. Y todavía no puedo creer que hayamos tenido tanta suerte. Resulta que, además de Charles, que es tan hermético como una caja fuerte, hay otro empleado que tiene relación con el antiguo servicio de la casa. El jardinero.

—¿Albert?

—El mismo.

—Pero su apellido no coincide con ninguno de la lista de mi abuela.

—Es hermano de la joven Mary Jameson, cuyo apellido de soltera era Allen. Por lo visto tu abuela estaba lo bastante en deuda con ella para hacer una excepción y darle trabajo a su hermano.

—Entonces debemos intentar averiguar dónde está. Ella puede darnos muchas respuestas.

—Sí, déjame a mí.

—Tengo una mala noticia, Albert no bebe. Tendrás que usar otra estrategia para sonsacarle la información.

—Gracias a Dios, he tenido que renunciar a dos botellas de mi mejor ron para conseguir esto.

—Y eso es un gasto inasumible para un hombre como tú, supongo —lo provocó con ironía.

—Es un gasto que exige una compensación —replicó acercándose más a ella dejándose envolver por ese juego peligroso que tanto les apetecía a ambos.

Clarice necesitaba huir de ese aire sofocante que los había envuelto de repente, pero una cosa era necesitarlo y otra muy distinta estar dispuesta a hacerlo. Se apoyó en la mesa que había a su espalda y el cuerpo de Oliver la siguió como si estuviesen unidos por un hilo invisible. Acercó su rostro al suyo hasta que sus narices se rozaron y sus alientos se fundieron compartiendo el mismo aire.

—Pide lo que quieras entonces, Oliver. Pero recuerda... —susurró volviendo a rozar su nariz con la suya—. No deberías besarme.

—Y tú deberías recordar que no siempre hago lo que debería.

Y una vez más hizo lo que no debía, sucumbió a lo que su cuerpo le pedía y su razón se empeñaba en rechazar. Había al menos una docena de razones para no hacerlo, para separarse de ella. Pero ninguna era lo bastante fuerte para hacerlo desistir de su empeño en probar sus labios. La besó intentando saciar una sed que sabía que no se acabaría nunca, hundiendo las manos en su pelo para acercarla más, para bebérsela entera, para grabar a fuego su boca en la suya. No importaba nada más que darle otro beso, compartir otro minuto con ella. El resto podía irse al infierno. Con un rápido movimiento la subió sobre el escritorio sin importarle que las hojas se arrugaran y el tintero se volcara sobre la superficie, como una marea negra que amenazaba con empañarlo todo. Qué importaba eso si podía besarla. Deslizó su boca por el suave cuello de

Clarice mordisqueándolo con suavidad hasta llegar a la pequeña porción de escote que su discreto vestido dejaba al aire. La piel de sus pechos era tan suave que casi no resistió la tentación de tirar de la tela hasta romperla para poder contemplarlos y saborearlos con calma, deleitándose con la respiración agitada de esa mujer que lo derribaba sin pestañear. Pero no había tiempo para luchar con botones y corsés, tenía demasiada prisa por saborear cualquier trozo de piel que pudiese alcanzar. Levantó sus faldas sonriendo al escuchar el jadeo sorprendido de Clarice, mucho más prudente que él. Estaba deseando hundirse en ella, hacerla gritar de placer, marcarla para siempre como suya. Separó sus piernas y depositó un suave beso sobre su rodilla, que fue seguido por un roce de su lengua. Levantó la vista para ver la expresión de Clarice; estaba sonrojada, y sus labios entreabiertos luchaban por respirar con normalidad. Los corazones de ambos latían con el mismo ímpetu, amenazando con salirse de su eje, pero no pensaba detenerse ahí. Se inclinó de nuevo sobre ella y volvió a besar la cara interna de sus muslos, rozándola con los dientes y la lengua, cada vez más arriba, cada vez más cerca de su intimidad. Clarice jadeó sin poder contenerse más y ese sonido tan sencillo y tan puro se clavó directamente en su pecho, instándole a continuar. Un chillido ahogado, mucho menos pasional, y el estrépito de la porcelana estrellándose contra el suelo los sacó de golpe de la nube de lujuria que los había envuelto. Oliver se incorporó tapando con su cuerpo a Clarice y se giró lo suficiente para ver la cara de horror de una de las doncellas en el umbral de la puerta, que había dejado caer una bandeja con un servicio de té. El deseo le había hecho olvidarse de que no estaban solos en aquella casa, que había aceptado el ofrecimiento del mayordomo de tomar un refrigerio de camino hacia allí y que ni siquiera se habían molestado en cerrar la puerta. El mayordomo y dos sirvientas más asomaron sus cabezas por la puerta alertadas por el ruido y Oliver no quiso mirar a Clarice, que se había bajado de la mesa y acomodado la ropa con la mayor celeridad que pudo.

—No amoneste a la muchacha, Charles —intervino Oliver al ver la mirada de censura que el mayordomo dirigió a la joven, que con toda seguridad estaba más avergonzada que ellos mismos—. Ha sido culpa mía, me dirigía hacia la puerta y la he asustado.

—Recoge esto. —Fue la seca orden del hombre que la muchacha siguió a rajatabla, ansiosa por salir de allí cuanto antes.

—Santo Dios —masculó Clarice al ver el desastre que se había desencadenado sobre el escritorio, donde la mancha oscura se extendía sobre los papeles con rapidez, y que además había salpicado la falda de su vestido. Por suerte no era uno de sus favoritos.

Avergonzada miró a Oliver y estuvo a punto de golpearlo al ver que apenas podía contener la risa. Ese era sin duda el momento más mortificante de su vida, y ese hombre se lo tomaba a broma. Intentó fruncir el ceño pero al final no pudo evitar que una sonrisa aflorara a sus labios.

Oliver se mordió el labio ante el gesto. Era una lástima que los hubieran interrumpido pero había valido la pena por ver esa sonrisa pícara y avergonzada a la vez en su rostro perfecto, la sonrisa de Clarice era suficiente para iluminar aquella casa oscura y romper la escarcha que lo cubría todo.

De nuevo, otra noche más, Clarice se encontraba sola en su dormitorio, echando de menos a su marido aunque sabía que no tenía ningún derecho a hacerlo. Al menos esta vez Oliver había cenado con ella y la había informado de que iba a salir e intentaría seguir a Albert para averiguar algo sobre su vida. Quería estar preparado antes de intentar interrogarle sobre su familia.

Abrió el cajón de su mesilla de noche y sacó las dos figuras de marfil envueltas en paño,

colocándolas frente a ella sobre la cama. Desearía estrujar su mente para poder recordar todo lo referente Lilith Bou. El rostro de esa mujer, inexpresivo e inquietante, la torturaba y se representaba ante ella cada vez con más claridad. Esas vivencias de su niñez todavía no tenían un orden concreto pero estaba segura de que había visto a esa mujer y a su abuela usar el tablero para comunicarse con los muertos, era una certeza. Acarició la figura femenina preguntándose a quién representaría, puede que fuese Agnes. De repente pensar en ella hizo que la invadiera una pena tan intensa que sintió un dolor profundo en el pecho y dejó escapar un sollozo. Se abrazó a sí misma intentando contener el frío repentino que se había instalado en la habitación a pesar del abundante fuego de la chimenea. Estaba a punto de meterse en la cama cuando un susurro al otro lado de la puerta la hizo estremecerse. Una voz femenina había pronunciado su nombre, una voz desconocida que sonaba muy lejana. Se levantó despacio y se acercó hasta la puerta con una sensación extraña en la piel, una especie de escalofrío que resultaba casi doloroso. Sabía que no debía, pero apoyó la mano en la puerta y se inclinó para pegar el oído a la madera por si el sonido se repetía, convenciéndose a sí misma de que solo había sido el viento o su imaginación sugestionada. Estaba a punto de tocarla cuando un fuerte golpe al otro lado la hizo dar un grito y alejarse de un salto. Los golpes se repitieron cada vez con más fuerza, con desesperación, mientras la misma voz metálica y lejana repetía su nombre entre sollozos. Varias mariposas negras se deslizaron bajo la rendija de la puerta y ella ni siquiera se pudo plantear que aquello era inverosímil, todo lo que estaba sucediendo lo era. Los insectos giraron alrededor de ella formando una espiral oscura perdiéndose poco después en las sombras que las velas proyectaban en el techo como si nunca hubiesen estado allí. Durante unos segundos Clarice se quedó paralizada por el pánico con la vista clavada en la puerta, que temblaba como si fuese a salirse de sus goznes en cualquier momento, y que la separaba de ese algo desconocido que quería llegar hasta ella. Miró la manilla que había empezado a moverse muy despacio y sintió el frío recorrer sus venas congelándole la sangre. Al fin reaccionó y se acercó de un salto para girar la llave que había en la cerradura impidiendo que lo que fuese que la estaba acosando pudiese llegar hasta ella. Inmediatamente todo se detuvo, los golpes, los susurros, la corriente fría que se había adueñado de la estancia, hasta el aire que salía a borbotones de su boca parecía haberse esfumado. Se mantuvo muy quieta en el centro de la habitación con todos los sentidos alerta, con la piel erizada y con el convencimiento de que si eso no hubiese terminado habría muerto de miedo. Cogió las figuras que aún permanecían sobre la impoluta colcha blanca de su cama, las envolvió en el paño y las guardó en el fondo del armario más alejado de la habitación, resistiendo el deseo de tirarlas al fuego o abrir la ventana y lanzarlas bien lejos. Se sentó en la cama y se abrazó a sí misma, repitiendo como un mantra solo tres palabras: «Vuelve pronto, Oliver.».

*P*ara cuando Oliver volvió, las velas que iluminaban la estancia de Clarice, al igual que el fuego, estaban a punto de extinguirse. Clarice se levantó de la cama donde había permanecido sentada durante horas abrazándose a sí misma con los ojos muy abiertos por el espanto para abrirle pero ni siquiera su presencia consiguió que dejase de temblar. Él se acercó hasta ella al ver su estado, y la abrazó con fuerza, arrasado por un miedo muy diferente al de Clarice pero igual de intenso, el miedo a que le hubiera ocurrido algo en su ausencia. Los músculos de ella estaban rígidos por el pánico que le había provocado la situación vivida y por las largas horas pasadas en la misma posición, pero en cuanto sintió que Oliver la sentaba sobre su regazo y la abrazaba como si fuese una niña toda la tensión pareció disolverse en las lágrimas que había estado conteniendo. Oliver ni siquiera dudó de lo que le contó, él mismo había sentido un escalofrío en la columna en cuanto había entrado en la mansión y había caminado a mucha más velocidad de lo normal hasta llegar a su habitación, con el convencimiento de que alguien lo seguía. Era difícil asimilar que luchaban contra un enemigo invisible, contra algo contra lo que no valían los puños ni la fuerza bruta y estaban completamente en desventaja. Ni siquiera sabían qué era lo que pretendían conseguir, más que la verdad de lo que pasó con su hermano. Se prometió no dejar a Clarice sola, pero sabía que no era cierto. Había seguido al jardinero discretamente y el tipo no parecía ser tan afable en su vida personal como lo era en su trabajo, aunque probablemente eso no tuviese nada que ver con todo este turbio asunto. Pero sí suponía un ligero impedimento para conseguir información. Movié la cabeza intentando alejar a ese hombre de sus pensamientos, ahora lo importante era conseguir que Clarice se sintiese segura y a salvo, y se dejaría la piel por conseguirlo.

Clarice no quería depender de Oliver para sentirse bien o para poder deambular con libertad por su propia casa pero lo cierto era que en cuanto él se marchaba los cimientos de esa casona gris parecían cernirse sobre ella de manera amenazante.

Él había vuelto a salir, estaba a punto de anochecer y sintió un escalofrío al pensar en la posibilidad de encerrarse en su habitación o que a sus oídos llegaran las notas arrancadas por unos dedos invisibles al piano. La idea que llevaba rondándole todo el día la cabeza se fue materializando hasta que decidió ponerla en práctica. Necesitaba saber más sobre Lilith Bou, quizás eso consiguiese traer de vuelta los recuerdos de su niñez, o lo que era aún mejor, que ella misma le diera las respuestas que necesitaba. No sabía dónde encontrarla a ella o a esa casita de ladrillo rojo con la puerta verde, pero estaba segura de que había una persona en la ciudad capaz de saberlo todo de todos: El Jefe.

Gozar de la libertad que suponía no tener sobre ella los ojos vigilantes de su tío Maurice y su abuela era una sensación nueva y bienvenida en medio de ese caos en el que se había convertido

su vida. Le resultó extraño encontrarse en el despacho del Jefe esperando a que él llegara, y se sintió culpable por no haber avisado a Vivian de que pensaba hacerle una visita a su marido. Había sido impulsiva por una vez en su vida, y la verdad era que no le apetecía que todo el mundo estuviese al tanto de un pasado tan bochornoso como el suyo. Rutherford podría tener muchos defectos pero al menos era discreto y estaba segura de que si le pedía silencio él accedería. Se detuvo en mitad de la impresionante habitación y se sintió minúscula ante aquella ostentosa diseñada justo para aquel fin, para hacer sentirse insignificante a todo aquel que se atreviera a llegar hasta allí. Estaba concentrada mirando el impresionante juego de escritura que presidía el escritorio cuando la puerta se abrió sobresaltándola.

Marcus se detuvo en el umbral observándola unos instantes a través de las aperturas de su máscara y ella sintió que le temblaban las rodillas. Aquel personaje que había creado cumplía su función a la perfección, y resultaba tan bello como intimidante. Se amonestó mentalmente por pensar de esa manera pero últimamente sus pensamientos se rebelaban contra lo que ella había sido siempre, una persona correcta y comedida.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó el Jefe sin detenerse a saludarla mientras se quitaba la máscara con preocupación.

—No, perdone por molestarle. Yo... bueno, en realidad necesito su ayuda.

—Síntese, Clarice —ofreció con tono tan seco que sonó como una orden.

—No es necesario, será poco tiempo —se resistió. De repente aquello le resultó una locura y se sintió incómoda y fuera de lugar. Acababa de traspasar una barrera y no sabía cuál era el siguiente paso lógico a seguir—. Necesito encontrar a alguien y pensé que podría ayudarme. Creo que no debería estar aquí, discúlpeme.

Clarice se giró azorada para marcharse pero Marcus se interpuso entre ella y la puerta y con un gesto de la mano le indicó de nuevo el asiento. Era consciente de que si Clarice Hamilton, o Clarice Thorne, o como diablos se llamase ahora había llamado a su puerta era por algo importante, y sospechaba que tendría que ver con su marido. Se sentía responsable de cualquier cosa que le ocurriese y no pensaba dejarla marchar sin saber qué la inquietaba.

Resignada, aceptó el asiento, que por cierto era más incómodo de lo que parecía en un primer momento. Recordó lo que Vivian le había contado sobre aquel lugar, que estaba diseñado para hacer notar la superioridad del Jefe y que su invitado se sintiese muy pequeñito e inseguro en comparación. Y vaya si funcionaba. Se retorció las manos mientras Marcus servía dos bebidas y tomaba asiento en su sillón, más parecido a un trono, frente a ella.

—Beba un poco, le ayudará a aplacar los nervios.

—No estoy nerviosa —mintió con poco convencimiento. Tomó el vaso entre sus manos y bebió despacio sintiendo que el líquido le quemaba la garganta. Envalentonada al ver que lo resistía apuró el resto de golpe y lo dejó sobre la mesa para que Marcus lo rellenara.

—¿Tiene que ver con su esposo?

—¿Qué? —respondió un poco desconcertada—. No, no. Por supuesto que no. Sé todo lo que necesito saber sobre él.

Marcus sonrió de manera enigmática y le resultó más atractivo que nunca. ¿De veras ese hombre le había parecido insulso alguna vez? Recordó entonces el único beso que le había dado, un casto roce que no le provocó ningún tipo de sentimiento en comparación con los besos arrolladores de Oliver y comprendió que la atracción entre un hombre y una mujer no se podía manipular. O se sentía o no se sentía. Sintió que se sonrojaba y rezó para que Rutherford pensase que era efecto de la bebida.

—Estoy buscando a una mujer. Se llama Lilith Bou.

Marcus frunció el ceño mientras paseaba los dedos por su vaso, intentando recordar de qué le sonaba ese nombre. Lo cierto era que le sonaba familiar y que solo escucharlo le había provocado una sensación desagradable.

—¿Por qué?

—Eso no es relevante para usted. Solo necesito saber dónde puedo encontrarla, yo me encargaré del resto.

—Por supuesto que usted se encargará del resto y por supuesto que es relevante. Si voy a movilizar a mis hombres para encontrar a alguien necesito saber a qué se van a enfrentar. ¿Quién es esa mujer y para qué la busca?

Clarice movió el vaso en pequeños círculos calibrando hasta dónde le podía contar y apuró su contenido. Necesitaba fuerza para afrontar todo aquello y erróneamente pensó que la encontraría en el fondo de ese vaso.

—Creo que es una médium.

Marcus asintió, ahora empezaba a recordar. Hacía algunos años, entre los círculos de la alta sociedad se estableció la moda de organizar sesiones de espiritismo, algunas con cierto fundamento y otros un simple espectáculo pueril lleno de trucos baratos y un poco de fanfarria. Incluso habían alquilado varias veces las salas privadas del Dark para ese tipo de actividades, hasta que a unos clientes el asunto se les fue de las manos, las mesas acabaron volando y las bebidas en el techo, y dudaba mucho que eso hubiese sido obra de algún fantasma.

—Lilith Bou. ¿Para qué necesita una médium? ¿Sustituir a *madame* Collete ha alimentado su curiosidad por el ocultismo?

—Oh, no. Por desgracia no es para algo tan lúdico. Es complicado de explicar.

—Inténtelo. Quizás si tengo más datos pueda resultar de más ayuda.

Clarice suspiró y repasó con la yema del dedo los dibujos de la tela de su falda mientras decidía hasta dónde contar. El alcohol estaba empezando a hacer efecto caldeando su estómago y se sintió un poco más serena.

—Es un asunto que concierne a mi familia. Tengo la sospecha de que en mi casa pasó algo un tanto... truculento y creo que esa mujer puede tener algunas respuestas. Permítame que no le dé más detalles por ahora, milord. Es un tema delicado.

—De acuerdo, averiguaré lo que pueda, mas no será fácil. En este tipo de temas la gente suele mostrarse bastante reservada, a pocos les apetece reconocer que están involucrados en algo así.

Clarice se levantó para marcharse tras darle las gracias, pero Marcus la detuvo antes de que llegara a la puerta.

—Le rogaría que no le comentara nada de esto a Vivian. Está un poco delicada de salud y lo que menos necesita es embarcarse en alguna locura, y ambos sabemos que si se entera nada ni nadie la parará.

—¿Qué le ocurre? ¿Está enferma? —preguntó con preocupación.

—Nada grave. Solo necesita un poco de descanso. Entiéndame, Clarice. Haría cualquier cosa por protegerla.

Ella asintió y se marchó sin añadir nada más.

Las luces de la planta inferior de la casa de los Hamilton estaban encendidas, pero ni siquiera eso hacía que la idea de entrar fuese más apetecible. En cuanto Clarice pisó el primer escalón la

puerta se abrió de golpe y la cara preocupada y enfadada de Oliver apareció en el umbral.

—¿Puede saberse de dónde vienes a estas horas? Casi me vuelvo loco de la preocupación al ver que no estabas.

Clarice pasó junto a él molesta por el recibimiento aunque sabía que tenía razones para estar preocupado. No había dejado una nota ni ningún recado para decirle que iba a salir porque simplemente no tenía intención de que él se enterase. Ahora se sentía acorralada y no le apetecía confesar de dónde venía. Su carácter por norma general sumiso y silencioso parecía inflamarse cuando él estaba delante en todos los sentidos.

—Estaba haciendo una visita —dijo sin volverse mientras se dirigía hacia las escaleras.

—¿A estas horas? ¿Crees que soy idiota?

—¿A qué viene esta escena de marido abnegado y celoso? ¿Debo recordarte que nuestro matrimonio no es real? —respondió a la defensiva.

—Pues cuando te toco me parece muy real. La preocupación que siento por ti es muy real, maldición.

Clarice se detuvo en seco y sintió que esas palabras en lugar de reconfortarla la golpeaban con fuerza. Aquello no debía suceder, no debían dar ese paso que destrozara su trato y forjara un vínculo que los uniese. ¿Qué pasaría cuando él se fuese, cómo soportaría vivir sin él? ¿Y si llegaba a enamorarse de ese hombre?

Oliver la sujetó del brazo para obligarla a mirarlo y el olor a alcohol de su aliento llegó hasta él como una bofetada, despertando una especie de clarividencia.

—¿De dónde vienes? ¿Has estado en ese club? Es un poco tarde para darles clases a esos niños, ¿no te parece?

—No voy a quedarme de brazos cruzados mientras tú das palos de ciego, Oliver. Tengo mis propios métodos para conseguir información y voy a usarlos o esto no acabará nunca.

—Parece que estás deseosa de perderme de vista. Somos un equipo, Clarice. Si uno cae el otro también. No debemos actuar a las espaldas o esto no funcionará.

—Esto no funcionará de ninguna de las maneras. Lo único importante es averiguar la verdad y volver a nuestras vidas.

Se soltó de su agarre y siguió subiendo las escaleras sin entender su propio comportamiento. Se sentía furiosa con Oliver por hacer que lo deseara de esa forma cuando él mismo había marcado los límites de su relación, por hacerla sentirse protegida y valorada para después dejarla sin más. Pero sobre todo estaba enfadada con ella misma. Él se marcharía a la otra parte del mundo y se olvidaría de que ese matrimonio había existido y ella se quedaría allí, en aquella casa helada, con el recuerdo de ese hombre tatuado en su piel, anhelado otro beso, otro minuto más.

Oliver estaba asqueado y la noche se le estaba haciendo eterna. Si tenía que pasar una noche más deambulando por aquellos tugurios insalubres vomitaría. Albert Allen no parecía demasiado selectivo para elegir las tabernas que visitaba ni las compañías que frecuentaba y mostraba un carácter bastante irascible, muy alejado de la faceta amable que solía lucir cuando cuidaba el jardín de los Hamilton. Recordó que Clarice le había dicho que ese hombre no bebía, aquello tampoco era cierto, y solo indicaba que pretendía tener una fachada impoluta ante sus jefes. A pesar de todo no parecía tener ningún comportamiento peligroso a juzgar por lo que Oliver había conseguido averiguar. Su personalidad era demasiado simple para ocultar un oscuro secreto, simplemente la suerte no parecía haberle acompañado a lo largo de su vida amargando su personalidad. Según sus pesquisas su mujer y su hijo menor habían fallecido y eso había cambiado su carácter. Estaba en un callejón sin salida y no quedaba más que abordarlo directamente para intentar sonsacarle de una manera u otra la información que necesitaba sobre Mary Jameson. Las voces ebrias de dos hombres discutiendo a su lado llamaron su atención y una jarra de cerveza cayó a sus pies manchando sus botas. Maldijo y se caló un poco más la gorra de paño que llevaba intentando pasar desapercibido, lo que menos necesitaba era que Albert lo descubriese.

Cuando levantó la vista hacia su objetivo se dio cuenta de que el jardinero había desaparecido. Sorteó a los hombres que discutían dándose torpes empujones y salió a la calle agradeciendo la bocanada de aire frío que despejó sus sentidos. La calle estaba embarrada y oscura y no había rastro de Albert por ninguna parte. Dejó caer los hombros con frustración, se sentía estúpido y torpe en un mundo que le resultaba ajeno y desconocido. Quizás debería aceptar el ofrecimiento de Clark de acompañarle en sus averiguaciones pero se había negado a involucrarle. En ese momento su sexto sentido le alertó de que algo no iba bien allí. Se giró justo en el momento en el que un hombre levantaba una porra para golpearle la cabeza lo que hizo que el golpe no le diera de lleno. Otros dos hombres más escuálidos que el primero intentaron sujetarle de los brazos consiguiendo llevarse un buen puñetazo cada uno. Oliver no le tenía miedo a una buena pelea, pero cuatro contra uno era más de lo que podía abarcar. Los golpes comenzaron a llover desde todas las direcciones, y una patada en la pierna lo hizo caer de rodillas con un gruñido. Intentó levantarse de nuevo pero un brazo se aferró a su cuello desde atrás inmovilizándolo y dificultándole la respiración. El tiempo en dique seco le estaba convirtiendo en uno más y parecía que estaba perdiendo reflejos, algo imperdonable para un hombre como él, acostumbrado a anticipar y esquivar los golpes. Que su cabeza estuviese llena de Clarice en todas sus facetas no ayudaba demasiado.

—¿Quién eres y qué cojones haces aquí? —preguntó un tipo con acento irlandés que parecía ser el que dirigía a los demás—. Por más que intentes ocultarte llamas la atención, señoritingo.

—Me gusta el ambiente. Buena cerveza, buena conversación...

Oliver hubiera continuado la broma de buena gana pero el puñetazo que le asestó lo dejó aturdido unos instantes. Escupió la sangre y se tanteó los dientes con la lengua para ver si alguno se movía y dio gracias a Dios de que todos estuviesen en su lugar o ese tipo iba a acabar la noche muy mal.

—Vuelve a hacer eso y te ahorcaré con tus propias tripas —masculló dedicándole una mirada tan intensa que el tipo no pudo evitar retroceder un paso. Algo un tanto absurdo teniendo en cuenta que había tres hombres sujetando a Oliver. Pero su mirada resultó tan peligrosa que su amenaza sonó más que creíble.

—No estás en posición de fanfarronear. —El irlandés le tiró del pelo con fuerza para obligarlo a mirarle a pesar de que Oliver podía percibir que le tenía miedo, como si fuera un tigre atado pero capaz de dar una dentellada mortífera al menor descuido.

—No nos gustan los extraños, señoritingo. Ni mucho menos los depravados que buscan hacer cosas raras. Aquí no vendemos ni a nuestras mujeres ni a nuestros niños le advirtió dándole un puntapié en el estómago que lo dejó momentáneamente sin aire—. Si eres uno de esos te advierto que te cortaremos la verga y te la daremos para cenar antes de matarte.

La cara de horror de Oliver debió de ser bastante elocuente ya que la expresión del hombre se volvió menos agresiva.

—¿Te parezco ese tipo de cerdo? Suéltame y te demostraré la clase de hombre que soy, bastardo.

El tipo que le sujetaba afianzó su agarre y la tensión pareció acrecentarse en aquella calleja oscura que apestaba a orines y a agua podrida. Desde luego no era el lugar donde tenía pensado morir. Su mente trabajaba a toda velocidad intentando elaborar un plan rápido para deshacerse de ellos cuando un disparo resonó en la calleja haciendo que sus oídos zumbaran. Todos se volvieron hacia el sonido y advirtieron una sombra que se acercaba pesadamente hacia ellos apuntándolos con una pistola todavía humeante.

—Soltadle. —dijo una voz ronca a sus espaldas que a Oliver le resultó familiar.

—Maldición, Allen. Nos has dado un susto de muerte —se quejó el que lo sujetaba por uno de los brazos.

—Lleva varios días merodeando por aquí y haciendo preguntas. ¿Lo conoces?

—Algo así, yo me encargo de él.

Los hombres lo soltaron con malos modos y lo empujaron hacia el suelo, pero con un gesto rápido se puso de pie dispuesto a plantarles cara y defender su honor. Albert apoyó la mano en su antebrazo haciéndole ver que no era una buena idea.

—Tengamos la fiesta en paz, hijo.

Oliver no estaba de acuerdo, sus nervios le impelían a emprenderla a golpes con el tipo que le había golpeado y cuando terminase con él se encargaría con gusto de retorcerles el pescuezo a los otros tres. Pero ahora lo importante era que Albert estaba allí y que las cartas estaban sobre la mesa, no quedaba otra opción que avanzar.

—Sígame.

Oliver se sacudió la ropa y se recolocó la chaqueta dudando si aquello sería una encerrona, pero en la expresión de aquel hombre no había peligro, solo un rastro de amargura que parecía adherido a él y que nunca antes había notado. Caminaron por un par de callejuelas estrechas hasta llegar a una casa pequeña con un farolillo en la puerta. Albert sacó la llave de su bolsillo y lo instó a pasar. La casa era austera pero se veía limpia y cuidada y le sorprendió encontrar varias plantas adornando la pequeña estancia dándole un poco más de vida.

—Disculpe a los chicos. Este barrio no es como otros de esta parte de la ciudad. Muchos somos parientes en mayor o menor grado, una gran familia, y nos protegemos entre nosotros. Nadie más lo hace. A veces pasan cosas, cosas malas, señor. Mujeres ultrajadas, niños y niñas que desaparecen... a nadie le importa. Por eso cuando un extraño aparece tomamos precauciones.

Oliver no pudo más que admirar aquella actitud en una ciudad en la que el individualismo y en ocasiones el egoísmo predominaba sobre cualquier sentimiento mínimamente noble. La ciudad era algo impersonal, nadie conocía a nadie, nadie se preocupaba por nadie, bastante duro era ya sobrevivir a un nuevo amanecer con el peso del propio pellejo.

Albert le invitó a sentarse y colocó una botella con dos vasos. Tras llenarlos en silencio y con una parsimonia que estaba enervando los nervios de Oliver hizo una señal de brindis y apuró su licor de un trago. Oliver lo imitó y tuvo que hacer un esfuerzo para soportar con dignidad el ardor del líquido en su garganta.

—Y ahora que ya he cumplido con las normas básicas de cortesía, lord Edevane, dígame qué es lo que busca y por qué me ha seguido hasta aquí. No creo que haya dado con este barrio por casualidad.

—Estoy buscando información.

—Yo no soy un hombre interesante. —Los dos hombres se miraron calibrándose y Oliver dudó cómo debía enfocar el asunto.

—¿Tiene usted familia, Albert?

El hombre se removió incómodo en la silla y rellenó su vaso. Su semblante se había endurecido y ya no había rastro de hospitalidad en su cara.

—Perdí a mi mujer y a mi hijo. Tengo una hija que ha enviudado hace poco y tres nietos. La muerte es un miembro más de la familia en estos tiempos que corren.

—Lo siento.

—Hable claro, muchacho. Necesito muchas cosas pero la compasión no es una de ellas.

—Está bien. Mary Jameson.

Albert jugueteó con el vaso y cuando se lo iba a llevar de nuevo a la boca lo dejó sobre la mesa con un golpe seco y lo alejó de él.

—¿Qué quiere de ella? —preguntó de manera tosca.

—Solo quiero saber dónde está, creo que ella puede tener las respuestas que necesito.

El hombre negó con la cabeza y volvió a jugar con el vaso.

—A veces las respuestas que buscamos no son lo que esperábamos y solo sirven para remover el dolor.

—Su hermana era la doncella de Agnes Hamilton. —Oliver se inclinó hacia delante de manera intimidante—. No quiero perjudicar a nadie, Albert. Pero necesito saber qué pasó. Usted lo sabe, ¿verdad?

El hombre guardó silencio durante unos segundos interminables con la vista clavada en las vetas de la gastada madera de la mesa, para al final asentir con un movimiento cansado.

—Pues hable, maldición. ¿Cree que alguno de ellos movería un dedo por usted, que le serían leales o se jugarían el pescuezo por usted?

—No, no lo harían. —Albert se limpió los ojos que se habían humedecido de repente por las lágrimas—. Los pobres llevamos la sumisión en la sangre. El hambre nos hace serviles ante hombres despreciables como Maurice Hamilton y mujeres como su madre.

—No tiene que ser sumiso siempre, Albert. Yo le ayudaré. No le estoy pidiendo que libre

ninguna guerra, solo que me de la información que necesito para librarla yo solo —lo engatusó con su voz más convincente, la que usaba cuando quería volver las cartas a su favor sin usar la fuerza. Su otra cara, su mirada asesina de tigre color ámbar, sus puños certeros y su falta de escrúpulos eran algo que sería mejor no convocar—. Por favor, pídamelo que quiera. Puede asegurar el futuro de su hija y sus nietos si me ayuda.

—Lo que pasó en esa casa... No deberíamos alentar a los demonios que están dormidos.

Oliver se pasó las manos por el pelo con frustración mas no dijo nada y prefirió darle unos segundos para que su conciencia le dictase qué hacer.

—¿Sabe cuántas veces rogué para que me dieran trabajo cuando mi mujer y mi hijo enfermaron? Necesitaba costear sus tratamientos, alimentarlos, poder pagar el carbón para que mi casa fuese habitable. Siempre me cerraron la puerta en las narices. Ellos y otros muchos. Hasta que Mary les hizo llegar un recado diciéndoles que ya no les tenía miedo. Entonces me buscaron para contratarme como jardinero con un sueldo modesto, aunque para ese entonces ya fue tarde para mi familia. Después de tantos años no sé si debo estarles agradecido o despreciarlos. No les debo nada. —El hombre se pasó la manga por la nariz y sorbió con fuerza—. Mi hermana era doncella en la mansión Hamilton desde que era una niña. Silenciosa, obediente y dócil. Qué más se podía pedir. Por eso fue la elegida para cuidar a la señorita Agnes cuando su desliz se hizo más que evidente. Mary era manipulable y asustadiza. Bastaba con amenazarla con que alguna terrible maldición caería sobre ella para que obedeciera sin rechistar.

—Sé que Agnes se enamoró y que tuvo un hijo —intervino Oliver con impaciencia.

—Esa criatura... —Albert negó con la cabeza y chasqueó la lengua—. A veces pienso que en el fondo tenían razón. Fue fruto del pecado y parecía engendrado por el mismo demonio. Mary estaba aterrorizada. La señorita Agnes estaba encerrada a cal y canto, y solo ella tenía acceso a su habitación. Ella y todos esos sanadores y gentes extrañas que pretendían sacar el mal de su cuerpo. Se hicieron cosas raras allí, milord, cosas que mi hermana no se atrevió nunca a decir en voz alta.

—¿Qué cosas?

Albert se encogió de hombros y se bebió un dedo de licor.

—Ya le digo que no sé mucho. Y seguro que vivo mejor sin saberlo.

—Está bien, hábleme del niño. —inquirió empezando a desesperarse. Necesitaba saber si había nacido sano y sobre todo si seguía vivo.

—La señorita Agnes... La pobre muchacha no estaba bien de la cabeza.

—Dudo que alguien pueda estarlo si tu propia familia te recluye en una celda minúscula y te ata como un animal y no hay nadie que mueva un dedo para impedirlo —apuntó Oliver con los dientes apretados. No podía entender que alguien hubiese sido conocedor o incluso cómplice de aquella atrocidad y no hubiese hecho nada para impedirlo.

—Mi hermana era muy joven, señor. Acababa de casarse y su marido trabajaba de sol a sol en una fábrica. Estaba sola y bajo presión. No se vio con fuerzas para cuestionar lo que estaba ocurriendo. Lo único que pudo hacer fue ayudar a la señorita todo lo que pudo. Era su única compañía y la testigo más fiel de su deterioro.

—Está bien, Albert. No la culpo. Continúe.

—Cuando el bebé nació la señora Hamilton insistió en que debían deshacerse de él. Pensaron en llevarlo a una *Baby Farmer*.

—¿Una granja de bebés? —preguntó son espanto—. Dígame que no es lo que parece, por favor.

—La vida se abre paso entre la miseria, a pesar de todo. Prostitutas, familias con demasiadas bocas que alimentar, adúlteras que se ven sorprendidas por la mala suerte... Esos niños vienen al mundo sin ningún futuro por delante y en esos lugares se ofrecen a cuidarlos por un módico precio. Sin preguntas, ni registros. Si la madre no quiere volver a ver a la criatura por un módico precio puede entregarlo para que lo den en adopción.

—¿El hijo de Agnes fue entregado en uno de esos sitios? —preguntó con aprensión y con asco al pensar en los límites de la depravación humana, o más bien en la falta de ellos, aunque con un poco de esperanza a la vez. Quizás hubiese sido adoptado por una buena familia, quizás la vida le hubiese dado una segunda oportunidad.

—Por su bien espero que no. La gente quiere que su descendencia sea perfecta. Ya le he dicho que ese crío parecía engendrado por Satanás, como si estuviese destinado a pagar por los pecados de sus padres. Su piel estaba cubierta por un vello tan negro como las alas de un cuervo, su cara presentaba una enorme mancha roja que le cubría medio rostro y una de sus piernas estaba tan retorcida que parecía la pezuña de un animal. Pero lo más inquietante eran sus ojos, del color del fuego, como si fuesen los de un animal salvaje. Mary lo cuidó durante sus primeros meses con todo el esmero que pudo. Si llegó a una de esas granjas... —Albert negó con la cabeza y chasqueó la lengua. Parecía desolado, casi tanto como Oliver que apenas podía tragar saliva por culpa del nudo de su garganta. En un acto impulsivo se inclinó hacia delante y sujetó a Albert por la solapa de su chaqueta para acercarlo hacia él.

—Dígame dónde está su hermana.

Albert lo miró y parpadeó con los ojos clavados en la mirada felina de Oliver, una mirada color ámbar, que contrastaba con su pelo del mismo color que las alas de un cuervo. Y entonces tuvo una revelación. Ese pobre e infortunado niño llevaba su sangre.

—Usted...

—No, Albert. Las preguntas las hago yo. Dígame dónde está su hermana y mañana mismo uno de mis hombres vendrá hasta aquí para cumplir el trato. No le faltará de nada ni a usted ni a su familia. Comida, un techo, tranquilidad...

Albert tironeó para soltarse aunque sabía que si quería hacerle daño no habría lugar sobre la faz de la tierra donde poder esconderse de un hombre como ese.

—Está bien. Pero prométame que Mary no sufrirá ningún daño. Ella fue la única que los ayudó.

Oliver asintió. Nada más lejos de su intención que hacer daño a la única persona que había mostrado un ápice de compasión por aquellos pobres desgraciados. Tras obtener la información que necesitaba salió a la calle agradeciendo el frío que agitó sus ropas y le llegó a los huesos, confirmándole que seguía vivo. Apoyó la mano en una de las mugrientas paredes del callejón y tras maldecir la maldad humana se dobló sobre sí mismo para vomitar el contenido de su estómago revuelto.

*E*l capitán Thorne no era un hombre compasivo y no había nada que odiase más que sentirse débil o digno de lástima. Pero esa noche se sentía más falto de consuelo y comprensión que nunca en su vida, y no se le ocurría un lugar mejor donde encontrarlo que en los brazos de Clarice.

Albert le había dado todos los datos que necesitaba para encontrar a Mary Jameson y con ella las respuestas que necesitaba. Y sin embargo por primera vez en su vida tenía miedo a la verdad y la idea de conseguir su ansiado objetivo no resultaba en absoluto alentadora. No estaba seguro de querer saber qué le había ocurrido a su hermano, ese bebé que había tenido la desgracia de nacer en un mundo demasiado cruel. Quizás fuese mejor dejar las cosas como estaban pero la promesa hecha a su padre pesaba más que todo lo demás.

Se bajó del carruaje y se detuvo frente a aquella fachada oscura para observarla. Le resultó más siniestra que nunca. Pensó en Clarice y se maravilló de que aquella negrura no la hubiera intoxicado. Ella seguía siendo pura y honesta. Ella...

Una figura envuelta en una capa negra que salió de la puerta lateral de la mansión llamó su atención y cruzó la calle en dirección a un carruaje que esperaba en las sombras. A pesar de todos los sucesos extraños que parecían rodearlo últimamente estuvo bastante seguro de que la mujer que se montaba en el vehículo en ese momento era de carne y hueso, especialmente cuando la capucha que cubría su cabeza se caía hacia atrás dejando a la vista su cabellera de color cobrizo.

Maldijo para sus adentros y volvió a subirse a su propio vehículo dispuesto a seguir a su esposa, que contraviniendo todas las leyes de la lógica había decidido salir de casa sola a medianoche. Solo había un sitio al que pudiera ir a esas horas, un sitio al que una mujer no debería acudir sola, el Dark.

Clarice se había sorprendido al ser convocada tan rápidamente por el Jefe, lo cual implicaba que la información que había conseguido no eran buenas noticias. Esta vez fue llevada al despacho donde el conde la esperaba. Su cara desde luego no daba lugar a la esperanza. Marcus le ofreció el asiento que ella aceptó sin rechistar, le temblaban las piernas y sin saber por qué tenía el convencimiento de que no estaba actuando de manera correcta. Puede que fuese porque no le gustaban los secretos y aquella visita estaba llena de ellos.

—Supongo que sabe por qué la he mandado llamar.

Ella asintió y se retorció las manos con nerviosismo.

—Bien, Clarice. No ha sido difícil encontrar a Lilith Bou, sigue ejerciendo de espiritista en su casita de Charing. No sé si sabes que entre los nobles y aristócratas se puso de moda hacer sesiones de espiritismo, por lo visto las miserias de este mundo no les parecían suficientes y tenían que traer problemas del más allá. En la mayor parte de los casos esas sesiones están llenas

de trucos, hilos invisibles que mueven las cortinas, voces de ultratumba fingidas... la gente es muy sugestionable en estos temas. Bou parece tener fama de ser una médium real.

Clarice recordó las manos de esa mujer acercándose a ella para acunar sus mejillas y obligarla a mirarla y se estremeció.

—El problema es que muchos nobles empezaron a no tener suficiente con esos entretenimientos inofensivos. Cuando uno tiene todo a su alcance suele hastiarse con facilidad de la vida cotidiana. El ocultismo tiene muchas vertientes, algunas realmente oscuras.

—¿Qué quiere decir? ¿Le hacen daño a la gente?

Marcus suspiró y se puso de pie para dar un breve paseo por la alfombra, intentando encontrar la manera de contar aquello sin afectar a una joven inocente y sugestionable. Pero no la había, lo mejor era que conociese el mundo por el que estaba preguntando.

—No sé por qué está buscando información sobre este tema, Clarice, pero mi consejo es que lo deje estar. Hay gente muy poderosa, con mucho dinero, que harían cualquier cosa por proteger sus actividades. No es un terreno fácil de transitar.

—Necesito respuestas para resolver un asunto de mi pasado, milord, un asunto muy escabroso —reconoció tras titubear unos segundos. Rutherford merecía saber al menos una parte de la verdad que la había llevado hasta allí, aunque reconocer la crueldad de su familia era demasiado duro todavía, además de mortificante. Quizás cuando todo terminase pudiese sincerarse con él y con Vivian, pero todavía no, primero necesitaba cerciorarse de que sus sospechas eran ciertas—. Dígame qué actividades, por favor.

—Hay algunas organizaciones que se reúnen en casas de campo donde nadie puede curiosear. Misas negras, sacrificios de animales, orgías... Como comprenderá no quieren que nada de esto salga a la luz.

—Entiendo —susurró no queriendo pensar que ese fuera el caso, al menos no parecía que su familia hubiese hecho nada parecido—. ¿Tiene la dirección?

Marcus sacó un papel de su bolsillo y se lo tendió. Clarice lo cogió y lo dobló varias veces guardándolo en el pequeño bolsito de mano que colgaba de su muñeca. Se levantó y se dirigió hacia la puerta pero antes de salir se detuvo en el umbral. El pasillo de paredes rojas estaba débilmente iluminado en comparación con el interior del despacho y le costó acostumbrarse a esa penumbra.

—Gracias, milord. Prometo contarle la verdad cuando esto acabe, sé que no debe ser fácil ayudar a alguien sin saber cuál es su propósito.

—No se preocupe, si necesita ayuda no dude en pedírmela. Me quedaría más tranquilo pensando que no va a hacer ninguna temeridad usted sola. Aunque creo que esa es la especialidad de mi mujer, usted siempre ha sido la más sensata de las dos —reconoció con una sonrisa.

—He de reconocer que últimamente me parezco a ella más de lo que pensaba —dijo ella devolviéndole la sonrisa—. Por cierto, ¿cómo está? No he tenido tiempo de ir a visitarla.

—Está... está muy bien. El médico le ha dicho que está todo bien. En realidad los síntomas van a seguir algún tiempo, me temo que voy a tener que esconder todos los floreros de la casa... Está embarazada.

Marcus sabía que no debería de haber sido él quien se lo contara a la mejor amiga de su mujer, pero demonios, estaba tan feliz que necesitaba contárselo a alguien.

—¿En serio? —Clarice casi gritó de la alegría, sabía las ganas que tenía Vivian de ser madre, y lo preocupada que estaba porque no lo había conseguido en los primeros meses de matrimonio

—. No sabe cuánto me alegro, se merecen ser felices.

Y era la verdad, se alegraba tantísimo por ellos que sintió que sus ojos se humedecían de alegría. Ese sentimiento de envidia de los primeros días había desaparecido, y la culpa era de Oliver Thorne y de sus besos adictivos. Sin pensar demasiado en lo que hacía cogió las manos de Marcus entre las suyas y las apretó con cariño.

—Por favor, no le diga a Vivian que me he chivado. Está deseando darle la noticia y me temo que acabo de estropear la sorpresa.

—No se preocupe, me haré la sorprendida. Será nuestro secreto.

—¿Y crees que tu marido es digno de conocer vuestros secretos?

La voz de Oliver resonó en la penumbra del pasillo sobresaltándolos. Ambos se quedaron inmóviles observando cómo se acercaba con andares lentos y peligrosos, tal y como lo haría un tigre que surge entre la maleza para atacar a su desprevenida presa.

—¡Oliver! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué otra cosa puedo hacer aquí más que intentar proteger a mi esposa. ¿No es eso lo que hace un buen marido, lord Rutherford? Por cierto, no veo por aquí a la condesa.

Su tono era tan suave como la seda lo que puso alerta todos los sentidos de Marcus. Un hombre como ese no asumiría que su mujer hubiese acudido sola a citarse con otro hombre así como así, y más sin saber qué motivos tenía para hacerlo.

—Espero que no saque conclusiones precipitadas, señor.

—Una joven se encuentra con su antiguo prometido en un pasillo oscuro, se cogen de la mano y se prometen secretos... Hay que tener una mente enferma para pensar algo malo de todo esto, ¿verdad?

Los separaban apenas un par de metros pero la oleada de furia que desprendía se sentía como una lengua caliente e imparable. Oliver estaba furioso, indignado y era impredecible. ¿Qué podría salir mal?

—Solo me está ayudando con nuestro... problema. Tiene contactos y conoce a todo el mundo...

—No me tomes por imbécil, Clarice —escupió apretando los dientes—. ¿Vas a decirme que el único lugar en el que podíais hablar era este antro? ¿Y a mis espaldas? Estábamos juntos en esto.

—Todo esto tiene una explicación —intervino Marcus intentando serenarlo, ya que parecía un volcán a punto de entrar en erupción. Y no le culpaba, esa escena vista desde fuera podía ser difícil de digerir y a Thorne le faltaban demasiados datos para entenderlo—. Acompañeme y le explicaré...

Antes de que Marcus pudiese reaccionar Oliver lo sujetó del brazo y lo retorció a su espalda, reteniéndolo con fuerza con la cara contra la pared.

Marcus sabía que si forcejeaba podría zafarse, o al menos devolverle el golpe pero también sabía que eso desataría el caos.

—Creo que esto no es una buena idea, Thorne —le advirtió el Jefe manteniendo la serenidad a pesar de que todos sus nervios le empujaban a defenderse.

—Oliver, suéltale. ¡No sabes quién es!

—¿Qué está pasando aquí?

El pasillo que hasta ese momento parecía desierto empezó a llenarse de guardias que comenzaron a posicionarse a su alrededor. Bastaba con que el Jefe diera la orden para que todos saltaran sobre Oliver, pero no lo hizo.

—Suélteme, señor Thorne. Seré generoso y le daré una explicación en lugar de la tunda que se

merece por atreverse a tocarme.

Oliver obedeció con desprecio y levantó las manos en señal de rendición, algo que no había hecho nunca antes en su vida, para que aquellas moles furiosas que parecían dispuestos a descuartizarle bajaran la guardia. Cada vez odiaba más aquel maldito país.

Oliver intentó disimular su sorpresa para no parecer un estúpido, aunque se alegraba de comprobar que su intuición no le había engañado y que ese hombre no era el mojigato que había fingido ser. Tampoco esperaba que fuese el temible dueño del club más prestigioso de la ciudad, siendo sinceros, quizás había esperado que fuese alguien que escondía algún vicio y poco más. Mientras escuchaba el relato de Rutherford sobre las pesquisas de Clarice y lo que había averiguado se sintió como un inútil. Tenía que reconocer que no tenía las herramientas del Jefe, ni los contactos ni la experiencia. En su territorio habría sido él quien hubiera resuelto todo aquel embrollo tocando a un par de puertas, apretándole las tuercas a quien hubiese hecho falta o lo que siempre era fácil y rápido, usando su dinero. Lo que más le dolía no era solo que Rutherford se hubiese convertido en el héroe de Clarice, que asentía a cada nuevo dato que aportaba, si no que no hubiese confiado en él. No lo consideraba capaz de protegerla o de ayudarla en su propósito fuese cual fuese y se sentía traicionado por ella, y por qué no decirlo, terriblemente celoso. Como mandaba la camaradería no le quedó más remedio que tragarse su maltrecho orgullo, algo muy complicado para un hombre rudo como él. Estrechó la mano que Rutherford le tendió imaginando que lo que apretaba era su cuello y sintió una ligera satisfacción.

Salió del club con Clarice a su lado pero sin dirigirle ni una sola palabra hasta que subieron al carruaje. La tensión entre ellos se podía cortar con un cuchillo y las chispas que siempre saltaban cuando se miraban esta vez no eran de deseo.

—Rutherford me ha contado quién es esa mujer, y ahora te exijo que me digas por qué razón la estás buscando —ordenó con la misma severidad que lo haría con cualquiera de sus hombres usando ese tono que no daba lugar a réplicas.

—En el desván encontré uno de esos tableros que se usan para hablar con el más allá. De repente, me asaltaron los recuerdos de mi abuela y esa mujer convocando a los espíritus. Necesito saber si eso tiene algo que ver con lo que está pasando. Conseguí que mi abuela me dijera su nombre y solo se me ocurrió recurrir a Rutherford para encontrarla. Como ves mi decisión fue acertada. Iremos a hablar con ella y...

—¿Ahora usas el plural?

—Oliver, entiéndeme.

—¿Que te entienda? ¿Te estás oyendo? Tableros para hablar con los muertos, rituales, espíritus. Estoy convencido de que la verdad es mucho menos rocambolesca que todo eso. Y, sinceramente, lo único que me mueve en estos momentos es saber si mi hermano está vivo o no. Los caprichos esotéricos de tu abuela me traen sin cuidado.

—¡No me hables como si estuviese loca! —gritó, tan ofuscada que no se percató de que el carruaje se había detenido frente a la mansión—. Sabes que todo eso es real. Has sentido ese frío rozándote la nuca, los susurros junto al oído estremeciéndote, la melodía de piano que suena noche tras noche, las mariposas negras saliendo de la nada para desaparecer en nuestras narices. No lo niegues, Oliver.

—Lo único real aquí es la maldad infinita de los que llevan tu sangre. —Oliver se dio cuenta del alcance de sus palabras cuando vio su rostro palidecer en la penumbra del carruaje—. Bájate,

por favor. Voy a dormir en el barco. Es mejor así.

—Oliver...

—Has demostrado ser capaz de valerte por ti misma y también que tus objetivos y los míos son distintos. Tú sigue buscando entre los muertos, yo prefiero intentar averiguar si mi hermano sigue vivo.

Clarice ahogó el sollozo que pretendía escapar de su garganta y se bajó del carruaje sin ayuda, evitando mirar atrás. Se sentía sola y a la vez más fuerte que nunca. Si tenía que andar aquel camino sin ayuda lo haría. Oliver tampoco se giró a mirarla y mantuvo la vista fija en algún punto indefinido frente a él. Sabía que si lo hacía no podría resistir el deseo de quedarse con ella, de protegerla y amarla. Porque en ese momento se había dado cuenta de que era algo inevitable, no podía resistirse a ese destino que parecía escrito desde el principio de los tiempos, desde mucho antes de que ellos nacieran. Moriría por pasar otro minuto más con ella, por saborear su aliento una vez más aunque eso supusiese su condena. Había anhelado que Clarice encontrase la fuerza que tenía en su interior y se rebelara contra las imposiciones de los demás y ahora se sentía ofendido porque lo estaba empezando a conseguir. Clarice estaba floreciendo y él no podía hacer otra cosa que asistir a ese acontecimiento como un mero espectador.

La fachada de ladrillo rojo relucía bajo el sol de esa mañana inusualmente despejada en la que al fin la primavera había decidido hacer acto de presencia. Clarice descendió del carruaje con el convencimiento de que no era la primera vez que pisaba aquel pequeño camino de baldosas desgastadas que culminaba en una puerta pintada de verde.

Respiró hondo tres veces y se armó de valor, no había nadie allí en quien apoyarse, ni su abuela, ni su primo Nicholas, ni sus amigas, ni tampoco Oliver, cuya ausencia pesaba de una manera dolorosa. Se había acostumbrado a tenerlo junto a ella, los dos remando en la misma dirección, con esa fuerza que emanaba por cada poro de su piel y ahora se sentía incompleta, aunque con más seguridad de la que había sentido nunca. Se repitió mentalmente varias veces que ella era capaz de hacerlo sola, que era fuerte y valiente, como si fuera un mantra. Levantó el puño para golpear la puerta y antes de llegar a tocar la madera, la hoja se abrió muy despacio con un chirrido lastimero. En el pequeño hueco que se abrió apareció una cara arrugada y pálida y unos ojos oscuros que la miraron de arriba abajo.

—¿Quién es, Sue? —preguntó una voz detrás de ella.

La puerta se abrió del todo y, tras la discreta mujer llamada Sue, apareció una dama con un llamativo vestido de color violeta y al menos una docena de collares de cuentas y piedras de distintos colores y tamaños al cuello. Clarice abrió la boca para decir algo pero su voz se había ahogado en el nudo que apretaba su garganta, esa dama sin duda era Lilith Bou, la conocía, y en su cabeza imágenes del pasado se mezclaban con el presente.

La mujer se llevó una mano a la boca para ahogar un gritito de sorpresa y tras unos instantes de duda la hizo pasar.

—Sue, tráenos un té, por favor. Y que no nos moleste nadie.

—Pero la señora Lucke está a punto de llegar, su cita...

—He dicho nadie, Sue —la cortó tajante.

Clarice la siguió sin decir palabra por un largo pasillo con las paredes llenas de espejos de todos los tamaños posibles hasta llegar a una sala con una enorme ventana que daba a un jardín. El olor a hierbas y a especias aunque no era desagradable le revolvió el estómago por su intensidad. Tomó asiento mientras la mujer rebuscaba en el cajón de su mesa hasta dar con una caja de puros. Encendió uno y le dio una larga calada, dejando salir el humo después sin importarle que fuera a parar a la cara de Clarice.

—No esperaba verte por aquí, la vida me sigue dando sorpresas después de todo.

—¿Sabe quién soy?

—Cómo no saberlo. Entiendo que tu abuela pensara que eres la reencarnación de su hija muerta. Eres igual que ella.

Clarice se estremeció al escuchar esas palabras y se negó a pensar siquiera en que aquello fuese posible.

—Parece que la conoce muy bien, señora Bou.

—Todo lo bien que se puede conocer a una mujer como ella. Hace muchos años que no nos vemos, al final se resignó y dejó de acudir a nuestras reuniones. Supongo que la pérdida de sus otros hijos acabó de consumirla. Pero su obsesión siempre fue Agnes. ¿Cómo ha llegado hasta mí?

—Encontré el tablero.

—La ouija. La pieza de la señora Hamilton era una verdadera obra de arte. ¿Encontró algo más?

—Dos figuritas.

—Mis ángeles. —La mujer dio una larga calada sin dejar de mirarla—. Me gustaría recuperarlos.

—¿Qué son? —preguntó Clarice sin apartar la vista. Si Lilith pretendía intimidarla no estaba obteniendo ningún resultado; puede que con la Clarice de hacía apenas unas semanas lo hubiese conseguido sin esfuerzo, pero ahora se sentía más fuerte y segura de lo que lo había hecho jamás y un par de miradas estudiadas no podrían con ella. Con toda probabilidad esa mujer había sido impresionante en su juventud, o quizás sus recuerdos de niña la hubiesen cubierto por esa pátina que le otorgaba a todo un halo de misterio. Lo cierto era que ahora su expresión ajada y las bolsas bajo sus ojos solo daban cuenta de su decrepitud y su agotamiento e inspiraban algo parecido a la compasión, algo que Clarice no pensaba permitirse.

—Son herramientas, algunos los llamarían talismanes. Hay gente que se aferra a un crucifijo, a símbolos paganos, libros sagrados... yo tenía mis ángeles. Tu abuela pensó que ellos eran la vía para llegar a su hija y me los arrebató.

—Señora Bou, supongo que será usted una mujer ocupada y no quiero que ninguna de las dos perdamos el tiempo —señaló Clarice tomando las riendas de la conversación. Una corriente de aire entró por la ventana entreabierta haciendo que una hilera de pequeñas campanitas que colgaban del techo tintineara, despistándola unos momentos. El sonido la desconcertó y las ganas de salir de allí comenzaron a acicatearla—. Sé que Agnes tuvo un final atroz, quiero que me cuente todo lo que sepa sobre ello.

La mujer sonrió con suficiencia dejando ver sus dientes amarillos y separados.

—Si ya lo sabes no me necesitas. Además, pregúntale a tu adorada abuela, ella fue la responsable de todo. Yo solo soy una simple mensajera —dijo tamborileando con sus largas uñas sobre la mesa.

Clarice respiró hondo y el olor del incienso mezclado con la humedad de la habitación volvió a revolverle el estómago. Dedicó una mirada rápida alrededor y se dio cuenta de que el esplendor que quería mostrar a base de cojines de telas brillantes y oropeles era completamente falso. Hacía años que los techos no se habían pintado, el papel de las paredes se había oscurecido por el tiempo y los muebles habían perdido el lustre. El vestido de la anfitriona, que le había parecido brillante y lujoso al principio, ahora se veía tan ajado como ella, con los puños gastados y algunos hilos que indicaban que se había usado hasta extenuación. Tuvo la impresión de que había sido víctima de un hechizo que acababa de romperse y la realidad ahora se mostraba ante ella con toda claridad. Esa mujer no estaba pasando por su mejor momento, no tenía dinero y con seguridad se encontraba en una situación vulnerable. Y sería muy estúpida si no lo aprovechaba. Como si fuese una señal, una pequeña mariposa negra entró por la ventana que daba al jardín y se colocó junto a la mano que Lilith Bou descansaba sobre la mesa.

—Está bien, señora Bou. —Clarice se enderezó en el asiento y se preguntó qué haría Oliver en

esa situación, estaba segura de que no se dejaría amilanar hasta conseguir lo que quería—. Sé que no está pasando por su mejor momento, que malvive atendiendo a las señoras de nobles empobrecidos que vienen a preguntarle si su marido tiene una amante, o si pueden contactar con algún pariente muerto.

Sue abrió la puerta con dificultad para traer el té que le habían pedido pero Lilith la despachó con un movimiento brusco de su mano temblorosa. Clarice se dio cuenta de que su farol había funcionado al ver su actitud.

—Tengo contactos e influencias suficientes para aplastarla sin tener que despeinarme, para decir que no es más que un fraude y quitarle el pan de la mesa. O quizás inventarme algo peor. O puedo ser una aliada que le ayude a recuperar su antiguo esplendor. Usted decide, Bou.

La mujer abrió la boca para replicar, solo consiguió que sus labios temblaran sin emitir ningún sonido.

—Hable. No le debe ninguna lealtad a mi abuela. Apuesto a que ella nunca ha movido un dedo por usted. Ni ella ni Maurice.

Oír ese nombre pareció retorcer algo en su interior y su cara se contrajo con un gesto extraño.

—Ese maldito bastardo —masculló mientras aplastaba el puro en un cenicero de cristal—. Nunca tuvo bastante con nada.

—Señora Bou. —Su tono esta vez fue mucho más suave, casi hipnótico—. En estos tiempos la vida es difícil para una mujer sola. Podemos ayudarnos mutuamente. Dígame qué pasó.

En realidad no tenía ni idea de cómo podría ayudarla, puede que cuando Oliver se marchase y ella se convirtiese en una falsa viuda rica estuviera en posición de hacerlo pero no quería pensar en esa posibilidad. Ya se le ocurriría como salir del atolladero.

—En esos años todas las familias nobles querían tener un fantasma en su desván, era una moda absurda, pero así era. El espiritismo siempre ha despertado la curiosidad y el morbo, y cuando uno lo tiene todo necesita cosas diferentes, emociones nuevas. Me convertí en una de las médiums más solicitadas de la ciudad, todos los días me invitaban a fiestas privadas, mi presencia era el culmen de cada velada. Pero muchos de esos nobles empezaron a querer emociones más fuertes. De repente contactar con el más allá no era suficiente. Muchos comenzaron a jugar con fuerzas que no se pueden controlar, invocando el mal, posicionándose de su lado para estar preparados cuando el fin de los tiempos llegase. En realidad todo eso era una excusa para dar rienda suelta a sus instintos más dañinos y depravados. Porque si había algo de sobra en esa gente era depravación.

—¿Qué tiene eso que ver con mi familia? ¿Ellos...? —Clarice titubeó sin atreverse a terminar la pregunta.

—Tu abuela era una fanática de estas sesiones y ansiaba contactar con su marido y sus seres queridos. Incluso quiso contactar con alguna reina fallecida. Cuando Agnes murió se convirtió en su objetivo, claro. Maurice, en cambio... Él y sus amigos comenzaron a organizar rituales cada vez más oscuros. Como suele ocurrir siempre hay alguien que surge de la nada para aprovecharse del fanatismo ajeno, sobre todo si esos fanáticos no son demasiado inteligentes y tienen el bolsillo nuevo. Le llamaban el Maestro. Ese ser comenzó a lavarles el cerebro y supongo que no le resultó demasiado difícil teniendo en cuenta que usaba el sexo desenfrenado y el opio para sugestionarlos. Todos estaban convencidos de que cuando el Maligno viniese a la Tierra ellos serían los elegidos para gobernar el mundo. O puede que solo fuese la excusa para regodearse en la depravación y el vicio.

Clarice se abrazó a sí misma al sentir un escalofrío mientras sus entrañas se encogían de puro

asco.

—La pobre Agnes no tenía nada que ver con todo esto. Ella simplemente cometió el terrible pecado de enamorarse de quien no debía. Tu abuela tomó una decisión desmesurada encerrándola en esa maldita habitación hasta que el bebé naciera. Ante todo había que ocultar aquel agravio a los ojos de la buena sociedad. Agnes empezó a perder la cordura por culpa del encierro, gritaba y pataleaba durante horas llamando a su amante. Fue una verdadera pena. Maurice empezó a desvariar y convenció a su madre de que aquello era un castigo. Era una señal para demostrar de qué lado estaban y Agnes era la elegida para ello. Debían estar a la altura de las circunstancias y serían premiados, o de lo contrario la maldición más terrible caería sobre ellos. Ese idiota ni siquiera sabía de lo que estaba hablando. Intenté mediar, sin embargo, el Maestro estaba siempre presente y tomó la mayoría de las decisiones en esos días.

—¿Qué le hicieron? ¿De qué decisiones habla? —preguntó con un hilo de voz completamente espantada. La realidad era mucho peor de lo que había imaginado.

—No lo sé, muchacha. Cuando el bebé nació... Ese pequeño no estaba bien. Cómo estarlo después de las penosas condiciones que vivió Agnes durante su embarazo, o puede que simplemente estuviese destinado a nacer así. Tenía una marca en la cara y su pierna estaba... deformada. No te imaginas la cara de satisfacción de Maurice cuando lo vio, evidentemente esgrimió sus problemas para defender su teoría sobre el Maligno. Ese niño debía ser sacrificado. En lo único que podía pensar ese maldito cerdo era en complacer a su Maestro y sorprender a la panda de desgraciados que organizaban esas reuniones espantosas. Pero una cosa era sacrificar una gallina y fingir que Lucifer los había acogido en su seno y otra muy distinta asesinar a un bebé, y el grupo se disolvió en ese mismo instante como si nunca hubiese existido, temerosos de que todo aquello saltara por los aires.

Clarice se levantó con tanto ímpetu que la silla en la que estaba sentada cayó hacia atrás.

—No puede ser cierto. Dígame que eso no ocurrió.

—Nadie volvió a hablar del tema. Nadie volvió a llamarme como si nunca me hubieran conocido. Solo sé que Agnes no volvió a salir de esa casa y que a los pocos meses murió. Maurice se marchó durante mucho tiempo después de eso y yo no volví a ver a tu abuela hasta muchos años después, cuando volvió a buscarme para que la ayudase. Todos sus hijos excepto Maurice habían fallecido y tú te habías convertido en la viva imagen de su hija muerta. Tu abuela pensaba que Agnes se había reencarnado en ti e insistía en que intentara contactar con ella a través de ti. Cosa que no conseguimos nunca.

—¿Y el bebé?

—Nunca me dijo nada claro, pero por lo que pude deducir lo habían entregado en un orfanato o algún lugar así. Por suerte no dejaron que tu tío le pusiese la mano encima. No puedo decirte nada más.

Clarice se llevó la mano al pecho intentando conseguir aire pero no había en el mundo oxígeno suficiente para llenar el inmenso agujero que se había formado en su pecho. Su abuela había encerrado a su hija sin mostrar ningún tipo de piedad por ella, anteponiendo el qué dirán a su bienestar. Su tío era un asesino en potencia y a saber qué tipo de atrocidades habría cometido. Y ella se sentía como una minúscula gota de agua en el océano, sin fuerza ni valor para arreglar todo aquello. En realidad, ¿qué podría arreglar a estas alturas? Agnes estaba muerta y su hijo había sido abandonado a su suerte. Sintió la mano huesuda de Lilith Bou sobre su hombro intentando darle consuelo pero fue inútil. Todo lo que había amado y respetado hasta ahora se había desecho ante sus ojos.

Clarice se bajó del carruaje tambaleándose ligeramente como si estuviese ebria. Se sentía mareada y entrar en aquella mansión a la que alguna vez había considerado su hogar le provocaba náuseas. Se dirigió hacia su habitación y se tumbó en la cama dejándose vencer por el cansancio, aquellas revelaciones le habían robado la energía. Cuando abrió los ojos las sombras se habían apoderado de la estancia. No se molestó en encender ninguna vela y se limitó a cepillarse un poco el pelo aprovechando la escasa claridad que entraba por las ventanas que daban a la calle. Salió de su habitación amparada en la oscuridad y recorrió el largo pasillo que llegaba a la habitación de su abuela. Esta vez no temía que unos dedos fríos la acariciaran, o que una voz hueca susurrara su nombre cerca del oído. Acababa de descubrir que los muertos no eran peligrosos, a los únicos que debía tenerles miedo era a los vivos, y lo más hiriente era que esos monstruos a los que debía temer eran de su misma sangre. Entró en la estancia que permanecía a oscuras, iluminada solamente por el tibio resplandor de la chimenea. No se molestó en acercarse a su abuela para darle un poco de consuelo o asegurarse de que estaba bien. Se limitó a quedarse de pie a los pies de su cama semioculta en la oscuridad, con las manos enlazadas en el regazo y la sangre congelada.

La anciana, que al principio no se había percatado de su presencia, levantó ligeramente la cabeza de la almohada al atisbar su sombra allí de pie. Moviò los labios y al principio no se escuchó más que un sonido ahogado que Clarice no se molestó en contestar. Volvió a intentarlo esta vez aferrándose a las sábanas como si pudiese sacar fuerza de ellas.

—A... Agnes —susurró con voz ronca dejando caer de nuevo la cabeza sobre la almohada.

Clarice se quedó inmóvil sintiendo que la piel le dolía por la tensión, nunca se había sentido así, tan fría, tan despiadada, pero aquella mujer probablemente no merecía su misericordia ni su perdón.

—¿Por qué lo hiciste, madre? —La pregunta salió de sus labios antes de que su cerebro tuviese tiempo de procesarla y se sorprendió a sí misma por su falta de escrúpulos. Si pensaba que era Agnes que había venido a visitarla en su lecho de muerte no la contradecía. ¿Acaso alguien se había compadecido de Agnes y de su hijo? ¿Alguien se apiadó del miedo y el dolor que sintió?

—Ven... —La anciana levantó la mano hacia ella, pero Clarice se limitó a dar un pequeño paso para acercarse más a la cama.

—¿Por qué lo hiciste, madre? —insistió con el mismo tono quedo, que a ella misma le daba escalofríos.

—Porque merecías algo mejor —consiguió hilar después de varios intentos agónicos.

—¿Merecía que me encerrases como un animal? ¿Merecía que me quitaras a mi hijo?

La anciana comenzó a respirar con dificultad, jadeando en busca de aire o de una palabra que justificara su horroroso proceder, pero Clarice no se movió a ayudarla, como si estuviese inmersa en un trance, como si realmente fuese Agnes quien hablaba a través de sus labios. La puerta se abrió de golpe y la doncella que la cuidaba apareció tan apresuradamente que estuvo a punto de chocar con ella.

—Disculpeme, señorita Clarice. Solo he bajado un momento a buscar su medicina. —La sirvienta miró a la anciana que seguía luchando por un poco más de aire y luego a Clarice, que permanecía impávida a los pies de su cama.

Se dirigió hacia la anciana y la incorporó para que pudiese respirar mejor, cuando volvió a mirar hacia la puerta Clarice había desaparecido.

Deambular por Londres en mitad de la noche no era lo más razonable para una dama por mucho que lo hiciera en uno de los barrios más caros de la ciudad, pero en esos momentos Clarice no podía pensar con claridad. Se sentía sucia y culpable por los pecados que ella no había cometido, y por un momento temió que la sangre venenosa y corrupta de su abuela y su tío corriera por sus venas también. Recordó las palabras de Oliver asegurándole que ella no era así, que su corazón era noble. Un sollozo escapó de sus labios y se dio cuenta de cuánto lo necesitaba. Oliver se había colado en su vida y la perspectiva de continuar sin él era desoladora. Pero ella se había convertido en una esclava de sí misma y de sus decisiones y al aceptar el pacto que él le propuso había sentenciado a muerte la pasión que había entre ellos. Aunque no le quedaba más remedio que reconocer que era mucho más que deseo lo que les unía. Estaba empezando a amar a ese hombre y no sabía qué hacer con esos sentimientos. Cuando alzó la vista se dio cuenta de que estaba a solo unas casas de la mansión de los Edevane. Sin pensar en nada más se dirigió hacia allí.

David dejó la copa y el libro que estaba leyendo sobre la mesita y se puso de pie para recibir a la inesperada visita femenina que su mayordomo acababa de anunciar y que no había querido dar su nombre. No era inusual que alguna de sus antiguas amantes acudiera a proponerle una noche de pasión, pero desde que había vuelto a Londres no se encontraba de humor para citas clandestinas.

Se quedó paralizado al encontrarse a Clarice Thorne en su sala de estar con aspecto bastante desaliñado.

—¿*Lady Edevane*? —preguntó con perplejidad—. ¿Ha ocurrido algo? ¿El capitán está bien?

—Lámeme de cualquier manera excepto así, ambos sabemos que la única *lady Edevane* es su madrastra.

—Dígame en qué puedo ayudarla, supongo que a estas horas no se trata de una visita de cortesía.

—Disculpe. No pretendía molestarle, es solo que necesito encontrar a Oliver, me dijo que se iba a su barco pero yo no sé dónde está y no me apetece recorrer el puerto a estas horas y...

David acortó la distancia que había entre ellos y cogió sus manos entre las suyas para tranquilizarla al ver su estado de nerviosismo.

—¿Se encuentra bien? Está helada. —Con suavidad tiró de ella hasta llevarla a una de las sillas—. ¿Ha cenado? Apuesto a que no. Y ahora que lo recuerdo yo tampoco. Espere unos segundos, los problemas se enfrentan mejor con el estómago lleno.

Y tras guiñarle un ojo salió de la habitación dejándola sola. Clarice cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento, dándose cuenta de lo exhausta y hambrienta que estaba.

David Clark, lord Edevane, o como quisiese llamarse ahora, tenía razón. La sencilla cena fría que degustaron y un rato de conversación distendida obraron milagros en ella, y por un momento incluso olvidó todos los problemas que la asediaban.

—Si no es mucha indiscreción, ¿qué ha ocurrido para que el capitán vuelva al barco? ¿Alguna disputa conyugal? —preguntó Clark reclinándose en su asiento para observarla.

—No sé exactamente cómo definirlo. Aunque creo que usted sabe que nuestra unión...

Clarice bajó la vista a la copa de vino que sostenía y sus ojos se humedecieron.

—Pero usted no quiere que siga siendo así ¿verdad?

—¿Acaso importa? —preguntó ella dando un trago a su bebida, que unos segundos antes le había resultado exquisita y ahora parecía haberse agriado de repente.

—Las cosas no siempre transcurren como teníamos planeado en un principio. Lo que usted quiera importa tanto como lo que Thorne quiera. ¿Qué hay de malo en intentarlo?

—Todo. Nuestras vidas son tan diferentes...

—Las vidas cambian, las circunstancias cambian. Míreme a mí. Me he criado en Inglaterra

rodeado de comodidades y lujos, destinado a mandar sobre los demás. Y en cambio en los últimos años he vivido en condiciones duras y bajo las órdenes del capitán más gruñón del Caribe.

Ella sonrió y bajó la vista, ni siquiera se había atrevido a imaginar alguna manera en la que sus vidas pudiesen converger, tampoco sabía si Oliver estaría dispuesto a ello, si la quería en su vida o la consideraría un estorbo, y la idea de una negativa le resultaba demasiado dolorosa, quizás fuese mejor quedarse con la duda.

—Oliver no habla demasiado de sentimientos, Clarice. A no ser que esos sentimientos sean las ganas de partirle la nariz a algún idiota, o apretarle las tuercas a algunos de nuestros hombres cuando holgazanean. Pero he visto cómo la mira, y la necesidad de protegerla que no le deja pensar en otra cosa. Quizás sea mejor que aclaren esto por ustedes mismos, si se entera de que le he dicho algo así el idiota al que querrá partirle la nariz seré yo.

Ella soltó una breve carcajada y se sonrojó.

—¿Cree que podría llevarme al barco?

—A estas horas estarán en una pequeña y mugrienta taberna del puerto que los hombres de Odiseum han colonizado —anunció mirando su reloj de bolsillo—. Seguro que no ha estado nunca en un sitio tan encantador como ese.

Se levantó y con una floritura le ofreció su mano. Clarice no estaba segura de que aquello fuera una buena idea, pero lo que sí tenía claro era que su cuerpo le pedía a gritos estar cerca de Oliver.

Clarice se asomó a la puerta del carruaje con un poco de aprensión. El olor del puerto no era precisamente agradable, la humedad calaba sus huesos y el eco de las voces y las risotadas del interior de la taberna resonaban en la silenciosa noche. David, que esperaba con la mano extendida para ayudarla a descender del vehículo, le sonrió para infundirle confianza. Y ese simple gesto, esa sonrisa traviesa y franca la convenció de que todo iba a salir bien y entendió por qué ese hombre era un talismán. Cuando estaba cerca parecía que los nubarrones del horizonte se alejarían en cualquier momento.

—No se preocupe por nada, no le quitaré la vista de encima. Recuerde lo que le he dicho, ellos van a calibrarla, quieren saber si es la mujer que su capitán merece, y probablemente la pondrán a prueba, pero no debe preocuparse, son gente decente. No se deje amilanar, ni actúe como si fuera un pastelito a punto de deshacerse. —Clarice se quedó anclada en el suelo a pesar de que él la sujetaba de su brazo intentando hacerla avanzar—. Todo saldrá bien.

En cuanto abrieron la puerta de aquel tugurio las voces y la música bajaron de intensidad y docenas de ojos se clavaron en ellos. El incómodo silencio fue roto por la voz profunda y alegre de Clark que apretó su brazo con disimulo.

—Señores, les presento a la bella esposa del capitán Thorne.

Algunos se arremolinaron a su alrededor observándola como si fuese un animalillo exótico hasta que uno de los marineros empezó a lanzar vítores proponiendo una ronda para todos en su honor y la alegre música se reanudó. Alguien puso un vaso en su mano instándola a beber y ella obedeció sin ser muy consciente de lo que hacía. Sus ojos eran incapaces de fijarse en las caras de la gente que la rodeaba, solo podía ver al hombre enorme y hermoso que la observaba desde una mesa situada al fondo del local. Oliver Thorne era de otra pasta, de otro mundo, y contrastaba con todo lo que le rodeaba como si fuese una esmeralda en medio del barro. Su mirada era tan intensa, tan densa, que parecía tocarla, marcándola como suya a pesar de estar

rodeados de todo aquel bullicio.

Un enorme hombre de color se plantó ante ella y la cogió de la mano haciéndola girar sobre sí misma. Su rostro estaba serio, y la repasó como si estuviese calibrando su valor.

—¿Baila? —Ella asintió aceptando su poco formal invitación, que iba en consonancia con lo que les rodeaba. El hombre esbozó una enorme sonrisa que mostró una hilera de brillantes dientes blancos que dulcificó su expresión y tiró de ella hasta conducirla a lo que se suponía que era la pista de baile, que no era otra cosa que un hueco que habían conseguido apartando varias mesas contra la pared.

Comenzaron a girar con brío al compás de aquella alegre música arrancada a un par de armónicas y un acordeón, tan alejada de los vales que había bailado hasta ahora. Tras varios minutos otro de los hombres del Odiseum, un pelirrojo llamado Flame, le dio un codazo a su acompañante para que le cediera su lugar. El ambiente era tan alegre que Clarice se sorprendió al darse cuenta de que no podía dejar de sonreír ante las bromas de esos hombres que en principio parecían temibles y rudos, y que probablemente fuesen mucho más peligrosos de lo que le mostraban. Había bailado al menos con cinco de ellos cuando al fin Oliver decidió poner orden, levantándose de su silla con una sonrisa lobuna. Como si fuese el dueño de los mares y sus hombres simples olas a su merced, se apartaron a su paso franqueándole el camino hasta ella. El hombre con el que bailaba esbozó una torpe reverencia antes de alejarse, probablemente la primera que había hecho en su vida, provocando las chanzas de sus compañeros que prorrumpieron en risas y comentarios burlones.

Clarice se mordió el labio al ver al capitán acercarse hasta ella con andar lento y seguro, y sintió que si seguía mirándola así sus rodillas se derretirían en cualquier momento.

Sin decir ni una palabra la cogió en brazos y comenzó a avanzar hacia la salida con los vítores de sus hombres arrojándoles. Clarice se aferró a su cuello disfrutando de la sensación de estar rodeada por sus brazos, sintiéndose en casa por primera vez en muchos días, en muchos años. Salieron a la calle dejando atrás la algarabía de la música y los gritos de júbilo hasta quedar sumidos en la penumbra, iluminada por una brillante media luna que intentaba huir de las nubes. Solo entonces Oliver la volvió a dejar en el suelo. Sin mediar palabra sujetó su cara entre sus manos y la besó como llevaba días deseando, despierto y mientras dormía, con pasión, con hambre y con necesidad. Le había empezado a torturar la idea de no volver a besarla, de no volver a sentir su lengua jugando con la suya con timidez, su cuerpo temblando contra el suyo a la espera de esa caricia furtiva que le devolviera la vida y la paz. Si llegaba el momento de despedirse de ella, algo que parecía acercarse cada vez más, no sabía cómo podría llenar ese vacío.

—Clarice, ¿qué haces aquí? ¿qué quieres de mí? —susurró junto a su oído con la voz entrecortada, sonando más como una súplica que como un reproche.

—Todo, Oliver.

Él se detuvo en seco temeroso de preguntar qué era ese todo al que ella se refería. Su sensatez se esfumó por completo, su determinación de mantenerse alejado que había intentado imponerse en los últimos días como si fuese un credo se desvaneció. Solo podía sentir su sabor en su boca, su aroma envolviéndolo, su calor caldeándole el alma. Era inevitable. Desearla era inevitable. Amarla probablemente también. Entrelazó sus dedos con los suyos y comenzó a avanzar en dirección a su barco que no estaba muy lejos de allí. Clarice a duras penas podía seguir el ritmo de sus largas zancadas y se echó a reír al ver las prisas que Oliver tenía por llegar a su destino. Él se detuvo para comprobar qué pasaba y al ver el motivo se la cargó al hombro como si fuese un

saco de harina soltando una carcajada al escuchar su grito de sorpresa.

El joven que dormitaba junto a la pasarela del Odiseum vigilando que nadie subiera, dio un respingo y se puso de pie inmediatamente al ver a su capitán. Por suerte, Oliver tenía apostados varios hombres para que vigilaran el contenido de las bodegas o ese joven estaría en un verdadero problema. Pero no esta noche, esta noche Oliver tenía asuntos mejores y más gratificantes que atender que amonestar a ese muchacho, que observó perplejo cómo su capitán se saltaba una de las normas no escritas más importantes, la de subir a una mujer a bordo. Al final se encogió de hombros y volvió a acurrucarse en su rincón, deseando que llegara la hora de su relevo.

Cuando los pies de Clarice volvieron a tocar el suelo lo hizo en el interior del camarote del capitán Thorne, el respetado y temido a partes iguales, ese hombre mucho más sensible de lo que aparentaba y que era capaz de cruzar medio mundo por cumplir una promesa. Todavía seguía siendo un desconocido para ella en muchos sentidos y tenía que admitir que no le importaría dedicar el resto de su vida a conocerlo. Pero no tenía toda la vida, apenas tenía esa noche para librarse de los miedos y las limitaciones y permitirse ese pequeño instante de felicidad. La habitación del capitán era pequeña pero más grande de lo que ella había imaginado en esas noches a solas pensando en él. Había una cama en la que apenas cabía una persona, un pequeño mueble que supuso que contendría sus pertenencias y una mesa con una silla donde había esparcidos varios papeles y un tintero, y en la pared había un cuadro de un barco durante un hermoso atardecer. Una puerta abierta mostraba otra habitación contigua mucho más grande con una mesa y varias sillas donde había dispersos libros y cartas de navegación. Todo parecía robusto y funcional y supuso que en un barco de esas características no habría lugar para lujos.

—¿Decepcionada? —preguntó él mientras se quitaba el pañuelo y la chaqueta con naturalidad—. ¿Esperabas encontrar los huesos de mis enemigos adornando la pared o algo así?

Ella dio un respingo, avergonzada al haber sido descubierta cotilleando de manera tan descarada pero es que todo lo que tenía que ver con ese hombre despertaba su interés.

Oliver se acercó hasta ella y acarició su mentón con suavidad obligándola a mirarlo a los ojos.

—Clarice, ¿quieres volver a casa? —preguntó temeroso de que lo que veía en sus ojos fuese inseguridad. Sin embargo no lo era, solo había emoción—. Tú eres la única con potestad para decidir qué quieres que pase entre nosotros.

—Lo sé. No quiero irme a ninguna parte donde tú no estés.

Clarice se arrepintió en ese mismo instante de su confesión, temiendo que a él le pareciese algo demasiado trascendental. Su acuerdo era algo temporal, después de todo. Oliver continuó acariciando su rostro con ternura, emocionado ante lo que ella acababa de confesar y que nunca nadie le había dicho antes. Ansiaba decirle lo mismo, que la protegería y la cuidaría el resto de su vida, que la amaría sin condiciones. Pero la vida que él podía ofrecerle no era ni de lejos la que ella merecía. Su cabeza estaba librando una dura batalla intentando hilar una frase que no doliera y que acabara con aquella ilusión que ninguno de los dos podía permitirse, pero entonces Clarice se puso de puntillas y lo besó. Todo lo demás se desdibujó como si nada tuviese sentido más allá de la piel de Clarice. Ni siquiera el vago recuerdo de aquella bruja que lo maldijo podía refrenar el impulso de hacerla suya, si ese era su fin lo aceptaría; habría merecido la pena.

¿Cómo podía luchar contra aquello? Ya no entendía su vida sin sus besos, todo carecía de emoción o de brillo si ella no estaba presente y hasta la convicción de cumplir la promesa hecha a su padre perdía fuerza ante la idea de protegerla a ella de la oscuridad que la rodeaba. Decidió hacer lo único sobre lo que todavía podía decidir y la besó con todas las ganas que se

acumulaban en su interior. Las manos entorpecidas por el deseo fueron deshaciéndose de la ropa, desgranado los misterios de sus cuerpos. Cuando la última prenda de Clarice cayó arremolinada a sus pies la apretó contra su cuerpo intentando desdibujar los límites que los separaban, sintiendo que su piel le pertenecía, que su aliento era suyo y que su corazón solo latía porque ella estaba allí. Oliver deslizó sus grandes manos por su espalda hasta llegar a sus nalgas y la apretó contra él para que sintiese su erección contra su vientre, haciéndole saber cuánto la deseaba. El íntimo contacto los hizo jadear a ambos y la temperatura pareció elevarse todavía más como por arte de magia. Oliver se tumbó sobre la cama y tiró de ella acomodándola sobre él.

Sentir el cuerpo de Oliver bajo el suyo provocó en Clarice una mezcla extraña de sensaciones. Por un lado se sentía un poco insegura sin saber lo que venía a continuación ni qué tenía que hacer para complacer a un hombre como ese, sin sospechar que el simple hecho de existir ya era suficiente para volverlo loco por ella. Por otra parte se sentía poderosa, sabiendo que él estaba totalmente entregado al placer que ella le daba. Guiada por la intuición se inclinó para depositar una hilera de besos por su mandíbula y su cuello, mientras sus pechos rozaban su torso.

Oliver cerró los ojos conteniendo las prisas por hacerla suya. Aquella lenta tortura era lo más increíble y puro que había compartido jamás con una mujer. Elevó las caderas para rozar su erección con su intimidad haciéndola enloquecer, apremiándola a continuar. Con un rápido movimiento invirtió sus posiciones situándose entre sus piernas. La observó unos segundos y se maravilló al ver sus mejillas sonrojadas y sus ojos azules que se veían más oscuros. Sus labios entreabiertos eran la invitación más tentadora que había recibido nunca y no pudo resistirse a aceptarla, besándola hasta robarle el aliento. Cuando la conoció había pensado que no era la mujer más hermosa que había visto pero ahora no estaba de acuerdo con eso, Clarice era simplemente perfecta. Deslizó la mano por su vientre sintiendo como ella se arqueaba bajo su contacto, siguiendo su movimiento como si estuviesen conectados con un imán, hasta que sus dedos se perdieron en la unión de sus muslos sintiendo la humedad de su excitación. Descendió hasta sus pechos y comenzó a besarlos con devoción, sin darle tregua, rozándolos con sus dientes y su lengua hasta arrancarle un gemido de rendición.

—Oliver —suplicó enredando sus dedos temblorosos en su pelo oscuro para que no se detuviera.

El placer escalaba con cada caricia y Oliver se situó entre sus muslos sintiendo que sus cuerpos se acoplaban como si estuviesen destinados desde siempre a estar unidos. Con toda la delicadeza que pudo reunir comenzó a entrar en ella hasta que al fin se convirtieron en un solo ser que latía y respiraba en una conjunción perfecta. Durante unos instantes se mantuvo inmóvil, perdido en aquellos ojos que conocía tan bien, que lo conocían tan bien. Sus cuerpos comenzaron a marcar el ritmo por sí solos, con suavidad al principio, y con investidas más profundas después, cada vez más intensas, hasta que el placer escaló envolviéndolos en una burbuja que los protegía de todo, hasta que los hizo estallar en un intenso clímax casi a la vez. Con los cuerpos sudorosos y la respiración aún agitada no se separaron inmediatamente, resistiéndose a deshacer esa unión tan íntima que los había conectado en cuerpo y alma, queriendo hacer eterno algo que estaba destinado a expirar más pronto que tarde.

—Clarice —susurró sintiendo el martilleo de su corazón en el pecho. Ella ronroneó en respuesta saboreando los ecos del placer aún en su cuerpo—. Tengo que decirte algo. Si después de esto... Si muero quiero que sepas que ha merecido la pena. Que no volvería atrás, que moriría mil veces por pasar otro minuto contigo.

Ella parpadeó intentando entender sus palabras pero se le escapaba la razón de aquella

declaración que, a pesar de ser hermosa, sonaba demasiado catastrofista. Era el momento de saborear lo que habían vivido, de ser optimista aunque el mundo se estuviese desmoronando a su alrededor.

—¿Por qué... por qué demonios vas a morir?

Oliver se separó de ella a desgana y se levantó mostrando su desnudez sin tapujos, sin darse cuenta que ella había adquirido el color de una amapola y que se había tapado hasta el cuello con la sábana.

—Estoy maldito.

Clarice se sorprendió tanto que dejó que la sábana resbalara ligeramente por su cuerpo, haciendo que a Oliver no le importase en absoluto volver a la cama y confirmar su sentencia de muerte.

—Una médium me maldijo. Dijo que cuando hiciera el amor con una mujer caería fulminado. Y acabamos de hacer el amor. Y no me digas que no crees en eso porque después de todas estas cosas raras que están pasando a nuestro alrededor, una maldición es de lo más normal.

Clarice subió la sábana para cubrirse pero esta vez no fue por pudor, sino para que no la viera reír. Al final su cuerpo empezó a temblar por culpa de las carcajadas, que se volvían más difíciles de contener a medida que Oliver se mostraba más enfadado.

—Te confieso algo tan íntimo y ¿te ríes? Sinceramente, pensé que tendrías cierto afecto por mí, no imaginaba que ese hecho te despertase tanta algarabía.

Clarice intentó recuperar la serenidad y tras carraspear repitió con un elaborado acento francés la maldición que le había lanzado aquella noche en el Dark.

—¿Tú? —Oliver parpadeó con incredulidad intentando unir las piezas en su cabeza—. ¿Qué demonios hacías fingiendo ser una médium?

—Es una larga historia. Supongo que fue cosa del destino.

Oliver abrió la boca con incredulidad para seguir indagando, pero sintió tanto alivio que acabó uniéndose a las carcajadas contagiosas de Clarice. Tanto que decidió que la mejor forma de celebrarlo era volviendo a hacerle el amor.

Puede que no fuera el mejor momento para que lo que Clarice había descubierto sobre su familia empañase aquella noche que acababa de convertirse en la más maravillosa de su vida. Pero también era cierto que llevar esa carga ella sola estaba asfixiándola. Subieron a cubierta para poder tomar un poco el aire, evocar la crueldad de los Hamilton lo requería, y se sentaron en un rincón envueltos en una manta. Oliver solía sentarse allí a contemplar el cielo cuando necesitaba pensar. Ahora, con Clarice acurrucada sobre su regazo y su cabeza apoyada en su pecho, pensar se le antojaba muy difícil. Aspiró el aroma de su pelo y depositó un beso sobre él apretando un poco más su abrazo. Ella suspiró de manera entrecortada, eludir la verdad no hacía que se desvaneciera y poco a poco fue desgranando aquella terrorífica sucesión de hechos que demostraba la monstruosidad que la había rodeado toda la vida sin ella saberlo. Para su sorpresa estaba tranquila mientras hablaba, como si estuviese contando una historia que le quedaba muy lejana y ella no fuera la protagonista.

Oliver escuchó en silencio, sin interrumpirla ni preguntar nada, dejando que el dolor que sentía fuese disolviéndose en el aire como el vaho de su respiración. Cuando terminó sujetó su mentón para obligarla a mirarlo y acarició su cara con ternura.

—No vas a volver a esa casa, Clarice.

Ella negó con la cabeza y se limpió con rapidez una lágrima que corrió sin permiso por su mejilla.

—Tengo que hacerlo. Es mi abuela y está en un mal momento. Si me marchase ahora sería igual de cruel que ellos, y no lo soy.

—No quiero que estés cerca de Maurice, es peligroso. ¿De veras crees que me voy a marchar a Crossfield tan tranquilo dejándote en manos de esos monstruos? —preguntó Oliver tenso ante la idea. Había decidido partir al día siguiente hacia esa localidad en busca de Mary Jameson y zanjar de una vez esa parte de la historia, pero preferiría llevarse a Clarice con él y no perderla de vista. Si le ocurriese algo...

—He estado en sus manos toda la vida y nunca me han hecho daño. No les tengo miedo. —Clarice tragó el nudo que se había formado en su garganta—. Solo me dan asco. ¿Para qué vas a Crossfield?

—Voy a buscar a la mujer que cuidó de Agnes y de mi hermano, la hermana de Albert tiene las respuestas que busco. Necesito saber qué pasó. Acompáñame.

Ella negó con la cabeza con la vista perdida en el cielo y en las nubes que seguían arremolinándose alrededor de la luna.

—Necesito averiguar qué parte de verdad hay en todo lo que he averiguado —insistió, todavía conservaba una minúscula esperanza de que aquello no fuese cierto—. Cuando sepas qué ha ocurrido con tu hermano te marcharás, ¿verdad?

—Necesito partir o la mercancía acabará estropeándose, tengo que cumplir los plazos a los que me comprometí con mis clientes, sin contar con que mis hombres se están acostumbrando a estar ociosos y eso no es nada bueno.

El camino se acababa aquí, ambos lo sabían, pero ninguno de los dos había sospechado que pudiese resultar tan doloroso.

—¿Cómo es el cielo del Caribe? —preguntó Clarice parpadeando varias veces para que las lágrimas que pugnaban por derramarse volvieran a su lugar.

Él se quedó desconcertado por el cambio de tema, había esperado una súplica, una queja, algo que le hubiese dado la excusa para replantearse todo aquello, para buscar una solución.

—Es lo más hermoso que he visto en mi vida. —«Lo más bonito que he visto en mi vida es la sonrisa de Clarice, los ojos de Clarice» se amonestó mentalmente—. El cielo es claro y puedes ver miles y miles de estrellas brillando cada noche. A veces los destellos son blancos, otras veces tienes la impresión de que se vuelven azulados o anaranjados. Creo que desde que llegué no he visto ninguna estrella, siempre está nublado.

—Mira. —Clarice señaló un claro donde una tímida estrella titilaba cerca de la luna.

—Has tenido que venir a mi barco para que consiga ver una estrella —bromeó—. Pero no solo son impresionantes las estrellas. Cuando amanece el sol parece una gran bola amarilla que empieza a surgir de entre las aguas y el cielo se tiñe de colores rosados. Un rosa parecido al color que adquieren tus mejillas cuando te sonrojas. El mar tiene muchísimas tonalidades de azul, a veces azul turquesa por las arenas blancas del fondo, azul oscuro cuando hay tormenta, como tus ojos cuando te concentras mucho en algo o deseas que te bese.

Clarice sonrió intentando imaginárselo y sintió el calor subiendo por su piel.

—Y cuando el día llega a su fin el cielo y las nubes se tiñen de colores anaranjados y rojos, como tu pelo, mientras el añil va tomando posesión de todo lo demás. —Oliver guardó silencio unos segundos y la miró recreándose en su nariz respingona y sus párpados cansados—. El Caribe está en ti, Clarice. Combinarías rematadamente bien allí.

Se mordió la lengua para que la siguiente frase no saliera de su boca. «Vente conmigo, Clarice. Acompáñame y te enseñaré qué maravilloso podría ser». Pero no lo dijo, ambos se conformaron con permanecer allí sumidos en aquel agradable sopor mientras las nubes seguían correteando persiguiendo a la luna.

*E*l carruaje se detuvo con un ligero vaivén frente a la casa de los Hamilton y Oliver ayudó a Clarice a bajar del vehículo sin poder deshacerse de la sensación desagradable que apretaba su estómago. Levantó la vista hacia la fachada gris y ennegrecida por el humo del carbón y le pareció más tétrica que nunca. Entrelazó sus dedos con los de Clarice y ella le dedicó una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora pero se quedó en una mueca tensa y una mirada triste.

—¿Estás segura de esto? Acompáñame. Y si no al menos déjame que esté contigo hasta que esto se solucione. Después buscaremos a mi hermano los dos juntos.

—Oliver, ambos sabemos que prolongar esto no tiene sentido. Tarde o temprano tú te irás y yo me quedaré aquí. Es mejor que intente solucionar esto antes de que mi tío Maurice vuelva. Mi abuela parece haber mejorado y puede que consiga hacerla hablar. Necesito saber si todo esto es tan oscuro como parece. Y tú... tú necesitas encontrar tu verdad y recuperar tu vida.

Se sintió muy orgullosa de sí misma al conseguir pronunciar aquella frase sin apenas titubear y sin soltar una sola lágrima, solo un pequeño temblor en sus labios que esperaba que no se hubiese notado demasiado.

Oliver asintió sabiendo que era lo más sensato pero no por eso se quedó más tranquilo. Aún no se había separado de ella y ya estaba deseando volver, lo cual no tenía demasiado sentido teniendo en cuenta que acababa de pedir a sus hombres que comenzaran a preparar el barco para partir en unos días. Solo, sin ella. Con la convicción de que debía olvidarla y el convencimiento de que no lo conseguiría nunca.

Clarice soltó su mano sabiendo que si no lo hacía en ese momento flaquearía y se dirigió hacia la puerta.

—¡Clarice! —La detuvo él antes de que se perdiera en el interior de la mansión, con la impresión de que se estaba adentrando en las fauces de un enorme monstruo—. Volveré.

Ella asintió y cerró la puerta tras ella con una sonrisa triste. Volvería, sí, y se marcharía de nuevo. Sus vidas parecían condenadas a ese juego del gato y el ratón, como las vidas de Agnes y Percy, llenas de promesas no dichas y no cumplidas, de frases inacabadas y confesiones veladas. Intuía que él estaba sintiendo lo mismo que ella, podía notarlo en la forma en la que se estremecía cuando ella lo acariciaba, en sus miradas, que transmitían tanto sin hablar, en ese sentimiento de protección que se translucía en cada gesto. Pero ¿de qué serviría si estaban condenados a separarse? Como Agnes y Percy. La historia se repetía como el eco de un amor que vagaba eternamente como un alma en pena.

Subió las escaleras pesadamente como si todo el dolor y la pena se hubiesen posado de repente sobre sus hombros. La casa estaba mucho más silenciosa y vacía de lo normal, y ni siquiera Charles el mayordomo había aparecido a su llegada. El eco de sus pasos resonó en los altos techos, un escalofrío la recorrió y se abrazó a sí misma en un acto reflejo. Se detuvo en mitad del pasillo que llevaba a su habitación con el presentimiento de que algo no iba bien. Un minúsculo

aleteo llamó su atención y extendió su brazo para observar que una mariposa negra se había posado sobre la manga blanca de su camisa. Avanzó varios pasos inseguros hasta llegar a la que había sido la habitación y la cárcel de Agnes. El miedo la paralizó al descubrir que la puerta estaba entreabierta. Sabía que no debía hacerlo pero se vio a sí misma empujando la puerta muy despacio y adentrándose en aquel espacio tan lleno de dolor. Una nube de mariposas oscuras la envolvió durante unos segundos haciendo que se le escapara un grito mientras se tapaba la cara con las manos, desapareciendo tan rápido como habían aparecido. Respiró profundamente intentando contener el golpeteo frenético de su corazón, y entonces percibió que no estaba sola. Intentó girarse pero no le dio tiempo. Una mano ruda tapó su boca con un trozo de tela impidiéndole respirar y ahogando sus gritos. Un fuerte olor invadió sus fosas nasales y un sabor dulzón y desagradable adormeció su lengua durante unos agónicos segundos hasta que la negrura lo invadió todo.

Después de un día entero dando vueltas Oliver estaba empezando a creer que Albert le había tomado el pelo, y se estaba arrepintiendo de haber enviado a Flame a cumplir su parte del trato antes de haber encontrado a su hermana. Cada vez que preguntaba le daban una respuesta más disparatada que la anterior, lo que le estaba haciendo pensar que o bien Mary Jameson era extremadamente discreta o que jamás había estado allí. Estaba a punto de desistir cuando un vendedor ambulante se detuvo en la plaza del pueblo con un cargamento de quesos.

—Señor, llévele un buen queso a su señora. Le aseguro que se lo agradecerá —El hombre le guiñó un ojo y Oliver se imaginó a su pesar la escena de un matrimonio cotidiano, Clarice y él cenando en un acogedor saloncito y contándose cómo les había ido el día. Moviéndose la cabeza y decidió probar suerte. El hombre al principio negó conocer a ninguna mujer de esas características ni ese apellido. Pero estaba a punto de montarse de nuevo en su carromato para reemprender la jornada cuando se detuvo a rascarse la calva por debajo de su gorra de paño.

—Hay una tal Mary, pero su apellido es Billing. Puede que fuese su apellido de soltera. —El hombre se encogió de hombros—. Por probar no pierde nada. Viven en una granja al final del pueblo, justo donde está la encrucijada de caminos. Tiene que seguir la vereda en dirección sur. La casa se ve desde el camino, no tiene pérdida.

Oliver le dio las gracias y le lanzó una moneda al aire que el hombre agradeció.

—Caramba —dijo al comprobar su valor—. Tenga un queso, si va a hacer una visita de cortesía nunca está de más llevar un detalle.

Oliver estaba a punto de negarse cuando el vendedor depositó sobre sus manos el queso más enorme que llevaba y se marchó sin darle opción a quejarse. Con lo que le había dado de propina incluso debería haberse quedado su caballo.

El carruaje se detuvo a varios metros de la casa ya que las lluvias habían convertido el último tramo de la entrada en un verdadero barrizal, que Oliver sorteó como pudo. El vendedor había tenido razón al decirle que era bastante fácil encontrarla aunque no le había advertido de los dos enormes perros que guardaban la cerca y que había tenido que esquivar. Se detuvo delante de la puerta que parecía recién pintada, y tiró de la campanilla. Se sintió un poco ridículo con el enorme queso en las manos y estaba a punto de darse la vuelta para dejarlo en el carruaje cuando la puerta se abrió.

—Buenos días, señor. Gracias, pero no queremos comprar nada —lo saludó la mujer

apresurándose en volver a cerrar la puerta.

—Espere, por favor. —Oliver colocó la puntera de su bota en el hueco que quedaba abierto para evitar que le diera con la puerta en las narices—. Solo venía a hablar con usted. Usted es Mary, ¿verdad?

La mujer se detuvo y levantó la vista hacia él. Oliver se quitó el sombrero y ella palideció.

—No sé quién es, pero le ruego que se marche —exigió visiblemente nerviosa empujando la puerta para cerrarla sin éxito.

—Por favor, usted es mi última oportunidad. Usted es Mary Jameson ¿verdad? Su hermano me dio su dirección. Si fuera alguien peligroso no lo hubiera hecho.

Mary dejó de hacer presión sobre la madera unos instantes pero los años la habían hecho volverse cauta y desconfiada, nunca se había deshecho del todo del miedo de que esos hombres enloquecidos por sus creencias viniesen a buscarla.

—Mi nombre es Oliver Thorne. Soy hijo de Percy Thorne y estoy buscando a mi hermano. Sé que usted fue la única persona que ayudó a Agnes Hamilton y a ese niño, por favor... solo quiero respuestas.

A pesar de que no podía ver su rostro del todo, oculta por la madera, pudo percibir que su expresión cambiaba. Un golpeteo rítmico comenzó a resonar detrás de la mujer que se puso más nerviosa aun si cabe.

—Márchese, por favor —rogó a punto de echarse a llorar.

Los golpes se acercaron hasta detenerse justo detrás de la mujer y Oliver esperó expectante.

—¿Qué ocurre, madre? —La voz profunda de un hombre resonó en el recibidor detrás de ella y la mujer pareció abatida, soltando la madera que sujetaba como si las fuerzas la hubieran abandonado.

Ante el desconcierto de Oliver ella se apartó y la puerta se abrió de par en par. En el umbral apareció un hombre joven, alto y delgado, con el pelo negro como las alas de un cuervo en el que las primeras canas comenzaban a salpicarle a pesar de la juventud de su rostro. Una mancha rosácea apenas visible teñía la mitad de su cara y al repasarlo con la vista Oliver descubrió de dónde provenía el sonido que le había precedido. Una de sus botas, concretamente la izquierda, llevaba anclada una cuña de madera para equilibrar la altura de ambas piernas. Eso no le restaba ni un ápice de atractivo o entereza ya que su aspecto era el de un joven fuerte en la plenitud de su vida. Oliver volvió a fijarse en su rostro sabiendo que los ojos que lo taladraban eran iguales a los suyos, los ojos de un tigre domesticado.

La señora Billing sirvió el vino y colocó frente a ellos un plato con varios trozos del queso que Oliver había traído, en una escena cotidiana y amable que resultaba un tanto extraña dadas las circunstancias. Rupert Jameson no dejaba de observar a ese joven tan parecido a él mismo y a la vez tan diferente que había irrumpido en su casa para remover todos aquellos fantasmas que de mutuo acuerdo todos habían decidido enterrar. Pero los fantasmas y los muertos no siempre pueden permanecer ocultos, sobre todo cuando sobre ellos ha caído la vergüenza de actos tan indignos como los que ellos vivieron. Su mujer, que estaba embarazada de siete meses, había declinado acompañarles, escuchar esas crueldades le hacía daño, y en la pequeña cocina solo quedaron ellos tres, Rupert, Oliver y la ahora viuda señora Billings, que parecía no tener demasiada suerte ya que había vuelto a enviudar el invierno anterior.

La situación no era precisamente distendida por muy aliviado que Oliver se sintiese al haber

encontrado al fin a su hermano, y descubrir además que había tenido una vida relativamente buena y estaba a punto de ser padre.

—Me alegra ver que a pesar de que tu llegada al mundo no fue fácil has tenido una vida feliz —le dijo a Rupert que asintió sin saber muy bien qué hacer con esa mezcla de sentimientos—. Mi padre le habría estado muy agradecido por ello, señora Billings. Él no supo de su existencia hasta muchos años después, de lo contrario no hubiera parado hasta encontrarle.

—Las cosas pasaron como debieron de pasar, señor Thorne. No podemos cambiar nuestro destino como tampoco podemos cambiar el pasado. Cuando me pidieron que me deshiciera de él tuve que obedecer. Recuerdo aquella mañana como la peor de mi vida. El mayordomo me acompañó a uno de esos orfanatos horribles pero yo sabía que no lo iban a tratar bien. Cuando salí de allí sentí que me desgarraba por dentro y esa misma noche, sin decirle nada a nadie, reuní todo el dinero que tenía y volví para llevármelo. Al principio no querían devolvérmelo, decían que no era suficiente dinero pero les convencí que con su condición..., no sería fácil que una familia lo quisiera. No nos engañemos, los niños sanos y hermosos son más fáciles de «colocar». Ni siquiera mi hermano sabe lo que hice. A los pocos días todos parecieron olvidarse de su existencia. Todos menos Agnes, por supuesto. La pobre Agnes. Perdió el juicio, no solo por estar allí encerrada, sino por todas esas cosas que ellos la obligaban a beber.

—¿Qué cosas? —preguntó Oliver.

—No lo sé, ¿cree que podía preguntar algo? Solo podía atenderla cuando convulsionaba, o vomitaba. A veces tenía la impresión de que era su conejillo de indias, el de Maurice y ese hombre, el Maestro, le llamaban. Querían contactar con el más allá, con el Demonio, y pensaban que ella era la vía para hacerlo. Estaban locos. Gracias a Dios que pude sacar a Rupert de allí antes de que hicieran alguna atrocidad con él. Ella le llamaba John —miró a su hijo como si quisiera pedirle perdón por haber borrado el nombre que su madre había elegido para él—. Creí más prudente cambiar su nombre.

—¿Cree que hubieran sido capaces de matarle?

Rupert apuró el vino con la vista perdida, como si él no fuese el protagonista de la historia. La había escuchado más de una vez, su madre nunca le había ocultado que la mujer que lo trajo al mundo luchó hasta el último momento por él pero no tuvo ni la más mínima oportunidad de conseguirlo. La única herramienta que había resultado útil para no torturarse por los sucesos que no podía cambiar había sido relegarlos a un rincón de su mente e intentar aceptarlos como si no tuviesen nada que ver con él. Nunca había pensado en la venganza, no tenía sentido luchar por una vida que nunca había sido suya, por una familia que se había pulverizado antes de existir, prefería dar las gracias a Dios por que un alma pura como la de Mary hubiese aparecido para salvarle y olvidarse de que esos monstruos existían.

—Maurice Hamilton se dejó arrastrar por las compañías extrañas que frecuentaba. Cuando se reunían en el sótano nos prohibían acercarnos, gracias a Dios, solo paso unas cuantas veces. Se escuchaban cánticos extraños y hacían dibujos en el suelo. Era espeluznante. Nunca he sido una cotilla pero oí cosas. Hablaban de sacrificios, de sangre, de cosas impuras, de conseguir el poder. Acepte mi consejo, señor Thorne, y aléjese de ellos.

Oliver estaba ansioso por volver a esa maldita casa y sacar de allí a Clarice. Lo único que le impedía salir corriendo en ese momento era saber que Maurice no volvería al menos hasta la semana siguiente y que su abuela no estaba en condiciones de hacerle daño. Pasó el resto del día hablando con su hermano, consiguiendo entablar cierta camaradería, poniéndose al día de cómo habían sido sus vidas y contándole las pocas anécdotas sobre su padre que atesoraba. Declinó el

ofrecimiento de quedarse a pasar la noche, estaba deseando ver a Clarice y contarle que al menos esa parte de la historia había tenido un final feliz. Cuando se despidió de Rupert estrechándole la mano a los dos les invadió la misma emoción, la sensación de haber hecho las paces con su pasado, y sin pensarlo se dieron un fuerte abrazo prometiéndose volverse a ver, aunque ambos sabían que era muy poco probable que volvieran a encontrarse.

Clarice abrió de nuevo los ojos y tuvo que cerrarlos para contener el mareo y las náuseas. No sabía si habían pasado horas o días, todo era muy confuso en su cabeza, solo recordaba que cada vez que despertaba la luz incidía de forma diferente en la pared que tenía delante. Su cuerpo pesaba una tonelada y era incapaz de levantar o mover sus extremidades. Ni siquiera era capaz de girar la cabeza para mirar a su alrededor ante el riesgo de que esta se moviera de su eje, pero por intuición supo desde el primer momento que se encontraba en la habitación de Agnes, como si aquello fuese una macabra broma del destino. Giró el tobillo y sintió el frío del grillete que se clavaba en su piel, algo innecesario teniendo en cuenta su estado. En medio del aturdimiento en el que se encontraba escuchó el chirrido de la puerta y percibió que una sombra se acercaba. Una mano le acercó un vaso de agua a los labios y ella lo aceptó con avidez, no se había dado cuenta la sed que tenía hasta ese momento y ni siquiera quiso pensar que le hubieran echado algo en la bebida. Se atragantó y tosió temiendo ahogarse pero nadie le ofreció consuelo ni la ayudó a incorporarse. La sombra se marchó en silencio y ella volvió a sumirse en un sueño inquieto.

Cuando volvió a abrir los ojos la noche había caído sobre la ciudad y la habitación estaba completamente a oscuras. No estaba segura de si había oído algo o si solo lo había soñado. Pensó cómo debió sentirse Agnes en aquella cárcel día tras día y pudo sentir su pena y su desesperación ahogándola. La puerta se abrió y entornó los ojos molesta por la luz de las velas que portaban las dos figuras que aparecieron en el umbral, sin poder distinguir con claridad quienes eran. Alguien la liberó del grillete que la ataba a la pared y la cogió en brazos para sacarla de allí, pero no sintió ningún alivio. A pesar de su aturdimiento y de que apenas conseguía mantener los ojos abiertos sabía que aquella tortura no había hecho más que empezar. Bajaron las escaleras y caminaron por un largo pasillo. Al percibir la humedad y el olor a cerrado dedujo que la habían conducido hasta las bodegas de la casa, una parte del sótano que nunca se abría. Se obligó a abrir los ojos y a pesar de no poder enfocar la vista con claridad pudo ver que había multitud de velas y varias antorchas distribuidas alrededor de un círculo pintado en el suelo. La depositaron en medio de aquel círculo y el frío de la piedra atravesó la liviana tela de su camisón insuflándole algo de vida y despejando un poco sus sentidos. Todavía tenía el cuerpo entumecido pero su cerebro empezaba a funcionar con más claridad. Moviò la cabeza con cuidado y pudo ver a dos figuras que lucían sendas túnicas dotadas de una capucha que ocultaba sus rostros, una de color negro y otra blanca. El hombre de negro, que portaba una bandeja plateada en sus manos, se acercó hasta arrodillarse junto a ella con torpeza y se quitó la capucha. Cuando Clarice reconoció a su tío Maurice no pudo contener un sollozo. Su peor pesadilla se estaba haciendo realidad.

—Mi hermosa Agnes, por fin has vuelto. —Su voz sonó pastosa y la expresión de su cara indicaba que no estaba en plenas facultades, puede que estuviera drogado como ella o que la locura lo hubiera vencido al fin—. ¿Sabes qué día es hoy? ¿Lo sabes?

Maurice extendió su pelo como un halo alrededor de su cabeza y comenzó a colocar ramitas de

espino blanco como si fuesen una corona.

—Es el día de Beltane. Es el momento de recolectar, de recoger lo que se siembra, tiempo de fertilidad... La luz de nuestro señor renacerá con fuerza. El Maestro ha decidido que este es el momento adecuado para recoger los frutos de nuestro trabajo. Lo divino y lo pagano en una conjunción perfecta. Yo había perdido la esperanza de que esto pudiera suceder pero aquí estás.

—Tío Maurice —consiguió decir al fin aunque sentía la garganta como si tuviese miles de alfileres clavados—. Soy Clarice, mírame. Tienes que detener esto.

Él la miró como si fuese ella la que había enloquecido y soltó una risotada mientras seguía peinándola y colocando sus ropas de manera correcta como si se tratase de una muñeca.

—No, mi cielo. No hay vuelta atrás. Hemos esperado mucho para llegar hasta aquí, hemos trabajado muy duro para alcanzar la perfección y al fin el momento de cerrar el círculo ha llegado. —Levantó la cabeza y miró a su alrededor como si la verdad estuviese allí mismo y ella fuese una estúpida ignorante por no verla—. ¿No lo ves? Las paredes de esta casa vibran, la energía chisporrotea a tu alrededor. Desde que ese hombre, Thorne, llegó, todo empezó a manifestarse de nuevo, es el catalizador que hace todo posible, él te ha traído de vuelta. Al principio no lo reconocí, pero en cuanto supe quién era lo vi claro y tuve que hacer un verdadero esfuerzo para esperar el momento adecuado. Soy muy impaciente, ya lo sabes. Los dos juntos habéis hecho que la puerta vuelva a abrirse. Si no fuerais tan necios todos podríais verlo. Yo lo veo, el Maestro lo ve. Ha llegado la hora de terminar lo que empezamos hace treinta y cinco años. Es el destino.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a matarme?

—Eso suena muy rústico, Agnes. —Soltó una risotada ante su propia broma que resonó en el húmedo sótano de manera casi espectral—. Vamos a culminar el sacrificio que debimos hacer y que vosotros estropeasteis.

—Estás a tiempo de parar esto —rogó haciendo un esfuerzo sobrehumano por aferrarse a la manga de su túnica.

—Esto debió consumarse hace mucho. Tú y tu bastardo erais los elegidos. Solo había que mirar a ese pequeño engendro para saber que era el idóneo. Pero mi madre y su maldita conciencia impidieron que tu hijo cumpliera con su destino y me lo arrebató para llevarlo a un orfanato nauseabundo. ¿Acaso ese final era más digno que cumplir con los designios del Maligno? Y tú... no puedo perdonarte tu impaciencia. ¿Tienes idea de lo caro que resultó ocultar que te habías colgado de una viga y fingir que habías sucumbido a unas fiebres? Eso fue muy desconsiderado por tu parte.

Aunque el efecto de la droga que le habían suministrado estaba empezando a diluirse la revelación la dejó paralizada de nuevo. Agnes no había podido soportar el dolor y puede que, teniendo en cuenta el futuro que le esperaba, hubiese sido lo mejor.

—Es la hora. —La voz de ultratumba e inusualmente tétrica del otro hombre resonó y el aire pareció cargarse de energía.

El Maestro se acercó hasta situarse junto a ella con un libro abierto en sus manos y con la misma voz hueca comenzó a leer unas frases en latín. Maurice, arrodillado junto a ella parecía un perrito ansioso y juraría que estaba a punto de babear. Su aspecto servil le pareció patético y repugnante y hubiera sentido náuseas si no hubiera estado tan aterrorizada. Intentó gritar para pedir ayuda pero sus cuerdas vocales solo emitieron una especie de graznido. El maestro la miró desde la oscuridad de su capucha inclinando la cabeza con curiosidad.

—No te molestes, el servicio tiene varios días libres. No quería interrupciones esta vez.

Maurice se levantó y volvió con una bandeja que le tendió a ese hombre, que levantó las manos con las palmas hacia arriba y volvió a pronunciar una frase en latín. Con solemnidad se retiró hacia atrás la capucha dejando a la vista su cara pálida y esos ojos redondos y oscuros que Clarice ya conocía. Leslie la miró con avaricia, casi con gula, como si hubiese caminado durante días por el desierto y ahora tuviese delante un jugoso festín. Cogió una daga dorada de la bandeja que había traído Maurice y se sentó a horcajadas sobre Clarice aplastándola y dificultándole la respiración.

Por la cabeza de Clarice pasaron todas las veces que pensó que ese hombre era demasiado extraño, tan servil y tan falto de dignidad, sin sospechar que estaba escondiendo su auténtica personalidad. Él era el verdadero Maestro del que la señora Bou le había hablado, el que había conducido a Maurice y a saber a cuántos más por aquel camino oscuro lleno de depravación. Y lo peor era que su abuela lo sabía y aun así lo había acogido bajo su techo sabiendo lo peligroso que era.

—¿Qué queréis conseguir con esto? —sollozó Clarice mientras las lágrimas resbalaban por sus sienes y se perdían en su pelo—. Por favor, detened esta locura, aún estamos a tiempo de...

Leslie soltó una carcajada estremecedora y Maurice le siguió con una risa bobalicona, definitivamente no parecía estar en sus cabales.

—Todo. La vida eterna, el reconocimiento, la riqueza, la sabiduría... Todos vosotros vivís con los ojos vendados, como un rebaño manso, sin saliros de la senda. Sois patéticos. Sois miserables, y cuando llegue la hora todos yaceréis aplastados como insectos bajo la suela de nuestros zapatos —pronunció el maestro como si lo hubiera repetido mil veces.

Clarice se esforzó en mover las piernas que habían empezado a hormiguarle recuperándose de la parálisis, pero todavía no tenía suficiente fuerza para intentar defenderse. Estaba a la merced de esos dos locos. Pensó en Oliver y en que no volvería a ver sus ojos ni su sonrisa misteriosa y el dolor se hizo mucho más profundo. Lo amaba, en ese momento de clarividencia no albergaba ninguna duda sobre sus sentimientos. Lástima que todo aquello estuviese a punto de desaparecer, ella estaba a punto de desaparecer.

Leslie deslizó despacio la daga sobre su cuello trazando un tortuoso camino en medio de sus pechos y sobre su vientre, con la única finalidad de hacerla sufrir un poco más, y ella albergó la esperanza durante una décima de segundo de que no fuera capaz de hacerlo, que se tratara solo de una bravuconería fruto de sus ensoñaciones perversas. Estaba equivocada.

—Procede —ordenó, y esta vez fue Maurice quien empezó a leer el libro con solemnidad.

El Maestro sujetó la muñeca de Clarice con fuerza clavando los dedos en su piel pálida y presionó el filo del cuchillo en una línea recta perfecta hasta que la sangre comenzó a brotar. Clarice esperaba sentir un dolor horrible pero no fue así, estaba demasiado débil para ello. Los ojos de Leslie brillaban bajo la luz de las velas y parecían a punto de salir de sus órbitas. Aceptó un cuenco dorado con grabados extraños que Maurice le tendió y lo colocó bajo la muñeca de Clarice para recoger la sangre. Como si estuviese sumido en un trance elevó el cuenco sobre su cabeza pronunciando varias palabras que ella no entendió y bebió de él. Clarice observó esos labios repugnantes manchados de su propia sangre y sintió que su fin estaba cerca. Cerró los ojos un instante y pensó en Agnes. En silencio le rogó que la ayudara, por ella y por su hijo, por la injusticia que vivió, aunque sabía que era inútil.

El aliento de Leslie cerca de su cara la sacó de golpe de ese leve sopor que la debilidad le estaba provocando.

—Esta vez no habrá nadie que nos impida conseguir nuestro objetivo. El círculo se cerrará esta

noche. Pero antes de que exhales tu último aliento fornicaré contigo y te convertiré en mi puta, la puta del Maestro, la puta de Satanás. Siéntete honrada, eres el instrumento que nos hará grandes, la puerta hacia un nuevo tiempo. Eres especial —dijo pasando la lengua por la mejilla de Clarice que se retorció con sus últimas fuerzas intentando escapar de su asqueroso contacto.

*L*a mansión Hamilton resultaba más tenebrosa que nunca sumida en la niebla y totalmente a oscuras. Oliver estaba a punto de llamar a la puerta principal cuando se dio cuenta de que estaba entreabierta. La empujó despacio y se adentró en la casa con precaución sobrecogido por el silencio sepulcral que lo rodeaba. El lugar parecía desierto y una corriente helada recorría el espacio entre el suelo y los altos techos como una espiral. La energía latente era palpable y las paredes parecían vibrar a su alrededor mientras sus pasos resonaban en aquel espacio enorme. Subió las escaleras y recorrió el pasillo en dirección a la habitación de Clarice pero no había rastro de ella ni allí ni en ninguna de las salas de la casa. Muy pocas veces en su vida había reconocido tener miedo y esta era una de ellas, miedo por esa sensación desagradable que le erizaba la piel, y, sobre todo, miedo por Clarice. No había ninguna vela, ni lámpara ni cualquier otra cosa que alumbrara el lugar y sin embargo un resplandor difuso parecía iluminar levemente uno de los pasillos. Sin dejar de vigilar sus espaldas, atento a cualquier movimiento, se dirigió hacia allí, a una zona de la planta baja donde no recordaba haber estado antes. El corredor culminaba en una puerta apenas visible en la oscuridad. Oliver entrecerró los ojos al ver que la madera parecía moverse como si tuviese vida y dio un respingo al darse cuenta de que estaba completamente cubierta por cientos de mariposas negras.

Escuchó voces amortiguadas por la distancia y venció la aprensión que le producían aquellos seres para intentar abrirla y tironeó de la manivela con fuerza, pero estaba cerrada con llave. Calibró si sería difícil echarla abajo de una patada pero entonces las mariposas comenzaron a colarse poco a poco por el ojo de la cerradura. La escena era escalofriante y si no hubiera estado tan preocupado por encontrar a Clarice se hubiera marchado de esa casa llena de susurros y situaciones extrañas inmediatamente. Cuando la última mariposa hubo desaparecido se atrevió a girar de nuevo la manija de la puerta y para su sorpresa se abrió con un suave clic. Palpó el bolsillo de su levita y maldijo para sus adentros al percatarse de que no llevaba su navaja a mano. Unos cánticos extraños en un idioma que no entendía le impulsaron a continuar descendiendo por la empinada escalera, no había tiempo para buscar otra arma, si Clarice estaba allí tenía que actuar cuanto antes. No le sorprendió encontrar allí a Maurice y a su fiel ayudante Leslie, aunque todavía no sospechaba que se habían invertido los papeles.

Se ocultó tras uno de los pilares cobijado en la penumbra y la escena que contempló desde allí le heló la sangre. Maurice y ese tétrico acompañante suyo estaban junto a Clarice que estaba tumbada en el suelo con los ojos cerrados. Se pasaron un cuenco metálico para beber de él mientras seguían rezando con ese escalofriante tono monótono. Entonces Leslie se movió, dejando al descubierto el cuerpo de Clarice, y su brazo del que continuaba manando la sangre. Todo alrededor de Oliver se desdibujó, todo excepto Clarice, su palidez y el reguero de sangre de su brazo. Como un animal fuera de control, como un tigre de ojos brillantes, tal y como sus hombres lo definían, saltó sobre el hombre que tenía más cerca, Maurice. No le importó que en

su afán por defenderse él le mordiera, probablemente después de ese día no volvería a usar los dientes con normalidad, ni que se arrastrase hasta alcanzar la daga y le propinase varios cortes en el torso. Oliver era una bestia que golpeaba sin piedad, capaz de cualquier cosa por defender lo que amaba. Y amaba a Clarice. Ese pensamiento lo sacudió por dentro y lo hizo bajar la guardia al mirar hacia ella para ver su estado, mientras Maurice continuaba de rodillas a unos pocos metros escupiendo sangre e intentando ponerse de pie. Cuando se giró hacia el Maestro había perdido unos segundos muy valiosos que él aprovechó para golpearlo con uno de los candelabros en la cabeza. Oliver se quedó aturdido unos segundos y un hilo de sangre comenzó a resbalar por su frente dificultándole la visión.

—Termina con esto, Maurice —le apremió el Maestro señalando la daga que tenía junto a él.

La llegada de Oliver les había arruinado la diversión del momento pero no consentiría que el éxito se le escapase de las manos. Esta vez llevarían a cabo su ofrenda de uno u otro modo.

Oliver los observó calibrando cuál debía ser su próximo movimiento; la necesidad de acercarse a Clarice era apremiante, necesitaba saber cómo se encontraba, sacarla de allí cuanto antes y alejarla de aquellos dementes. Cogió una de las antorchas y la alzó como si fuese una espada mientras se colocaba entre ellos y Clarice para protegerla. Maurice, a pesar de los golpes recibidos, se envalentonó cuando su Maestro le ordenó con un gesto mudo que atacase y se lanzó hacia Oliver con la daga en alto dispuesto a acabar con él. Oliver lo esquivó con habilidad y en el proceso lo golpeó con la antorcha en el estómago haciendo que se doblase sobre sí mismo y cayese al suelo. La llama prendió en su túnica que comenzó a arder con rapidez mientras Maurice se retorció intentando deshacerse de ella hasta que lo consiguió, aunque no pudo librarse de sufrir profundas quemaduras. Clarice hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban para levantarse, pero el gesto hizo que su cabeza zumbara y volvió a desplomarse. Al verla, Oliver se olvidó de todo lo demás y acortó la distancia que los separaba. Se quitó el pañuelo del cuello y envolvió con él su muñeca para que dejara de sangrar. La herida no era demasiado profunda pero saltaba a la vista que le habían dado alguna sustancia que la mantenía aturdida y al borde la inconsciencia. La cogió en brazos para sacarla de allí y en ese momento su vista se detuvo en la figura que los observaba con una sonrisa maléfica desde el último peldaño de las empinadas escaleras.

Leslie levantó en alto la antorcha que portaba con una sonrisa de satisfacción en su pálido y repugnante rostro.

—Se hará su voluntad. De una manera u otra el sacrificio se hará esta noche y mi destino se consumará. Esta será vuestra tumba. Disfrutad de vuestra última morada.

Levantó la antorcha y miró hacia las cajas y baúles que se apilaban junto a la escalera y que serían combustible suficiente para que aquel sótano se convirtiese en una trampa mortal. Pero antes de que pudiese lanzarla sobre su objetivo una figura que había pasado desapercibida para todos hasta ese instante apareció detrás de él y lo empujó con fuerza. Leslie trastabilló hacia delante y cayó rodando por los escalones de piedra hasta quedar tendido en el suelo sobre una mancha oscura que se iba haciendo más grande a cada segundo que pasaba. Oliver miró hacia arriba y apenas pudo contener la sorpresa al ver a la señora Hamilton aferrándose al marco de la puerta sin apenas fuerzas. No sabía con exactitud hasta qué punto fue la responsable de todas las cosas terribles que habían sucedido en esa casa, pero sí tenía claro que les había salvado la vida.

Pasaron junto al cadáver de Leslie y la antorcha que se extinguía poco a poco como si fuese un símbolo de su maldad, que al fin había tocado a su fin. Clarice se aferró con más fuerza al cuello de Oliver ocultando su rostro en su pecho para no ver la escena y ese gesto le reconfortó, seguía

allí con él, y no permitiría que nada ni nadie volviera a hacerle daño.

Tras varios días descansando Clarice estaba empezando a recuperar su vida. Oliver no se había separado de su lado durante ese tiempo, pero sus obligaciones le reclamaban y en cuanto ella comenzó a sentirse mejor él había vuelto a su barco para preparar su partida. Descendió las escaleras y miró a su alrededor. La mansión se veía distinta, liberada de esa pátina oscura que la había acompañado siempre. Aparentemente el único cambio que se había hecho había sido abrir algunas cortinas, pero la luz, que antes se negaba a iluminar su interior ahora llegaba a cada rincón, los muebles brillaban y se respiraba paz. No tenía ninguna prueba de ello pero en su interior sabía que Agnes ahora descansaba en paz y que esa fuerza negativa que había absorbido todo lo bueno de esa casa se había marchado junto con Leslie. Pensó en su tío Maurice, que aunque se recuperaría de sus quemaduras quedaría marcado para siempre y posiblemente no volvería a salir del sanatorio mental en el que había sido internado. No pudo evitar sentir lástima por él, pero en su vida habría cometido con seguridad muchas atrocidades que quedarían impunes y esto era una manera de pagarlas en parte. Se dirigió hacia el invernadero, necesitaba un poco de aire, y al abrir la puerta se vio rodeada por varias mariposas de colores, si aquello no era una señal qué más podría ser. Suspiró disfrutando del aroma de las flores y tuvo la impresión por primera vez en mucho tiempo de que todo podía salir bien, al menos casi todo.

Unos pasos sobre la gravilla la avisaron de que alguien se acercaba y supo antes de verlo que se trataba de Oliver, reconocería su andar enérgico en cualquier parte, o incluso su olor y el ritmo de su respiración con los ojos cerrados. Apretó los párpados sintiendo que sus ojos se humedecían y recuperó la compostura antes de que él apareciese en su campo de visión. Cuando los abrió Oliver estaba allí, tan fuerte, tan noble, con esa mirada que inspiraba tantas cosas, devorándola con la vista como si estuviese contemplando la cosa más hermosa del mundo. Pero había algo más en sus ojos, lo supo cuando él miró al suelo durante una décima de segundo.

—Te vas —dijo ella sin querer escuchar la respuesta. Ya debería haberse preparado para ello.

Oliver asintió y jugueteó con las hojas de una enredadera para evitar mirarla.

—En unos días zarparemos.

Clarice se dio la vuelta y fingió quitar unas hojas secas de un rosal, su vista se nubló de nuevo por las lágrimas y se pinchó con una de las espinas.

—¿Estás bien? —Oliver cogió su mano para ver la pequeña herida pero ella la apartó con rapidez, su contacto la quemaba y la hacía soñar con cosas que no se podía permitir.

—Supongo que este es el final —respondió conteniendo las ganas de alejarse.

Oliver se pasó las manos por el pelo con frustración, él no quería que fuera el final, ansiaba que no fuera más que el principio de una vida juntos. Pero ¿qué podía ofrecerle a una mujer como ella? Clarice se merecía estabilidad, seguridad y una vida tranquila y placentera. No podía arrastrarla por el océano en un barco lleno de hombres rudos, él no era el tipo de hombre capaz de permanecer en un mismo lugar demasiado tiempo, ni quería fallarle como hizo con sus padres.

Y sin embargo, podría renunciar a todo lo que era y todo lo que tenía si ella se lo pidiera.

—No tiene por qué serlo. —Su corazón habló por él y Clarice se quedó inmóvil.

Sería más de lo que se atrevía a soñar pero era imposible, no podía obligarlo a renunciar a su vida.

—Oliver, no puedo permitirme soñar con esto. Nuestros mundos son muy distintos, tú te

asfixiarías si te quedases en Inglaterra. Y yo...

A ella le aterrorizaba la idea de abandonar lo que había sido su vida hasta ahora, que su felicidad dependiese de un hombre tan libre y tan diferente a ella.

—Tú te mereces algo mejor que marchitarte en esta casa llena de recuerdos dolorosos. Ven conmigo, Clarice. Buscaremos nuestro lugar en el mundo, donde tú quieras. Donde queramos los dos. Pensar en marcharme sin ti me destroza.

—No puedo dejar sola a mi abuela. —La frase sonó hueca y fría, pero tenía que aferrarse a algo tangible para que aquello no doliera. Ambos sabían que estaban condenados a separarse y dilatarlo solo haría que sufriesen más.

Oliver la sujetó por la cintura y sentir sus manos clavándose en su piel, a pesar de la ropa, la quemaba como si fuesen brasas y la hacía flaquear.

—No le debes nada.

—¿Qué tipo de persona sería si la abandono ahora, en sus momentos de debilidad?

—Una persona sensata que busca su felicidad, Clarice. Ella nunca te dio amor ni cariño. No puedes renunciar a la posibilidad de ser feliz por alguien que no lo merece.

—Entonces sería como ellos, ¿no te parece?

Clarice sujetó sus manos y las retiró, su contacto era demasiado tentador pero no pudo evitar sentir un pellizco de decepción. Aunque sabía que no tenía derecho a sentirlo. Oliver le estaba ofreciendo un lugar en su vida pero ni por asomo se había planteado quedarse con ella. ¿Qué podía hacer un hombre como él en Inglaterra? Su modo de vida, su barco, sus hombres... para él no era tan sencillo borrarlo todo de un plumazo y sin embargo... Durante un instante ella dudó, se imaginó en la cubierta del Odiseum con Oliver abrazándola por la cintura y la brisa del mar moviendo su pelo. Era un mundo nuevo lleno de posibilidades, lleno de amor, de dicha... hasta el momento en el que un hombre libre como él se cansase de cargar con una joven que nunca había salido del cascarón y la mandase de vuelta a Londres.

—Jamás serás como ellos. —Oliver acarició sus mejillas temeroso de volver a escuchar una negativa; su corazón, que latía desbocado, no lo resistiría—. Debes pensar en tu felicidad. Y te doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mi mano para que seas feliz. Te quiero, Clarice. Creo que es la primera vez en mi vida que digo algo así en voz alta pero podría repetirlo hasta que me quede sin voz.

Ella lo silenció apoyando la yema de sus dedos en su boca, como si no fuese capaz de escuchar de nuevo su petición. Apoyó su frente en la de él mientras las lágrimas corrían por su cara.

—Yo también te quiero, Oliver. Pero puede que nuestro destino no sea estar juntos. Hay demasiadas cosas que nos separan y no me perdonaría que fueses infeliz por mi culpa.

—Y si soy infeliz precisamente por esto, por tu testarudez.

Clarice se separó y se limpió las lágrimas con brusquedad.

—Este era nuestro acuerdo. Ahora cada uno tiene que seguir con su vida.

Solo que ahora ninguno entendía su vida sin el otro. Oliver asintió y tras besarla en la mejilla una última vez se marchó intentando tragar el nudo que tenía en la garganta. Nunca se había sentido tan desolado ni tan solo en su vida.

La luz blanquecina del amanecer entraba por la ventana y Clarice se estiró entre las sábanas con una sonrisa. Los sueños habían sido muy reales esta vez, tanto que casi podía sentir el calor del cuerpo desnudo de Oliver junto al suyo. Pero su cerebro se empeñaba en traerla de vuelta a esa realidad solitaria y poco amable que la esperaba. Por mucho que intentó aferrarse a los últimos jirones de su ensoñación la consciencia tiró de ella, lanzándola a la fría soledad de su habitación.

Se vistió y sin apenas haber comido nada se dirigió a la escuela, puede que los niños consiguiesen animarla. Pero tras un rato allí, y a pesar de la presencia de su amiga Vivian, decidió volver a casa para acompañar a su abuela. Estaba muy feliz por ella, ahora que el doctor le había confirmado que estaba embarazada y que todo iba muy bien y no quería que su estado de ánimo enturbiara su alegría.

Cuando llegó a la mansión la encontró sentada en su silla de ruedas junto a la ventana intentando atrapar unos pocos rayos de sol. Su estado había mejorado bastante, había recuperado la consciencia y aunque le costaba un poco de tiempo hilar una conversación podía hablar con normalidad. Lo peor era su movilidad, apenas podía sostenerse de pie y había tenido que acostumbrarse a la silla de ruedas. La sala parecía más acogedora de lo que le había resultado nunca a pesar de que casi no habían hecho ningún cambio en ella. La mujer le indicó que se sentase junto a ella con un leve movimiento de su mano y tras varios minutos en silencio carraspeó varias veces para conseguir hablar con claridad.

—Él... Maurice siempre estuvo obsesionado con Agnes. —Clarice la miró sorprendida pero no se atrevió a decir nada más a pesar de que no estaba segura de poder soportar ninguna revelación más sobre ese monstruo—. La forma en la que la miraba, esa admiración... era insana, pero nunca se propasó ni tuvo ningún comportamiento inapropiado y yo preferí callar. La adoraba como si fuese una joya, una muñeca de porcelana. Cuando descubrí que ella tenía un romance con ese muchacho, el padre de tu marido, enloquecí. Obré mal y jamás me lo perdonaré. La encerré en su habitación para darle una lección y todo se nos fue de las manos. Yo estaba tan decepcionada que le permití a Maurice tomar las decisiones sin pensar en que podría llegar a donde llegó.

La mujer se pasó un pañuelo por los labios y le pidió a Clarice con un gesto que le acercara su taza de té. Tras unos segundos luchando con su propia voz consiguió que sus cuerdas vocales le respondiesen de nuevo.

—Siempre me arrepentiré del día que le pedí que me acompañara a una de esas sesiones de espiritismo. Era un chico tímido y retraído y no se relacionaba con nadie. Pensé que le vendría bien conocer gente. Pero ese día conoció a ese demonio de Leslie. No sé qué tipo de actividades harían fuera de esta casa y Dios sabe que prefiero no imaginarlo. Solo sé que me lavaron el cerebro y me convencieron de que había algo malo en Agnes. Hicieron rituales, le dieron de beber cosas extrañas que la hacían delirar, convencidos de que en ella había algo diferente, que

era la elegida. Yo no sabía el alcance de todo esto. Cuando el bebé nació vi con claridad que me había equivocado y le pagué a una criada para que lo sacara de aquí, me veía incapaz de protegerlo y el escándalo que se avecinaba sería terrible.

—¿Escándalo? Era solo un bebé. No tenía la culpa de nada, merecía una oportunidad.

—Lo sé. Y me tortura no saber qué fue de él, pensar que pudo morir... —Un sollozo ahogó de nuevo la voz de la anciana y tardó unos instantes en recomponerse—. Si pudiera volver atrás no actuaría como lo hice. Mi dulce Agnes no se merecía eso, y yo lo permití. Decidí pasar todo el tiempo que pude fuera de aquí, en el campo, como si así la realidad no existiera. No sabía cómo arreglarlo. La salud de Agnes empezó a empeorar, su mente estaba enturbiada y en un descuido de su cuidadora ella... se quitó la vida.

—No la culpo —aseveró Clarice tajante.

—Yo también debería haberlo hecho pero soy demasiado cobarde. Aunque vivir con esa pena y esa culpabilidad es un castigo mayor que la muerte, puede que por eso Dios me mantiene aquí, recordando lo que hice y llorando a mis hijos muertos. Durante años, incluso mucho después de que tú nacieras, intenté contactar con ella a través de esa vidente, Maurice por supuesto secundó esa idea, estaba fascinado con la posibilidad de traer a su hermana de vuelta desde el más allá. Incluso me convenció de que Agnes se había reencarnado en ti. Le sugerí que se marchase a conocer mundo por miedo a que también se obsesionase contigo y por suerte accedió. Tener todo el dinero a su disposición para hacer lo que le viniese en gana ayudó.

Clarice sintió un nudo en el estómago pero se sorprendió al no sentir ni un ápice de piedad por ella, ni de amor, ni de respeto siquiera. Aquella mujer había aniquilado los pocos sentimientos nobles que ella, por voluntad propia y no porque se los hubieran inculcado, había sentido por su familia.

Podría decirle muchas cosas, que tenía razón y se había comportado como un monstruo o intentar aliviar su pena por compasión. Se limitó a guardar silencio pensando si valía la pena desperdiciar la oportunidad de ser feliz por aquel ser que había sido tan poco generoso toda su vida.

—¿Por qué permitiste que Leslie volviera a entrar en esta casa? —preguntó al fin.

—Maurice no me dio otra opción, me dijo que ahora las tornas habían cambiado, algo que como pudiste comprobar no era cierto, y que habían abandonado esas actividades. Era solo una pantomima. Además, Leslie lo sabía todo de esta familia, mi hijo me lo dejó muy claro. Cómo podría echarlo de aquí y arriesgarme a que todo estallara de nuevo. La gente se había olvidado de Agnes y debía seguir así. La llegada de Thorne prendió la llama de su locura y las piezas encajaron en sus cabezas enfermas, verte convertida en una mujer y con tu enorme parecido con Agnes hizo que su obsesión empezase de nuevo. El pasado había vuelto y les daba una nueva oportunidad de culminar lo que empezaron.

—Señora Hamilton... —El mayordomo las interrumpió con un carraspeo—. El equipaje está listo.

—¿Qué equipaje? —preguntó Clarice confundida.

Su abuela había mejorado pero no estaba en condiciones de emprender ningún viaje.

—El tuyo, Clarice. El tuyo.

—Pero yo no voy a ninguna parte.

—Sé que ni aunque viviera mil años podría redimir todo el daño que he hecho y espero arder en el infierno para pagarlo. Pero no añadiré tu infelicidad a mis males. Aunque no lo creas, te quiero, Clarice. Quiero que seas feliz y no desperdiciarás la oportunidad de serlo por cuidar a

esta vieja que no lo merece. No me queda mucho y tú tienes una vida por delante.

—Abuela, no...

—Sí. He visto cómo os miráis. Sé que os amáis como Agnes y Percy lo hacían. Es el destino. O algo más, no lo sé. Vamos, vete antes de que ese barco zarpe sin ti.

Clarice se levantó con los ojos llenos de lágrimas y dio un rápido beso en la mejilla huesuda de su abuela intuyendo que sería el último. Le hubiera gustado abrazarla con cariño y ternura pero no pudo y se limitó a apretar su mano.

—Abuela —dijo deteniéndose en el umbral—. El hijo de Agnes está vivo. Ha tenido una vida muy feliz.

La mujer tomó aire con fuerza y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, aliviada, con los ojos cerrados y una tímida sonrisa.

—Sé feliz, Clarice. Sé feliz —dijo sin apenas fuerzas, pero su nieta no la oyó.

Oliver revisó por enésima vez las cartas de navegación como si no se las supiera de memoria, y las dejó sobre la mesa de su despacho al escuchar que llamaban a su puerta. David apareció en el umbral con semblante serio e inmediatamente Oliver supo que algo no iba bien, se conocían demasiado como para poder ocultarse nada y durante las últimas semanas David parecía sumido en la espiral de sus propios pensamientos.

—¿Qué ocurre, David?

—No puedo acompañarte esta vez. —Clark suspiró y tironeó del cuello de su camisa a la espera de la consiguiente recriminación, de los reproches por haberlo dejado sin uno de sus principales hombres horas antes de partir, sin su talismán, pero estos no llegaron. Levantó la vista hacia Oliver y lo encontró mirándolo relajadamente con las manos cruzadas sobre la mesa.

—Es por ella, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó alterado y por primera vez en años sintió que se sonrojaba—. Esa mujer no me importa en absoluto, por el amor de Dios. Es solo la mujer que se casó con mi padre por dinero.

—Ya veo —contestó con sarcasmo.

—He dejado en manos de otros mi responsabilidad durante demasiado tiempo. Pensar en el egoísmo de mi padre me ha hecho odiar todo lo que él representaba, pero quizás yo tenga la oportunidad de hacer las cosas mejor.

—Lo vas a hacer mejor, no me cabe duda.

David se removió en su asiento al pensar en el camino que tenía por delante.

—Y en cuanto a ti, necesitas un talismán —dijo Clark señalándolo con una sonrisa.

—No necesito ningún talismán, solo que los vientos me sean favorables y que ninguna tormenta me fastidie el viaje.

—Sabes que no me refiero a eso, capitán. ¿Estás seguro de marcharte y dejarlo todo atrás? ¿Dejarla a ella atrás?

—¿Acaso tengo otra opción? —Oliver se levantó y comenzó a caminar inquieto, se había repetido esa pregunta en su cabeza cientos de veces en las últimas horas—. Ella ha elegido.

—¿Y qué has elegido tú?

—Yo siento que mi piel tira de mí hasta que duele para arrastrarme hacia Clarice. Daría mi vida por pasar otro minuto más con ella. Pero Clarice tiene razón, nuestros mundos son muy distintos y lo que yo le ofrezco no es suficiente. Aunque sienta que nuestros destinos están

unidos desde antes incluso de nacer, no es suficiente.

—Le estás ofreciendo tu corazón, Oliver.

—¿Desde cuándo los rudos marinos hablan de estas cursiladas, maldición? —bromeó intentando aflojar el nudo que le impedía respirar—. No sé cuántas veces me he levantado de esta silla en los últimos días con la intención de ir a buscarla, y siempre he desistido. Debo cumplir con mi deber, con mis hombres y mi barco, no puedo fallarles. Ese es el hombre que soy. Pero no sé cuánto tiempo pasará antes de que me rinda y me vuelva a por mi esposa aunque sea a nado. Solo espero que no sea demasiado tarde cuando lo haga.

—Si es vuestro destino nunca será tarde. Cuando ocurra será el momento correcto.

—Eso espero. Y bien, ¿no piensas largarte nunca de mi barco?

Ambos soltaron una carcajada y tras ponerse de pie se dieron un fuerte abrazo. Oliver iba a echar de menos a ese hombre que siempre amansaba los ánimos y sacaba lo mejor de la gente. Pero desde que pisaron Londres había visto el cambio que se había producido en él por culpa de las heridas sin cerrar y solo podía desear que consiguiera apaciguar sus demonios. David Clark tenía que andar su propio camino y solo podía desearle lo mejor.

El capitán Thorne se había saltado muchas de sus propias normas en las últimas semanas, entre ellas la de subir a una mujer a su barco, aunque no podía arrepentirse de lo que había ocurrido allí con Clarice. Ahora, cada vez que entraba en su austero camarote la veía a ella, aunque para ser honestos, Clarice estaba en todas partes. Ya no podría mirar las estrellas sin recordar la noche que pasaron en la cubierta el Odiseum, ni contemplaría el color rojizo del atardecer sin recordar su pelo. Clarice estaba en él y no saldría jamás de allí. Lejos de resultarle una tortura le pareció una bendición. Por eso, mientras sus hombres iban de aquí para allá preparándose para zarpar, entre el bullicio, los gritos y las órdenes, decidió incumplir otra de sus reglas y se giró para mirar hacia el puerto, algo que no había hecho jamás.

Parpadeó varias veces intentando fijar la vista en la figura enfundada en un vaporoso vestido rojo y rodeada de baúles que lo observaba desde allí, muy quieta, como si no fuese más que un producto de su caprichosa imaginación. Esquivó a varios de sus hombres para acercarse a la barandilla lo máximo posible y comprobar que su cabeza no le estaba jugando una mala pasada. Sus hombres estaban a punto de retirar la pasarela y vociferó para que se detuvieran aunque de buena gana se hubiera tirado desde arriba para llegar antes hasta ella.

Clarice sonrió limpiándose las lágrimas de alegría al verlo correr hacia ella, ajena a la pequeña multitud que se congregaba en la barandilla del Odiseum para disfrutar del espectáculo de ver como su capitan sucumbía ante una mujer. Puede que las supersticiones hablaran de no llevar a una mujer a bordo de un barco como ese pero todos sabían que en una larga travesía siempre era mejor contar con un capitán contento que con uno amargado.

—¿Esto significa lo que parece? —preguntó inseguro al llegar hasta ella.

—Si lo que parece es que vas a tener que hacerme un hueco en tu camarote, sí, es justo lo que parece.

Oliver soltó una carcajada y la cogió en brazos elevándola del suelo para poder besarla con intensidad, ignorando los vítores y aplausos de los marineros. En ese momento se dio cuenta de cuánto la necesitaba y de que no habría sido capaz de vivir sin ella.

—Creo que si no hubieras aparecido habría tenido que darme la vuelta en mitad del viaje para buscarte y convencerte a base de besos de que soy el hombre de tu vida.

—Eres el hombre de mi vida, pero no me molestaría la parte de los besos.

Él rio, pero ella lo interrumpió besándolo de nuevo.

—¿Estás segura de esto, Clarice? Porque quiero que sepas que voy a poner todo de mi parte para hacerte feliz, para que te sientas amada cada día de tu vida, para que...

—Schhh...—lo interrumpió posando las yemas de sus dedos sobre sus labios—. Solo necesito que me ames como yo te amo a ti.

—Entonces esto va a resultar muy fácil.

Oliver la cogió en brazos para subir la pasarela que los llevaba a un mundo desconocido para ella, para ambos en realidad, un mundo sin sombras ni oscuridad, en el que solo tenían que amarse cada minuto del día para ser felices.

Epílogo *E*l aire cálido mecía las cortinas blancas de los ventanales y Clarice se acercó para contemplar el mar turquesa que se extendía frente a ella, con la carta que había recibido aún en la mano. Siempre sentía un pellizco de nostalgia cuando recibía correspondencia de Inglaterra, y contó mentalmente cuántos meses faltaban para volver y pasar una temporada allí. Oliver y ella habían construido un equilibrio perfecto en sus vidas, cediendo y aceptando las necesidades de cada uno, y sobre todo amándose sin condiciones. Estaba deseando volver a ver a sus amigas, a David Clark y a su primo Nick, que parecía que nunca iba a sentar la cabeza a estas alturas de su vida. Al menos en el terreno sentimental.

Los brazos de su marido la abrazaron desde atrás y se estremeció al sentir los besos de Oliver en la nuca. A pesar de los años que llevaban juntos seguía sintiendo esa corriente que los conectaba cada vez que él la tocaba y eso era maravilloso.

—¿En qué piensas, mi amor? —preguntó él sin despegar los labios de su piel.

—En la falta que me hacía que me abrazaras.

—Entonces debes haberme convocado con la mente. Espera, voy a concentrarme para ver si tú también percibes lo que yo necesito —bromeó mientras tiraba de la tela de su vestido intentando colar la mano debajo de su falda.

Ella dio un gritito mientras reía y se alejó de él en un tira y afloja que los divertía y los encendía a partes iguales.

—Estate quieto, alguien podría vernos. Y recuerda que ahora eres un hombre respetable —le amonestó cariñosamente sin dejar de tocarle.

—Y hablando de eso, si llego a saber lo laborioso que resulta hubiese seguido siendo un sinvergüenza.

—Un contrabandista.

—Eso también.

Ambos rieron y se sentaron en unos de los sillones que daban a los ventanales.

Cuando volvieron de Inglaterra tuvieron que tomar muchas decisiones y una de las más importantes fue la forma de ganarse la vida. Oliver quería formar una familia, pasar todo el tiempo posible con Clarice y eso era incompatible con la vida de un capitán de barco, especialmente con la de uno que podía acabar en la cárcel en cualquier momento por escatimar en los impuestos a la corona. Sin abandonar del todo el comercio, decidieron adentrarse en el negocio del ron, y fundaron una destilería que había sido todo un éxito, en parte gracias a la inestimable ayuda de su primo Nicholas que se encargaba de vender el ron, cuyo nombre era Destino, a los clientes más exclusivos, entre ellos el Dark. Ese negocio junto con el del

transporte de mercancías manufacturadas desde Inglaterra, algo que Oliver había delegado en su hombre de confianza, les aportaba lo suficiente para tener una holgada calidad de vida, y además le permitía pasar tiempo con su familia.

Se acurrucaron en el sofá para darse arrumacos como si fueran dos adolescentes hasta que el sonido de una melodía de piano llamó su atención. Oliver no pudo evitar que su piel se estremeciera al reconocer la melodía que tantas veces había oído en casa de los Hamilton. Miró a su mujer con cara de espanto y ella se limitó a encogerse de hombros quitándole importancia.

—Debe ser Agnes, que está practicando.

—No bromees con eso, cielo.

Ella soltó una carcajada a pesar de que él frunció el ceño enfadado, con el tiempo había aprendido a ver ese tipo de cosas con cierta distancia y ya no se estremecía de terror cuando recordaba todo lo que sucedió.

—Es nuestra Agnes —aclaró refiriéndose a su hija de seis años que parecía tener un don para tocar el piano—. El otro día compré varias partituras a un comerciante en el mercado. Si te soy sincera yo también me estremecí al escuchar esa tonada, pero es sencilla y a la niña le gusta.

—De todas las partituras, de todas las melodías del mundo...

—El destino es caprichoso, Oliver.

—Sí que lo es, pero cada día agradezco más que te pusiera en mi camino.

—Nuestro camino estaba unido desde siempre.

Él asintió y la abrazó para acercarla más a él, y allí, acurrucado en aquel sillón observando las aguas del Caribe, y escuchando a su hija tocar el piano en la habitación de al lado, llegó a la conclusión de que era el hombre más afortunado de la Tierra. El destino no estaba tan mal, después de todo.

Agradecimientos

A todas las Greenwoodadictas que viven cada historia con la misma ilusión que yo, y a M.J. Losada por ese salto de fe que me trajo hasta aquí.

© 2023, Noa Alférez

Primera edición en este formato: agosto de 2023

© de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-125729-0-2

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.